

# ISIDORA



Revista de estudios galdosianos



№ 33











**Dirección y Edición:** Dra. Rosa Amor del Olmo  
**Subdirectora:** Rosi Burakoff (Universidad Hebrea de Jerusalén)  
**Coordinadora:** Gloria Sánchez  
**Presidenta Honorífica:** Dra. Yolanda Arencibia  
**Asesora lingüística:** Dra. Lucía Blanco de la Rábida (UCO)  
**Asesor de contenidos:** Francisco Estévez (Universidad Carlos III)  
**Presidente comité científico y de redacción:** Dr. Germán Gullón (Universidad de Amsterdam)  
**Comité de redacción:** Dra. Rosi Burakoff (Universidad Hebrea de Jerusalén) Dra. Pilar Palomo (UCM) Dra. Alma Mejía González (Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa) Dr. Tomás Albaladejo (UAM) Dra. Ángeles Varela (CEU) Dr. Daniel Gautier (UCO-Angers) Dr. John Sinnigen (Universidad de Maryland, Baltimore Country) Dra. Carmen Ruiz Bravo-Villasante, Dra. Manar Abd El Moez (Universidad de El Cairo) Dr. Jean François Botrel (Universidad de Rennes) Dra. M<sup>a</sup> Ángeles Varela (CEU)  
**Comité científico:** Dra. Rosi Burakoff (Universidad Hebrea de Jerusalén) Dr. Germán Gullón (Universidad de Amsterdam) Dra. Yolanda Arencibia (Universidad de las Palmas de Gran Canaria) Dr. John Sinnigen (Universidad de Maryland) Dr. Jesús Rubio (Universidad de Zaragoza) Dr. Jean François Botrel (Universidad de Rennes) Dra. Assunta Polizzi (Universidad de Palermo) Dra. Sagrario del Río (Universidad de Udine) Dr. Daniel Gautier (Université Catholique d'Angers) Dra. Manar Abd El Moez (Universidad de El Cairo) Luis Miguel Pérez Cañada (Escuela de Traductores de Toledo) Mezzouare el Adrissi (Escuela de Traductores Roi Fad-Tánger) Francisco Estévez (Universidad Carlos III) Omar Bouhachi traductor.  
**Fondos Editoriales:** Casa Museo Pérez Galdós. Biblioteca Nacional, Sala Cervantes.  
**Coordinación preimpresión e impresión:** Safekat S.L.  
[www.safekat.com](http://www.safekat.com)  
[director@isidoraediciones.com](mailto:director@isidoraediciones.com)  
<http://www.isidoraediciones.com/>  
**Manuscritos:** [isidoraedicionesoficial@gmail.com](mailto:isidoraedicionesoficial@gmail.com)  
[manuscritos@isidoraediciones.com](mailto:manuscritos@isidoraediciones.com)

ISSN: 1699-5996

Depósito Legal: M.24.308-2005





## **Sumario**

### **Editorial**

**Adaptación de Realidad para teatro**  
**Manuel Canseco**

**Itinéraire d'un honnête homme selon Galdós**  
**Daniel Gautier**

**Hombres olvidados Tomás Orozco y Paternoy: la filantropía del amor masculino, el hombre nuevo o la ambigüedad**  
**Rosa Amor del Olmo**



## Editorial



**D**ecía Galdós ¡crisis! Lo que esta palabra excita y enardece los ánimos

es difícil saberlo no viviendo entre nosotros y no teniendo un puestecillo, siquiera sea modesto y oscuro, dentro del mecanismo político de estos tiempos. Así es la cosa. Y lo cierto es que seguimos con nuestra crisis la cuál alcanza cada vez más sectores de ésta sociedad y de otras, claro. No hablaremos del caso cultural de EEUU, o de la invasión asiática en las huestes diversas de nuestra economía sin saber –como es propio de nuestra idiosincrasia- hacia dónde vamos a llegar.

La presunción es cosa muy mala, -afirma Galdós- pero peor todavía que el desprecio de nosotros mismos, cuando nos da por sostener que somos bárbaros incapaces de benignos sentimientos, de cultura y de vivir en paz unos con otros. Ni esto sirve para nada, ni menos el suponernos únicos poseedores de la verdad, y los más bonitos, los más agudos que en el mundo existen. El odioso remate de estos defectos es la pálida envidia, que nos priva del goce de admirar al que por su ingenio, o por perseverancia o por otra virtud está más alto que nosotros. Seamos modestos y aprendamos a no estirar la pierna de nuestras iniciativas más allá de lo que alcanza la sábana de nuestras facultades. Hagamos cada cual, dentro de la propia esfera, lo que sepamos y podemos: el que pueda mucho, mucho; poquito el que poquito pueda, y el que no pueda nada o casi nada, estése callado y circunspecto viendo la labor de los demás. Acostumbrémonos a rematar cumplidamente, con plena conciencia, a todo lo



que emprendamos; no dejemos a medias lo que reclama el acabamiento de todas sus partes para ser un conjunto orgánico, lógico, eficaz, y conservémonos dentro de la esfera propia, aunque sea de las secundarias, sin intentar colarnos en las superiores, que ya tienen sus legítimos ocupantes. Cada cual en su puesto, cada cual en su obligación, con el propósito de cumplirla estrictamente, será la redención única y posible, poniendo sobre todo el anhelo, la convicción firme de un vivir honrado y dichoso, en perfecta concordia con el bienestar y la honradez de los demás. ¿Es esto soñar? ¡Desgraciado el pueblo que no tiene algún sueño constitutivo y crónico norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!

Nuestra quimera continúa difundiendo a un Galdós que cada vez se hace mayor hueco en los hogares españoles, europeos y entre los estudiantes universitarios, últimamente olvidados de nuestro escritor canario. Intelectuales de raza convocan Ciclos galdosianos en importantes ateneos y a cada paso la manifestación decimonónica va creciendo, intentando reivindicar además los estudios especializados en medio de la dejadez universitaria. La obra de Pérez Galdós habla por sí misma y pronto veremos cómo esa huella se expandirá a la sociedad abriendo sus puertas al colaboracionismo y a la participación coral de los estudios galdosianos.

**Dra. Rosa Amor del Olmo**  
**Directora y Editora**  
**Universidad A. Nebrija**  
**U. Francisco de Vitoria**



**Realidad. Adaptación libre de la obra de Benito Pérez Galdós para cuatro ó cinco personajes**

**Manuel Canseco  
Director de escena**

PERSONAJES            ACTORES

AUGUSTA. LEONOR, (La Peri). OROZCO. FEDERICO VIERA.  
CLOTILDITA (Opcional)

La acción es en Madrid y contemporánea a los tiempos de D. Benito.

Acto I

Sala en casa de OROZCO, decorada y amueblada con elegancia y lujo. En el foro dos grandes puertas. La de la derecha conduce al billar. La de la izquierda comunica con el salón. Entre estas dos puertas, chimenea o un mueble de lujo. En ambas estancias se oye murmullo desenfadado de esas reuniones de sociedad propias de la época. En el lienzo lateral de la derecha, dos puertas: una conduce al despacho de OROZCO; la más próxima al público, a la alcoba. En el lienzo de la izquierda, una puerta, por donde entran los que vienen de fuera de la casa, y un balcón. Las dos puertas del fondo se cierran (cuando la acción lo indique) con vidrieras. A la izquierda, cerca del espectador, una mesa con una planta viva, libros, lámpara de bronce, retratos y recado de escribir. Es de noche.

Escena I

OROZCO, FEDERICO y AUGUSTA

OROZCO.- (Confidencial a Augusta) Vengo del salón ahogado por tanto sahumero estúpido, te digo que son los mayores majaderos que conozco. Jacinto, con su adulación me da náuseas. Y, ese Aguado maldito, es tan tonto, pero tan tonto, que merece que creamos las perrerías que decían de él cuando volvió de Cuba.

AUGUSTA.- ¿Por qué? ¿Porque comentan que, sin tu auxilio, el correccional de jóvenes delincuentes no se construiría nunca?

OROZCO.- Habladurías. He contribuido a esta obra benéfica en la misma proporción que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la Junta.



AUGUSTA.- Pero la Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado, faltan fondos para pagar los jornales de la semana y...

Pues no hay que apurarse, porque el buen Orozco tira del talonario...

OROZCO.- (Risueño y calmoso.) ¡Pues estaría yo lucido! No, esas generosidades caen ya dentro del campo de la tontería, y francamente, yo aspiro a que se tenga mejor idea de mí. El atribuir a cualquiera méritos que no posee, y que por lo disparatados no deben de lisonjear a nadie, constituye una especie de calumnia; sí, no te rías, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, tampoco debe contarse entre las virtudes.

Ahí les he dejado entretenidos y entusiasmados con lo del crimen

AUGUSTA.- Pues hoy creo que puede ser divertido. Esta noche tenemos a Teresa Trujillo de remate...

OROZCO.- ¿Con lo el crimen? Vamos que a ti también te gusta esa comidilla.

Gracias, no me divierte.

AUGUSTA.- Graciosísima. Empeñada en que es verdad todo lo que cuentan los periódicos. No hay quien la sufra. Que el crimen es más hondo de lo que parece, y que están complicados dos ministros, y que la justicia...y los jueces...y el perrito y la mano que asomaba por la ventana de enfrente, y los dos hombres que entraron a las doce del día, y qué se yo...

AUGUSTA; FEDERICO VIERA. Hablan en ocasiones teniendo en cuenta que hay más gente en los salones posteriores. De fondo rumor de conversaciones de intensidad variable según convenga. OROZCO, marido de Augusta va y viene atendiendo a los supuestos visitantes que allí están.

AUGUSTA.- (Aparte, viéndole entrar.) (¡Ah!... ya está ahí. No sé si podré disimular... cara mía, cuidado...)

OROZCO.- (Saludándole.) Hola, Federiquín... Gracias a Dios.

AUGUSTA.- (Alargándole la mano.) ¡Cuánto tiempo!... ¿Ha estado usted malo? FEDERICO.- Un poco.

AUGUSTA.- Pues no se le conoce en la cara.

Si trae noticias patibularias, fresquecitas, pase dentro, a la sección de lo criminal que preside la condesa de Trujillo.

FEDERICO.- Ya la he visto al pasar. A la condesa le falta poco para traerse el verdugo en el bolsillo.

Pues yo sostengo que es un crimen vulgar, adocenado, un crimen de pacotilla, y que no hay personajes encubridores, ni misterios de folletín.

AUGUSTA.- Pues Infante quiere presentarnos los hechos arregladitos a un patrón de conveniencias curialescas.

Claro, hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su poquito de ministerialismo. A Infante le parece absurdo mezclar en asuntos tan bajos a personas respetables.



OROZCO.- ¿Quién podrá afirmar ni negar nada? Yo digo que si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren a la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos que nunca se ven, así como en el interior de las rocas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. En cuestión de enigmas sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone, pero tampoco lo niego sistemáticamente.

AUGUSTA.- Yo no soy sistemática. Pero me inclino comúnmente a admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que es la gran inventora, la maestra siempre fecunda y original siempre. Rechazo todo lo que me presentan ajustado a patrón, todo lo que solemos llamar razonable para ocultar la simpleza que encierra. ¡Ay!, los que se empeñan en amanerar la vida no lo pueden conseguir. Ella no se deja, ¿qué se ha de dejar? Mi primo, Infante, empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la corteza oficial o pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y engañarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo de extraordinario y anormal. Sería ridículo y hasta deshonroso para la humanidad que los delitos fuesen siempre a gusto de los jueces.

OROZCO.- Mi mujer tiene razón. Convengamos en que lo extraordinario y misterioso, no por inverosímil deja de ser verdadero alguna vez.

FEDERICO.- Tiene razón Augusta. Convengamos en que la realidad es fecunda, original, en que el artificio que resulta de las conveniencias políticas y judiciales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema a lo novelesco, ni por huir de un amaneramiento caigamos en otro, amiga mía. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias inesperadas, lances y sorpresas terribles; y es tontería echarnos a buscar el interés febricitante, cuando quizás lo tenemos latente a nuestro lado, aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos a la cara.

AUGUSTA.- Conforme. Pero yo no busco el interés febricitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso. Tan alta idea tengo de la realidad... como artista. He dicho.

FEDERICO.- Tiene usted toda la sal de Dios.

AUGUSTA.- (Aparte.) ¡Qué zalamerito viene esta noche...! (Alto.) Tilín, tilín, se suspende esta discusión.

OROZCO.- Dispénsenme la diplomacia. Me retiro. No me siento bien. (Mirando al salón. Aparte a AUGUSTA.)

Paréceme que la condesa también quiere marcharse. No la entretengas.

AUGUSTA.- Voy enseguida...

OROZCO.- (Se acerca a la puerta del salón saludando a todos.) Abur, hasta mañana. Ya sé que es temprano para vosotros, perdidos. Aún podéis matar un rato en el billar.

(AUGUSTA se dirige al salón; pero retrocede al ver a FEDERICO solo en escena.)



AUGUSTA.- (Airada, recelosa, bajando la voz.) Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FEDERICO.- ¡Yo! ¿Por qué? (Va hacia la puerta del salón, atisba y vuelve.) También yo deseaba que estuviésemos solos para decirte...

AUGUSTA.- No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FEDERICO.- Por culpa tuya.

AUGUSTA.- ¡No, tuya, tuya! No sé qué tienes en esos ojos... la traición, la mentira y el cinismo. (Muy agitada.) Me voy acostumbrando a la idea de que huyes de mí, atraído por personas indignas, que no quiero ni debo nombrar.

FEDERICO.- ¡Qué desvarío! ¿Te espero mañana?

AUGUSTA.- No, (Con energía.) no vuelvo más; no, no me mereces.

FEDERICO.- Ya lo sé. ¡Pero tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno! ¿Irás?

AUGUSTA.- No quiero. Bien claro te lo digo.

FEDERICO.- Te espero, ¿sí o no?

AUGUSTA.- He dicho que no... (Aturdida.) ¡Lo pensaré! No, no, y mil veces no. Si fuese, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FEDERICO.- Pues para eso vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiramos los trastos a la cabeza.

AUGUSTA.- Cállate... Pueden oír. (Con miedo.) Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no, no, no.

FEDERICO.- Pero...

AUGUSTA.- Basta... cállate... Adiós... (Dirígese al salón.)

(Apaga las luces, dejando sólo una. Ante esa insinuación de despedida, Federico se encoge de hombros y hace mutis.

AUGUSTA despide dentro a los supuestos invitados.)

Escena II

OROZCO sale de su despacho, sin traje de etiqueta.

OROZCO.- (Para sí) Ya se van... Gracias a Dios. La sociedad me cansa más cada día.

(Se sienta en el sillón y apoya la frente en la palma de la mano.)

AUGUSTA.- (Viniendo del salón.) Gracias a Dios que se fueron. Deseo estar sola.

(Reparando en OROZCO.) ¡Ah! ¿Estás ahí?, ¿duermes?

OROZCO.- No.

AUGUSTA.- ¿Por qué no te acuestas?

OROZCO.- No dormiré.

AUGUSTA.- Padeces de insomnio. Tomás, tú no estás bien. Es preciso que te cuides y pongas orden en ese cerebro. Cavilas demasiado, te fijas más de lo conveniente en asuntos que no debieran interesarte en tanto grado.

OROZCO.- Pues mis desvelos deben de ser contagiosos, porque tú también estas últimas noches estuviste muy despabilada.



AUGUSTA.- Es que cuando te siento despierto, no puedo dormir. No creas; a mí no me importa. Resisto perfectamente los largos insomnios. Este cerebro mío, creo yo que es de piedra.

OROZCO.- ¡Qué dicha!

AUGUSTA.- Lo que a ti te pasa bien lo sé yo. Eres una alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior. Pero como no tienes que luchar por la existencia, porque todos los problemas del vivir te los han dado resueltos, resulta que tus grandes energías están sin uso, y para que no se te pudran dentro, las aplicas a cualquier objeto. Ya te afanas por corregir a los criminales precoces; ya te interesas por las niñas abandonadas como si fueran tuyas, o bien das en proteger a ingratos, en salvar de la miseria a los que se arruinaron por informales o tramposos... No, no, yo no te censuro que seas caritativo. Pero todo tiene su límite y su medida, hasta la bondad.

OROZCO.- Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. ¿Y si yo te dijera que cumplo muy mal los deberes que me impone mi posición? Cree que algunas noches me quita el sueño la conciencia turbada, intranquila.

AUGUSTA.- (Sorprendida.) ¡Tú... con la conciencia turbada; tú, el hombre mejor del mundo! Tomás, positivamente no estás bueno. (Con cariño.) Hijo mío, acuéstate y descansa. Si la conciencia te quita el sueño a ti, a ti, que eres tan bueno, ¿quién, dímelo, quién dormirá en este mundo?

(Pasa a la alcoba.)

OROZCO.- (Levantándose.) Bueno; ¡te obedeceré! (Vacila; se vuelve a sentar.) No, no me acuesto. Mejor estoy aquí. ¡Qué dulce soledad! Aquí, solo, dentro del círculo de mis pensamientos, apartado de la sociedad; examino mis ideas, peso mis acciones... ¡Oh!, no estoy satisfecho de mí, ni mucho menos... ¡Y esos necios creen...! Poco, muy poco he hecho para aliviar el mal humano... ¡He de hacer más, mucho más...! ¡Hay que seguir, hay que avanzar, avanzar siempre... hasta descubrir la fuente eterna, aunque no podamos beber en ella más que algunas gotas que nos salpican a la cara!... (Levántase.) ¡Cuán larga y compleja la humana labor!, ¡y el tiempo (Mirando el reloj.) con qué traidora sencillez se escurre, se va, se pierde...! No, no, aunque mi mujer me riña, no me acuesto sin trabajar un poco. (Pasa al despacho.)

(Augusta aparece por la puerta de la alcoba, en traje de noche, con una luz en la mano.)

AUGUSTA.- Escribiré aquí... Cuatro palabras no más... (Reparando en la luz del despacho.) ¡Ah!, está allí... (Le observa desde la escena.) Hace un instante, hablaba de conciencia intranquila. Este hombre sin par no sabe lo que es vivir con los pies sobre la tierra. Él los tiene en las nubes, como los bienaventurados que vemos en los techos de las iglesias.

No sé qué me pasa. Esta inquietud mía ¿qué es? Los remordimientos se confunden en mí con el temor de no ser amada. Más que el delito, me espanta la idea de una rivalidad humillante. ¡Conciencia extraña la mía! No conozco el remordimiento, sino cuando me lo traen los celos, y sólo cuando éstos me



abrasan, reconozco y declaro que no soy buena... Lo que yo quisiera sería poder confiar a alguien este secreto que me abrume. Sí, aunque absurdo parezca, siento impulsos de abrir mi corazón delante de este hombre sin par, y contarle... confesar, sí, por consuelo y alivio del alma, no por renegar de mi error y prometer la enmienda. No: sé que no tendré fuerzas para enmendarme de verdad, ni hipocresía para parecerlo.

¡Pero qué absurdos pienso! ¡Confesarme a Tomás!... Paréceme que tengo fiebre. (Se toca la frente, se toma el pulso.) A estas horas, el insomnio y las cavilaciones me llevan a una verdadera locura. Como que a veces dudo si duermo o estoy despierta. ¡Dios mío!, ¿seré yo sonámbula? (Con terror.) ¿Incurriré en la tontería de contarle...? (Levántase.) No, despierta estoy... (Se pellizca los brazos.) y bien despierta.

OROZCO.- (En la puerta del despacho.) ¿Pero estás aquí? Me has asustado.

AUGUSTA.- Cuando me acostaba, creí sentirte inquieto y... ¿Por qué trabajas tan tarde?

OROZCO.- Tengo la cabeza tan despejada como a las doce del día.

Francamente, no veo la necesidad de dormir toda la noche.

AUGUSTA.- Tu robusta naturaleza te engaña, querido. Imposible vivir así. Eres bueno, y por ser mejor te estás dando muy malos ratos. Es hasta un rasgo de soberbia el pretender salirse de la imperfección humana...

¡Ay, tengo miedo a la exaltación de tu cerebro! ¿Por qué no duermes?

OROZCO.- Descansa tú y déjame a mí.

AUGUSTA.- Si yo tampoco siento necesidad de dormir.

OROZCO.- Esta noche, sobre las mil cosas que en mi cabeza traigo, me intranquiliza la carta que recibí hoy de Joaquín Viera, el padre de Federico.

AUGUSTA.- (Con viveza.) ¿Sí?, ¿y qué es?

OROZCO.- Me dice que llegará aquí del 26 al 28, y que viene a tratar conmigo de un asunto de intereses.

AUGUSTA.- Sablazo seguro. Por amor de Dios, Tomás... ponte en guardia.

OROZCO.- No caigo en qué podrá ser. Dejémosle venir.

AUGUSTA.- ¡Qué infame! No se parece nada a su hijo, que, aunque mala cabeza y desordenado, tiene un fondo de caballerosidad que...

OROZCO.- Es verdad. Tan noblote y simpático es el hijo como trapalón el papá.

AUGUSTA.- Mucho cuidado con ese petardista, Tomás. Ponle mala cara cuando le recibas.

OROZCO.- ¿Pero qué lío traerá ese hombre? Como si lo viera, me presentará algún antiguo y olvidado crédito de la Humanitaria. ¡Pero si por mi cuenta, no hay ninguno que no esté satisfecho!...

AUGUSTA.- ¡Ay!, esa maldita sociedad ha dejado tras sí un rastro vergonzoso.



OROZCO.- Yo no soy responsable; pero disfruto del capital amasado con aquel negocio, en que trabajaron juntos mi padre (que Dios perdone) y este Joaquín Viera. No juzgo lo que hicieron. Después Joaquín, arruinado, huye al extranjero, y se dedica al chantaje y a mil trapisondas... Veremos con qué enredo se descuelga ahora... ¿Crees tú que...?

AUGUSTA.- No sé... No entiendo...

OROZCO.- (Muy inquieto.) No tengo sosiego hasta ver... (Levántase.) Examinaré el expediente de la Humanitaria.

AUGUSTA.- ¡Por Dios!, ¡ahora!...

OROZCO.- No puedo contenerme. Yo soy así. El llanto sobre el difunto. Pronto saldré de dudas.

(Pasa al despacho, cuya claridad debe verse desde la escena. En ésta no hay más luz que la del quinqué que ha traído AUGUSTA.)

Escena III

AUGUSTA.- ¡Dios mío!, ¡qué hombre! Los dos padecemos insomnio, ¡pero por cuán distintos motivos! A mí me desvela en el pecado, a él la perfección... (Observándole desde el centro de la escena.) Ahora saca un legajo... lo desata... lo examina... Lee... Aprovechemos este instante. (Dirígese a la mesa en que hay papel y tintero.) Necesito que Federico me pida perdón, que desvanezca este enojo, esta pena... No puedo soportar su amistad con esa mujer indigna. Y no le vale decirme que sus visitas son inocentes... Esta noche me propuso que nos viéramos mañana. ¡Y yo, tonta, respondí que no! ¡Tenemos a veces unos arranques de dignidad tan ridículos! Nada, nada; le citaré. (Escribe rápidamente.) «Aunque no lo mereces, necesito oír tus descargos, y acudiré a la hora de costumbre. Si tardas, te arañó». No, no; esto es humillante. (Rasga el papel, lo arruga, y al arrojarlo al suelo titubea, y al fin se lo guarda en el seno.) Escribiré otra. Principiaré muy incomodada, y con pocas ganas de perdonar. Él es quien debe humillarse. Coquetaremos. (Escribe.) «Amigo mío, es preciso que esto concluya, y que tratemos formalmente de nuestra separación definitiva». Esto, magnífico. ¡Oh!, no, no. Debo tratarle a la baqueta, vituperarle por su amistad con ésa... ¡Maldita Peri, aborto del infierno! Esto no sirve. (Rompe la carta y se guarda los pedazos arrugados en el seno. Escribe otra vez.) «Imposible perdonarte tus visitas a esa mujerzuela. No vuelvas a presentarte delante de mí, si no me juras...». Eso, que jure, que se fastidie... No, no; tampoco ésta sirve. ¡Qué tonta estoy! Conviene mucha suavidad... ternura... Si no, puede que su orgullo se alborote, y... No. (Guarda en el seno los restos de la tercera carta, y empieza otra.) «Eres un ingrato, y correspondes mal al inmenso cariño... Es menester que hablemos pronto... Mañana, ya sabes la hora...». Al fin acerté. Ésta va bien. (Cierra la carta, y escrito el sobre, la guarda en el seno. Levántase.) ¡Tedio inmenso de esta vida, vendo mi alma por combatirte...! (Como sosteniendo una lucha.) No puedo, no puedo ser de otra manera. Mañana romperé otra vez la regularidad enervante de esta vida; mañana probaré lo misterioso y desconocido, la miel



del secreto que nos compensa de tanta insipidez... (Desde el centro de la escena, mirando hacia el interior del despacho.) Hombre sin tacha, tus tachas son como una comedia que compones y representas para engañar el fastidio de esta normalidad que nos convierte la vida en un Limbo sin pena ni gloria. El bien o el mal, esos dos guerreros que nunca concluyen de batirse, ni de vencerse, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En ti no hay más que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo si debo desearla... (Con arranque.) Pero lo que yo digo: los santos, estarían mejor en el cielo. La tierra, dejámosla a nosotros, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor... Los puros, que se vayan al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece

#### Escena IV

(Entra OROZCO. Con la lámpara en una mano, y varios papeles en otra.)

OROZCO.- ¿Aquí todavía? AUGUSTA.- Me iba ya.

OROZCO.- Aguarda un poco. Hace tanto calor en ese despacho, que vengo a trabajar aquí. Me han puesto la chimenea que parece un infierno.

AUGUSTA.- ¡Trabajar...!, ¡tan tarde...! OROZCO.- Sí, tengo que escribir unas cartas...

AUGUSTA.- ¿Qué es esto? (Viendo el legajo que OROZCO deja sobre la mesa.) ¿El expediente de la Humanitaria?

OROZCO.- Sí... y por más vueltas que le doy, no puedo encontrar el dato que busco. No descubro ningún crédito pendiente... (Se sienta.) Además, traigo aquí otro asunto que quiero estudiar... y consultarte.

AUGUSTA.- ¿A mí?

OROZCO.- Asunto por el que mostraste gran interés. ¿No te acuerdas? Aquel proyecto de institución para criar y educar niñas desvalidas. Tú me dijiste que te gustaría dedicar a esta obra benéfica todo el cariño, todo el interés, toda la atención correspondientes a los hijos que no hemos tenido.

AUGUSTA.- Es cierto; lo dije.

OROZCO.- Obra hermosa en verdad. Mira. (Dándole un papel.) Éste es el plan primitivo ideado por mí, y que a ti te pareció demasiado amplio. Este otro (Dándole otro papel.) es un borrón tuyo, modificando mi plan... Lee la nota que le puse. Verás que si yo pequé de atrevido, tú empequeñeces demasiado la institución. Examínalo todo, y proponme una solución intermedia más práctica que mi proyecto y menos meticulosa que el tuyo.

AUGUSTA.- (Con hastío.) Bien. (Guarda los papeles en el bolsillo.)

OROZCO.- (Mirándola sorprendido.) ¿Pero qué tienes, vida mía? Noto en ti cierta agitación.

AUGUSTA.- Me has contagiado. No sé qué hay en mi cerebro. Pásame una cosa muy extraña.



OROZCO.- ¿A ver?

AUGUSTA.- Estas noches... se me figura que cuando duermo estoy despierta, y que cuando estoy despierta, duermo. ¡Qué desatino! Ahora mismo, imaginaba que entré aquí, no sé a qué hora, y que te hablé.

OROZCO.- (Riendo.) ¿Dormida?

AUGUSTA.- Sí... y que te dije muchas cosas, de un modo inconsciente... como si fuera yo una máquina de hablar.

OROZCO.- ¿Y qué me dijiste?

AUGUSTA.- Cosas... de esas que no se dicen nunca... no sé... Sácame de dudas.

¿Es cierto que te hablé?

OROZCO.- No. (Recordando.) ¡Ah!, sí, anoche en este mismo sitio, ya un poco tarde, entraste y hablamos...

AUGUSTA.- ¿Y qué te dije?

OROZCO.- Algo que me sorprendió... sí.

AUGUSTA.- (Con gran curiosidad.) ¡Repítelo, por Dios!

OROZCO.- Me dijiste... a ver si recuerdo. ¡Ah!, contestando a no sé qué expresión mía, dijiste: «Declaro que hay en mi espíritu una tendencia irresistible a prendarme de todo lo que no es común ni regular».

AUGUSTA.- Ya... sí.

OROZCO.- Dijiste además «tengo antipatía al orden pacífico del vivir, a la corrección, a esto mismo que llamamos comodidades. Esto de hacer un día y otro las mismas cosas, el tenerlo todo previsto, el encontrar todo a punto, me entristece, me fatiga. Bendito sea lo inesperado, porque a ello debemos los pocos goces de la existencia».

AUGUSTA.- (Riendo.) Sí, sí. Y que me entristecía tener asegurados y distribuidos los afectos como las rentas... ya, ya recuerdo, me quejaba de este inmenso hastío de la buena posición, de este compás social, de esta educación puritana y meticulosa que nos desfigura el alma, como el maldito corsé nos desfigura el cuerpo.

OROZCO.- Justamente. Te contesté lo que me pareció y...

AUGUSTA.- ¿Y no te dije nada más?

OROZCO.- Creo que no.

AUGUSTA.- ¿Estás seguro?

OROZCO.- No recuerdo...

AUGUSTA.- Pues bien despierta estaba cuando te lo dije.

OROZCO.- Si tienes algo más que decirme, ahora...

AUGUSTA.- No, no... Es que... No hagas caso.

OROZCO.- Retírate ya.

AUGUSTA.- ¿Y tú?

OROZCO.- Velaré un poco más. (La abraza.) Vete a descansar.

AUGUSTA.- No trabajes, por Dios... tan tarde...



OROZCO.- Pero, hija, ¿qué es esto? (Tocándola el seno al abrazarla.)  
Tienes el pecho lleno de papeles...

AUGUSTA.- (Turbada.) No... ¿qué?... ¿papeles?...

OROZCO.- Sí...

AUGUSTA.- (Con una idea feliz.) ¡Ah!... sí... lo que me has dado eso de la fundación.

OROZCO.- Ya... (Vacilando.) Pero... (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

AUGUSTA.- ¿Pero qué?, ¿dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

OROZCO.- (Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.) A dormir.

AUGUSTA.- ¡A esperar! (Vase.)

## Acto II

Gabinete lujoso en casa de la Peri. Es de día.

### Escena I

FEDERICO, que habla a veces para si y otras se comunica francamente con el público. La luz empieza concentrada en él y luego, a la entrada del otro personaje se amplia para hacer ver el decorado, que ha podido ir cambiándose en penumbra a vista del público.

FEDERICO.- (Francamente al público) Hoy es para mí un día nefasto, con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema, ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico, discurro lo que debo hacer... y hecho. Obro por inspiración. En presencia del enemigo que me acosa, siento en mí algo del genio militar, y me descuelgo súbitamente con una combinación rápida y salvadora.

Infante desea que me sincere con él y ayudarme, pero los favores de cierta clase se pagan con el aborrecimiento. Cada cual es como Dios le ha hecho. Cuando un hombre padece ataques más o menos agudos de esa terrible enfermedad que se llama insolvencia, si quiere conservar los amigos, lo primero que tiene que hacer es no deberles nada. Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio cuando me estoy ahogando. En fin, punto final.

(Para sí) Sí ya sé que es posible que el orgullo acabe conmigo.

Saldremos de esto... sí. Tengo fe en la Providencia. Mas... ¡Qué día, qué día!

(Al público.) ¡Mentira parece que tantos y tan diferentes males quepan dentro del término breve de unas cuantas horas! Porque a las dificultades de cierto género, pasajeras, sí, y de poca importancia, debo añadir hoy...

Permítanme que lo cuente y juzguen ustedes...



Frente por frente a mi puerta hay un letrero que dice: Santana. Géneros del Reino y extranjeros, es decir... (con aire despectivo) Una tienda de ultramarinos. Más arriba del letrero, hay dos ventanas y allí tiene su escritorio ese animal. El tendero. El cual es tío de un sobrino... y éste, el sobrino... hortera de unos veinte años, guapín, sentimental, con el romanticismo dulzón de una libra de pasas convertida en persona, tiene el atrevimiento de hacerle guiños a mi hermana Clotilde.

Y no es eso lo peor... lo terrible, es que Clotilde se deja querer de semejante aborto... Ayer lo descubrí, y me volé. ¡Escena terrible en mi casa! Tengo que hacer un escarmiento en esas mujeronas que me sirven...

Dirán ustedes que mi hermana no vive en la esfera social que le corresponde. Que está en la edad crítica del amor. Que no ve a nadie... ha visto a ese chico y...

(Irritándose.) ¡Pero vamos!. ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo semejante! Quite allá. Soy un botarate, un vicioso; pero hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámenlo soberbia si les parece mejor. Pero no tolero que un vendedor de aceitunas ponga los ojos en Clotilde, y me resigno menos a que ella guste de semejante zascandil...

Anoche, a la hora en que nos recogemos los madrugadores, es decir, los que nos acostamos de madrugada. Anoche... aún me dura el coraje, la excitación que el caso me produjo... al retirarme a casa, sorprendí al tipo ése, que furtivamente abría la puerta de la calle para salir... Le agarré del pescuezo... Y crean que si el sereno no me le quita de las manos, allí acaban sus atrevimientos y la mengua de mi nombre y de mi casa.

(Parece reflexionar por un momento) Ya sé que por mi culpa ella no está en condiciones de elegir. ¡Malditas circunstancias! Sólo sirven de tapadera infame para cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero... ¡qué remedio!

(Al público.) Aunque me llamen extravagante, les diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. No soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Me repugna admitir ciertas ideas muy en boga. Eso que en lenguaje político se llama pueblo, yo lo detesto,

¡qué quieren que les diga!, y no creo que con la gente de baja extracción, vayan las sociedades a nada grande, hermoso, ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula; lo heredé de mi madre... Créanlo; eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera, ¡Dios nos asista!

En cuanto a mi hermana... Prefiero verla muerta.

Pero es que aún hay más. Hoy, poco antes de salir de casa, recibí una carta de mi padre, anunciándome que llega mañana a Madrid.

Es mi padre, y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva... Pero es hartos sabido que nunca viene a Madrid sino es para negocios y combinaciones



que a mí me desagradan, me lastiman... Háganse idea: Por ahí suelen llamarle el cometa...

Reconózcانme que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol.

## Escena II

(Entra LEONOR presurosa por la derecha, abrochándose la bata.)

LEONOR.- ¡Hola, mico! Dispensa el plantón.

Hay que echarte memoriales para verte. ¿Cómo estás? ¿A ver esa carátula? ¿Palidez tenemos, y ojos tristes?... ¡Ay, ay! ¡Pobrecito de mi alma! (Se sienta en un sofá.)

FEDERICO.- ¿Y tú, qué tal?

LEONOR.- Ya lo ves: vendiendo vidas. ¿Recibiste mi papel?

FEDERICO.- Claro que lo he recibido, pues aquí estoy.

LEONOR.- Pues te llamé... Verás... Supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tiene armada para hoy ese pillo. Me entraron ganas de echar un capote por ti, como tú lo has echado por mí, cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FEDERICO.- Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante ti el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEONOR.- Es que yo soy tu amiga... de la entraña, y los demás lo son de aquí. (Tocando la punta de la lengua.) Estoy contenta: esta mañana te eché las cartas, y en ellas vi que saldrías bien del soponcio.

FEDERICO.- ¡Qué célebre! (Riendo.) ¿Y qué te dijo el naipe?

LEONOR.- Primero salió disgusto grande... ya sabes, el siete de espadas, en un corto camino, cuervo y pensamiento de un hombre moreno. La cosa era bien clara.

FEDERICO.- Clarísima; ya lo creo.

LEONOR.- No lo tomes a broma. Pues encendidas las velitas y dichas las santas oraciones, eché lo que ha de venir; y ¿qué creerás que salió? Pues recelo por la mañana, el caballo de bastos, que eres tú...

FEDERICO.- Yo soy...

LEONOR.- Salió después la mujer de buen color... que soy yo... y, por fin, el tres de oros... ¿Sabes tú lo que significa el tres de oros?

FEDERICO.- Debe de significar una cosa muy buena... Pero vamos al grano, Leonorilla, que no hay tiempo que perder. ¿Tienes...?

LEONOR.- ¿Vil metal?, eso que el marqués llama el nervio de las naciones? No, hijo mío; estoy como el Gobierno. No tengo una peseta.

FEDERICO.- Entonces... ¿a qué me has llamado? Yo creí que nadabas en la abundancia.



LEONOR.- No, mico, yo no nado... en nada. Pero tampoco me ahogo en poca agua.

FEDERICO.- Expílicate.

LEONOR.- En fin, muy poco tengo disponible; pero... dinero hay.

FEDERICO.- ¿Dónde?

LEONOR.- Qué sé yo... por ahí... en cualquier parte. Y habiéndolo, lo traeremos acá. Para no cansarte, haré lo que el Gobierno, piznorar. ¿No se dice así? Tengo alhajas, y buenas. Mira, tonto, la sota de espadas junto al tres de oros quiere decir que la mujercita de buen color se atufa, trinca sus joyas, y se va con ellas a casa de Peñíscola. ¿Te parece bien?

FEDERICO.- Paréceme atroz, y lo acepto por la terrible ley de la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiese. ¡Qué extrañas relaciones éstas! No somos amantes, lo fuimos. Somos amigos tan solo; pero esta amistad nuestra es un fenómeno psicológico que... ¿Sabes lo que es psicológico?

LEONOR.- Pis... pis... (Sin poder pronunciarlo.)

FEDERICO.- Quiere decir del alma, un fenómeno...

LEONOR.- Mira. (Con ademán de pegarle.) Haz el favor de no llamarme a mí fenómeno... ni tampoco a nuestra amistad.

FEDERICO.- Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de ti, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicármelo. ¿Qué significa esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizás en nuestra degradación? Yo envilecido, tú también; nos entendemos en secreto. Tal vez si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror... Y yo me pregunto: esta amistad nuestra, ¿no es de la mejor ley? ¿No habrá en ella, escarbando mucho, algo a que pueda darse el nombre de virtud? No... ¡qué desvarío!... no puede ser.

LEONOR.- No te devanes los sesos por encontrar el nombre de estas cosas...

Son cosas, bien claro está... ¡cosas de la vida! ¡Cosas!

FEDERICO.- Eso... cosas. ¡Qué confusión! ¿Seremos tú y yo tan malos como parecemos?

LEONOR.- ¿Quieres callarte?

FEDERICO.- No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida.

LEONOR.- Justo, como yo a ti ahora. En fin, bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales, siempre tiro hacia ti, como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila; y si oigo decir que caes enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste, del otro y del de más allá; poco me importa engañar cien veces al que más me entusiasma, y encajarle un sin fin de mentiras. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad.



FEDERICO.- (Aparte.) Sí, sí; en cuestión de amores, ella rueda por su lado, yo por el mío, y venimos a juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mi alma un gran consuelo.

LEONOR.- (Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.) ¿En qué piensas, monín?

FEDERICO.- En algo que a mí me pasa.

LEONOR.- ¿Amores? ¡Ah!, pizpireto, no me lo niegues. Como no tenemos lío, puedes contarme tus penitas. Dime, ¿a qué señora engañas ahora, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FEDERICO.- Pues... algo hay. Pero la confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre no esperes que te lo diga.

LEONOR.- Bueno: guárdatelo. No le vaya a dar el aire. ¿La quieres mucho?

FEDERICO.- Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, muy superior a lo que yo merezco... Pero...

LEONOR.- Pero... el perito ese quiere decir que no te entusiasma.

FEDERICO.- Despierta en mí ilusión de amor. Pero no sé qué barrera, qué zanja infranqueable me separa de esa mujer. Quizás sería mi felicidad si entre ella y yo pudiera existir esta confianza, esta sinceridad, este abandono mutuo de los secretos más penosos de la vida. Mi alma se divide... la parte que tengo aquí me vendría bien allá... para completar lo otro.

LEONOR.- ¿Y piensas llevártela, canallita? Pero no nos descuidemos, hijo mío.

FEDERICO.- Ya ves que te hablo de mis... cosas, como tú dices. Cuéntame las tuyas.

LEONOR.- ¡Ay!, ¡las mías!, son tan públicas, que en rigor, más que contarlas, debiera... desmentirlas, para figurarme que no son verdad.

(Suenan la campanilla de la puerta de entrada.)

LEONOR.- ¡Ay!, ¡ay! Apuesto que es Ojirris. ¡Ahora que quiero estar sola...! Le conozco en la manera de llamar. (Vuelve a sonar la campanilla.)

LEONOR.- (Se dirige hacia un lateral y habla hacia dentro) Lina, dile que se vaya y vuelva... No, no; dile que estoy en casa de mi prima, y le espero allá....

¡Pobrecito!

FEDERICO.- Dime... ¿Pero quién es... Ojirris?

LEONOR.- Perico, hombre, Perico el gaditano. Le llamo así porque bizca un poco del derecho.

FEDERICO.- Ya...

LEONOR.- Esto sí que es raro... Ya ves. El marqués loco por mí, y yo loca por ese mequetrefe. Es tonto, perdido, feo; y sin embargo, estoy loca por él. Lo que no quita que un día sí y otro también tengamos bronca. Ayer le tiré una bota a la cabeza, y le hice sangre en la frente. Después no tenía yo consuelo. Anoche, monos; pero luego tocamos a reconciliación.



FEDERICO.- ¡Qué misterio en los afectos humanos! ¡Y hay quien pretende reducirlos a reglas y encasillarlos como las muestras de una industria!

LEONOR.- Sí que es raro lo que a una le pasa. Mírame chiflada por ese gitano y sin maldita confianza en él. No le fiaría valor de una peseta, ni nada tocante a las cosas de formalidad. (Desenvolviendo el lío de las alhajas.) Niño, que es tarde. (Examinando algunas joyas.) ¡Mira qué collar! Me lo dio Pepito Trastamara.

FEDERICO.- (Abriendo un estuche.) ¡Ah!, los tornillos que yo te di.

LEONOR.- Sí, hace cuatro años. Eso es lo que más falta me hace a mí, tornillos...

¿Y este aderezo? Me lo dio Aguado cuando volvió de la Habana... En fin, (Escogiendo varios estuches.) me parece que habrá bastante con esto. El solitario, el aderezo, los tornillos, la mariposa de brillantes que fue de la marquesa de Tellería... Con esto...

FEDERICO.- ¿Crees que basta? No sabes la cantidad.

LEONOR.- Sí que la sé, tontín. Por una casualidad tuve noticias de este apurillo tuyo. Fui a ver a Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi Ojirris, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórrogas, y que si no recoges hoy el pagaré de trece mil pesetas, te echa al juez... Ahora a la calle, Leonor. (Dirígese a la puerta de la derecha y llama en voz baja.) Lina, tráeme el mantón, un pañuelo, zapatos. (Volviendo junto a FEDERICO.) Dime: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú a contarme tu compromiso, y a pedirme que echara el resto por sacarte?

FEDERICO.- (Después de vacilar.) Creo que sí.

LEONOR.- ¡Viva la confianza!

(Desaparece un momento entre bastidores para aparecer vestida con las cosas que pidió a la criada.

FEDERICO.- ¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna, que la regalaría si la tuviera. Ha arruinado a siete, que yo sepa, y a mí me comió lo que heredé de mi madre... ¡Pero qué gracioso desorden!

LEONOR.- Ya estoy. (Coge las alhajas que antes apartó.) Al instante vuelvo: no te muevas de aquí. Voy a casa de Valentín, el portal de enfrente: me dará en seguida la cantidad redonda, porque es hombre muy cristiano, muy fino y me considera. ¡Aire! (Sale rápidamente por el fondo.)

### Escena III

En escena FEDERICO.

FEDERICO.- (Paseándose por la escena.) Quiera Dios que salgamos bien. Esa Leonor...

¡pobrecilla! Sí, malo es esto, muy malo, pero no había otra solución. Y a todas éstas busco y revuelvo en mí, y mi orgullo no aparece. ¿En dónde se ha metido ese loco? Andará huido por los rincones y escondrijos del alma. Veo en mí dos hombres: el Federico Viera, que todo el mundo conoce, y este otro; éste.



(Señalándose.) ¿Cuál es el verdadero? (Parándose ante un espejo.) ¿El que veo, o el que no veo? Me trastorna esta duda. (Tratando de ordenar sus ideas.) ¿En qué consiste que, cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir a contárselo a... ésta? ¿Acaso le tengo amor? No, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad, sí; pero ¿qué amistad es ésta? ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra? (Herido por un recuerdo.) ¡Ah!, ya no me acordaba. A las cuatro, entrevista con Augusta. ¿Por qué, al recordarlo, brota en mi alma una chispa... ¿de qué diré?, de disgusto, de pena...? No puedo dudar que me interesa; y no obstante, algo daría yo porque se cansase de mí, y me propusiese el rompimiento. La amé y la seduje obedeciendo a estímulos oscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella ultrajé a ese hombre incomparable, a quien debo amistad, cariño, atenciones mil... ¿No es esto más villano que recibir auxilios de la Peri? Y sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizás dejarían de saludarme; por lo otro, me envidiarían. (Agitadísimo.) Lo indudable es que con unas y otras cosas, con el oprobio de mi hermana, con esta nueva aparición de mi padre, la vida se me está haciendo insoportable, pesadísima, (Se sienta fatigado.) y no puedo, no puedo ya cargar con ella.

Y, por si fuera poco, no me queda duda. Malibrán está enterado de mi relación con Augusta. Ya principia el rumor insidioso, traicionero, precursor de la difamación y del escándalo...

Escena IV

FEDERICO; LEONOR que viene de la calle.

LEONOR.- (Entrando presurosa.) Hecho todo. Venga un abrazo... en premio de mi... Iba a decir virtud... Pero no... son ¡cosas!

FEDERICO.- (Abrazándola.) Eso es... cosas.

LEONOR.- Aquí tienes... (Dándole billetes de Banco envueltos en el pañuelo de las alhajas.)

Vete corriendo a casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la geta, para que vea ese puerco que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y hombría de bien.

FEDERICO.- (Sin decidirse a tomar el dinero.) Parece mentira que...

LEONOR.- ¿Remilgos ahora, mico?

FEDERICO.- No... (Con efusión.) Eres... no sé.

(LEONOR le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEONOR.- Vete... ya vas espirando.

FEDERICO.- Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEONOR.- ¡Ah!, sí... yo también quería decirte...

FEDERICO.- Sé que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar a alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEONOR.- Nada, pamplinas...

FEDERICO.- Cuéntamelas.



LEONOR.- Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FEDERICO.- (Confuso.) ¿De qué?

LEONOR.- Del judío ese, que a estas horas estará pensando que no le pagas, y...

FEDERICO.- ¡Ah!, no sé cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEONOR.- Y si te descuidas...

FEDERICO.- Adiós, adiós. (Sale presuroso.)

LEONOR.- ¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

### Acto III

#### Escena I

La acción en casa de Federico. Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y a la izquierda. Puerta a la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre. Un sofá y butacas. Es de día.

AUGUSTA, luego FEDERICO.

AUGUSTA.- Yo creí encontrarle aquí (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco.

¡Qué calor! (Se quita el abrigo y sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca a la puntualidad... ¡Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid!... ¡Pobrecillo!, ¡sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve a mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... ¡Si habrá llegado su padre, el cometa!... No, no; decía la carta que del 26 al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase.) ¡Ah!... un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa...

¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea éste, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay!, no sé qué tiene el coche en que viene él, que hace más ruido que los demás... Gracias a Dios, ya estoy contenta... Ya sube... ¡Cómo tarda en abrir!

Entra FEDERICO.

FEDERICO.- Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUGUSTA.- ¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

FEDERICO.- No, mañana.

AUGUSTA.- Ya sé lo de tu hermana Clotildita. Me lo ha contado Manolo.

FEDERICO.- (Con disgusto.) No hablemos de eso.

AUGUSTA.- ¡Qué susto he pasado! Creí que no venías.

FEDERICO.- Por Dios. (Cariñoso.) ¿Cómo podías suponer...?

AUGUSTA.- Quita allá, embustero, farsante. A fe que estoy contenta de ti.

FEDERICO.- Esta mañana, cuando recibí tu carta, dije: «Paces tenemos».

AUGUSTA.- Perdón habrá, si sales bien del juicio oral a que voy a someterte. Vamos a ver, procesado, conteste usted. ¿En dónde ha estado



usted hoy? ¿Qué asunto, qué negocio le trae a usted estos días tan sobresaltado?

FEDERICO.- Pues nada, hija; asuntos, cosas mías que no pueden interesarte.

AUGUSTA.- ¡Que no me interesan! ¡Vaya unas herejías que echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías tú condenado a la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma. No, no debí escribirte hoy: ha sido una debilidad... Anoche no dormí pensando en tus traiciones.

FEDERICO.- Pero sepamos qué traiciones son éstas... No las conozco.

AUGUSTA.- Hazte el tontito. Esa mujer indigna... ¿Qué se te ha perdido a ti en su casa?

FEDERICO.- Vamos a ver... ¿quién te ha dicho...? ¿Acaso tu primo Manolo...?

AUGUSTA.- Manolo, por ser ministerial de todo, lo es hasta de ti, y siempre que te nombra te pone en las nubes. Quien me lo dijo añadió que ese trasto tiene gran influencia sobre ti.

FEDERICO.- ¡Qué disparate!

AUGUSTA.- Nada es disparate. El disparate no existe. Los hechos podrán ser o no ser; pero no es la mejor manera de negarlos el decir que son absurdos. Convénceme, pues, de otra manera.

FEDERICO.-¿Cómo?

AUGUSTA.- Queriéndome mucho, como yo me merezco, y probándomelo. Si me quieres a mí, no podrás querer a otra.

FEDERICO.- Pues eso, vida mía, más demostrado está que la redondez de la tierra, más que la atracción de los cuerpos, más que...

AUGUSTA.- (Riendo.) Basta... de matemáticas. Y ahora continúa el interrogatorio del procesado.

FEDERICO.- Basta de curia, digo yo: la detesto. ¡No te atormentes, querida mía! Si yo te quiero a ti sola, a ti; si por más que rebusque tu suspicacia, no verás en parte alguna... nada que pueda...

AUGUSTA.- Sigue... ¿Por qué se te traba la lengua? Porque sólo la verdad la pone expedita y corriente; y tú me engañas...

FEDERICO.- No por Dios. Podré tener... Yo te juro que no sé lo que es amor fuera de aquí. Lo demás, ¿qué te importa?

AUGUSTA.- ¿Pues no ha de importarme? El amor, si es de ley, ha de completarse con la compañía y el apoyo recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la limite, y con la comunidad de penas y goces... Una queja tengo de ti, y es que nunca has querido confiarme secretos penosos que te amargan la vida. ¿Dices que me quieres? Pruébamelo. ¿Cómo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que desgarran el tuyo. ¡Ay!, algunas de esas espinitas... verás qué pronto me las sacudo yo.

FEDERICO.- (Aparte.) Corazón inmenso, no merezco poseerte.

AUGUSTA.- Si me quieres de verdad, confíate a mí. Temes parecer indelicado, innoble. ¡Qué tontería! (Con veleidad graciosa.) Oye lo que se me ocurre. Gasta con todos ese orgullo, y suprimelo para mí. Tu delicadeza es mi enemiga, mi



rival, y tengo celos de ella. Le clavaría las uñas... Para que lo sepas todo: tu vida angustiosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. (Sonriendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevara sus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERICO.- (Estrechándole las manos.) ¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios. AUGUSTA.- Yo soy así. Estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERICO.- ¡Ah!, ya te cogí; contradicción; si eres como dices, ¿a qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUSTA.- Pues si hay contradicción, mejor. No retiro nada de lo dicho. Dame tu confianza. Destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERICO.- ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla perdería tu estimación?... Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Lo que de mí ignoras te seduce porque es misterio, porque es drama o novela para ti...

AUGUSTA.- (Con arranque.) ¡Pues fuera misterio... fuera lo novelesco y dramático!

¡Abajo el disparate que tanto me gusta! ¡Abajo el desequilibrio! ¿Que me contradigo? Bueno. ¿Que desmiento mi carácter? Mejor. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disimulada? Mejor. Este amor mío primero y último hace una revolución en mi naturaleza. ¿Qué significa esto? Es el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis de amor; el tránsito de la época legendaria a la época clásica. ¿Qué tal?

FEDERICO.- (Admirado.) Divino.

AUGUSTA.- Esto se llama erudición. Tontín, ¿no me comprendes?

FEDERICO.- Sí, sí.

AUGUSTA.- ¿Lo quieres más claro? Es preciso que nos volvamos muy prosaicos, muy caseros.

FEDERICO.- Te desvanece tu propia bondad. ¿Cómo puede ser eso de volvernos tú y yo muy caseros?

AUGUSTA.- Pues siendo.

FEDERICO.- ¿Con bienes comunes?...

AUGUSTA.- Sí, sí.

FEDERICO.- ¿Necesitaré traerte a la realidad? Olvidas...

AUGUSTA.- ¡Ah!, ya... tienes razón. (Con desaliento.) Para lo que te proponía, necesito libertad, y no la tengo. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que cabalgan en una escoba.

FEDERICO.- Vuelve a la realidad.

AUGUSTA.- Vuelvo... y en ella te digo que... con arte todo es posible. Óyeme: te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo Tomás, mi marido:



«Tengo un proyectillo para modificar la vida de ese pobre Federico, y librarle de la plaga de sus acreedores».

FEDERICO.- (Agitado.) No me hables de eso. ¡No sabes el daño que me causas!...

AUGUSTA.- Considera que no es él quien te favorece, sino yo.

FEDERICO.- No puedo considerar tal cosa: Querida mía, si me amas, impide los favores de ese hombre a quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble confianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.

AUGUSTA.- (Con gravedad, después de una pausa.) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quien le ultraja... no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas a mí.

FEDERICO.- ¡Yo... a ti!, ¡jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosidades tuyas o de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.

AUGUSTA.- ¿Es eso verdadera virtud o simplemente falta de valor? Bueno: déjame a mí el pecado entero, y coge para ti todos los escrúpulos. (Se levanta airada.)

FEDERICO.- Sosiégate... espera...

AUGUSTA.- Lo diré todo de una vez. Reconozco, como nadie, el mérito de mi marido. Sólo yo, que vivo a su lado, sé bien toda la extensión de su bondad. Me inspira un cariño acendrado y puro, admiración, veneración, no sé qué... Yo reverencio a Tomás... le rezaría... pero te amo a ti.

FEDERICO.- (Aparte.) Su valor es tan grande como su pasión. ¡Qué mujer!

AUGUSTA.- (Impaciente por no recibir respuesta.) ¿Será preciso que te lo repita? Él es un santo, y yo te quiero a ti. Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me paso la vida delante de estas dos verdades, mirándolas cara a cara.

FEDERICO.- Tu tesón me abruma.

AUGUSTA.- (Despechada.) Pero qué, ¿no tienes nada que contestarme?

FEDERICO.- Ten calma... escúchame. Si he nombrado a tu marido, tú tienes la culpa. Ni de él ni de ti admito favores de cierta clase; y si insistes en ello...

AUGUSTA.- ¿Qué? Dilo.

FEDERICO.- Lo comprendes sin que yo lo diga.

AUGUSTA.- Sí, lo comprendo (Con aflicción.) tú no me quieres, no me has querido nunca.

FEDERICO.- Por Dios, vida mía... ven acá. (Tratando de abrazarla.) Ten juicio... considera...

AUGUSTA.- Me perteneces, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. ¿Cómo he de soportar que vivas sujeto a mil humillaciones? No, no. Te someterás. Yo lo quiero, yo... lo haré.

FEDERICO.- (Exaltándose.) Pues si persistes en tu loca idea, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Tiempo ha que me siento minado



por una pena sorda y punzante... Cree que cuando entro en tu casa, y estrecho la mano de aquel hombre tan superior a mí, de tan elevado espíritu, de corazón grande y puro... no sé... no sé... Me creo el más abyecto de los hombres, y para adormecer mi conciencia, para acallarla por instantes tan sólo, necesito embriagarme, necesito un anestésico, vicios degradantes y oscuros, de esos en que la ansiedad ahoga el pensamiento Y acaba por matarlo... No puedo, no puedo más. Eres muy bella, discreta, graciosa, por mil razones interesante, y digna de ser amada... Pero ¿por qué no eres mujer de otro hombre...? Perdóname si te ofendí. No es mi ánimo ofenderte. Deseo tu felicidad. Pero quiero convencerte de que yo no puedo dártela... Augusta: tú no me conoces. Soy un perdido, un miserable. Huye, apártate de mí, si no quieres que te lleve a la perdición, al escándalo vergonzoso, peor que la muerte.

AUGUSTA.- ¡Huir de ti! (Llorando.) No puedo.

FEDERICO.- Me revelo a ti con absoluta ingenuidad. Soy ya bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUSTA.- ¡Farsa, comedia! Te rebajas, te humillas para conseguir de mí la separación que deseas.

FEDERICO.- ¡Ay, no me conoces! ¡Qué sabes tú! Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras.

AUGUSTA.- ¡Dejarte! Nunca. (Con brío.) Porque si fueras un presidiario te querría lo mismo.

FEDERICO.- ¡Corazón monstruoso, nada puedo contra ti! ¡Dispuesto estoy a seguirte, a dejarme arrastrar de tu locura, hasta donde quieras, hasta la condenación eterna... pero no me des nada... no quiero nada!

AUGUSTA.- ¡Hipocresía!... Si lo has de tomar al fin, ¿a qué tanto...?

FEDERICO.- ¡Que lo he de tomar!

AUGUSTA.- (Con terquedad.) Sí.

FEDERICO.- (Dominando un movimiento de ira.) Veo que los dos estamos dañados profundamente. Yo no puedo salvarme ya; tú sí. Estás a tiempo. Vuelve... allá, vuelve, y olvídate.

AUGUSTA.- (Altanera.) Basta. Esto no puede ser. Tu moral de última hora es ridícula, poco delicada, inconveniente. Tienes razón... (Con ira.) Eres un... No debo decirlo... Tú sentirás la injuria, y me agradecerás que la calle.

FEDERICO.- Sin oírla, sé que la merezco.

AUGUSTA.- Y como no está bien que yo trate con hombres indignos... me marchó... sí... (Nerviosa y trémula, se pone el abrigo.) No aguanto más... Esto se acabó...

FEDERICO.- (Aparte.) Se acaba... Mejor.

AUGUSTA.- (Aparte.) ¿Pero será capaz de dejarme marchar?

FEDERICO.- (Aparte, sentado y calmoso.) No se irá, no.

AUGUSTA.- (Furiosa, queriendo aparentar, desdén.) Bien, bien... pero no me marcharé sin decirte que te desprecio, que nunca te he querido... que...



FEDERICO.- Y yo te digo que te querré siempre (Con frialdad afectuosa.) , que serás para mí la mujer más digna de respeto...

AUGUSTA.- (Aparte.) ¡De respeto! Si me abofeteara, si me escupiera, no me ofendería como ahora me ofende.

FEDERICO.- Adiós.

(Va hacia la puerta, y echando de menos su manguito, vuelve a cogerlo. -)

AUGUSTA.- (Aparte.) ¿Pero me dejará marchar de veras? (Alto.) Adiós...

(Va hacia la puerta.)

FEDERICO.- Augusta.

AUGUSTA.- (Retrocediendo vivamente.) ¿Qué, hijo mío?... ¡Ah!, se me olvidaba también el pañuelo... (Lo coge.)

FEDERICO.- (Cariñoso, pero frío, sin moverse del asiento.) No te vayas enojada conmigo... no creas...

AUGUSTA.- ¿Enojada...?, no. (Aparte.) Me retiene, quiere retenerme... Pues ahora, golpe maestro... Me marcho resueltamente.

FEDERICO.- (Aparte.) No quiere irse. (Alto.) Ven acá. (Dando un paso hacia ella.) AUGUSTA.- (Aparte.) Aquí es la mía. (Alto.) Déjame. Adiós... (Sale resueltamente.)

FEDERICO.- No se va... volverá desde la puerta...

(Dirígese al fondo, y escucha.)

Pues sí... se va... baja la escalera... La conozco. Volverá mañana.

Acto IV

Escena I

Casa de OROZCO Y AUGUSTA. La misma decoración. Es de día.

OROZCO habla a su mujer que suponemos en el interior, para facilitar el cambio de AUGUSTA.

OROZCO.- Según Villalonga, Anoche o ayer tarde... No estoy bien enterado de la hora. Clotildita, harta ya de la tiranía de su hermano, y queriendo arrollar los obstáculos tradicionales que la separaban de su horterita, alzó bandera revolucionaria y abandonó la casa de Federico, llevando su ropita en un lío colgado del brazo... Me gusta el pronunciamiento.

AUGUSTA.- Viva la democracia. ¿Y a donde fue a parar con su cuerpo?

OROZCO.- Pues se fue solita, por su pie, a casa de tu primo, poniéndose bajo el amparo tutelar de Manolo, y de su tía Carlota. De modo que la tenemos de vecina.

AUGUSTA.- ¿Y Federico... intransigente... furioso...?

OROZCO.- Atroz, creo... Pero si mil veces le hemos dicho: «tráenos acá a tu hermana, y no te cuides más de ella». Pero su orgullo consideraba sin duda nuestra protección como una limosna humillante, y ya ves...

¡Bien merecido le está! Tanto quiijotismo viene a parar en que al fin hay que casar a la descendiente de los Vieras de Acuña con ese...

¿cómo se llama?

AUGUSTA.- Santanita... Pues ten por cierto que Federico no transige.



OROZCO.- Claro: pretendía sin duda que, viviendo su hermana como vive, le hubiera pedido su mano un Hohenzolleru o un Hapsburgo.

Dicen que es simpática como su hermano, y ninguno de los dos se parece al papá. Y, hablando del papá, creo que ya tenemos el cometa en el horizonte. (Ligera pausa.)

Por cierto, Manolo ha pedido que reciba a Clotilde, que quiere hablarme hablarme, seguro que con la pretensión de que les ayude... Me lo temo y lo veo venir...

Seguro de que nos quiere endosar a los tórtolos para que nosotros...

AUGUSTA.- Les protejamos. Excelente idea. Yo me alegro, y tú también, Tomás.

OROZCO.- Siga el jubileo en mi casa.

AUGUSTA.- Siempre hemos deseado ayudarla. Les protegeremos, sí. Lo primerito es casarles. Después, tú les señalarás una pensión...

OROZCO.- ¿Yo? No puede ser; y lo siento, de veras lo siento.

AUGUSTA.- Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería. ¿Cómo vamos a dejar a esos pobres chicos...?

OROZCO.- Tú, tú...

AUGUSTA.- Pues yo, yo...

OROZCO.- (Excusándose.) Discúlpame, ahora tengo que prepararme para recibir al cometa.

(Vase por el despacho.)

Escena II

AUGUSTA

AUGUSTA.- (Al público.) ¿Quién puede creer que no hará nada por ellos? Cómo si no lo conociera...

¡Pobres chicos! ¡Mira que enamorarse de balcón a balcón...! ¡Y aficionarse los dos al matrimonio, y no parar hasta realizarlo! ¡Qué honradez y qué nobleza de ideas...! Nada, hay que reconocer que el verdadero amor, el sentimiento primordial que mueve el mundo, no existe ya en toda su pureza más que en la clase de dependientes de comercio.

Escena OPCIONAL (Para 5 personajes)

AUGUSTA.- Creo que aquí llega ella. Veremos que pretensiones tiene Clotilde

CLOTILDE, que entra por la izquierda

AUGUSTA.- La resolución que usted ha tomado, es un poco grave... pero sin duda no podía usted seguir en compañía de su hermano.

CLOTILDE.- ¡Ah!... no señora... imposible seguir...

(Entra nuevamente Orozco.)

OROZCO.- Ya... su prometido, su novio de usted no tiene oficio ni beneficio. Vive con algún pariente...

CLOTILDE.- No señor. Diré a usted. El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad, dándole una gratificación; pero los negocios de aquella casa hace



un año que van de capa caída... «Qué hacemos, qué no hacemos». Pues economías; y lo primero que se les ocurre es suprimir el chocolate del loro... Al pobre Pepe le tocó ser la primera víctima. Pero bien lo pagan, porque se quedaron sin contabilidad, y ahora cogen el cielo con las manos. Un comercio sin contabilidad, bien sabe usted que es como un corto de vista sin anteojos.

OROZCO.- Cierto. (Con admiración.)

AUGUSTA.- De modo que hoy por hoy al pobrecito Pepe le vendría bien un destinito...

CLOTILDE.- De oficial quinto... sí. Pero como los destinos del Gobierno son tan inseguros, pretendemos además otra cosa, por lo que pueda tronar.

AUGUSTA.- ¿Otra cosa?...

CLOTILDE.- Diré a usted, Pepe es muy despejado, y aunque parece un alma de Dios, es hombre de fibra, sin carácter.

OROZCO.- Lo creo.

CLOTILDE.- Huérfano de padre y madre. Veintitrés años. Desde los dieciséis trabaja y gana para mantenerse.

AUGUSTA.- Vamos...

CLOTILDE.- En la partida doble hace primores; escribe cartas comerciales en francés; tiene título de Perito Mercantil, y se ganó un premio de Economía Política.

AUGUSTA.- ¡Ángel de Dios! Señores, es preciso que entre todos le protejamos.

CLOTILDE.- En casa del tío Santana... frente a donde yo vivía... llevaba solito todo el peso del escritorio... Nunca sirvió en el mostrador, que repugna a sus hábitos. Pero hoy está decidido a todo con tal de ganar para mantener a la familia. Es incansable en el trabajo. Sabe llevar los libros como los llevan pocos, y en las sumas largas no se le escapa un céntimo; por eso me determino a molestar al señor de Orozco, suplicándole...

OROZCO.- Hija mía, yo no tengo casa de comercio.

CLOTILDE.- Pues queremos que el señor de Orozco se interese con los señores Trujillo y Ruiz Ochoa, banqueros, en cuyo escritorio está vacante la plaza de tenedor...

OROZCO.- ¿Y está usted segura de que hay esa vacante?

CLOTILDE.- Como que hoy mismo fue Pepe a preguntar, y en efecto... no la han provisto. Si usted la pide, don Tomás, la plaza es nuestra.

AUGUSTA.- Nada, nada; que Pepito será tenedor.

OROZCO.- Yo veré... pero entendámonos, Clotildita. Ha pedido usted primero un destino de oficial quinto, después la plaza de tenedor. Supongo que será para optar por una de las dos, en caso de que...

CLOTILDE.- No señor, no se trata de optar...

OROZCO.- Entonces... pretende...

CLOTILDE.- Las dos plazas.

AUGUSTA.- (APARTE.) ¡Demonio con la joven angelical!



OROZCO.- ¿Y desempeñará los dos?

CLOTILDE.- Perfectamente. Irá a la casa de banca antes y después de las horas de oficina. El destino del Gobierno querémoslo como ayuda en los primeros tiempos. Después lo dejamos. Pepe no ha nacido para oficinas... Tiene vocación de comerciante... pero en grande... sueña con ser rico, y lo será. Yo le ayudaré.

OROZCO.- ¡Pero Clotildita, acaparar dos plazas, cuando hay tantos que no tienen ninguna!

CLOTILDE.- Pues que se las busquen como puedan. Cada cual mire por sí.

AUGUSTA.- Pero será quizás mucho trabajo...

CLOTILDE.- ¡Mucho trabajo! Todo el trabajo del mundo le parece poco para su ambición de ganar dinero. Y que hace falta sacarlo de una parte y de otra, porque las necesidades aumentan de día en día, y todo se está poniendo muy caro. La carne por las nubes; el pan...

CLOTILDE.- A Pepe no le asusta el trabajo. Hoy mismo... verán: por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por las noches se pasa tres horas escribiendo en casa de un notario.

OROZCO.- ¿Qué tal? Esto es... de oro.

AUGUSTA.- ¿Y gana, gana cuartos?

CLOTILDE.- ¡Que si gana! Hay meses que pasa de treinta duros.

AUGUSTA.- Con los cuales va viviendo; ¡pobrecillo!

CLOTILDE.- Y le sobra. Vive como un anacoreta.

OROZCO.- ¿También ahorra?

CLOTILDE.- Ya lo creo. Yo no le permito que gaste más que lo preciso. Buena soy yo. Afortunadamente no tiene ningún vicio.

AUGUSTA.- ¿Y lo que le sobra, lo va guardando...?

CLOTILDE.- No señora... que se lo guardo yo. Así está más seguro.

OROZCO.- (Aparte.) Todavía no se han casado, y ya se ha puesto los pantalones.

De modo que todo aquel baúl que llevó usted a casa de Infante lo tiene usted lleno de duros, picarona.

CLOTILDE.- No señor... Pepe sabe agenciarse para cambiar su plata por oro... aquí consigue una monedita, allá otra, y así vamos reuniendo...

AUGUSTA.- Ya... y al fondo del baúl.

CLOTILDE.- Al baúl, no.

OROZCO.- ¿Dónde guarda usted sus caudales, señorita?

CLOTILDE.- Aquí. (Señalando al cuerpo.) En un cintillo.

AUGUSTA.- ¡Qué portento de muchacha!

OROZCO.- Aprendamos, aprendamos todos... Ahí tenéis la generación que nos ha de barrer... Éstos, éstos...



Acuérdense de lo que digo. Antes de cinco años, éstos tendrán más dinero que nosotros.

AUGUSTA.- Lo primero es casarlos... a escape.

CLOTILDE.- (A OROZCO.) ¿Podemos contar con la plaza de tenedor?

OROZCO.- No es cosa mía. Veremos...

AUGUSTA.- Diga usted que sí.

CLOTILDE.- ¿Y con la plaza de oficial quinto?. Apunte el nombre, D. Tomás. OROZCO.- Haré los imposibles por conseguirlo.

CLOTILDE.- Ustedes son nuestra salvación. Hace un rato, hablando con Pepe de si pedíamos o no este favorcito, decía él mañana; pero yo dije hoy, porque yo he creído siempre que eso de dejar las cosas para mañana es perder las buenas ocasiones, y que cuando se ocurre una medida salvadora, debe ponerse en práctica... al instante.

AUGUSTA.- ¡Pero qué chiquilla...!

Sí, sí, aprenda aquí, solterones empedernidos, holgazanes, polilla de la sociedad. Éstos, éstos son los seres providenciales, los que vigorizan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas a las naciones.

CLOTILDE.- Gracias, gracias a todos. Nuestra gratitud será eterna.

(SUENA LA CAMPANILLA DE LA PUERTA.)

OROZCO.- (Levántase y dirígese al oído de AUGUSTA.) Ya tenemos al cometa en el meridiano.

AUGUSTA.- Bien, bien. Así me gusta a mí la gente.

CLOTILDE.- Como soy tan corta de genio, no me atreví a hablarles de otra cosa. INFANTE.- ¿Qué?

CLOTILDE.- Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece a su papá de usted Augusta, el Sr. de Cisneros... Más adelante le pediré que hable a su papá...

INFANTE.- ¿Para que les baje el precio?

CLOTILDE.- ¡Oh!, no; eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y nos empapele la sala, que está muy fea.

AUGUSTA.- Yo me encargo de eso... yo.

(A CLOTILDE.) Venga usted conmigo. (Vanse)

Escena III

Después de una transición. OROZCO; AUGUSTA.

OROZCO.- “Siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el sol, has de tener a gala y orgullo el devolver a sus legítimos poseedores lo que por olvido o negligencia, no por malicia, ¡no, no!, está en tu poder.”

Así, con melifluas palabras, intentó chantajearme Viera para intentar sacarme dinero por un obligación, ya prácticamente prescrita, que adquirió a tal fin. Le dije que me he cansado del papel de puritano que la opinión se empeña en hacerme representar. Que él había visto en mí un ardiente apóstol de la moral pura, capaz de dejarse desollar vivo antes que retener un maravedí que no le pertenezca, y se había dicho: «Compro la obligación por una bicoca, lo cual no



es difícil, porque los ingleses pasan por todo antes que pleitear en España; me presento con mis papeles en regla; el hombre se amilana; su inflexible rectitud hace mi negocio; cobro a toca-teja, y hasta otra».

Y continué: “Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más que en la infundada creencia de los necios que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; de todo lo cual resulta también que al negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

AUGUSTA.- ¡Qué hombre, qué monstruo!, cuéntame... Yo rabiaba de curiosidad, y abrí un poco la puerta Pero no pude enterarme bien. ¿Le has dado algo?

OROZCO.- Lo menos posible.

AUGUSTA.- ¡Ay!, deja que me reponga del terror que me causa.

OROZCO.- ¿Terror?... A mí me divierte. Histrión más perfecto no creo que exista. AUGUSTA.- ¿Pero qué...? Creí entender algo de una obligación olvidada.

OROZCO.- Sí, de las de ocho mil libras.

AUGUSTA.- ¿Pero es legítima? Porque ése sería capaz de falsificar...

OROZCO.- Es legítima.

AUGUSTA.- ¿Y qué... te has negado a pagarla?

OROZCO.- Aunque bien pudiera sostenerse la prescripción, yo no la admito, no puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.

AUGUSTA.- Tomás de mi alma ¿serás capaz...?

OROZCO.- Ten calma. No sabes...

AUGUSTA.- Tu rectitud ha venido a ser una verdadera demencia. Esas deudas fiambres, oscuras y antediluvianas no se pagan nunca. Consulta el caso con todos los hombres de negocios, y verás...

OROZCO.- No me hace falta consultar a nadie. Esa obligación pendiente pesa sobre mi conciencia, y no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargue.

AUGUSTA.- ¡La conciencia...! (Alarmada.) Explícate: ¿pagas...?

OROZCO.- Sí; pero no he dicho que a Viera.

AUGUSTA.- Pues no lo entiendo. ¿Es o no Joaquín Viera poseedor legítimo de la obligación?

OROZCO.- Lo es. Hoy, antes que él viniese, recibí carta de Horacio Ruffer, en la cual me dice que Viera dio por esa obligación un diez por ciento de su valor nominal, es decir, ochocientas libras. Yo le doy el quince, mil doscientas libras.

AUGUSTA.- Y negocio concluido.



OROZCO.- Concluido por parte de él; por parte mía, no, porque pienso pagar íntegramente... De modo que aún tengo en mi poder (Calculando.) libras... seis mil ochocientas.

AUGUSTA.- ¡Pagar íntegramente!... ¡y a quién! (Alarmada.) Ay, hijo, yo voy a llamar a un médico. Tú estás malo, Tomás... ¿Has pensado bien...? Explícame, por Dios.

OROZCO.- Escúchame. Joaquín es un monstruo; tú lo has dicho. Entre sus muchas responsabilidades ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación de sus hijos: el abandono en que los tiene, sin apoyo moral, sin medios honrosos de subsistencia. La penuria, la falta de autoridad doméstica, condujeron a Federico... bien lo sabes... a una vida de angustias humillantes. Por las mismas causas, Clotildita se ve precisada a buscar marido de una manera... poco decorosa. Y yo digo: ¿rectificar los errores de ese aventurero, no es un acto de alta justicia? ¿No procedo con absoluta equidad, sustrayéndole, con astucia no inferior a la suya, la mayor parte de lo que le pertenece, para mejorar con ello la existencia de sus infelices, olvidados hijos? (AUGUSTA, paralizada por la estupefacción, no acierta a decir palabra alguna.)

¿Has oído aquello de que «ladrón que roba a ladrón»...? Pues sí, yo, yo le quito a ese tunante el valor casi íntegro del crédito que adquirió, se lo estafo con regocijo y satisfacción santa de mi conciencia.

AUGUSTA.- ¡Oh, qué grandeza... increíble grandeza de alma! ¿Tú eres el ladrón... de ese...?

OROZCO.- Y no sólo soy su ladrón (Con elevado humorismo.) , sino su asesino, porque le mato, le entierro, le doy por fenecido, puesto que entrego su peculio a sus herederos... ¿Lo comprendes ahora? Pues con las seis mil ochocientas libras, constituyo un fondo, que divido en partes iguales, poniéndolo a nombre de Federico y de Clotilde, en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en modesta holgura, y si es hombre capaz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que se corregirá de ciertos hábitos... En cuanto a Clotilde, no hay que decir que sabrá sacar partido de su herencia.

AUGUSTA.- (En un raptó de entusiasmo.) Tomás, me rindo a tu bondad y a tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí tenerte! (Le abraza con efusión.) ¡Debo adorarte de rodillas! ¡Qué grande eres!... ¿Ves?... se me saltan las lágrimas de alegría... de admiración...

OROZCO.- No creo que Federico, presentada la cuestión de este modo...

AUGUSTA.- ¡Oh, no... imposible!

OROZCO.- Háblale tú... explícale... Hazle comprender...

AUGUSTA.- Veremos... Hoy vendrá a comer.

Acto V



Habitación modesta y desordenada en casa de FEDERICO. La puerta de la derecha conduce a la alcoba; la del fondo a la sala. Por la de la izquierda entran los que vienen de la calle. Una mesa. Sobre ella papeles, libros, tazas, tintero, todo colocado desordenadamente.

Escena I

LEONOR que entra de la calle y que puede aparecer iluminada ella sola, para ampliar a la entrada del otro personaje.

LEONOR.- Este hombre me tiene grandemente preocupada, sé por su criada Bárbara que ha estado delirando toda la santa noche. Tan pronto decía frases cariñosas, como palabras malsonantes. Otras veces se echaba de la cama, se vestía de prisa y corriendo, y andaba por toda la casa hablando con... con nadie, porque nadie había; pero dice que él hablaba como si viera fantasmas, o personas figuradas por su imaginación.

(Sumamente alarmada.) Y que esta mañana, después de hacer y decir mil disparates, descolgó el retrato de su madre, que tenía junto a la cama, y abrazándole como se abraza a un niño, le daba besos y le decía cosas... Y ahora parece que se ha quedado dormido... Pobrecito. Esperaré...(Escucha un momento.) Creo que ya está despierto y levantado, sí... aquí está.

Escena II

(Entra FEDERICO desde el interior, por la derecha, leyendo en un devocionario.)

LEONOR.- Hola.

(FEDERICO no contesta, absorto en la lectura.)

Pero chico... que estoy yo aquí.

FEDERICO.- ¡Ah!... Leonorilla. (Vuelve a leer.)

LEONOR.- Aquí me tienes. Te escribí... no me contestaste, ni fuiste por allá.

(Observando que FEDERICO, sin hacerle caso, se sienta con muestras de cansancio, y vuelve a fijar su atención en el libro.)

¡Pero, hijo, qué manera de recibir visitas!

FEDERICO.- ¡Ah!, sí, dispensa... Leía... Éste es el libro de oraciones de mi madre... el recuerdo más vivo que conservo de ella... Mi madre fue una santa, Leonor, una mártir.

(LEONOR hace un movimiento para coger el libro.)

No, no... quita. Esto es sagrado, y no puede ir a tus manos.

LEONOR.- ¡Ay!, es verdad.

FEDERICO.- Te permito tocarlo... nada más que aplicar la punta de los dedos...

(LEONOR lo toca.) LEONOR.- A ver si se me pega algo.

FEDERICO.- Basta...

LEONOR.- No... verás cómo no se me pega nada.

FEDERICO.- ¡Ah!, antes que se me olvide.



(Deja el libro sobre la mesa, y abre un cajón de la misma, saca billetes y se los enseña.)

Mira.

LEONOR.- ¡Billetes! ¡Ay! Déjame que los toque... Me muero por ellos.

FEDERICO.- Para ti los quería.

LEONOR.- ¡Chico!... ¿Qué?, ¿te ha soplado la musa?

FEDERICO.- Con un poco de suerte, y algo que me dio mi padre ayer, al partir para Inglaterra, he reunido eso, que es para ti. No te doy la cantidad completa que me prestaste. El resto... cuando se pueda.

LEONOR.- (Cogiendo los billetes.) ¡Ay, hijo de mi alma! Dame acá. Me hace una falta atroz. ¡Qué bonito es tener dinero! Él será todo lo vil que se quiera; pero ¡qué aburridos vivimos cuando no le vemos la cara!

FEDERICO.- ¿Venías por él?

LEONOR.- No; es que tenía que hablar contigo de un asunto. (Aparte.)

No me atrevo a decírselo. Me da mucha pena. (Alto.) Por lo que veo, nada en la opulencia.

FEDERICO.- ¿Nadar yo? Di más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corren hacia mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonor. (Sombriamente.) Soy hombre perdido.

LEONOR.- No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una herencia.

FEDERICO.- (Agitado.) ¡Una herencia! Leonor... tus bromas me lastiman.

LEONOR.- Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado gaditano va a dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como La Traviatta (Riendo.), y que él me va a redimir, a volverme honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va a venir su padre, para quitarle de mí y llevárselo, y él pretende que, cuando su papá venga a verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras... vamos, como La Traviatta, para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pamplinas, ello es que me está dejando por puertas.

(FEDERICO se muestra triste y caviloso, sin prestarle atención.)

¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo...?, ¿qué te pasa?...

FEDERICO.- Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas...!

LEONOR.- A mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que son penas, y en lo tocante a penas de amor, no hay quien me gane. Podría poner cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi toga de batista, a explicar a los chicos el tratado de fatigas de amor.

FEDERICO.- ¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo reírme.



LEONOR.- (Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré a casa sin decírselo...

FEDERICO.- ¿Y...?

LEONOR.- ¿Qué?

FEDERICO.- ¿No tenías algo que decirme?

LEONOR.- Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aunque le duela. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

FEDERICO.- Sí, mujer.

LEONOR.- Sí, aunque te desagrade, es mejor, para que estés prevenido.

Anteanoche, en casa, Malibrán se desbocó.

FEDERICO.- ¿De veras?

LEONOR.- El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chico, allí salió también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias conmigo.

FEDERICO.- ¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

LEONOR.- Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

FEDERICO.- Repítame todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

LEONOR.- ¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hombres cuando hablan unos de otros... borricadas, simplezas. Ya puedes comprender. Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero que se ha de decir es que ella le paga las trampas.

FEDERICO.- No, no dirían tal atrocidad.

LEONOR.- Sí que lo dijeron. Me parece que fue el marqués...

FEDERICO.- ¿Y tú te callaste?

LEONOR.- Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismo que el mío... (Desdiciéndose.) digo, no... como el mío no, porque yo no lo tengo. En fin, te defendí como una leona, sosteniendo que tú no eres capaz de tomar dinero de ninguna mujer. Claro, había que decirlo así.

FEDERICO.- Sigue. ¿Y qué más?

LEONOR.- Pues dijo Cornelio... te advierto que se le fue un poco la mano en la bebida... dijo que se había propuesto averiguar... ya me entiendes... y que después de andar muchos días hecho un polizonte, os descubrió el burladero.

FEDERICO.- ¿Y dónde... a ver... dónde dijo?...

LEONOR.- Se lo calló muy bien callado, por más que los otros le marearon para que cantara.

FEDERICO.- Es que no lo sabe.

LEONOR.- ¡Ay!, no seas tonto. Lo sabe; se le conoce en la manera de decirlo. FEDERICO.- Pues mejor.

LEONOR.- Mira, niño, ándate con tiento, porque es muy fácil que te veas envuelto en una cuestión muy mala. Por eso he querido prevenirte.

FEDERICO.- Prevenido estoy, suceda lo que quiera.



LEONOR.- No te envalentones. Mira que... ¿No temes a Orozco?... Dijo Malibrán que ese señor tiene cataratas, y que él se las va a quitar.

FEDERICO.- Pues que se las quite. Mejor...

LEONOR.- No digas tal.

FEDERICO.- (Exaltado.) ¿Pues qué piensas tú, si siento vivos deseos de enterarle yo mismo?

LEONOR.- ¿Qué dices? Chico, tú no tienes tu cabeza buena. ¡Tú! ¿De manera que tú mismo dejarás al descubierto a la que te quiere tanto?

FEDERICO.- Tienes razón... Tú conservas el sentido claro de las cosas, y yo lo he perdido completamente. Siento, pienso y digo los mayores despropósitos... (Con amargura.) Leonorilla... ¡Ay!, tú eres la única persona que veo con gusto en esta ruina de mi espíritu. Entre tantas caras que me ponen un ceño antipático y hosco, sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más consuela. Las cosas muy sabidas y muy estudiadas, hastían el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan.

LEONOR.- (Aparte.) No tiene la cabeza buena, no. (Alto.) Pues para consuelo, para medicina de tu alma, aquí me tienes. Sigue mis consejos y verás. No te amilanes. Entre tú y Manolito Infante, cogéis a Malibrán y le metéis el resuello en el cuerpo. Yo puedo deciros de él cosas muy feas, pero muy feas... No tenéis más que amenazarle con publicarlas si no calla, y callará como un plato de habas... Así se hacen las cosas... y pecho a los runrunes, y no hagas caso. Sigues, seguís achantaditos, y quién sabe si al fin, lo que hoy parece un peligro, será tu salvación.

FEDERICO.- ¡Salvarme yo! No lo esperes.

LEONOR.- Monín, tú estás mal, mal, mal, y el gusano que más te roe por dentro, es ese pícaro... vamos, el no tener... (Señal de dinero.) Si pudieras arreglarte... Si llegaras a contar con un tanto fijo...

FEDERICO.- No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEONOR.- Pues sí que la hay... ¿Te la digo? Pero no te me enfades. Pues... allá voy... Me parece una barbaridad que pases tantas amarguras, teniendo esa amiga tan ricachona.

FEDERICO.- ¡Leonor! ¡También tú!

LEONOR.- No, miquito, yo no digo que tú le pidas... digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda, para que de una vez...

FEDERICO.- (Irritándose.) Quitaa, quita. Déjame en paz.

LEONOR.- Anda... tonto. Fuera remilgos. (Remedándole.) El honor... ¡la diznidaz!... Vamos, que buenos miles podría darte... y algo me había de tocar a mí.

FEDERICO.- (Con tristeza y desaliento.) ¿Por qué me lastimas, por qué me hieres así?

LEONOR.- ¿Te incomodas? Pues tómallo a broma.



FEDERICO.- Te lo tolero como chiste.

LEONOR.- Eso, como chiste. ¿Sabes lo que dice mi marqués? Que el chiste de hoy es la seriedad de mañana.

FEDERICO.- O en otra forma: que arrojas a la calle un chascarrillo, y sin saberlo has plantado la simiente de una tragedia.

(Aparece OROZCO en la puerta del fondo.)

OROZCO.- ¿Se puede...?

FEDERICO.- ¿Quién?...

LEONOR.- (Aparte.) ¡El marido de la de Orozco! Yo me las guillo. (Alto.) Quédate con Dios. (Aparte.) Se armó la gorda. (Vase.)

Escena III

FEDERICO; OROZCO.

FEDERICO.- (Con sorpresa y espanto, al ver avanzar a OROZCO.) ¡Otra vez!... OROZCO.- (Con asombro.) Soy yo.

FEDERICO.- (Desvariando, excitadísimo.) Tú... sí... ¿qué quieres?... ¡Otra vez ante mí!... déjame, déjame.

OROZCO.- (Inquieto.) ¿Qué es esto?... ¿Qué te ocurre?

FEDERICO.- Por tercera vez me visitas... Basta, basta. Ya te dije que no quiero, que no puedo...

OROZCO.- (Confuso.) ¡Por tercera vez! ¿Pero cuándo...?

FEDERICO.- Anoche...

OROZCO.- ¡Anoche! Tú deliras... ¡Pobre amigo! Si no nos hemos visto desde anteayer, cuando estuvo tu papá en casa...

FEDERICO.- ¡Que no nos hemos visto!... (Turbado.) Tomás... tú no eres tú; no estás realmente aquí... Lo que veo es tu sombra, tu imagen, hechura de mi pensamiento, de esta idea infame, que habiendo agotado dentro de mí sus formas de suplicio, sale y me atormenta desde fuera.

OROZCO.- ¡Qué disparate! Soy yo... Mírame, tócame. (Le abraza cariñosamente.) Soy tu amigo, que te quiero, que deseo salvarte de la miseria, de la deshonra...

FEDERICO.- ¡Ah!... (Dejándose abrazar, vencido de la emoción.) Perdóname... no sé lo que digo... Estoy enfermo... (Despejándose.) Anoche... efecto sin duda de las dificultades que me agobian... tuve horas de cruelísimo insomnio... después intensa fiebre... te vi... entraste en mi alcoba... salté del lecho... hablamos... te dije...

OROZCO.- Vamos, que he venido a ser tu idea fija...

FEDERICO.- Y al romper el día, después de un breve sueño en este sillón... entraste con la claridad del alba...

OROZCO.- ¡Con el alba yo!... (Jovial.) ¡Qué madrugador me he vuelto! Vaya, chico, no más... basta. Acabarás por marearme a mí también... Conste que no nos hemos visto... realmente, desde anteayer, y que ahora vengo a tratar contigo... ya supondrás de qué...

FEDERICO.- Lo adivino... lo sé... y es inútil...



OROZCO.- (Sentándose a su lado.) Aquel día, después de comer, te manifesté... ya lo sabes. Me respondiste que lo pensarías. Y anoche, Augusta me ha llenado de asombro diciéndome que te mostrabas inclinado a rechazar lo que te ofrecemos.

FEDERICO.- Le dije... yo creí habértelo dicho también a ti... anoche... Pero pues aseguras que soñé... te lo digo ahora. Tomás, no puedo aceptar.

OROZCO.- ¿Pero qué razón...? Dame una razón...

FEDERICO.- Que no quiero, que no puedo...

OROZCO.- Advierte que es una herencia, herencia un poco extraña en la forma...

FEDERICO.- Sí, la forma es hábil, exquisita, como invención de tu ingenio sublime, tan grande como tu generosidad.

OROZCO.- No se hable de generosidad... No saques ahora el fastidioso argumento de tu delicadeza.

FEDERICO.- Es mi razón suprema... y el único capital del pobre.

OROZCO.- Eso es ya ingratitud, orgullo satánico.

FEDERICO.- Es que yo sostengo que Satanás era un ángel... muy delicado.

OROZCO.- Pase como chiste... Ea, al grano. Dime, ¿cómo te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, y no te envilecen otras cosas? Tus expedientes angustiosos y degradantes para vivir no te sonrojan, ¡y en cambio...!

FEDERICO.- Es que son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y correcta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me causa horror. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado a mi naturaleza, y ya no puedo existir sin él.

OROZCO.- ¡Palabrería, farsa! ¿Cómo pretendes hacerme creer que prefieres esa vida de sobresaltos...?

FEDERICO.- Créelo, sí. Detesto la tranquilidad. No sé cómo hacértelo comprender. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, prodúcenme placer insano. Soy como el borracho incorregible que se siente envenenado por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo apetezco el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO.- Nada de eso pertenece a la realidad. O es un desvarío de enfermo, o tus argumentos sirven para ocultar alguna poderosa razón, que ignoro. Hazte cargo de que tu padre, de un modo inconsciente, es quien...

FEDERICO.- No nombres a mi padre. Obra tuya es esta idea, esta combinación que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Te conozco bien. Tomás, despréciame, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.



OROZCO.- No salgas ahora por ese registro de las alabanzas para aturdirme. No hables de generosidad. ¿Te molesta mi protección? Pues nada verás en mí que te la recuerde. ¿Quieres mostrarte ingrato? Mejor. A mí me gusta la ingratitud... Y si las anomalías de tu carácter te llevan a pagar este beneficio con alguna acción fea, aunque sea de las más villanas, a mí no me importa... Mejor. Me agrada recibir mal por bien. Así se purifica nuestra voluntad; así se temple nuestro espíritu para adquirir firmeza y vigor, que lo hacen inmovible ante los peligros de que le cerca la miseria humana; así nos aproximamos un poco a la Divinidad, que si nos parece tan grande, es por la indiferencia con que mira impávida, desde su altura, a los que continuamente la desprecian, la ultrajan o la escupen.

FEDERICO.- (Con exaltación.) Tomás, si te digo que me pareces sobrenatural, no expreso todo lo que siento... Déjame: tengo que añadir que... tu perfección me lastima... Yo también... a mi modo... quiero ser perfecto... yo también quiero acercarme a la divinidad... No me gusta que nadie suba más que yo...

OROZCO.- Pues te dejaré. (Aparte.) ¡Infeliz, qué pena dejarlo así! (Alto.) ¿De modo que no hay manera de reducirte?

FEDERICO.- No, no discurras más. ¿Para qué? Convéncete de que anhele ser pobre. (Con sarcasmo.) Me ha dado por ahí... La riqueza te sirve a ti de escala para remontarte a la perfección; pues yo quiero que mi escala sea la indigencia. Penuria, vergüenza, mortificación, sufrimientos: eso es lo que necesito para regenerarme.

OROZCO.- (Con humorismo.) ¿Santidad tenemos?

FEDERICO.- ¿Por qué no? ¿Es que quieres tú monopolizarla?

OROZCO.- De ningún modo.

FEDERICO.- ¿Te molesta la competencia?

OROZCO.- (Aparte.) ¡Perturbado está de veras! (Alto.) Dime, ¿te irrita la protección que hemos dado a tu hermana y a su novio?

FEDERICO.- Sí... tal vez... ésa es la causa de que no podamos entendernos.

OROZCO.- Vamos, no sé cómo tengo paciencia para oírte. Lo que a ti te hace falta, bien lo sé yo...

FEDERICO.- Una camisa de fuerza.

OROZCO.- No: reposo, expansión, salir de Madrid. Vaya, te propongo una cosa.

Vente conmigo a las Charcas.

FEDERICO.- ¿Al campo? ¿Vas de caza?

OROZCO.- Sí, esta tarde. Pasaremos allí los días de fiesta.

FEDERICO.- ¿Quién va contigo?

OROZCO.- Hasta ahora cuento con Aguado, con Calderón... También va Malibrán.

FEDERICO.- ¿Le has convidado?



OROZCO.- Se ha invitado él mismo. Hace tres días que no me deja a sol ni sombra. En fin, ¿vienes o no?

FEDERICO.- No puedo, no.

OROZCO.- Sí... con los quehaceres que te agobian...

FEDERICO.- Tengo una cita.

OROZCO.- Mujeres... ¡Oh!, siempre en malos pasos.

FEDERICO.- ¿Qué es eso de... mujeres? Habla con más respeto... Es una dama.

OROZCO.- Peor para ti. ¿Ésa es la santidad y ése es el ascetismo de que me hablabas antes?

FEDERICO.- ¿Y qué tiene que ver? El amor no quita los principios... Yo tengo principios.

OROZCO.- Que nadie entiende.

FEDERICO.- Los entiendo yo, y basta.

OROZCO.- Si soy lo que dices, tu idea representada en una sombra, debo entenderlos.

FEDERICO.- (Irritado y nervioso.) Sombra o realidad, tu presencia, tus visitas me mortifican horriblemente. Si me hicieras el favor de marcharte...

OROZCO.- Sí, hombre...

FEDERICO.- Y de no volver...

OROZCO.- Como gustes. (Estrechándole la mano y contemplándole cariñosamente.) Quédate con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Carácter indomable, cabeza perdida. (Alto.) Que descanses.

FEDERICO.- Descuida. ¡Descansaré!...

#### Escena IV

FEDERICO.

FEDERICO.- Se fue... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva.

Huiré y me esconderé donde no pueda oír su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba ¡menguado de mí!, en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué lo hiciste de tan rara perfección para ponérmelo delante en esta hora crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoísta sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman casi toda la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor; esperaré a pie firme hasta que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Deberíamos todos



embadurnarnos la cara con harina como los clowns, o colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo a salir. Temo encontrármeme en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no. Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se despide porque yo me marchó, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es carga superior a mis culpas. Ya merezco el descanso... Ya...

(Suena la campanilla.)

FEDERICO.- (Aterrado.) ¿Quién llama? ¿Otra vez?... Cierra bien la puerta Bárbara... echa el cerrojo... Como le dejes entrar, le recibo a tiros.

(Saca un revólver del cajón de la mesa, y lo pone sobre la misma.)

Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido...

¿Dices que es Infante? No. No puede ser Infante. Te equivocas. No abras; te mando que no abras.

(Suena la campanilla más fuerte.)

No abras te digo.

Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme mientras yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

FEDERICO.- ¿Qué me sucede? No consigo dormir.

Tengo que resolver este asunto. Pero, ¿Cómo?... Sí, sí. Poniéndome en salvo. Lejos, lejos. Marchar, marchar...

A un país muy bonito. Lejano y próximo. Dista mucho, y se llega en un soplo... El país del sueño, tonto. Verás cómo las dificultades no me siguen allá. Y si alguno de mis atormentadores va y me llama... verás como no despierto.

Dicen que necesito un médico... ¿Un médico?, ¿para qué?... tal vez tenga fiebre... No puedo salir

Y mientras, ese majadero de Malibrán se ha permitido contar esa historia infame?... ¡Una historia infame! ¡Mi historia...!

No puedo soportar a ese hombre. La antipatía que me ha inspirado siempre, es ya un odio mortal. (Excitado.) Lo mejor es matarle... matarle como a un perro con hidrofobia.

Cuanto ha dicho ese miserable... es verdad. ¡Ojalá soñara!

Pero no, mi razón está aquí todavía. Si no estuviera, no padecería yo lo que padezco. No es demencia, no; es revelación deliberada y sincera, es descargo de un espíritu que no puede soportar ya el peso inmenso de sus propios errores... Ha de saber esta verdad terrible ese amigo, el que me distinguió y me distingue con amistad generosa que no merezco... Ha de saberlo, y también que no temo la muerte, que la deseo, que la necesito...

Escena V

FEDERICO; AUGUSTA que entra por el fondo.

AUGUSTA.- ¿Solo?

FEDERICO.- ¡Augusta!



AUGUSTA.- Yo, sí... no me riñas... Llegué hace un momento. (Con inquietud.) Dime, ¿qué hablabas?

FEDERICO.- Nada... ¡Pero tú... en mi casa!

AUGUSTA.- Sí; ¿te contraría? Imposible dejar de venir... Oye: Tomás, en el momento de salir para la estación con sus amigos, díjome que acababa de separarse de ti, dejándote en un estado lastimoso... que padecías horriblemente, que... Figúrate mi ansiedad... Nada, no he podido contenerme... y aún me costó trabajo esperar a que obscureciera un poco más. Tomé un coche, y aquí me tienes... Dime, dime pronto, ¿qué es esto?... ¿qué te pasa...?

FEDERICO.- (Afectando serenidad.) Nada... si estoy bien... estoy mejor.

AUGUSTA.- ¿De veras? ¡Ah!, Tomás exageraba...

FEDERICO.- Sin duda. Cuando él estuvo aquí no me sentía yo tan bien como me siento ahora.

AUGUSTA.- Cuéntame. Quizás disputasteis. Ya, ya entiendo... la terrible cuestión. Su bondad y tu delicadeza, no pueden concordarse, no ajustan, no casan bien. Yo espero que al fin...

FEDERICO.- Sí, sí, yo también lo espero...

AUGUSTA.- Luego, ya no estás tan intransigente.

FEDERICO.- No... ya no... ¿para qué?

AUGUSTA.- (Con alegría.) ¡Ah!, al fin te sometes a mi voluntad. ¡Qué alegría me das! Te convences de la necesidad de cambiar de vida...

FEDERICO.- ¡Oh!, sí cambiaré de vida muy pronto. El cansancio de ésta es ya intolerable.

AUGUSTA.- Pues mira (Recorriendo la habitación y examinándola rápidamente.) lo primero que tienes que hacer, con la herencia de tu papáito, es tomar otra casa. ¡Qué mala y qué fea es ésta, querido!

FEDERICO.- La tengo buscada ya.

AUGUSTA.- ¿Y dónde? ¿Como ésta, piso bajo?

FEDERICO.- Sí... más bajo todavía... digo, no... alto, altísimo.

AUGUSTA.- Pero que sea bonito, alegre...

FEDERICO.- Sí, muy alegre... y ahora... verás cómo ya no tendrás que reñirme, ni llamarme orgulloso.

AUGUSTA.- (Recelosa.) ¡Oh!, tú me engañas... No sé qué noto en ti. (Mirándole fijamente.)

Federico, mírame.

FEDERICO.- Ya te miro.

AUGUSTA.- No, tú no estás bien. (Suspirando.) ¡Qué sobresalto... cuando entré en esta casa, sentí una angustia...! ¡Ay qué mal vives aquí! (Examinando lo que hay sobre la mesa.) Déjame, déjame revolverte todo. ¡Ah!, ¿qué librito de misa es éste?

FEDERICO.- El libro de oraciones de mi madre. Suelo leerlo cuando siento depresión del ánimo y aburrimiento del vivir. Me consuela mucho.



AUGUSTA.- Es precioso. ¡Pobre Josefina! Bien lo usaba la pobre...¡qué estropeadito está!

(FEDERICO hace un movimiento para tomar el libro de sus manos.)

Déjame, déjame que lo examine bien. (Hojea el libro.) Y aquí hay algunas palabras apuntadas por ella con lápiz.

FEDERICO.- Me gusta leer aquí, porque me parece que en estas páginas se esconde, para acecharme, el espíritu de aquella santa mujer. Razón tiene mi padre en decir que salgo a ella... a él no. Mi hermana es la que sale a él. Dime que no me parezco nada a mi padre; dímelo... (Con exaltación.)

AUGUSTA.- Sí, hombre, te lo diré.

FEDERICO.- Cuidado, no se te caigan unas florecitas que hay entre las hojas.

AUGUSTA.- Sí, aquí hay una... mira... una espuelita de caballero. (Mostrando la flor.)

¡Qué monada! ¿Y dices que sueles leer aquí?

FEDERICO.- Sí... alguna vez... cuando estoy triste.

AUGUSTA.- Pues no será muy divertido. Aquí veo latín y castellano... (Lee con entonación solemne.) Ossa arida, audite verbum Domini... Y esto, ¿qué quiere decir?

FEDERICO.- Huesos áridos, oíd la palabra del Señor.

AUGUSTA.- ¡Ay, me da escalofríos...!

FEDERICO.- Refiérese a la resurrección de los muertos...

AUGUSTA.- El día del juicio... sí... (Le da el libro.) Toma.

FEDERICO.- Para mí, este libro es la cosa de más mérito que existe en el mundo. Ni las piedras preciosas de más valor, ni las obras de arte más perfectas se igualan a esta incomparable joya.

AUGUSTA.- ¡Ah!, sí.

FEDERICO.- Pues bien: para que veas si te estimo, Augusta... te lo regalo.

AUGUSTA.- Sí... lo acepto... (Mirándole receloso.) Pero... no sé...

FEDERICO.- Y cuando yo esté ausente, lees en él y te acuerdas de mí.

AUGUSTA.- Pues mira, yo también te haré a ti un regalito.

FEDERICO.- ¿Qué?

AUGUSTA.- Quiero sorprenderte. No te lo digo.

FEDERICO.- Dímelo.

AUGUSTA.- Esta tarde estuvieron en casa unos hombres... ¡qué tipos tan ordinarios y repugnantes! Tomás los citó, y allí dejaron unos papeles llenos de garabatos, con tu firma.

FEDERICO.- ¡Mis pagarés!

AUGUSTA.- Sí; ya estás libre de esas horribles cadenas.

FEDERICO.- Augusta, vida mía, márchate. Yo te ruego que me dejes. (Excitado.)

AUGUSTA.- ¿Por qué?... ¿Temes?

FEDERICO.- Sí; temo que venga... AUGUSTA.- ¿Quién?

FEDERICO.- (Delirante.) Tomás, viene... le siento... le veo.



AUGUSTA.- (Aterrada.) ¿Estás loco?

FEDERICO.- (Señalando a la izquierda.) Por allí... La puerta se abre... ¿Pero no le ves?

¿no le ves?

AUGUSTA.- ¡Deliras, pobrecito mío!

FEDERICO.- Que entre. Mejor.

AUGUSTA.- No hay nadie... Ni el más ligero rumor se siente.

FEDERICO.- ¡Ah!, lo mismo que anoche. Entró sin hacer ruido. Pero yo le oigo y le veo, aunque no quiera verle ni oírle, porque le tengo aquí (En la frente.)

, cara, voz, ojos, cuerpo y vida del hombre que ultrajé, ¡y aquí se juntan su afrenta y mi gratitud, mi infamia y su generosidad!

AUGUSTA.- ¡Por piedad, querido mío!

FEDERICO.- (Con brío, adelantándose hacia la puerta, como para recibir a alguien.) No te vuelvo la cara. Aquí estoy, aquí estamos... Entra... Se retira. Pero sabe que no le temo, y volverá.

AUGUSTA.- Por tu vida, ¿qué dices?

FEDERICO.- ¿Pero no le ves? Sale... va por allí... se aleja, se pierde en la obscuridad... Pero volverá.

AUGUSTA.- (Abrazándole.) Cálmate... No me asustes. Me muero de miedo.

FEDERICO.- (Se desprende de sus brazos, y saca del bolsillo el revólver.) ¡Cuando vuelva, no me encontrará!

AUGUSTA.- (Aterrorizada.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces? (Quiere abrazarle de nuevo, y él la rechaza.) Federico, amor mío...

FEDERICO.- Sé lo que debo hacer.

AUGUSTA.- ¿A dónde vas? (Deteniéndole por un brazo.)

FEDERICO.- (Rechazándola.) A donde debo ir. A la paz de mi alma, al descanso de mis huesos. ¡Pido a Dios que me perdone!

(Entra precipitadamente en la alcoba, y cierra la puerta por dentro.)

AUGUSTA.- (Corriendo hacia la puerta y tratando de abrirla.) ¿Qué es esto? Cierra.

¡Federico!

(Suena un tiro.)

¡Jesús!

(Cae sin sentido.)

## Escena VI

OSCURO. Desde un lugar neutro, Leonor, habla dirigiéndose al público.

LEONOR.- ... Infante, que es hombre de coraje, y enemigo de fórmulas, se insinuó con Malibrán de un modo tan violento y expeditivo, que el pobre diplomático no podrá ya cautivar a las damas con su belleza. Ha perdido un ojo, o lo perderá. Le deshizo media cara, y además...

¡al caer al suelo la víctima, se torció un pie



¡Pobre don Cornelio! Aunque yo digo que va ganando, porque tuerto, se parecerá a Camöens, y cojito, se parecerá a Byron, que son sus dos ídolos...

En fin, lo más triste de todo esto es la trágica suerte de nuestro pobre Federico, tan simpático, tan caballero... Ayer, en el entierro, pasé un rato...

Estuve todo el día hecha un río de lágrimas... Y el anterior, en el depósito judicial, ¡impresión más terrible no he recibido nunca!... de guardia día y noche, arrimada a un árbol, sin comer más que pan y algún fiambre que me llevaba Ojirris... ¡Pobre Mico...!

## Acto VI

La decoración de los actos 1.º y 3.º Es de noche. Apagadas las luces del salón y billar. Una sola lámpara alumbra la escena.

### Escena I

AUGUSTA, de manera simétrica a la de LEONOR. Iluminada por un foco.

AUGUSTA.- Nunca agradeceré bastante a las criadas de Federico aquel acto de compasión y generosidad. Me conocían, sí... Comprendieron los peligros de mi presencia en aquella casa, y me encerraron no sé dónde... en un cuarto lóbrego y estrecho... ¡Qué instantes, qué horas! No sé cuánto tiempo estuve allí... Desde mi encierro, oí el tumulto de los vecinos, de la policía al invadir la casa... Dios me inspiró la idea salvadora de mandar llamar a mi primo Infante, de poner mi suerte en sus manos... Acudió, y me sacó de aquella situación, cuya gravedad me espanta todavía. Asegura que de mi presencia en aquella casa no hay ni puede haber el más leve indicio en el proceso. Claudia y Bárbara, nada depondrán contra mi. Están bien cogidas y aseguradas.

Pero aunque ello me sirva de consuelo he de reconocer que mi vida no es vida...

La luz va mostrando de nuevo el interior de la casa de OROZCO.

El tiempo es posible que me vaya serenando, y mi conciencia adquiera la paz que ahora no tiene... ni puede tener.

Pero sé que a Tomás han llegado, no sé por qué conducto, algunas de las hablillas con que alimenta su insana curiosidad este vulgo que aquí solemos ver, y que te acompaña, te recrea y te adula, mientras no llega una ocasión en que pueda decapitarte. Las muchedumbres, aunque vistan frac, no perdonan, y fácilmente guillotinan o arrastran hoy a los que ayer adoraron.

(Con inquietud.) Sí... Tomás sabe... no diré que todo... algo... no sé qué.

¿Qué grado de culpa verá en mí? ¿Su calma es la expresión más refinada del desprecio con que me mira?

¿Me interrogará...?

(En adelante alterna su preocupación interior con la comunicación con el público)



Creo que sí, y tal vez deba entregarme sin condiciones... decir toda, absolutamente toda la verdad. A un hombre como ése, no se le puede decir menos que al confesor.

¡Confesarme a él!... ¿Y si yo les dijera que ya lo he hecho...? ¡Oh, yo estoy loca! No sé lo que digo ni lo que pienso. Me atormenta una duda... Anoche tuve pesadillas horribles, una tras otra, y ratos de insomnio febril. Pero no puedo distinguir lo real de lo soñado. Mis actos despierta, mis sueños dormida se confunden, se amalgaman, y no los puedo separar. La impresión que más claramente subsiste en mí, entre tantas impresiones borrosas y turbias, es... que me levanté de la cama, que fui al despacho de Tomás, que entré y me puse de rodillas ante él, y le confesé todo... pero todo, todo...

Pero no puedo estar segura, no, y ése es mi suplicio... Lo sospecho. Es como un recuerdo de lo que fue, como un temor de lo que pudo ser. No puedo explicarlo. ¿Será acaso sonambulismo?

Escena II

AUGUSTA; OROZCO. (Entra OROZCO.)

OROZCO.- ¿Qué tal, vida mía?, ¿te sientes mejor?

AUGUSTA.- Sí... un poquito mejor. ¡Qué tarde vienes!

OROZCO.- Una reunión fastidiosa...

AUGUSTA, arrebuja en su cachemira, se acomoda en una butaca a la derecha. OROZCO sentado junto a la mesa.

OROZCO.- ¿Qué?... ¿tienes frío?

AUGUSTA.- (Temblando.) Un poco... pero ya voy entrando... en calor. (Aparte.) Su mirada me desconcierta.

OROZCO.- No es tarde. Si te encuentras bien, hablaremos un poco de asuntos que a entrambos nos interesan.

AUGUSTA.- (Aparte, con espanto.) Llegó el momento de las explicaciones. Estoy perdida.

¿Lo sabe o quiere saberlo? (Mirándole fijamente.) ¿Quién podrá descifrar el jeroglífico de ese rostro de mármol?

OROZCO.- (Aparte, mirándola con atención profunda.) ¿Será capaz de confesar? Me temo que no.

AUGUSTA.- (Aparte.) No nos acobardemos. Me adelantaré gallardamente a sus preguntas. (Alto.) ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres decirme algo, y no te atreves?

OROZCO.- Te observo temerosa, y esperaré a que te tranquilices.

AUGUSTA.- (Aparte.) ¡Temerosa yo!

OROZCO.- Ya sé que eres valiente. No necesitas demostrármelo con palabras. Yo también lo soy, más que tú, mucho más, pues tengo ánimo suficiente para poner la verdad sobre todas las cosas, para reducir a la insignificancia los afectos más hondos, cuando contradicen el sentimiento puro de la humanidad y de la vida.



AUGUSTA.- Ya sé que eres un hombre... único. Has cultivado la vida interior; has conseguido lo que imposible parece en la flaqueza humana, esclavizar las pasiones, subirte a las alturas de tu conciencia eminente, y mirar desde allí los actos de tus semejantes, como el ir y venir de las hormigas; aislarte, y no permitir que te afecte ninguna maldad, por muy cerca que la tengas. ¿Es esto así? ¿Te he comprendido?

(OROZCO hace signos afirmativos.)

¿Y quieres que yo te acompañe en esa purificación? ¡Ay!, bien quisiera, pero no sé si podré. Soy muy terrestre, peso mucho, y cuando quiero remontarme, caigo y me estrello.

OROZCO.- La gravedad del espíritu se disminuye limpiando el corazón de malos deseos. Mi ilusión, mi sueño, eran iniciarte en un sistema de vida que empieza siendo espiritual y difícil, y acaba por ser fácil y práctico. Confíate a mí por entero... Revélame todo lo que sientes, y después que yo lo sepa, hablaremos.

AUGUSTA.- (Aparte.) ¡Confesar! ¡Qué terror siento! Si me hablara un lenguaje humano, que moviera mi corazón y mi conciencia, me conquistaría... pero esos pensamientos tan sutiles no se han hecho para mí, amasada en barro pecador.

OROZCO.- ¿No contestas a lo que te digo? Descúbreme tu interior; pero con efusión perfecta.

AUGUSTA.- (Aparte.) Lo sabe, y quiere arrancarme la confesión. ¿Se lo dijeron?, ¿se lo dije yo? Esta duda me enloquece. Tomemos la ofensiva. (Alto.) ¿Qué quieres que te descubra? ¿Sospechas de mí?

OROZCO.- (Con determinación levantándose.) ¡Inútiles y ridículos circunloquios! Desde que apareció muerto Federico Viera, tu nombre anda en lenguas de la gente. No necesito añadir más. Lo que haya de verdad en esto, tú me lo has de decir. Si es falso, desmiéntelo; si no lo es, sépalo yo por ti misma. En esta ocasión solemne he de saber lo que eres y lo que vales...

AUGUSTA.- (Turbada.) ¿Pero tú... crees?

OROZCO.- Yo no creo ni dejo de creer nada. Espero a que tú hables.

AUGUSTA.- (Aparte, aterrada.) ¡Confesar!... antes morir. Siento un pavor... (Alto.) Pues te diré: extraño mucho que des asentimiento a esas infamias.

OROZCO.- (Flemático.) Luego es falso lo que se dice.

AUGUSTA.- ¿Y lo dudas?

OROZCO.- No afirmo ni niego... ¿Por qué tiemblas? Tu cara es como la de un muerto.

AUGUSTA.- Estoy enferma.

OROZCO.- Enferma de susto. Tranquilízate: toma el tiempo que quieras para pensarlo. Mira, yo me siento aquí a leer un poco, y en tanto, tú recoges tu conciencia, y decides delante de ella lo que debes responderme.

(Se sienta, toma un libro o revista y lee.)



AUGUSTA.- (Aparte, sin moverse en el asiento, arropándose.) Lo sabe... Ese lenguaje claramente lo indica... ¡Qué actitud tan extraña! ¡Oh, su santidad me hiela!... ¿Y si tras esa mansedumbre rebulle el propósito de matarme?

¡Ay, siento un escalofrío mortal!... ¡No, no confieso!

OROZCO.- (Gravemente, apartando la vista de lo que lee.) ¿Piensas, Augusta, o es que te has quedado dormida?

AUGUSTA.- No duermo, no.

OROZCO.- ¿Tienes frío?

AUGUSTA.- Un poco... (Temblando.) Pensaba en esa tontería... en tu sospecha.

¿Quién te la sugirió?

OROZCO.- Curiosidad por curiosidad, creo que la mía debe llevar la preferencia.

Habla tú primero.

AUGUSTA.- ¿Cómo, por qué medio han nacido en ti esas ideas?

OROZCO.- (Con ligera inflexión festiva.) Por adivinación.

AUGUSTA.- (Aparte.) ¡Virgen Santa, mis temores se confirman... Anoche, en aquel delirio estúpido...! ¡Miserable de mí, vendida neciamente! (Alto, tragando saliva.) ¿Adivinación has dicho? No puede ser. Alguien me acusó...

OROZCO.- Quizás.

AUGUSTA.- (Aparte.) Dios mío, sácame de esta incertidumbre, y separa en mi mente las acciones reales de las fingidas por el cerebro enfermo. (Rehaciéndose.) ¡Oh!, no es posible que yo hablara... no puede ser. Me estoy atormentando con un recelo pueril. Ánimo... y nada de confesión.

OROZCO.- (Aparte.) Esto sí que es difícil de extirpar. El desgarrón de este sentimiento, que me arranco para echarlo en el pozo de las miserias humanas, ¡cómo me duele! Al tirar, me llevo la mitad del alma, y temo que mi serenidad flaquee... Si salgo triunfante de esta prueba, ya no temeré nada; dominaré el mundo, y nada terrestre me dominará...

AUGUSTA.- (Aparte, sofocada, limpiando el sudor de su frente.) No sé qué siento en mí... un prurito irresistible de referir la verdad... entera... sin omitir nada... absolutamente nada.

OROZCO.- (Prosiguiendo su monólogo.) ¡Pero cómo duele esta amputación! (Mirándola furtivamente.) Era el encanto de mi vida. Inferior a mí por su inconsistencia moral, su amor me daba horas felices. La pierdo. Quizás será un bien esta viudez que me espera; quizás este lazo me ataba demasiado a las bajezas materiales... Me convendrá seguramente perder el único afecto que al mundo me ligaba... ¿Y si no lo perdiera? ¡Si con un acto de hermosa contrición se eleva hasta mí! (Volviendo a mirarla.) ¡Ah, no tiene alma para nada grande!

¿Has pensado, Augusta?

AUGUSTA.- No pienso... Todo está pensado ya. (Aparte.) No sé qué hacer ni por dónde salir...

OROZCO.- ¿Has examinado tu conciencia, Augusta?



AUGUSTA.- (Sacando fuerzas de flaqueza.) Sí, sí... Mi conciencia... no tiene nada que examinar.

OROZCO.- ¿Está serena y callada? ¿No te acusa de ninguna acción contraria a las leyes divinas... o siquiera a las humanas?

AUGUSTA.- (Aparte.) Me confieso a Dios, a ti no.

OROZCO.- ¿Qué dices?

AUGUSTA.- No he dicho nada. (Aparte, con brutal entereza.) Me arriesgo a todo...

Salga lo que saliere, negaré.

OROZCO.- ¿Insistes en llamar absurdos los rumores...?

AUGUSTA.- (Aparte, desconcertada.) ¿Poseerá alguna prueba material?

OROZCO.- ¿Callas?

AUGUSTA.- ¿Rumores? A mis oídos no han llegado. (Aparte.) Dios mío, acábese esta lucha horrible. (Vacilando.) No sé... Su perfección, si lo es, no hace vibrar en mí ningún sentimiento. ¡Si viera en él la expresión humana del dolor, de los celos...!

OROZCO.- ¿Qué piensas?

AUGUSTA.- No pienso... es que me asombro de que creas semejante desatino.

(Aparte.) Si tiene pruebas, que las tenga... Ya no me vuelvo atrás.

OROZCO.- ¿De modo que lo niegas?

AUGUSTA.- (Después de una pausa.) Lo niego.

OROZCO.- ¿Y lo juras?

AUGUSTA.- ¿A qué viene eso de jurar?...

OROZCO.- (Aparte.) Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada, quédate en tu miseria y en tu pequeñez.

AUGUSTA.- (Aparte, recelosa.) ¿Me crees? ¿Crees lo que digo?

OROZCO.- Sí... (Se aparta de ella y pasea por la habitación: aparte.) Me he quedado solo, solo como el que vive en un desierto...

AUGUSTA.- (Aparte.) No me ha creído... Y yo siento un vacío en mi alma... Me siento divorciada, sola, como si en un páramo viviera.

OROZCO.- (Aparte.) Mi mujer ha muerto. Soy libre. Ningún cuidado me inquieta ya, si no es el de mi propia disciplina interior.

AUGUSTA.- (Aparte.) Si en él viera yo el noble egoísmo del león que se enfurece y lucha por defender a su hembra...

OROZCO.- ¡Pero qué solo estoy! Murió el encanto de mi vida... ¿Flaqueará mi ánimo en esta crisis tremenda? ¿Me dejaré arrastrar de este impulso maligno que en mí nace, o más bien resucita, porque es resabio de mis dominadas pasiones de hombre?

(Detiéndose detrás del sillón en que está AUGUSTA, contemplándola. Ella no le ve.)

¿Por qué no te impongo un cruel y ejemplar castigo; por qué no te...?

(Apretando los puños, la amenaza; mas al instante recobra su grave actitud.)



AUGUSTA.- (Aparte, encogiéndose y cerrando los ojos sobresaltada, al sentirle detrás.) ¿Qué hace? No atrevo a moverme, ni a mirar siquiera para atrás. Dios me ampare.

OROZCO.- (Dominándose, con suprema violencia sobre sí.) ¡No, no te iguales a lo más bajo, a lo más grosero de la humanidad!... Déjala.

AUGUSTA.- (Volviéndose, aterrada.) ¿Qué... qué hay?

OROZCO.- (Con el acento grave y frío de siempre.) Nada... pero es muy tarde... ¿No te acuestas?

AUGUSTA.- (Aparte.) El acento de siempre. (Alto, levantándose.) Sí... me acostaré.

(Diríjese paso a paso a la puerta de la alcoba, meditando.)

OROZCO.- (Sin mirarla, inmóvil, en el centro de la escena.) No, los brutales instintos no destruirán, en un instante de flaqueza, el reposo supremo que adquiriré a fuerza de mutilar y mutilar pasiones y afectos miserables. Elévate, alma, otra vez, y mira desde lejos estas bastardías liliputienses.

AUGUSTA.- (Deteniéndose en la puerta de la alcoba.) ¡Divorciados para siempre!... Aún podría...

OROZCO.- ¿Qué?... ¿vuelves?

AUGUSTA.- (Disimulando.) No... sí... es que presumo que estaré desvelada... y... me llevo un libro para leer.

(Diríjese a la mesa y trata de elegir un libro entre los que allí hay, tomando y dejando volúmenes y examinándolos rápidamente.

OROZCO la contempla en silencio.)

No sé qué siento. El alma se me desgaja. Si fuera posible decir toda la verdad, toda...

OROZCO.- (Aparte.) Su alma no está serena. La mentira la embravece como el viento a la mar.

AUGUSTA.- (Aparte.) Y toda la verdad, toda, toda, es imposible de decir... Diría que me siento menos arrepentida que culpable, y que ningún afecto, ninguno, borraré de mi corazón la imagen del pobre muerto. Diría que entre tu santidad, que admiro, y mis debilidades, de que me acuso a Dios, hay un abismo que humanamente no puedo salvar... ¡Contradicción, pena horrible sin el recurso de poder aliviarla confesándola!... ¿Cómo decirte que me infundes veneración, ternura fraternal, pero que el amor, la flor de la confianza humana, no puede nacer en esta unión árida y glacial?... No sé ver juntamente en ti al esposo y al sacerdote... Sepáralos, y quizás nos entenderemos. (Angustiada.) ¡Y si esto digo, no habrá perdón, no puede haberlo!... ¡y si miento, tampoco! (Con resolución.) ¡Imposible! (Diríjese a la alcoba sin llevar el libro.) Dios me perdonará... cuando lo merezca.

OROZCO.- Pero al fin... no llevas el libro...

AUGUSTA.- (Con calor.) No lo necesito... leeré en mí misma. (Vase.)

Escena III



OROZCO solo. Después la imagen subjetiva de FEDERICO VIERA.

OROZCO.- Leer en sí misma... Falta que se entienda. (Siéntase meditabundo.)

¡Dominada la pavorosa crisis...! ¡Fuera locuras impropias de mí! Los celos, ¡qué estupidez! Las veleidades, antojos o pasiones de una mujer, ¡qué miseria! Elevar tales fruslerías al foro de una conciencia pura, empapada en el bien supremo, es lo mismo que si, al ver una hormiga, o cuatro, o cien, llevando a rastras un grano de trigo, fuéramos a dar parte a la guardia civil y al juez instructor. No... conservemos nuestra calma frente a estas agitaciones microscópicas, para poder despreciarlas más hondamente... (Levántase agitado.) Quiero salir... me ahogo, necesito respirar el aire libre, contemplar el cielo, las estrellas sin fin... ¡Ah!, ¡qué diría esa inmensidad de mundos si fuesen a contarles que aquí, en el nuestro, un gusanillo insignificante llamado mujer amó a un hombre en vez de amar a otro! Si el espacio infinito se pudiera reír, ¡cómo se reiría de las bobadas que aquí nos revuelven y trastornan! Pero para reírse de ellas, era menester que las supiera, y el saberlas sólo le deshonoraría...

(Volviendo al proscenio.) Siéntome otra vez asaltado de la idea que fue mi suplicio ayer, hoy también... la maldita representación del trágico suceso... Quiero reconstruirlo, determinar sus móviles, y no alcanzo...

¡Ah, sí!... (Con inspiración súbita.) Parece que mi razón se ilumina con poderosa luz, sí... y poseo la verdad... (Exaltado.) Ya, ya encontré la exacta lógica de... (El salón se ilumina.) ¿Qué es esto?... ¡Encendido el salón!... (Acércase a la puerta.) Parece que alguien entra en el salón... Sí, una persona... un hombre... (Vuelve al proscenio restregándose los ojos.) Sin duda sueño... Mis ideas se lanzan fuera de mí. (Se ilumina el billar.) Luz también en el billar... Alguien está allí... Le conozco... Federico...

(La imagen de FEDERICO aparece en el billar.)

Te conocí... te esperaba. Tu presencia no me causa terror, imagen del que fue mi amigo. Vivo te amé, muerto me inspiraste odio.

(La imagen se desvanece.)

No te alejes, ven... Este sentimiento infame me acongoja, me empequeñece, y con poderosa voluntad lo arranco de mi alma. Vuelve a mí... quiero verte

(La imagen vuelve a mostrarse.)

Eres mi idea fija, como yo fui la tuya. Eres mi propio pensamiento, la luz que alumbra mi razón, revelándome el sentido de tu lastimosa tragedia y los móviles de tu muerte... Sé que moriste por estímulos del honor y de la conciencia, porque la vida se te hizo imposible entre mi generosidad y tu delito, entre el bien que te hice y el mal que me hiciste. Si en tu vida hay no pocas ignominias, tu muerte es un signo de grandeza moral. Tú y yo nos elevamos sobre toda esta miseria de las pasiones, del odio y del vano juicio del vulgo. No sé aborrecer. Me has dado la verdad: yo te doy el perdón. Abrázame.

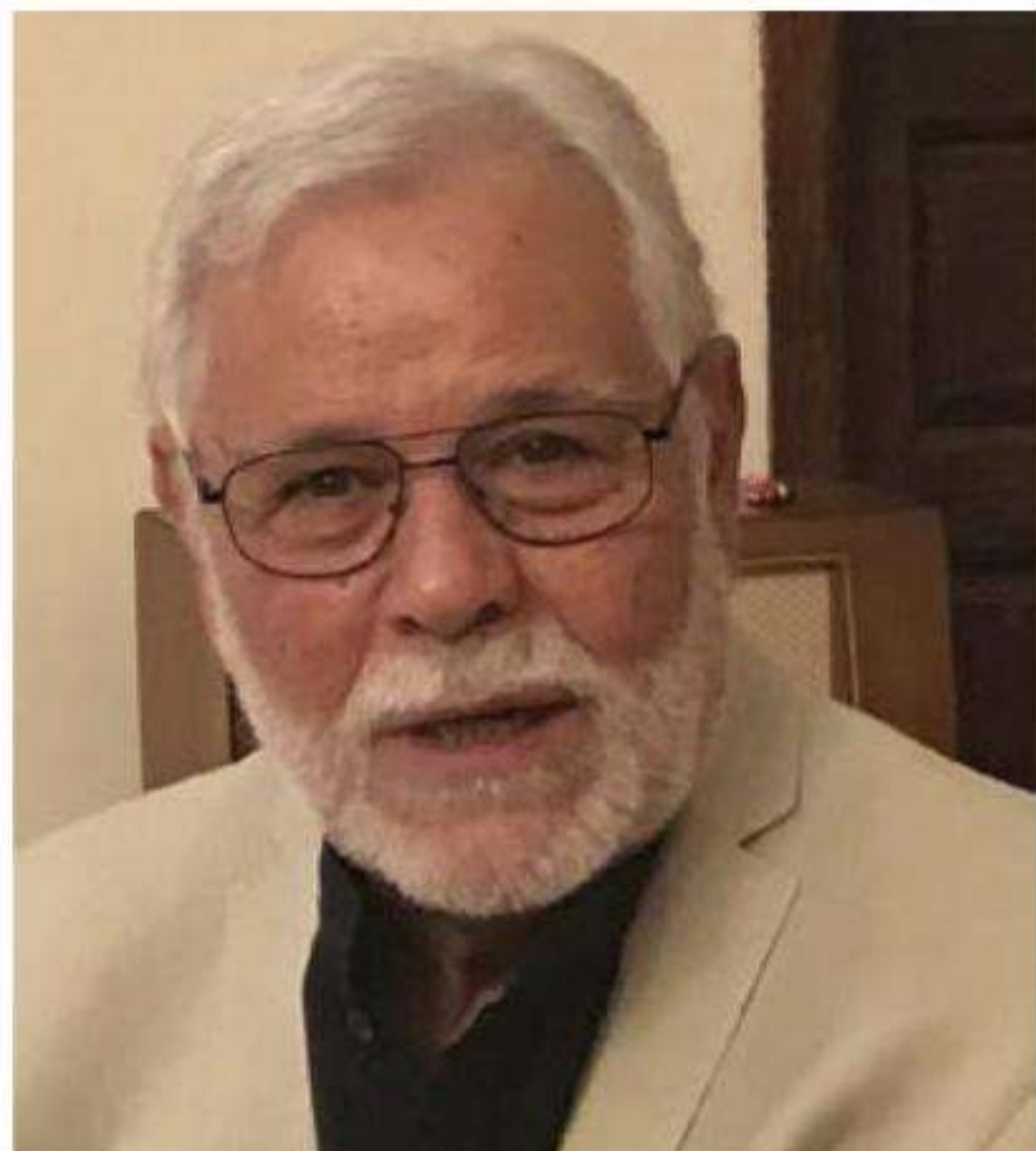
(Dirígese hacia la imagen, que se desvanece cuando OROZCO le tiende los brazos.)



FIN DEL DRAMA



## Biografía



### **MANUEL CANSECO GODOY**

Nacido en Villanueva de la Serena (Badajoz) realiza estudios teatrales en el T.E.M (Teatro Estudio de Madrid). Estudios de realización televisiva en la Escuela de Comunicación de Remscheid (Alemania). Ayudante de José Luis Alonso y luego director adjunto durante más de siete años en el Teatro Nacional "María Guerrero". Dirige su propia compañía de teatro desde 1970.

**DIRECTOR DE ESCENA:** Obras del Siglo de Oro: "Casa con dos puertas mala es de guardar", "La Cisma de Ingalaterra", "No hay burlas con el amor", "El mágico prodigioso", de Calderón; "El perro del hortelano", de Lope; "La villana de Vallecas", de Tirso y un largo etc, que va desde Torres Naharro a Quevedo, pasando por Jorge Manrique o Sor Juana Inés de la Cruz.

Clásicos grecolatinos: "La Paz", en versión de Francisco Nieva, "La asamblea de las mujeres" y "Tesmoforiazusas", de Aristófanes; "La Orestíada", de Esquilo; "Medea", "Las Troyanas", "Ciclo Tebano", etc.

Autores modernos: Jardiel Poncela: "Tú y yo somos tres", "Usted tiene ojos de mujer fatal", "Las cinco advertencias de Satanás"; Jaime Salóm: "Un hombre en la puerta" y "Mariposas Negras"; Rodríguez Mendez: "Barbieri"; Domingo Miras: "La Saturna", "Aurora"; Galdós-Mañas: "Miau"; Juan A. Castro: "Tauromaquia"; Brecht "Diálogos de Fugitivos"; Elvira Lindo "La Ley de la Selva"; Buero Vallejo "El Tragaluz, etc.

Espectáculos líricos y musicales: "La rosa del azafrán", "La calesera", etc; "Barbieri", "Personnages", "Alboreá", etc.

Operas: "Salambó", de Mussorgski, para el Teatro Kirov, de Leningrado; "A te Bellini", con libreto propio y música del compositor, "Rossini alla carta", etc.

**AUTOR Y DRAMATURGO:** Ha estrenado al menos una veintena de adaptaciones teatrales. Premio Tirso de Molina 1983, de teatro, por su obra "Proceso a Besteiro". Finalista del Premio Doncel de novela corta en 1970. Entre sus obras, escritas basándose en textos clásicos, destacan "Querellas ante el dios Amor" sobre textos teatrales de los siglos XIV y XV y "Eteocles y Polinices", basada en textos de Eurípides y Esquilo.

**FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN:** Ha colaborado en numerosas publicaciones como "Primer Acto", "Pipirijaina" "El Público", Cuadernos de



la Sociedad de Estudios Clásicos, etc. Estudio sobre “El mágico prodigioso”, de Calderón. Realización multimedia de un CD-ROM sobre “El Corral del Príncipe en el Siglo de Oro”, en el que se recreó a través de ordenador la arquitectura del corral en el siglo XVII.

Ha presentado sus trabajos sobre “El Corral del Príncipe” en las universidades de Sevilla, Valladolid, Montreal, Ottawa y Bolonia.

Ha impartido cursos de interpretación, dirigiendo el Aula de Teatro de la Universidad Autónoma de Madrid, el taller de formación sobre textos clásicos “Ágora”, y ha realizado talleres de fin de carrera en el Instituto de Teatro y Artes Escénicas, de Gijón.

Ha publicado trabajos sobre “La Numancia” de Cervantes y el mundo numantino.

Cursos sobre el montaje de la tragedia y la comedia griega para el Instituto de Teatro Greco-Latino de Segóbriga y la Sociedad de Estudios Clásicos.

### **ÚLTIMOS TRABAJOS TEATRALES**

Últimamente ha dirigido “Coplas de Buen Amor” en adaptación de A. Serrano sobre textos del Arcipreste de Hita, “Fuenteovejuna”, de Lope de Vega en la propia Fuente Ovejuna, representada por sus habitantes, para el Centro Dramático Nacional “La Pechuga de la Sardina”, de Lauro Olmo, para la Compañía de Danza de Carolina Pozuelo el espectáculo de Ballet español, música y poesía “Clavileño” y por último “Extremófilos” de Fernando de Julian en el Teatro de las Aguas, actualmente de gira.







## Itinéraire d'un honnête homme selon Galdós

Daniel GAUTIER  
Université de Nantes  
Université d'Angers

### Introduction

La présentation que l'on faisait de Benito Pérez Galdós, au moment de sa mort, n'était pas toujours très flatteuse. Ainsi Pierre Lhande, écrivain, prêtre, jésuite et académicien basque français, écrivait, en janvier 1920, à l'occasion de la mort du romancier espagnol, un article bien peu prophétique.

*Pour la plupart des Français le nom de Pérez Galdós n'évoque guère que la vision de meetings séditionnaires dans les faubourgs populaires de Madrid et le souvenir d'un mauvais drame anticlérical qui, traîné de ville en ville à grand renfort de réclames élaborées dans les Loges, vint finalement s'échouer sous les sifflets des Parisiens.<sup>1</sup>*

Il reconnaissait toutefois que "les humbles avaient voué à don Benito un culte fait d'admiration et de sympathie... Devant ce grand vieillard, négligé dans sa mise, son éternel cache-nez vert pendant des épaules, si banal en apparence avec ses grosses lunettes, sa moustache tombante de douanier, les hommes de peine se découvraient : "Allá va don Benito ! Le voilà qui passe ! disaient-ils en interrompant le travail."<sup>2</sup>

Et Pierre Lhande poursuit :

*L'action de cet homme a été des plus néfastes au point de vue de la diffusion des théories pernicieuses, et les catholiques espagnols ont eu raison de le considérer comme un des grands responsables dans le mouvement révolutionnaire qui a ébranlé et qui ébranle encore à cette heure dans leur pays les fondements du trône et de l'autel.<sup>3</sup>*

Il est toujours intéressant de lire les commentaires des adversaires car les points positifs prennent alors une portée significative. Pierre Lhande parle de la pensée religieuse chez Galdós et dit :

*Ses conceptions religieuses ne sont pas beaucoup plus compliquées que ses théories sociales. Il en veut à mort à l'intolérance, à l'obscurantisme, à l'oppression des consciences. Il dresse ses batteries contre l'Inquisition dans les temps passés, contre le*

---

1- *Etudes*, janvier 1920, p. 281.

2- *Ibidem*, p. 287.

3- *Ibidem*, p. 290.



*Syllabus dans les temps modernes. Sa bête noire est l'intégrisme espagnol qu'il représente luttant sans cesse contre l'émancipation, le progrès et la science.*<sup>4</sup>

Encore heureux, dirions-nous... Pierre Lhande finissait son livre en reconnaissant une certaine célébrité à notre auteur :

*Cependant, malgré son œuvre insubstantielle, Pérez Galdós survivra, et peut-être longtemps, dans la mémoire des Espagnols.*<sup>5</sup>

Effectivement, Galdós est resté et reste encore comme le grand écrivain espagnol, et le lecteur jugera lui-même s'il se range du côté des commentateurs négatifs comme Pierre Lhande ou du côté des admirateurs galdosiens.

Ce qui fait la qualité de Galdós dans sa recherche religieuse est qu'il ne donne pas de solution. Il n'impose rien, n'oblige à rien. Chaque lecteur est libre de penser ce qu'il veut. Galdós ne fait que présenter des idées, le plus honnêtement et sereinement possible, ensuite, le lecteur doit participer à la recherche de la vérité à partir de ce qu'il vient de lire. N'est-ce pas une attitude moderne et respectueuse de la liberté de conscience d'agir ainsi ?

Il s'oppose à toute démarche dogmatique et cléricale. C'est pourquoi il aimait beaucoup se retrouver à l'*Ateneo*, ce lieu où tous se retrouvaient pour s'exprimer, questionner et partager. C'est Joaquín Casaldüero qui le dit :

*La grande influence de l'Ateneo dans la vie espagnole n'était pas due exclusivement à ce qu'elle était une bibliothèque et un lieu tranquille où l'on pouvait converser... Les jeunes se mêlaient aux anciens, les étudiants aux professeurs, les conservateurs aux libéraux, les religieux aux libres-penseurs, et la chaleur du dialogue, privé ou public, n'empêchait jamais la plus grande considération mutuelle.*<sup>6</sup>

Galdós nous présente donc une vision différente, une tournure d'esprit différente, une façon de vivre différente. Un adulte voit, constate et choisit. Au fond, Galdós est le meilleur pédagogue, il enseigne mais ne contraint pas. Ne serait-ce pas le rôle désiré de l'Eglise ?

Dans ce livre, nous avons voulu montrer comment Galdós nous indique le chemin, l'itinéraire à suivre. *Doña Perfecta* est le contrepoint, l'itinéraire qu'il ne conseille pas. Puis vient *La Déshéritée*, où une erreur aurait poussé Isidora vers les bas-fonds de la société madrilène alors qu'elle rêvait de grandeur. *Ángel*

---

4- *Ibidem*, p. 464.

5- *Ibidem*, p. 470.

6- Joaquín Casaldüero, *Vida y obra de Galdós*, Ed. Gredos, Madrid, 1974, p. 17.



*Guerra*, le grand combattant, le révolutionnaire, toujours désireux de remettre la société en ordre, mais qui commence par faire sa propre révolution ou conversion. *Marianela*, la petite guide d'aveugle qui enveloppe tout de sa vision poétique et qui va mourir du regard des autres sur elle. *La Familia de León Roch* ou la bataille entre la science et la mystique. *Miau*, le roman où le regard de l'enfant nous rapproche du regard des saints. Enfin, plus longuement, *Gloria* où se joue la question des différentes religions en Espagne. Faut-il se convertir tous à une seule religion ? Le Royaume annoncé par le Christ n'est-il pas à chercher au-delà des religions établies ?

Galdós revendique le droit de dire non, le droit à la rébellion. N'importe quel dictateur peut obliger son peuple à chanter des hymnes à la liberté mais une fois le dictateur disparu, le peuple retrouve ses idées comme l'eau d'une rivière retrouve son lit après une période d'inondation.

"Ce n'est pas le doute, c'est la certitude qui rend fou" disait Nietzsche. Celui qui doute continue à chercher tandis que celui qui est sûr de ses idées meurt d'avoir trouvé. Galdós croit au doute.

*Le refoulement du doute conduit à toutes sortes de crispations : intolérance, pointillisme rituel, rigidité doctrinale, diabolisation des incroyants, fanatisme allant parfois jusqu'à la violence meurtrière. Les intégristes de toutes les religions se ressemblent parce qu'ils refusent le doute, cette face sombre de la foi, qui en est pourtant l'indispensable corollaire. Mère Teresa a reconnu ses doutes, aussi douloureux fussent-ils à vivre et à dire, parce que sa foi était animée par l'amour. Les intégristes n'accueilleront ou n'admettront jamais les leurs, parce que leur foi est fondée sur la peur. Et la peur interdit de douter.<sup>7</sup>*

Galdós ne dit rien d'autre dans son roman *La Familia de León Roch*. Les théologiens et philosophes peinent parfois à expliquer leurs arguments. Les romanciers et les poètes savent suggérer les choses et touchent parfois bien plus que les savants. Souvenons-nous des Péguy, Bernanos, Unamuno, Verlaine et bien d'autres...

Nous souhaitons à tous une découverte de l'écrivain espagnol plus religieux qu'anticléric.

---

<sup>7</sup>- Frédéric Lenoir, *Le monde des religions*, novembre-décembre 2007.



## Chapitre I

### Doña Perfecta

Considérée comme un des premiers romans à thèse de Benito Pérez Galdós, le roman de *Doña Perfecta* nous est apparu comme une bonne introduction à notre condensé de la pensée de l'auteur sur la vie d'un homme honnête contemporain. Il se détache des autres comme la partie négative de ses idées. Tout ce qu'il ne faut pas faire pour avoir ce qu'on pourrait appeler une vie réussie.

Comme dans les psaumes de la Bible, le psaume 1 nous indique les deux voies possibles :

*Heureux est l'homme qui n'entre pas au conseil des méchants,  
qui ne suit pas le chemin des pécheurs,  
ne siège pas avec ceux qui ricanent,  
mais se plaît dans la loi du Seigneur  
et murmure sa loi jour et nuit !<sup>8</sup>*

N'oublions pas que Galdós est un excellent connaisseur de la Bible. L'Ancien Testament, le Nouveau Testament, l'Histoire de l'Eglise, il a tout en tête lorsqu'il écrit ses romans.

Suivant le même ordre, Galdós va donc commencer par nous montrer la voie impie avant de nous parler de tout ce qui le touche dans la religion, de ses doutes et de ses questions. Entrons donc avec lui dans cette nouvelle comédie humaine comme on entre dans une église baroque, en commençant par le fond, là où se trouvent les démons et les obscurités de toute sorte pour nous diriger peu à peu vers la lumière de l'orient.

### Doña Perfecta

#### 1- Villahorrenda !... Cinq minutes d'arrêt

Quand le train s'arrêta à une petite gare entre les kilomètres 171 et 172 presque tous les voyageurs de seconde et troisième classes continuèrent de dormir et de bâiller parce que le froid pénétrant du petit matin n'était pas une invitation à la promenade sur le quai désert. L'unique voyageur de première descendit

---

8- Ps 1.



rapidement et se dirigea vers les agents pour leur demander s'il s'agissait bien de *Villaborrenda* (ville horrible).

- Mais il fait un froid de canard ici. Il n'y a pas une auberge ou une chambre pour reprendre des forces ?
- Ici, il n'y a rien, répondit l'employé sèchement tout en lançant une telle volée de jurons, blasphèmes et autres invocations abominables que les poules elles-mêmes, scandalisées d'une telle grossièreté, murmuraient entre elles dans leurs paniers.
- C'est vous, Monsieur don José de Rey ? demanda un paysan espagnol enveloppé dans ses couvertures.
- Oui, et vous, je suppose que vous êtes au service de doña Perfecta et que vous venez me chercher pour aller à Orbajosa.
- Exactement.

Un coq chanta, puis un autre. Il faisait jour.

## 2- Un voyage au cœur de l'Espagne

- Dites, Monsieur, comment va ma tante ?
- Toujours aussi belle, on dirait que les années ne passent pas pour madame doña Perfecta. On dit bien que Dieu accorde longue vie aux bonnes personnes.
- Et ma cousine Rosario ?
- C'est le portrait tout craché de sa mère. Toutes les deux attendent votre arrivée. Comme elles ne vous ont jamais vu, elles sont impatientes. Le pont par ici est cassé, nous allons passer par la *Colline des lys*.

*La Colline des lys*, observa en lui-même le gentleman, ce sont de bien jolis noms pour une région si laide ! C'est magnifique pour les aveugles, paradisiaque pour la langue, infernal pour les yeux. Les gens de ce pays vivent d'illusion. "Si, enfant, alors que je vivais des idées et de l'enthousiasme de ma bonne mère, on m'avait amené ici, ces collines dénudées, ces plaines poussiéreuses, ces maisons vétustes et ces norias délabrées m'auraient paru merveilleuses aussi."

La lumière du jour faisait irruption par toutes les fenêtres et lucarnes de l'horizon hispanique, inondant les champs de splendide clarté. La terre désolée, jaunie, sans arbres, ressemblait à une vieille cape misérable sur laquelle s'étaient battus de façon épique le christianisme et l'islamisme.



Ils rencontrèrent un homme, disons plutôt un centaure, chevauchant l'animal qui lui correspondait.

- Bonjour Monsieur Caballuco, dit le paysan... Ce monsieur est le neveu de doña Perfecta.
- Ah !... Très bien.

C'était une sorte de cacique de la région, respecté même par le gouverneur. Il défendait les pauvres, et l'étranger, qui aurait osé s'en prendre à un cheveu d'un enfant d'Orbajosa, aurait eu affaire à lui.

- A Madrid, j'ai entendu dire qu'on craignait certaines bandes par ici...
- A Madrid, on ne dit que des bêtises, dit Caballuco.

Alors qu'on approchait d'Orbajosa, quelques cloches se mirent à sonner de manière disgracieuse. Elles montraient par ce bruit que cette momie avait encore une âme. Ils longèrent un mur de clôture et le jeune homme se dressa sur ses étriers pour jeter un coup d'œil.

### 3- Pepe Rey

Lorsque doña Perfecta resta veuve, elle dut faire appel à son frère, le père de Pepe Rey, pour l'aider financièrement. Sa gratitude envers son frère resta vive. Son neveu, Pepe, était un homme qui avait de grandes idées et adorait la science. Il devait avoir une trentaine d'années. Il était fort, presque herculéen, les traits physiques parfaits. Il n'admettait ni faussetés ni tromperies, ni ce genre de pensées alambiquées qui amusent tant ces gens imprégnés de maniérisme. Doña Perfecta avait pensé marier sa fille Rosario à son neveu et elle l'écrivit dans une lettre à son frère.

Quand Pepe Rey arriva sur le seuil de la maison de sa tante, on avait déjà fait un tas de commentaires divers sur ses apparences.

### 4- L'arrivée du cousin

Il y avait là don Inocencio, un saint homme cultivé, aux mœurs irréprochables et grand ami de la famille de doña Perfecta. Rosarito, une fille d'apparence délicate et fragile qui faisait penser à ce que les Portugais appellent *saudades* (nostalgie). Sa réelle beauté était semblable à la nacre ou à l'albâtre, une sorte de transparence par laquelle on devinait toute la profondeur de son âme. Elle conduisit son cousin à sa chambre et, en ouvrant les fenêtres, lui dit :



- Voilà la cathédrale. Elle est très jolie et pleine de trésors.
- Ma chère cousine, dit Pepe, tout à son bonheur, je vois en tout une main d'ange et cet ange, c'est toi. Tout, ici, respire la tranquillité.

5- Y aurait-il quelque discorde ?

- Inutile de dire que tu peux parler avec nous en toute franchise, dit doña Perfecta. Ici tout est à la bonne franquette.
- C'est parfait. Je suis l'ennemi des faussetés et autres comédies de la haute société. Vivre loin du bruit, dans la solitude et le calme de la campagne, c'est le bonheur.

Il disait cela quand les vitres de la porte communiquant avec le jardin s'assombrirent sous l'effet d'une grande ombre. C'était le chanoine qui venait d'entrer dans la pièce.

- Que pensez-vous d'Orbajosa ? demanda le chanoine en fermant l'œil gauche, habitude qu'il avait prise lorsqu'il fumait.
- Je n'ai pas encore pu me faire une idée. Mais à l'entrée de la ville, j'ai vu plus d'une centaine de mendiants, des hommes sains et robustes pour la plupart. C'est dommage et cela fend le cœur.
- Depuis que je suis ici, cela fait bien des années, j'ai vu un tas de gens venir de la capitale, à l'occasion des élections ou en recherche d'un bout de terrain ou pour voir les trésors de la cathédrale. Tous nous parlent de charrues anglaises, de moissonneuses mécaniques, de banques et je ne sais quelle ânerie. Le refrain est toujours que rien n'est bien et qu'on pourrait faire beaucoup mieux. Mais l'imbécile connaît mieux sa maison que le sage la maison des autres. Et je ne suis pas perturbé par l'un des jeunes les plus éminents de l'Espagne moderne, quelqu'un qui serait capable de rendre riches nos terres arides.

Cette philippique ironique et impertinente ne plut guère au jeune homme, mais il s'abstint de manifester le moindre désagrément et continua la conversation évitant le plus possible les points discordants.

6- Où l'on voit que la brouille peut arriver quand on s'y attend le moins



Voilà que se présenta monsieur don Cayetano, beau-frère de doña Perfecta. Il était grand et maigre et s'exprimait d'une manière alambiquée qui lui allait à merveille. Il était sympathique et aimable jusqu'à l'exagération. Il avait fondé à Orbajosa une des plus riches bibliothèques d'Espagne où il passait ses jours et ses nuits. Doña Perfecta et lui vivaient en pleine harmonie. Il faut dire qu'il ne se mêlait jamais des affaires de la maison et elle respectait, admirative, tous ses livres et ses documents.

- Il faudra que tu viennes voir ma bibliothèque. Tu pourras y lire tout ce que tu voudras, dit-il à Pepe Rey.

Là-dessus, le chanoine enchaîna :

- Il faut que vous visitiez le plus vite possible notre cathédrale. Il y en a peu de semblable. Même pour quelqu'un qui a voyagé à l'étranger, notre église vaut la peine. Nous, les pauvres rustres d'Orbajosa, nous la trouvons merveilleuse.

Le langage du chanoine déplaisait de plus en plus à Pepe Rey mais il était résolu à ne pas laisser voir sa mauvaise humeur. Doña Perfecta lui dit cependant :

- Attention, mon petit José, je te préviens que si tu parles mal de notre sainte église, nous ne serons plus très amis. Tu sais un tas de choses, tu es un homme éminent qui comprend tout mais, si jamais tu trouves que cette grande œuvre n'est pas la huitième merveille, garde ta sagesse pour toi et ne nous prends pas pour des niais...
- La science, telle que les gens modernes l'étudient et la transmettent, c'est la mort des sentiments et des douces illusions, poursuivit le prêtre. Tout est réduit à quelque chose de rigide. La science détruit le merveilleux dans l'art et la foi dans les âmes. Le cœur est une éponge, le cerveau un tas de vers.

Pepe Rey n'avait pas envie d'entamer de vaines disputes. Il ne prétendait à rien et ne voulait pas passer pour érudit surtout devant des femmes mais la logorrhée du chanoine demandait une correction.

- Ce n'est pas notre faute si la science détruit à coups de marteaux tant de vaines idoles, de superstitions, mille histoires du passé, belles certaines, ridicules les autres... Il faut de tout dans les vignes du Seigneur. Le mysticisme en religion, la routine en science, le maniérisme dans les arts, tout s'efface comme les dieux païens se sont effacés au milieu des rires. Le genre humain se réveille, les yeux commencent à voir clair. Il n'y a plus de Parnasse, plus d'Olympe, il n'y a pas d'autres Champs



Elysées que ceux de Paris... La fable, qu'on l'appelle paganisme ou idéal chrétien, n'existe plus. Tous les miracles possibles se réduisent à ceux que je réalise dans mon cabinet avec mon bec Bunsen. Bref, Monsieur le chanoine, on a demandé à laisser tomber les absurdités, les faussetés, les illusions, les rêves, les sensibleries et les soucis qui choquent l'entendement. Trinquons à l'événement .

Tout doucement, il glissa à sa cousine :

- Ne t'en fais pas, ma cousine. Je dis toutes ces bêtises pour fâcher monsieur le chanoine.

#### 7- La brouille prend de l'ampleur

- Crois-tu que monsieur le chanoine va rester sans réponse ? dit sa tante.
- Oh ! non, je ne vais pas mesurer mes pauvres forces à quelqu'un de si bien armé. Monsieur don José sait tout. Moi, je sais bien que la doctrine qu'il soutient est fausse et je pourrais employer les armes des sentiments, les arguments théologiques venus en droite ligne de la révélation, mais monsieur don José se moquerait de la théologie, de la foi, des saints prophètes, de l'Évangile...
- Je vois que Monsieur le chanoine a pris au sérieux les âneries que j'ai dites... J'ai voulu blaguer, excusez-moi. Je suis comme ça.
- C'est vous l'homme du siècle... Quelle tête, ce jeune homme, doña Perfecta. Je suis passé à Madrid et on m'a emmené à l'Ateneo, là, j'avoue que je suis resté étonné de voir l'incroyable génie que Dieu a donné aux athées et aux protestants.
- Mon neveu, dit doña Perfecta, n'a aucune prétention. Ce qu'il sait, c'est ce qu'on lui a appris et rien d'autre ! On peut penser que vous pourriez l'éclairer et le sortir de l'enfer de ses fausses doctrines.
- Vous auriez dû être avocat, mon cher, dit don Inocencio.
- La première et la plus terrible des plaies d'Espagne est la masse des jeunes avocats. Ils sont sans travail, c'est pourquoi on voit arriver des fainéants prétentieux qui perturbent la politique, agitent les opinions et fomentent les révolutions.

Le chanoine s'en alla en donnant une tape dans le dos de Pepe. Celui-ci vit que le ciel s'ouvrait dès que le prêtre sortit de la salle à manger et de la maison.



8- A toute vitesse

- J'ai l'impression, dit Rosario, une fois seule avec Pepe, que tu viens d'un autre monde où les gens sont intelligents, savants, raffinés... Ici, tout n'est que simplicité. Tu vas t'ennuyer. Tu vas tellement t'ennuyer que tu seras obligé de partir.
- Au contraire, je regrette même de n'être pas venu plus vite à Orbajosa.
- Moi, je ne suis qu'une villageoise, je ne connais pas le français, je ne suis pas habillée avec élégance, c'est à peine si je joue un peu de piano...
- Ecoute-moi, avec toi je ne parlerai que le langage de la vérité. Je suis venu ici pour te demander en mariage.

Rosario sentit que le rouge lui montait au visage et le cœur faisait des bonds dans sa poitrine.

9- La brouille continue et menace de devenir discorde

Un jeune homme, don Jacinto, brillant avocat, neveu de don Inocencio, était considéré par ce dernier comme un homme presque parfait. Si le Concile de Trente interdit aux prêtres d'avoir des enfants, Dieu leur permit d'avoir des neveux afin de connaître les doux désirs de paternité.

- Que pense Monsieur don José du darwinisme ?
- Je n'en pense rien car les exercices de ma profession ne m'ont pas permis de me consacrer à ces études.
- Bon, répondit le chanoine en riant. Tout se résume à ce que nous descendons du singe... Si on dit cela en pensant à certaines personnes que je connais, cela doit être vrai.
- Je suis sûre que tu t'ennuies ici, dit doña Perfecta à Pepe.
- Oh non, je suis très bien ici. Je disais même à Rosario que je voudrais vivre et mourir ici.

Doña Perfecta, avec un air de bonté souriante qui émanait de son âme comme le parfum des fleurs, dit à Pepe :

- Ecoute, mon cher neveu, j'ai une chose à te dire. Mais ne le prends pas pour un reproche... Quand tu retourneras visiter notre merveilleuse cathédrale, essaie d'y être un peu plus recueilli.



- Pourquoi ?
- Evidemment, habitué à entrer avec la plus grande désinvolture dans les clubs, les Ateneos, les Académies, les Congrès, tu crois que c'est la même chose dans un temple où se trouve la Divine Majesté.
- Madame, je vous jure que, quelles que soient mes idées, j'ai pour habitude de rester digne dans les églises.
- Nies-tu que tu t'es mis à examiner les peintures et que tu es passé devant un groupe de fidèles en train de suivre la messe ?... Après avoir marché de long en large dans l'église, tu t'es approché du tombeau du Gouverneur, tu as mis les mains sur l'autel et tu es repassé devant le groupe de fidèles...
- Mon Dieu, je suis un monstre et je ne le savais pas.
- Non, je sais que tu es un bon garçon, mais penser quelque chose et le laisser voir sont deux choses différentes. Les gens d'Orbajosa sont de pauvres gens mais de bons chrétiens et tu ne dois pas les mépriser.
- Je préférerais qu'on me traite de sot plutôt que de m'attribuer cette science satanique.

#### 10- L'existence de la discorde est évidente

Don Jacinto, rencontra Pepe Rey dans la rue et lui dit qu'il voulait parler du procès.

- Quel procès ?
- Un procès avec le père Licurgo et autres voisins de vos terres.
- Je vois que cette racaille essaie sans doute de me décourager et de me forcer à tout abandonner pour pouvoir continuer ses petits trafics.

Pepe entra dans la salle à manger où doña Perfecta discutait avec le chanoine.

- Viens ici, mon lascar. Tu nous as insultés mais nous te pardonnons. Ma fille et moi nous ne sommes que des ignorantes auprès de toi qui nages dans les sphères des mathématiques, mais enfin, il est bien possible qu'un jour tu t'agenouilles pour nous supplier de t'apprendre la doctrine malgré tes idées bizarres et antireligieuses.

Pepe aurait bien voulu s'approcher de Rosario mais le chanoine le collait comme la bernique à son rocher. Il lisait sur le visage de sa cousine qu'elle avait



grande envie de lui parler. Elle réussit à lui glisser en passant : "Maman est fâchée, méfie-toi..."

### 11- La discorde prend de l'ampleur

Pendant quelques jours, Pepe Rey fréquenta le Casino où se réunissaient les gens d'Orbajosa. Ce qui distinguait ces derniers, c'était l'hostilité qu'ils avaient envers tout ce qui n'était pas de leur ville.

- Il paraît que ces messieurs, les savants, nous prennent pour des imbéciles et qu'on peut nous avoir par des discours...

L'ingénieur avait le malheur, si on peut appeler cela malheur, de dire tout haut ce qu'il pensait. Cela lui valut quelques inimitiés. Il se représentait la noble ville de sa mère comme une horrible bête qui enfonçait ses griffes en lui et lui buvait le sang. Il ne recevait plus aucune lettre de son père depuis quinze jours et ne pouvait pas en rejeter la faute sur l'Administration des Postes d'Orbajosa car le fonctionnaire chargé de ce service était l'ami et le protégé de doña Perfecta qui lui recommandait tous les jours de prendre grand soin des lettres adressées à son neveu.

- Il y a ici quelqu'un qui s'est mis dans la tête de me faire mourir de désespoir, dit Pepe à sa tante. C'est le résultat d'un plan de vengeance, d'un calcul que je ne connais pas, d'une inimitié irréconciliable.
- Tu deviens fou. Tu lis trop de livres, ceux qui nous annoncent que nous descendons du singe... Mon garçon, ici à Orbajosa, nous sommes peut-être de grossiers personnages sans instruction, sans finesse, mais en loyauté et bonne foi nous sommes imbattables, nous vivons heureux dans notre ignorance.

### 12- Ici, c'est Troie

De l'amour, de l'amitié, de l'air pur pour sa respiration morale, de la lumière pour son âme, de la sympathie, des échanges d'idées, voilà ce dont avait besoin Pepe Rey de façon impérieuse.

Sa cousine restait toujours enfermée dans sa chambre, pour des motifs de maladie, disait-on... N'était-elle pas une victime sans défense ? Il était persuadé que sa cousine l'aimait mais une pression inconnue agissait pour les séparer. Il reçut ce jour-là une lettre de son père qui se plaignait de ne plus recevoir de nouvelles d'Orbajosa.



Il vit à une fenêtre de la rue des rideaux qui se soulevaient.

- Vous attendez les filles ? lui dit un jeune don Juan de la ville qui avait quelque sympathie pour lui.
- Quelles filles ?
- Les filles de Troie. Trois filles d'un colonel mort en 1854. Personne, à Orbajosa, ne les fréquente, elles sont comme proscrites. Leur mauvaise réputation vient surtout de ce qu'elles ont la renommée d'être cancanières, intrigantes, espiègles et désœuvrées...
- C'est ce monsieur qui est venu chercher des mines d'or? demanda l'une d'elles.
- Et démolir la cathédrale pour en faire une usine ? dit l'autre...

### 13- Un "casus belli"

Les trois filles engagèrent une conversation sur les affaires et les personnalités d'Orbajosa. Elles jetèrent ensuite sur les carreaux de la maison voisine une pierre qui tomba sur don Inocencio. Don Jacinto ouvrit sa fenêtre et salua Pepe Rey. Il était connu des trois filles...

- De son temple du savoir, il nous envoie mille mots tendres et parfois même des baisers, dit l'une d'elles.

Il passa ensuite par le marché, la pharmacie et la cathédrale où il entendit l'orgue et le chœur qui chantait. Il entra, s'agenouilla devant l'autel pour suivre les avertissements de sa tante. Un acolyte s'approcha et lui dit de façon très impolie :

- Son Illustrissime dit que vous devez aller voir ailleurs, dans la rue.

Le sang lui monta à la tête mais il obéit sans rien dire.

### 14- La discorde continue à enfler

Une nouvelle tentative pour voir Rosario échoua. Il s'enferma dans sa chambre, écrivit plusieurs lettres et se dit : "Cette nuit ou demain, je vais en finir d'une manière ou d'une autre."

De but en blanc, doña Perfecta lui dit :

- Ne t'en fais pas, je calmerai monsieur don Inocencio... Je suis au courant, sa nièce m'a tout raconté. Voilà ce que c'est que de prendre



quelques verres au Casino, de fréquenter de mauvaises personnes et les filles de Troie... Je me garderai bien d'écrire à ton père tout ce que tu as fait.

- Vous pouvez lui écrire ce que vous voudrez.

Don Inocencio entra et dit :

- Je regrette beaucoup.
- Quoi ?
- Que monseigneur l'évêque vous ait chassé du temple.
- Monseigneur l'évêque devrait y penser à deux fois avant de jeter un chrétien de l'église.
- C'est vrai, je ne sais qui a été lui mettre dans la tête que vous vous vantiez d'être athée. J'ai essayé de l'en dissuader mais son Illustrissime est un peu têtue.

Pepe ne savait pas ce qui le blessait le plus : la sévérité de sa tante ou les hypocrites condescendances du chanoine.

- Ici, ce n'est pas comme à Madrid, on sait tout ce qui se passe chez le voisin, c'est la raison pour laquelle la morale publique se maintient à un haut niveau...
- Monseigneur l'évêque est très mécontent que tu vives sous le même toit que moi.
- Si je comprends bien, c'est l'évêque qui commande chez les autres !
- Il a peur que tu nous transmettes ton athéisme.
- Eh bien, malgré votre bonté, ma très chère tante et malgré votre cordiale amitié, Monsieur le chanoine, il est bien possible que je m'en aille.

Dans les yeux de doña Perfecta brilla une lueur singulière. Le chanoine, grand spécialiste en retenue de sentiments, ne put cacher sa joie.

15- Elle grandit encore jusqu'à la déclaration de guerre

Caballuco venait d'entrer, le sourire déformé par une fausse courtoisie.

- Monsieur Ramos, de quoi s'agit-il ? dit Pepe.
- Rien, dit doña Perfecta. C'est une bêtise qu'il veut te dire mais je ne consens pas à ce que, chez moi, on s'occupe de questions ridicules...



Pepe Rey sortit. Il était à peine entré dans sa chambre qu'une domestique entra aussi.

- Lui as-tu donné mon petit mot ? demanda-t-il.
- Oui, Monsieur, et elle m'a donné ceci...

Rey prit des mains de la jeune fille un petit morceau de journal sur lequel était écrit : "On dit que tu pars. Je suis morte."

- En fait, je ne pars plus, dit Pepe une fois retourné dans la salle à manger.

Doña Perfecta devint d'abord toute rouge puis toute pâle. Elle regarda le chanoine qui avait enlevé ses lunettes pour les nettoyer et fixa successivement tous ceux qui étaient dans la salle, y compris Caballuco, qui, entré peu avant, s'était assis sur le bord d'une chaise. Doña Perfecta les regarda comme un général regarde ses corps d'armée. Puis elle examina le visage pensif et serein de Pepe Rey, cet ennemi stratège qui se présentait inopinément alors qu'on le croyait en fuite. Une bataille allait commencer.

## 16- La nuit

Orbajosa dormait. Les faibles petites lampes publiques dégageaient dans les croisements et les grandes rues leur dernière lueur comme des yeux fatigués qui ne peuvent lutter contre le sommeil. On n'entendait que le grognement de l'ivrogne ou le chant de l'amoureux dans le silence de cette ville historique.

Chez doña Perfecta aussi régnait le silence. On entendait à peine la discussion qu'entretenaient Pepe et monsieur Cayetano.

- Perfecta est une excellente femme. Son seul défaut est qu'elle se scandalise pour un rien. Mon ami, dans nos villes de province, le moindre faux pas se paie cher. Je pense que don Inocencio, sous des dehors d'homme de qualité, est un peu fauteur de trouble, parce que cette histoire des filles de Troie, qu'est-ce que ça peut bien lui faire ? Je crains pour Rosario. Je crains qu'elle ait comme beaucoup dans ma famille la terrible maladie de la folie... Mais, vous devez avoir du travail, alors, bonsoir.
- Bonne nuit.

Pepe, qui ne pouvait dormir, ouvrit la fenêtre, appuya les coudes sur le rebord et contempla l'immense mystère de la nuit. On ne voyait rien mais l'homme



voit tout en lui-même et Pepe, les yeux fixés sur l'obscurité, regardait comment se déroulait l'immense paysage de ses malheurs. L'obscurité ne lui permettait pas de voir les fleurs de la terre ni celles du ciel que sont les étoiles. Un immense flux et reflux, une lutte entre des forces qui ne se manifestaient pas agitaient la sphère silencieuse. "La bataille sera terrible."

L'ingénieur entendit un bruit qui ne pouvait venir que de lèvres humaines. Il sauta par la fenêtre dans le jardin et vit la main et le visage de sa cousine.

### 17- Lumière dans l'obscurité

Rosa avait les doigts gelés et le front brûlant. Il remonta dans sa chambre chercher une couverture.

- Tu te sens mieux maintenant ?
- Avec toi, oui. Pepe, crois-tu en Dieu ? Moi, je ne le crois pas mais tout le monde dit que tu es athée. J'ai en moi la certitude que tu es un homme croyant.
- Tu as bien parlé, Rosario. Tu sais, même les mécréants croient en Dieu. S'il existe des athées, je n'en doute pas, ce sont les calomniateurs, les intrigants qui pullulent dans ce monde.
- Maman ne veut pas que je te voie. Mais, mis à part ton athéisme, elle n'a rien à te reprocher.
- En tous cas, il faut reconnaître que le diable est entré dans cette maison.
- Ne te moque pas. Tu sais, je suis malade et je vais mourir mais ici, dans cette obscurité où nous ne pouvons pas voir nos visages, une lumière ineffable sort de toi et m'inonde l'âme. Je me sens déjà mieux près de toi. On dirait que je n'ai plus la fièvre, que je recouvre des forces, que je peux courir et crier...

Cela dit, elle se sentit enlacée dans les bras de son cousin. Elle pria : "Mon Dieu que j'adore et que Pepe adore aussi, fais que le monde ne s'oppose pas à notre bonheur." Puis la jeune fille pencha son beau buste inerte sur la poitrine de son cousin. Elle tremblait dans les bras de son amant comme la colombe dans les griffes de l'aigle. Un instant, une idée fugace passa dans l'esprit de l'ingénieur, l'idée que le diable pouvait bien exister. Comme Rosario s'était évanouie, Pepe la porta dans ses bras, puis les deux amants se parlèrent à l'oreille, si bas qu'ils s'entendaient à peine.



On entendait au loin le son d'un clairon.

### 18- La troupe

Les habitants d'Orbajosa au crépuscule de leur dernier sommeil entendirent un clairon sonner et ouvrirent les yeux en disant :

- La troupe !

Il suffisait de sortir du lit, de s'habiller rapidement et d'ouvrir les fenêtres pour voir le régiment bruyant qui entrait aux premières lueurs du jour. La ville était tristesse, silence, vieillesse ; l'armée était joie, bruit, jeunesse. On avait l'impression que la momie recevait le merveilleux don de la vie.

A Orbajosa, on n'aimait pas beaucoup les nouveautés et chaque fois qu'une conjoncture propice se présentait, elle montrait toujours une vive répulsion à se soumettre à l'autorité centrale. Les troupes furent réparties dans les maisons des habitants qui s'arrangeaient pour les loger le plus mal possible. Bien entendu les quelques rares soldats de la région furent reçus comme des princes, les autres n'étaient que des étrangers.

Document officiel en main, Pinzón, un lieutenant colonel, entra chez doña Perfecta. Celle-ci ne daigna pas descendre et signala comme seule habitation possible la chambre de Pepe Rey.

- Qu'ils se débrouillent comme ils pourront et, s'ils ne sont pas contents, qu'ils aillent à la rue.

Les deux hommes se connaissaient et s'appréciaient.

- Etes-vous venus mettre le feu à Orbajosa ? Parce que, si c'est le cas, je pourrais vous aider. On dirait que Dieu t'envoie. J'ai un plan mais je n'aurais pas pu le réaliser tout seul.
- Nous sommes venus faire une visite du pays. Il y a tant de factions et tant de dépôts d'armes... Certains sont devenus de vrais caciques et ce sont eux qui emportent toutes les élections. Bien entendu, ils ont une grande influence à Madrid. Tu dis que tu es ici chez ta tante, comment s'appelle-t-elle ?
- Doña Perfecta Rey de Polentinos.
- Ah ! Je la connais de nom. Tout le monde en parle en bien, partout on vante sa bonté, sa charité, ses vertus.



- C'est cela, murmura Rey. On dit qu'on se bat facilement contre un homme. Contre des femmes, contre des ennemis invisibles qui œuvrent dans l'ombre, c'est impossible.

#### 19- Un combat terrible. Stratégie

A l'heure du repas, la consigne était donnée de faire comme s'ils ne se connaissaient pas.

- Ce militaire que nous a accordé le Gouvernement ne vient pas manger ? dit doña Perfecta.
- Il doit avoir plus envie de dormir que de manger, répondit l'ingénieur.
- Que viennent-ils faire ?
- On dit que des bandes pourraient se lever et le Gouvernement est décidé à écraser les habitants d'Orbajosa, les exterminer et les réduire en miettes.
- Voyons... Es-tu venu apporter ton aide à cet écrasement ?
- Je ne suis pas militaire. Orbajosa n'a que de l'ail et des bandits parce que ceux qui, au nom d'une idée politique ou religieuse, se lancent à l'aventure tous les quatre ou cinq ans sont bien des bandits. Et puis, je suis venu à Orbajosa parce que c'est vous qui m'avez fait venir, en accord avec mon père...
- C'est vrai, ton père et moi avons passé un accord : tu devais épouser Rosario. Tu as fait mine de l'aimer.
- Pardon, je l'aime toujours. Dès le début, vous avez tout fait pour me contrarier. Malgré vos sourires et vos mots aimables, vous êtes en train de me tuer à petit feu. Vous m'avez traduit dans un grand nombre de procès, vous m'avez chassé de la cathédrale, vous m'avez éloigné de l'élue de mon cœur, vous avez mortifié votre fille par un enfermement inquisitorial qui lui fera perdre la vie.

Doña Perfecta devint toute rouge.

- Si j'ai fait ce que tu dis, en effet, je suis une grande pécheresse. As-tu une intelligence supérieure qui te permet de juger les actions des autres ? Es-tu Dieu pour connaître les pensées intérieures ? Tu n'es qu'un petit jeune sans expérience qui ne sait rien d'autre que ce que disent tes livres. On ne lit pas la conscience d'autrui sous des microscopes, on ne



décide pas de la culpabilité du prochain en uniformisant les idées avec un théodolite. Je suis une femme pieuse, tu n'es qu'un mathématicien qui ne voit que ce qu'il a devant les yeux. Vu ton caractère et ton incapacité à comprendre, j'ai dû me résigner à te dire : "Mon cher neveu, je ne veux plus que tu sois l'époux de ma fille."

- Dieu sait que je l'adore et cela suffit.
- Ne prononce pas le nom de Dieu, blasphémateur.
- C'est vrai, je ne me reconnais plus. J'étais raisonnable et je deviens une brute ; j'étais respectueux et je deviens insolent ; j'étais cultivé et je me sens comme un sauvage. C'est vous qui m'avez amené à cette extrémité.

## 20- Rumeurs. Craintes

Le lendemain, tout le monde était au courant de la dispute. Ce qui dominait surtout, c'était que l'ingénieur était en furie parce que doña Perfecta ne voulait pas donner sa fille Rosario à un athée.

Il avait trouvé à se loger chez une veuve et recevait souvent la visite du lieutenant-colonel Pinzón. Celui-ci était heureux de ses fréquentations avec doña Perfecta et don Inocencio. Ses bonnes manières et ses flatteries permirent à Rosario de recevoir les petits mots de Pepe. Un jour, on se mit à parler de Pepe Rey.

- Je le connais de vue, dit notre militaire. Il est très ami du brigadier en charge des soldats qui sont ici. Notre brigadier était un excellent militaire avant de s'adonner au spiritisme.
- Et mon neveu fait partie de cette secte ?
- C'est lui qui a catéchisé notre brigadier.

Don Inocencio était si en colère que les mots sortaient de sa bouche avec difficulté.

## 21- Réveille-toi, soldat !

Dans les journaux de Madrid, des nouvelles rassurantes parlaient de la situation à Orbajosa. La brigade n'avait donc plus lieu de rester. Caballuco, une des figures les plus caractéristiques de la rébellion historique d'Orbajosa, disait clairement à tout le monde que lui ne voulait pas se battre avec le Gouvernement ni se fourrer dans des histoires qui auraient pu lui coûter cher.



Il est bien difficile pour un historien de savoir la vérité sur ces personnages illustres !

Inutile de dire que tous ces hommes sortaient le soir de la maison de doña Perfecta.

- Dimanche dernier, notre curé nous a dit tant de choses horribles sur les hérésies et les offenses à la religion qui circulent à Madrid... Je ne suis pas tranquille. Je ne ferme plus l'œil de la nuit. Je préfère avoir affaire à un peureux, sauf s'il a fait quelque compromission avec le Gouverneur.
- Mais tout Orbajosa se lèverait pour vous défendre, Madame.
- La compagnie de mes bons serviteurs est pour moi une grande consolation.
- Mais je suis sûr que toutes ces intrigues viennent de Pepe Rey... Dès que je l'ai vu à la gare de Villahorrenda, je me suis dit : "Ça c'est un grand fils de..." je n'en dis pas plus par respect pour Madame.
- Enfin, moi, je me défendrai comme je pourrai. Que la volonté du Seigneur soit faite.
- Mais, je suis là, dit le centaure.
- Mon pauvre Ramos, tu veux passer pour un brave mais on a bien vu que tu ne valais rien. Tu n'es qu'un peureux.
- Je vais lui couper la tête, moi, à ce monsieur Rey.
- Qui parle de tuer. Je ne veux pas qu'on tue qui que ce soit et encore moins mon neveu que j'aime malgré ses méchancetés.
- Madame, vous savez qui je suis, je vous dois tout y compris la chemise que je porte et le pain que je mange aujourd'hui. Vous savez bien que, si vous dites qu'il fait jour, même si je vois la nuit, je croirai que je me trompe et je dirai qu'il fait jour.
- Allons, calme-toi, dit doña Perfecta. Tu es essoufflé comme ces orateurs républicains qui viennent nous prêcher la religion libre, l'amour libre et je ne sais quoi encore de libre... Apportez-lui un verre d'eau.

On apporta un verre d'eau et le chanoine, avec une douceur qui cadrerait parfaitement à son caractère sacerdotal, le prit des mains de la domestique et le présenta à Caballuco, conservant le plateau pendant qu'il buvait.

22- Réveille-toi !



- En ce qui concerne les bandes, dit doña Perfecta, agis selon ta conscience.
- Je ne ferai que ce qui plaira à Madame.
- Ces pauvres gens, qui savent si bien se sacrifier généreusement pour une bonne idée, se contentent de peu... N'est-ce pas, Monsieur don Inocencio ?
- Moi, en tant que prêtre, je ne peux pas conseiller de partir en campagne. Je sais qu'Orbajosa le veut ; je sais que tous les habitants de cette noble ville béniront cela ; je sais que nous allons avoir ici des hauts-faits dignes de passer à l'Histoire.
- Très bien, ajouta doña Perfecta, mais je n'aime pas que les prêtres se mêlent à de telles affaires. Un prêtre éclairé doit se conduire comme vous. Pendant la guerre contre les infidèles, y a-t-il eu des évêques à prendre la tête des troupes castillanes ?
- Beaucoup mais c'était un autre temps. Que représentent ces armées sinon les perfides conquêtes pour exterminer les croyances ? Nous le savons bien, notre belle chapelle a été démolie par les Maures en un mois et a été reconstruite par les anges en une nuit... J'ai une entière confiance dans le triomphe de la loi de Dieu. Je ne vous inciterai pas à la bagarre mais si un hidalgo d'Orbajosa, impulsif, ardent et pieux, contribue à la grande œuvre, je serai le plus heureux des hommes.

### 23- Mystère

Rosario disparue, tout le monde se mit à sa recherche. On finit par la retrouver.

- Mais, où étais-tu ?
- Dans le jardin, murmura la petite plus morte que vive.

Doña Perfecta et don Inocencio poussèrent leur enquête. Questions, menaces, prières, promesses, tout fut employé avec habileté pour savoir la vérité. Depuis que monsieur Pinzón avait trouvé asile chez doña Perfecta, Rosario passait des soirées agréables après moult petits mots que la domestique transmettait. Les rendez-vous se tenaient dans la chambre de la petite.

- Es-tu sûre que celui qui entrait était bien monsieur Pinzón ? dit don Inocencio.



Doña Perfecta devint verte.

- Tu as vu son visage ?
- Mais qui ça pouvait être sinon lui ?

#### 24- La confession

Pendant ce temps, Rosario, le cœur en miettes, sans pouvoir ni pleurer ni retrouver son calme était toujours en pleurs tard dans la nuit. Elle essayait de ne pas faire de bruit pour ne pas réveiller sa mère qui dormait ou feignait de dormir dans la chambre d'à-côté. Elle éleva ses pensées au ciel :

"Mon Dieu, comment se fait-il qu'avant je ne savais pas mentir et maintenant si. Ai-je cessé d'être une femme honnête ? Je ne me reconnais plus. Mon Dieu, entends-tu ma voix ou bien suis-je condamnée à prier éternellement sans être entendue ? Aimer, aimer beaucoup, est-ce donc une mauvaise chose ? J'ai en moi une sorte de couleuvre qui m'empoisonne le cœur. Je hais ma mère. Comment me l'expliquer ? Je veux aimer, c'est tout. Je ne suis pas née pour dissimuler, ni pour mentir, ni pour tromper les autres. Je ne veux pas penser et je pense. Je hais ma mère !"

Elle tomba en léthargie. Dans son sommeil, son imagination lui reproduisait tout ce qu'elle avait fait ce soir-là.

#### 25- Evénements imprévus. Passager déconcerté

- Savoir qu'une dame comme vous est menacée par un... et que lui continue droit dans ses bottes... Non, je n'en peux plus, ça m'affole, dit la nièce de don Inocencio.
- Je ne vois pas comment empêcher cela.
- Dans certaines circonstances, il convient d'être un peu moins parfaite... laisser de côté vos scrupules.
- María Remedios, ne dites pas de bêtises.
- Vous êtes trop sage, vous n'arriverez jamais à serrer la vis à cette espèce de neveu. C'est à nous de nous faire justice. Demandez à vos amis comme Caballuco de suivre José Rey et, au coin de la rue, lui faire une grosse frayeur... Juste une frayeur, quelques blessures sans gravité.



- Plutôt que ma fille n'épouse mon neveu, je suis prête à accepter n'importe quoi, même la mort. Ah ! La nuit dernière... Je pense que Pinzón est un coquin, un entremetteur, c'est tout.
- Mais, le responsable de tout, c'est ce malheureux mathématicien...
- Enfin, je cherche quelque chose qui soit digne de personnes nobles. Dieu lui enverra bien un châtiment selon les voies que Lui seul connaît. Mon neveu n'est plus mon neveu, c'est le blasphème, le sacrilège, l'athéisme, la démagogie... C'est toute la nation officielle. Cette nation qui se voit et non celle qui se tait, qui paie et qui souffre.

Don Inocencio entra et annonça qu'on recherchait beaucoup de monde et qu'on les arrêtait.

- Et Caballuco ? dit doña Perfecta.
- C'est lui surtout qui est recherché.

Jacinto entra à son tour et prévint que Caballuco était chez les filles de Troie.

- Quel âne ! Cet imbécile va se faire prendre, s'écria doña Perfecta. Qu'il vienne ici, il n'y a pas de lieu plus sûr. Si on met la main sur cet homme, tout est perdu.

## 26- María Remedios

Pinzón avait assuré à doña Perfecta que tant qu'il serait là, la maison de la tante ne serait pas fouillée. Mais celle-ci lui demanda de quitter sa maison. María Remedios, quant à elle, adorait son fils Jacinto. Le sentiment maternel est le seul qui admette toutes les exagérations. Elle passait pour un modèle de vertu, elle était pieuse sans aller jusqu'à la bigoterie, elle pratiquait la charité, était bien reçue partout. Elle avait été lavandière chez doña Perfecta mais il y avait toujours une ligne infranchissable entre les deux. Cependant María Remedios aurait bien vu son fils marié à Rosario. Et don Inocencio lui dit un jour :

- Ma chère nièce, nous avons tout fait pour réaliser notre saint projet... Nous avons échoué, Rosario ne peut pas être la femme de notre Jacinto chéri. Ton fils mérite beaucoup mieux que cette folle. Là, c'est sûr don Pepe Rey va emmener la petite, c'est inévitable. Elle l'aime comme le pécheur aime le diable. J'ai découvert son athéisme, j'ai mis en lumière la pourriture de ce cœur matérialiste et madame Perfecta a été convaincue. Je n'ai jamais donné de conseils de violence, juste



quelque chose d'insignifiant. Ce maudit ingénieur va profiter de la présence de la troupe pour enlever la petite.

A la fin du discours du chanoine, deux grosses larmes coulèrent sur les joues rosées de sa nièce.

#### 27- Le tourment d'un chanoine

- Il faut se résigner, dit don Inocencio.
- Mon Dieu ! répondit sa nièce. Nous ne sommes que des pauvres. Un jour viendra où mon pauvre fils n'aura pas même un oreiller pour reposer sa tête. C'est une chose d'avoir des enfants et autre chose d'aller chanter des *requiem* à la cathédrale et d'apprendre le latin aux enfants dans les instituts. Je vais quitter ce village minable et aller à Madrid. Je suis fatiguée de voir mon fils protégé par ces gens en robe et qui n'est et ne sera jamais rien. Toi, tu n'as même pas voulu qu'on fasse une frayeur à ce Pepe Rey.
- Mais qui ferait cela ?
- Caballuco. A Orbajosa, il n'y a que deux personnes qui peuvent le décider à faire ça sur un simple geste : vous et doña Perfecta.
- Eh bien qu'elle le décide si elle le veut, moi, je m'en lave les mains.

#### 28- De Pepe Rey à don Juan Rey

Orbajosa, le 12 avril

"Cher père,

Pardonnez-moi si, pour la première fois, je vous désobéis en ne partant pas d'ici et en ne renonçant pas à mon projet. Je veux vous parler comme on parle à Dieu en secret, je peux donc vous dire que je suis un misérable. Je n'ai pas eu l'intégrité chrétienne que possède l'esprit de l'homme offensé prenant de la hauteur par rapport aux offenses qu'il reçoit et aux ennemis qu'il s'est faits. J'ai rendu coup pour coup et la seule chose qui puisse m'absoudre c'est l'amour profond que j'ai pour ma cousine. Je ne suis plus ce caractère méthodique et pur, formé selon l'exactitude d'un traité scientifique. Je suis comme tout le monde, d'un seul coup je suis entré sur le terrain ordinaire de l'injustice et du mal.

La responsabilité de votre sœur, doña Perfecta, est immense, évidemment. J'ai du mal à me juger moi-même, mais j'ose assurer que je n'ai pas fait ce scandale



délibérément. Ce qui m'afflige le plus, c'est d'avoir utilisé la fiction, la tromperie et de vulgaires dissimulations, moi qui étais la vérité même !

Que Dieu ait pitié de moi. Je sais ce qu'est la prière : une supplique profonde et réfléchie, si personnelle qu'on n'y parvient pas par de simples formules apprises par cœur, c'est une expansion de l'âme. Je pense que je ne suis pas si méchant que ça, n'est-ce pas ?

Je termine rapidement pour pouvoir donner cette lettre à des soldats qui partent vers la gare de Villahorrenda, car ici, il faut se méfier des gens."

Orbajosa, le 14 avril

"L'hostilité que les gens d'Orbajosa ont contre nous et le Gouvernement fait partie de leur caractère comme la foi religieuse. Je peux vous dire que ma pauvre tante est féodale jusqu'au bout des ongles. Dans sa mentalité, la troupe et moi, nous formons une coalition diabolique et antireligieuse qui veut ôter à Orbajosa ses trésors, sa foi et ses filles. Ma tante, votre sœur, est persuadée que je vais prendre sa maison d'assaut. Ici, ce qui domine, ce sont des idées rétrogrades sur la société, la religion, l'Etat, la propriété. L'exaltation religieuse réveille dans leur esprit des vieux restes féodaux. Mais rassurez-vous, ces histoires d'assaut de la maison est une idée ridicule."

Orbajosa, le 17 avril

"Votre lettre m'a beaucoup consolé. Oui, je peux arriver au bout de mon projet en n'utilisant que les recours de la loi. L'ami qui m'aidait a dû partir de la maison, mais je reste en communication avec ma cousine. La pauvre petite montre un courage héroïque et m'obéira aveuglément.

Ne vous tracassez pas de ma sécurité personnelle. Je n'ai rien à craindre. Tout va bientôt prendre fin et je pourrai enfin vous serrer dans mes bras.

Pepe.

## 29- De Pepe Rey à Rosario Polentinos

"Donne la clé au petit Stéphane et dis-lui de s'occuper du chien. N'aie pas peur... Je serai là un peu après minuit. Je te dirai ce qu'il faut faire. Notre séparation sera bientôt terminée."

## 30- La battue

- Le mariage entre don José et Rosario est inévitable, doña Perfecta n'y peut rien. Mais, j'ai à faire, je ne peux pas vous accompagner.



- Caballuco, dit María Remedios, tu n'es qu'un âne. Tiens, regarde, don José s'en va vers la maison de doña Perfecta... Ah ! non, il continue. Suivons-le.

Il faisait nuit et les observateurs ne purent voir où monsieur Rey était entré. Mais, certains bruits de verrous rouillés leur laissaient penser qu'il était entré dans le jardin. Caballuco passa par-dessus le mur de clôture.

### 31- Doña Perfecta

Dans le salon, doña Perfecta était belle, disons plutôt qu'elle était encore belle, elle conservait sur son visage les restes d'une beauté fanée. Son regard, même accompagné de mots doux, mettait entre elle et les personnes étrangères la distance infranchissable du respect méfiant. Elle savait se dominer et avait mieux que personne l'art du langage pour s'adapter aux oreilles qui l'entendaient. Ses habitudes irréprochables et la bonté publique qu'elle affichait étaient la cause de sa renommée dans la ville d'Orbajosa.

Elle était en train d'écrire sur son bureau, seul confident de tous ses plans. C'est là qu'elle écrivait régulièrement les lettres que son frère recevait ; c'est là qu'elle rédigeait les petits mots à destination du juge pour les procès, c'est là qu'elle faisait ses longues réunions avec don Inocencio. Nous ne savons pas comment elle aurait pu être si elle avait eu un peu d'amour. Mais dominée par la haine, elle était comme l'ange tutélaire de la discorde entre les hommes.

Elle avait envoyé Rosario se coucher mais celle-ci veillait. Ses cheveux lui tombaient sur les épaules et elle avait la beauté magnifique d'un ange prêt à se rebeller.

- Maman, je pars, je fuis, je hais tout ce qui n'est pas lui...
- Mais, vous deviez vous voir ? Quand et où ?
- Cette nuit-même dans le jardin.

Doña Perfecta descendit affolée et se retrouva face à María Remedios qui, enveloppée dans son manteau, venait d'entrer comme un dragon. Les deux femmes glissèrent comme deux couleuvres vers le jardin. Doña Perfecta explora l'obscurité de ses yeux pleins de colère. La rancœur lui donnait la particulière vision de la race féline.

- Là, je vois une forme, vers les lauriers. Caballuco, tue-le.

On entendit un tir puis un autre.



32- Fin : don Cayetano écrit à un ami de Madrid

"Orbajosa, le 21 avril

Je ne veux pas terminer cette lettre sans vous parler d'un événement grave : la désastreuse mort d'un jeune homme estimable, l'ingénieur don José de Rey, neveu de ma belle-sœur. D'après ce que m'a dit doña Perfecta, il s'est tué d'un coup de revolver dans la tempe. Comme c'est une bonne chrétienne, elle supporte dans la résignation tous ces grands malheurs.

Moi, je l'estimais bien mais, ici, il était très mal vu, on disait qu'il se moquait de la religion, qu'il entraînait dans l'église, la cigarette aux lèvres et le chapeau sur la tête, qu'il ne respectait rien.

Les prêtres n'ont pas voulu que le malheureux Rey passe par l'église. La pauvre Rosario est devenue folle. Notre pauvre Espagne court à sa perte, elle se meurt. La pauvre mère trouve consolation dans la religion et dans les exercices qu'elle suit de façon exemplaire. Grâce à elle, le culte a retrouvé à Orbajosa sa splendeur d'autrefois..."

33- ...

Tout est achevé. C'est maintenant qu'on peut dire que les apparences sont parfois trompeuses.

## Chapitre II

### La déshérité

Sortir du Paradis parce qu'on n'y trouve plus son bonheur, sortir du Paradis parce qu'on commence à s'accuser mutuellement comme l'ont fait Adam et Eve, est-ce là le sort de l'humanité dans la grande saga universelle ?

Partis d'un constat, d'un état des lieux manifestement peu glorieux, dans les basses classes de la société, nous rêvons de grandeurs et de gloire. Ce n'est pas possible de se retrouver au milieu de vulgarités et de mesquineries quand on se croit destiné à d'autres conditions. Il doit y avoir un secret qui nous échappe, nous étions appelés à plus grand que cela, nous étions nobles et nous voilà déçus, nous étions d'un plus haut lignage et nous voilà rabaissés à n'être que les voisins, les contemporains, les compagnons de route des plus pauvres de la société. Avons-nous commis quelque erreur pour nous voir ainsi tombés si bas ?

Telle est l'histoire d'Isidora, la déshéritée. Si l'on ne croit plus au Paradis, les anges ont peut-être encore quelque existence ? Mais qui croit encore aux anges



? On dit qu'ils se tiennent à l'entrée du Jardin et nous empêchent d'y retourner, mais on dit tant de choses, on raconte tant de balivernes. D'où nous viendrait donc ce désir en nous de noblesse et de grandeur d'âme ?

### **La déshérité**

Tout commence par une description d'un monde où la folie est reine. Mais qui peut juger de ce pauvre monde ? Qui peut dire de manière définitive à quel camp il appartient ? Tomás Rufete analyse les mouvements d'une goutte de mercure dans son crâne. Le pauvre homme délire mais comme sa famille n'a plus les moyens de payer sa pension, il va être transféré dans le quartier des *pauvres*. La personne en bonne santé voit son sang se glacer et son esprit s'anéantir à voir tout ce pan de l'humanité enfermée par maladie, et là elle peut observer comment les fous peaufinent leur folie par l'exemple, comment ils perfectionnent leurs manies, comment ils deviennent des spécialistes dans cet art horrible qui consiste à faire le contraire de ce que le bon sens nous permet. Nous sommes à Leganés, célèbre asile près de Madrid...

Une jeune femme se présenta pour voir son père. Elle raconta l'histoire de ce pauvre homme à un employé qu'elle croyait secrétaire car il passait son temps à écrire sur des cahiers et à prendre de grandes bouffées d'air... "Tout ce que j'ai souffert a été injuste, disait-elle rapidement, avalant elle aussi un peu d'air, car tout est contagieux dans ce bas monde. Je ne sais pas si je m'explique bien ; je veux dire que je me demande pourquoi c'est à moi de supporter les peines et les misères de Tomás Rufete, car même si je l'appelle mon père, et sa femme ma mère, parce qu'ils m'ont élevée, je ne suis pas vraiment leur fille. Je suis..." L'explication confuse ferait douter le lecteur. Qui était vraiment le pensionnaire de cet asile ? Avait-il bien saisi l'explication d'Isidora ? "Oui, je comprends, je comprends. Vous êtes, vous, par votre naissance d'une autre classe plus élevée ; ce ne sont que des circonstances trop longues à expliquer qui vous ont fait descendre... Ce sont des choses qu'accepte *Notre Père qui est aux cieux* ! Lui doit bien savoir pourquoi il l'a fait. Goûtons ses mystères divins, qui en fin de compte, sont toujours pour notre bien. Vous, mademoiselle, dit-il après une brève pause, enlevant poliment son bonnet, vous ne voyez, vous ne pouvez voir dans ce malheureux Rufete qu'un père putatif, comme le Saint Patriarche Joseph, était celui de Notre Seigneur Jésus-Christ."

...

Le pauvre patient se demanda tout à coup s'il était vraiment à Leganés. Le médecin, pour le consoler, lui répondit : "Allons, ne faites pas l'idiot... vous êtes chez vous... bon, ça va aller maintenant." Autrement dit, les bien-portants se mettaient à mentir pendant que les fous disaient la vérité. Un des médecins vint annoncer à Isidora la mort de son père et constata que la jeune fille avait



perdu la mémoire car elle ne se souvenait pas de lui, un ami d'enfance. La première chose à faire était donc de sortir de cette maison comme Adam et Eve étaient sortis du Paradis après avoir perdu le souvenir de leurs belles années.

En fait, Isidora avait un frère mais, lorsque sa mère Francesca mourut et que son père Rufete fut enfermé à Leganés, les deux enfants furent répartis dans deux familles différentes : le frère chez Encarnación et Isidora chez un oncle chanoine à Tomelloso. Son frère Mariano était surnommé *Pecado* à cause sans doute des différentes espiègleries dont il était capable. On disait qu'il avait plus de malice que l'Isariote. Isidora avait beau expliquer à Encarnación qu'ils n'étaient pas les enfants de Tomás Rufete, la tante n'était guère convaincue. "C'est cela, alors ma sœur Francesca vous a mis au monde par l'opération du Saint-Esprit".

A part quelques migraines névralgiques, Isidora jouissait d'une excellente santé. Elle n'était gênée que par quelques insomnies fréquentes et bien ennuyeuses qui lui faisaient passer de longues nuits blanches. La cause de tout cela semblait être la soif de son esprit qui, sans accalmie possible, fomentait sans cesse d'audacieuses prévisions du futur, cherchait toujours à imaginer des faits réalisables et réalisés qui ne pouvaient que prendre place dans la série infailible des faits réels. C'était une seconde vie encastrée dans sa vie physiologique qui se développait avec puissance, construite par l'imagination, sans qu'il en manque une pièce, ni un morceau, ni un accessoire... Dès qu'elle se retrouvait toute seule, Isidora, machinalement, sans y prendre garde, sans le vouloir, sans penser qu'elle aurait pu l'éviter, se replongeait dans ce travail maladif de la fabrication mentale de sa seconde vie.

De temps en temps, elle partait retrouver son ami, le docteur Miquis, et, pour cela, elle devait mentir aux filles Relimpio chez qui elle avait trouvé à se loger. En descendant l'escalier, elle se disait : "J'ai dû mentir. Mais dès que j'aurai retrouvé ma position sociale, la vraie, je ne mentirai plus jamais."

Lorsqu'elle se trouvait avec Miquis, ils riaient tous les deux, se tenaient par la main, discutaient, invités par la beauté du jour et du lieu, où tout semblait une nouvelle création comme en ces premiers jours de la fabrication du monde où Dieu avait fait les choses et les avait bien faites.

Même le brave Miquis, médecin des corps, spécialiste de l'observation, avouait son trouble depuis qu'il avait retrouvé Isidora à l'asile de Leganés.



- Depuis que je t'ai vue à Leganés, je me meurs, je ne sais pas ce qui m'arrive, je n'étudie plus, je ne dors plus, je ne peux écarter de moi tes yeux, ton profil divin et tout le reste.

Isidora et Miquis allèrent voir le défilé des voitures des gens de cour. Elle regardait cela tout absorbée car c'était nouveau pour elle mais, en même temps, elle voyait des choses que les autres ne voyaient pas. Tant de grandeur, cela ne lui était pas étranger. Elle en avait rêvé, elle l'avait vue comme les mystiques voient le ciel avant de mourir. Ainsi la réalité, devant ses yeux émerveillés, prenait les formes de ses rêves.

A son retour chez elle, un billet l'attendait. Il était signé du *marquis de Saldeoro, veuf*. Du coup, Miquis lui sembla bien ordinaire. Pensez donc, un marquis se proposait de lui rendre visite. Elle se coucha, non pas pour dormir, mais pour continuer à jouir de sa vie fictive dans le four toujours allumé de son imagination, elle pensa à la visite du lendemain et aux conséquences de cette visite...

Isidora entendit les cloches et entra dans l'église Saint-Louis, là, les gens se pressaient sur les marches. A l'intérieur, les messes succédaient aux messes, et les fidèles prenaient leur tour. Les uns s'en allaient quand d'autres tombaient à genoux. Là, tout un groupe se signait, ici, un autre se mettait debout et les clochettes, annonçant les divers moments de l'office, résonnaient sans interruption. La religion peut avoir un goût délicieux quand tout va bien pour soi.

"Comme le Seigneur est bon ! pensait Isidora devant l'Hostie, il aplanit le sol devant moi et me manifeste sa protection, depuis mes premières démarches pour retrouver mon véritable rang ! Il ne pouvait pas en être autrement, c'est là toute justice et Dieu ne peut pas vouloir ce qui est injuste ; si je n'étais pas devant le monde ce que je dois être, autrement dit, ce que je suis pour moi-même, ce serait une injustice, une horreur..."

...

La marquise d'Aransis avait un palais à Madrid. Il ne lui servait pas beaucoup car elle vivait habituellement à Paris ou à Londres. Mais quand elle descendait à Cordoue, elle y faisait escale pour se reposer deux ou trois heures. Il y avait dans ce palais une chambre qu'elle n'avait pas ouverte depuis neuf ans. C'était la chambre de sa fille défunte. La marquise était accompagnée d'un enfant de quatorze ans, jeune artiste qui, lorsqu'il ne faisait pas résonner le grand piano du salon, jouait avec Saül, le chien. Fatiguée du bruit, la marquise ordonnait le silence et le chien devenait un lion d'ébène au milieu de la salle. Ses yeux



renvoyaient en vives étincelles les lueurs de la cheminée. La marquise, après de grandes difficultés pour ouvrir la porte de la défunte, pénétra dans la pièce et dit : "Ma fille, nous t'avons pardonné !" Puis, agenouillée sur un prie-Dieu, elle se mit à prier et à pleurer. Il y avait, sur la cheminée, un portrait de femme dont le joli visage présentait un contraste entre les lèvres souriantes et les yeux gris et mélancoliques. Il en ressortait une double expression de femme amoureuse et moqueuse, et on ne pouvait pas ne pas y voir le plus profond et le plus fort sentiment d'un caractère picaresque apparent, mal dissimulé par l'hypocrisie. "Ma pauvre fille, ma pauvre petite pécheresse !" Au même moment, du piano sortait une sorte d'élégie des douleurs humaines, qui utilise parfois, par un mystérieux caprice de style, le langage du sarcasme. Sans aucun doute, une voix de l'autre monde se faisait entendre derrière le bruit harmonieux du clavier : "J'ai été passion, doute, lutte, péché, déshonneur, mais j'ai aussi été repentir, expiation, rédemption, lumière et paradis."

Rigueur extrême ! La marquise était une femme d'un autre âge. Elle était forgée sur l'enclume caldéronienne par le marteau de la dignité sociale et les dures mains de la religion. Il n'y avait en elle aucune de ces viles condescendances, fruits amers des manières de la civilisation d'aujourd'hui. Elle ordonna de tout brûler. Elle trouva un paquet sur lequel était inscrit : "A ma fille. Je la supplie de bien se comporter et de prier pour moi." Puis un autre : "A mon fils, il doit avoir cinq ans aujourd'hui. Je veux qu'il soit bon et qu'il pense à moi."

On fit un feu raisonnable dans la cheminée où brûlaient, dans des crépitements ressemblant à des protestations contre l'Inquisition, divers papiers, souvenirs, fleurs, mèches de cheveux, cartes... Majestueusement dressé sur ses quatre pattes, le grand chien assistait très attentif à ce moment solennel, conservant dans ses pupilles violettes la flamme mobile qui mangeait sans s'assouvir, les pages d'un drame ignoré. Quand la flamme allait s'éteindre en léchant les dernières cendres, Saül bâilla d'un ennui souverain.

Le gardien de ce palais était ami de Miquis, c'est pourquoi Isidora put visiter la grande maison en compagnie de Miquis et de José Relimpio, le parrain chez qui elle vivait. Lorsqu'elle vit le portrait sur la cheminée, elle écarta son regard pour ne pas laisser transparaître ce qu'elle ressentait. José Relimpio avouait qu'il avait déjà vu ce visage quelque part.

...

Le marquis de Saldeoro n'était autre que Joaquin Pez, un homme ruiné qui voulait profiter des faiblesses d'Isidora. Elle s'en rendit compte très vite par une sorte d'inspiration de dignité et d'honneur propre aux natures encore transparentes. Elle s'échappa des griffes de cet homme en se disant : "Il



m'offense parce que je suis orpheline et m'insulte parce que je suis pauvre, et pourtant..."

Mariano, entre temps, avait été arrêté pour une bagarre où un enfant avait trouvé la mort. Isidora essayait de remettre son frère sur le droit chemin sans y parvenir vraiment.

En plein mois de février, la marquise d'Aransis remontait de Cordoue pour rentrer en France et avait accepté une rencontre avec Isidora. Un de ses plus grands charmes était la grâce avec laquelle elle partageait et laissait tomber son abondante chevelure châtain. Ses yeux étaient marron et son regard affectueux ; son regard exprimait tout, tantôt la générosité tantôt l'enthousiasme, mais la majesté, toujours. Isidora vit arriver une dame aux cheveux quasiment blancs, grave, belle, reflet de la dignité et de la noblesse, comme la reine et mère des rois. La marquise se disait un peu troublée par les avancées d'Isidora mais elle n'en était pas convaincue. "Vous ne m'avez pas bien comprise, ou bien vous jouez la comédie ou bien vous vous trompez complètement." "Si vous insistez à apporter chez moi ce genre de farces bien calculées ou ces chapitres de romans, je me verrai dans l'obligation de vous considérer comme mystificatrice ou folle..."

Alors, n'arrivant pas à bousculer les sentiments de la vieille dame, Isidora la regarda en face et dit : "Je suis le portrait tout craché de ma mère." La marquise la regarda à nouveau et devint toute pâle. Il lui vint quelques larmes au bord des yeux, mais sans plus... puis, elle fit entendre à Isidora que l'entrevue était terminée. Elle tira sur le cordon de la sonnette et s'éloigna en toute sérénité, sans se presser, sans être courroucée, comme on s'éloigne après avoir écrasé un insecte.

Isidora se retrouva seule dans le cabinet. Un laquais apparut à la porte. C'était le signe qu'on la congédiait tout bonnement. Elle se leva et sortit. Elle avançait avec l'arrogance théâtrale et la terrible impassibilité de ces rares personnes singulières qui montent à l'échafaud. Les salles du palais demeuraient en arrière comme le monde quand il s'évanouit lors de notre mort.

Le magnifique coucher du jour n'était pas étranger au couchant qui tombait sur son âme. Nulle part au balcon on ne voyait de la lumière. Tout était fermé et sombre comme le silence qui précède les grandes résolutions. Elle s'évanouit alors dans la foule et le contact de la foule, ce fluide magnétique, conducteur de mystérieux appétits qui passait de corps en corps par le frottement des épaules et des bras, pénétra en elle et l'ébranla.



L'oncle d'Isidora écrivit à sa protégée avant de mourir. Dans sa lettre, écrite par un secrétaire, il lui conseillait de se battre pour faire valoir ses droits et aussi d'observer ce que faisaient les gens pour les imiter ensuite. Elle devait rester digne, réservée et toujours grande dame. Il signa Santiago Quijano-Quijada, comme don Quichotte, laissant un doute sur la sagesse ou la folie du conseiller. Isidora allait-elle suivre les conseils de son oncle ? Allait-elle céder au suicide ou résister à la pression sociale qui lui refusait sa véritable identité ?

---

Une sorte d'éphéméride relata les faits qui nous manquaient pour reprendre le fil de l'histoire. Miquis était devenu un médecin brillant, et, suite à un concours, fut nommé dans un des hôpitaux les plus importants de Madrid. Isidora, toujours aussi belle, vivait avec le marquis plus endetté que jamais. Ils avaient eu un fils, handicapé mais adorable petit garçon que tout le monde appelait Riquín. Il avait alors deux ans. José Relimpio avait perdu sa femme et, parrain d'Isidora, il l'accompagnait partout.

La tante Encarnación ne croyait pas qu'Isidora allait pouvoir se sortir de la mauvaise affaire dans laquelle elle s'était engagée.

- Il n'y a plus de salut pour toi, tu es perdue.

Néanmoins, elle allait tout faire pour l'aider. Ces sans-le-sou, ces petits, ces moins-que-rien savaient ce que signifiait l'entraide. Ils n'avaient pas le langage fleuri des bien-pensants, ils parlaient parfois à tort et à travers, mais ils étaient là, présents. Isidora pouvait compter sur eux. Il y avait la tante Encarnación, José Relimpio et ses filles Eleonor et Emilia, puis d'autres encore que nous découvrirons plus tard.

Isidora, pourtant, se croyant toujours de noble famille, rêvait de vivre comme les gens de la haute société. Elle se permettait même d'avoir une assistante, mais où trouver l'argent ? José Relimpio avait beau apporter à la maison deux gros livres de comptes, Isidora ne savait pas tenir une comptabilité. Elle accourait cependant à l'église à toutes les manifestations organisées par une dame de l'aristocratie. Elle n'écoutait pas les sermons, fussent-ils brillants, elle ne voyait que l'apparat des participants. Des petits messieurs élégants et audacieux se bousculaient dans les nefs latérales pour voir les filles et être vus d'elles. Un jour, un homme se présenta dans l'église et la regarda avec insistance. Il se présentait comme bienfaiteur de l'humanité. Le pauvre José



Relimpio qui voulait prendre soin de sa filleule s'apercevait qu'elle lui échappait. "Pauvre José, tu es un martyr !"

Mariano, frère d'Isidora, finit par trouver du travail chez un certain Juan Bou, sorte d'athlète catalan qui aurait tout aussi bien pu passer pour un vieux loup de mer aguerrri que pour un bandit des légendes espagnoles. Il avait deux passions : le travail et la politique. A l'entendre raconter ses prouesses, on était prêt à le canoniser. Il n'avait qu'un vice : la loterie. Malgré ses apparences d'ours mal léché, Juan Bou était un malheureux, un brave homme, une bonne pâte.

Attirée par l'argent de Botín, l'homme qui la regardait à l'église, Isidora devint esclave de ce nouveau venu. Ce monsieur était un ami de Joaquin Pez et s'ennuyait au côté de sa femme, comtesse et mystique. Contre un peu d'argent, il pensait trouver avec Isidora ce qu'il ne trouvait pas dans sa maison. Sans argent, chacun vivait comme il pouvait.

- Mon idéal, disait Isidora, est d'être riche, de n'aimer qu'un seul homme et de m'amuser de la solidité de cet amour. Mon idéal, c'est que celui-là soit mon époux, parce qu'il n'y a pas de vrai bonheur, d'après moi, sans honnêteté.

Elle disait vrai, elle pensait vrai, elle était sincère, mais le monde autour d'elle était loin d'avoir cette tranquille transparence. Un jour, elle sortit à la foire de *San Isidro* à Madrid, accompagnée de sa demoiselle, de Riquín et de José Relimpio. Elle aurait dépensé une fortune si elle avait eu la chance de l'avoir. Elle aurait donné aux pauvres sans compter, d'abord, elle n'y connaissait rien en comptabilité. Elle revint à la maison et se souvint de Botín. Un voile noir retomba sur les petits bonheurs dont elle avait profité dans la journée.

- Je suis là à vous attendre depuis quatre heures, vous vous comportez envers moi de manière infâme.

Telle fut la réflexion qu'il lui fit à son arrivée. Il s'en suivit une dispute. Botín lui réclamait tout ce qu'il lui avait donné. Isidora ôta nerveusement tous ses bijoux et les jeta aux pieds de Botín.

- Voulez-vous aussi mes vêtements ?

Là-dessus, elle se déshabilla et sortit en claquant la porte avec fracas. Il est de coutume à notre époque de supposer et d'affirmer qu'il n'y a partout que de méchantes actions, que de l'égoïsme et de l'avarice. Erreur, bêtise ! Le monde serait pourri s'il lui manquait à tout moment le désinfectant de la vertu, dont



l'action énergique se voit partout, dans les plus hautes comme dans les plus basses sphères...

Melchor, le fils de José Relimpio, avait prêté beaucoup d'argent à Isidora qui le remettait à Joaquín Pez. Melchor allait sans doute essayer de récupérer ses avances, mais comment ? Isidora dut vendre une partie de ses vêtements. Ce n'était pas la première fois qu'elle devait se déshabiller pour vivre. Elle était surtout victime de tous ces hommes aux titres ronflants qui n'étaient que des malhonnêtes et des pervers.

Après avoir cherché vainement des moyens d'obtenir de l'argent, elle alla chez le docteur Miquis. Dès qu'il la reçut, elle éclata en sanglots et répéta par trois fois :

- Donne-moi à manger, ne me touche pas.

Ce cri d'angoisse révélait bien des souffrances passées. Miquis, habitué aux diagnostics, connaissait le mal qui rongait la jeune femme.

- Si tu n'arrêtes pas avec la maison d'Aransis, tu finiras à l'hôpital.

Alors le grand médecin proposa un remède pour en finir avec sa maladie : qu'elle se marie avec Juan Bou. Il lui fallait d'abord retrouver un peu de sérénité et, pour cela, accepter l'hébergement d'Emilia Relimpio et de son mari Juan, orthopédiste. Mais sous de faux prétextes, elle s'absentait souvent et, un jour, ne revint pas. "Si Dieu m'abandonne, je me vendrai." Puis, elle écrivit un papier à ses bons amis qui l'avaient logée et avaient accueilli son fils :

- Emilia, Juan, José, mes chers amis : je ne suis pas digne de vivre sous votre toit. Prenez soin de mon fils, ce soir. Ayez pitié de moi.

Elle retrouva Joaquín qui ne se voyait pas vivre sans argent.

- La vie sans argent est une maladie du cerveau, une fièvre galopante, une méningite. Même l'amour est impossible dans la pauvreté.

Alors, Isidora essaya de combler ce vide, trouver de l'argent pour son amant, à tout prix. Il devait d'ailleurs reconnaître :

- Tu es un ange... Non pas un de ces anges insipides qui crient sur les tableaux et dans les poésies avec leurs petits conseils de morale douceuse, mais un ange incarné qui verse, dans le cœur du malheureux, un baume efficace... Tu peux peut-être te tromper, commettre des fautes mais manquer de noblesse, jamais.



Et pourtant, accusée de falsification, elle fut enfermée dans la prison *Modelo*. Elle parvint cependant à s'attirer la sympathie des autres prisonnières. Le monde était vraiment perdu. Ah ! si quelqu'un pouvait intervenir et tout remettre à l'endroit, les premiers seraient les derniers, "déployant la force de son bras, il disperserait les superbes, il renverserait les puissants de leurs trônes, il élèverait les humbles, il comblerait de biens les affamés, renverrait les riches les mains vides." Mais Bou faisait l'amer constat inverse : "Le mal et le bien, c'est tout pareil. Si tu aimes, on te méprise ; si tu es riche, on te fait des louanges ; si tu es pauvre, on te crache dessus."

Peut-être fallait-il voir la réalité telle qu'elle était. C'était le conseil que lui donnait le beau-père de Miquis, homme de loi et avocat de la marquise d'Aransis.

Qui était-elle vraiment ? Quelle était vraiment son identité, ses origines ? Son oncle prêtre l'avait pourtant encouragée ; était-il donc fou, misérable, sans cervelle, extravagant ? Fallait-il acheter ses droits ? Elle commençait à ne plus y croire, elle perdait la foi en la maison d'Aransis, elle ne croyait plus en elle-même, elle ne croyait plus en rien. Pour son ami Miquis, la pauvre Isidora était tombée bien bas, et le pire était qu'elle devait encore tomber. Elle pouvait se perdre aussi bien dans la poussière de la route que dans le bleu du firmament.

- Quand je pense comment tu étais et comment tu es maintenant, lui confessait Miquis.
- Mais, c'est que je suis morte. L'Isidora que tu as connue n'existe plus que dans ton imagination.

La pauvre Isidora avait perdu la clé de son paradis inaccessible. Elle ne cherchait plus la noblesse, elle n'était plus noble, elle était louve. Pour l'empêcher de se perdre encore davantage, José avait caché la clé de l'appartement sur lui. Elle la lui vola, sans considération, sans aucun respect. C'était son destin.

Puis, elle sortit...

Il faisait nuit ; la proie fut dévorée et, peu après, à la surface sociale, tout redevint calme.

Pour les gens de la rue et peut-être pour le lecteur, Isidora avait touché le fond. Or Galdós la fera réapparaître dans *Torquemada sur le bûcher* avec un peintre tuberculeux. Elle est toujours pauvre mais elle s'est mise au service d'un autre pauvre et malheureux. N'est-ce pas là la vraie noblesse d'âme de la fille de Rufete, son vrai combat ?



### Chapitre III

#### Ángel Guerra

Il s'agit d'une sorte de journal de combat. Ángel Guerra est un soldat, un révolutionnaire. La situation sociale présente à ses yeux le bouleverse. Il veut agir comme voulait agir en son temps Félicité Lamennais. Celui-ci disait après l'interdiction de son journal :

*Quant à nous, soldats de la presse, dévoués à la défense des libertés de la patrie, on nous traite comme le peuple, on nous désarme. Depuis quelque temps, notre feuille, enlevée des mains des porteurs, était déchirée, brûlée sur la voie publique. Un de nos vendeurs a même été emprisonné à Rouen et le journal saisi, sans autre formalité. L'intention était claire ; on voulait à tout prix nous réduire au silence. On y a réussi par le cautionnement ; il faut aujourd'hui de l'or, beaucoup d'or pour jouir du droit de parler : nous ne sommes pas assez riches. Silence au pauvre !*

Blessé, Ángel Guerra doit prendre quelque recul et repenser sa stratégie. Une femme le protège, le soigne et l'aime. Mais, quelqu'un d'autre est l'objet de son amour : sa fille. Or sa fille est sous la garde d'une sorte d'ange protecteur, Leré. Sans jamais rien exiger, rien demander, elle influence peu à peu le révolutionnaire par la douceur et la dignité. Comme le peuple d'Israël qui veut toujours en découdre avec ses voisins et qui apprend à observer la Terre Promise, de loin d'abord et de plus près ensuite, Ángel Guerra va peu à peu changer de méthode avant de changer son esprit et changer son cœur.

Il voulait changer la société, il va comprendre qu'il doit changer, lui d'abord, lui surtout. On ne s'improvise pas chef de guerre, encore moins meneur d'hommes et surtout pas prophète. C'est une longue maturation, un dépassement de soi, un lâcher-prise où l'on comprend qu'un Autre est aux commandes. Il suffit de le laisser faire. "La vérité vous rendra libres"<sup>10</sup> et non la volonté. Tous les meilleurs projets ont des chances d'aboutir si nous les laissons se réaliser hors de nous.

---

9- Félicité Lamennais, *Le Peuple constituant*.

10- Jean, 8, 32.



## Ángel Guerra

### Première partie

#### I

Ángel Guerra et Dulcenombre étaient deux amants. Ángel Guerra revint, blessé par balle. Il jurait et blasphémait mais l'écho de ses jurons se confondait avec le bourdonnement d'une abeille qui se heurtait aux carreaux des fenêtres, aux murs et au plafond dans un son grave et monotone comme l'ennui infini. En fait, il se cachait. Il n'avait confiance en personne, surtout pas en la famille de Dulcenombre. Il disait d'eux qu'ils se vendraient les uns les autres s'ils le pouvaient... Mais l'abeille n'en finissait pas de l'exaspérer et il conseilla à son amie de retenir son souffle, de s'approcher sans bruit et de l'exterminer. Il était lui-même traqué par la police, mais personne ne connaissait son refuge auprès de Dulce. L'abeille reprenait son bourdonnement avec insolence, allant même jusqu'à frôler le nez d'Ángel. Dulce reprit son rôle de chasserresse et enfin, après de nombreux essais, le pauvre insecte, vaincu par la serviette traîtresse, tomba au sol, les ailes cassées, les pattes repliées.

- Je l'ai eue, dit Dulce qui regarda l'abeille mourir dans son agonie.

On aurait dit qu'elle mangeait ses propres pattes et enfonçait sa tête dans son ventre devenu rigide.

- Qu'elle aille au diable comme tous ceux qui bourdonnent de la même façon et qui méritent, eux aussi, un coup de torchon.

Et vaincu par la fatigue, il s'endormit dans un sommeil proche de celui de l'homme enivré.

Mais le repos du corps ne suffisait pas au repos de l'âme. Il se retrouvait seul car Dulce venait de sortir. Un bruit entièrement subjectif lui fit croire un moment au retour de l'insecte ou d'un compagnon venu le remplacer. Tous les bruits avaient des allures de bruits de bottes. Enfin, le petit grincement de la clé dans la porte annonça le retour de Dulce. Ángel s'en réjouit comme un enfant qui, se croyant abandonné, retrouve à nouveau les bras de sa mère.

Dulce se démenait et s'affairait autant qu'elle le pouvait. Elle remettait chaises et fauteuils en place, époussetant ici, courant à la cuisine, remontant les coussins. Il faut dire que l'appartement était tout petit. Puis, Dulce vint faire la conversation avec son amant :



- Ah ! si tu savais ce qu'on dit sur la place. Vous avez été bêtes, vous n'avez pas su faire la révolution.
- C'est vrai, les uns par couardises, les autres par naïveté, nous méritons bien les critiques.
- Vous auriez dû vous attaquer à la Puerta del Sol et non à la gare d'Atocha.
- Ils ont raison, c'est du bon sens. L'erreur fait mal mais c'est ainsi qu'on apprend. J'ai trente ans, pris d'une folie politique, d'une maladie de fanatisme, j'ai voulu que les peuples aillent mieux, j'ai voulu réduire le mal humain... espèce d'arrière-goût quichottesque que nous portons tous en nous. J'ai voulu quelque chose de grand et me voilà réduit à une simple omelette tout écrasée. Je ne suis pas mort au combat, je suis vivant et ma blessure n'est pas assez grave pour me croire un héros.

Alors Ángel se laissa aller à la tendresse, répétant à son amie :

- Dulce, m'aimes-tu ? M'aimes-tu vraiment ? M'aimes-tu plus que tout ?

Dulce avait quitté sa famille pour le suivre. Elle avait quitté ses parents, ses frères et ses sœurs. Elle voulait s'attacher à lui, ne vivre que pour lui. Agée de vingt-quatre ans, elle aurait pu être belle si elle avait été nourrie convenablement.

- Je n'aime pas la liberté. Je préfère être soumise auprès de mon chéri. Obéir en aimant, voilà tout mon plaisir.

Dulce était une âme loyale, modèle de fidélité et de patience ; il l'avait tirée d'une sombre situation. Soudain, il se rappela sa mère, qui le remplissait de terreur, et sa fille, qui le plongeait dans la plus grande tendresse. Elle avait sept ans et s'appelait Encarnación. Il l'aimait à la folie.

Ángel Guerra continuait de raconter ses hauts-faits. Avait-il tué quelqu'un ? Oui, il avait eu un revolver, il avait fait feu, mais allez savoir sur qui ? Le peuple grandit ou se défait aux yeux de l'Histoire, selon les circonstances. Les conséquences et le temps baptisent les faits en les rendant infâmes ou sublimes. Mais, avec tout cela, comment pouvait-il dormir ? Un cadavre gisait sous ses yeux remplis de fièvre. Était-ce le colonel qu'il avait tué ? Était-ce le bourdon de tout à l'heure ? Il lui fallait compter pour enfin trouver le sommeil ou bien prier, la prière produisant le même effet, n'est-ce pas ?

Par on ne sait quel mystère, Ángel Guerra se disait issu de deux personnes de toute beauté. Il avait le visage anguleux et énergique mais, dès qu'il se mettait à



parler avec ardeur, sa parole pleine de chaleur et son regard franc enflammaient et spiritualisaient cet ensemble bourru. Il avait une voix métallique et sonore qui, sur tous les tons possibles, exprimait la plus grosse colère comme les plus douces modulations de tendresse.

Dulce était la plus fidèle et la plus amoureuse des femmes. Les idées révolutionnaires infiltraient peu à peu ses propres idées et elle ne demandait plus à régulariser leur vie commune par un mariage officiel. Ils s'adoraient mutuellement et voilà tout. La mère d'Ángel ne voyait pas cela d'un bon œil. Elle était sévère et jetait sur Dulce la cause de la perdition de son fils. Il lui fallait pourtant revoir sa mère car, c'est elle qui avait la garde de la petite. Dulce alla donc faire le guet. Elle ne vit pas la grand-mère mais la petite, oui. Elle était si mignonne qu'elle l'aurait dévorée à force de baisers. Elle s'appelait Encarnación mais son petit nom était Ción. Une jeune femme s'occupait d'elle, c'était Lorenza que tout le monde appelait Leré.

Tel l'enfant prodigue, poussé par la pénurie et les difficultés, Ángel Guerra ne put faire autrement que de se rendre chez sa mère, malgré ses réticences et ses craintes.

A son tour, Dulce allait se rendre chez les siens, non par goût mais pour savoir ce qui se tramait dans cette famille de canailles. Incroyable mais vrai, ils s'appelaient Babel.

## II

Ángel Guerra, à bout de ressources, vint rôder autour de la maison de sa mère, incognito, dissimulé sous un bonnet à poil et une ample cape à la don Juan. Après de longues heures, le domestique Lucas lui donna quelques nouvelles et le pressa d'entrer saluer sa mère qui désespérait de le revoir.

Leré veillait et ne permit à Guerra de voir sa mère qu'après les préparatifs nécessaires. Selon un des serviteurs de doña Sales, la mère de Guerra, un des motifs de la brouille entre celui-ci et sa mère était la vie commune avec cette femme indigne de son rang. Quelle société que celle qui voulait tout régenter y compris la famille ? Sa famille à lui n'avait pas de blason mais avait la noblesse du peuple espagnol, elle ne devait rien à personne, elle s'était enrichie en toute honnêteté, était catholique, apostolique et romaine et vivait en paix avec César et avec Dieu.

Ángel Guerra devait donc attendre avant de voir sa mère. Et, dans son esprit agité, il se faisait tout un monde de la rencontre avec ses reproches et ses questions.



"Comment peux-tu vivre avec cette femme ignorante ? Bien sûr, devant toi, le réformateur de la société, l'homme qui relève ce qui est tombé, qui remet tout à l'endroit, qui remet en route ce qui ne marchait plus... je ne suis pas à ta hauteur ! Il va nous falloir mettre des verres colorés devant l'éclat de ta gloire aveuglante et de ton génie travaillé dans les forges de l'humanité ! Bien entendu, ne pensons plus à la société d'aujourd'hui, ni au gouvernement, ni au roi, ni au pape, ni même au Christ crucifié, c'est toi le nouveau prophète, qui nous enseigneras l'amour libre, ton nouveau dogme !... Et que vas-tu faire de la pauvre petite Ción ? Vas-tu l'éduquer selon tes stupidités, dans ton école sans Dieu, sans loi, sans honneur ? Je ne veux plus t'écouter, je ne veux plus entendre tes explications ou tes convictions, tu n'es qu'un fou, un dissolu, baisse la tête et... Silence !"

Il rêvait. Après avoir assisté, en cachette, à l'exécution des officiers rebelles en juillet 1866, il faisait de mauvais rêves. Heureusement Leré veillait sur Ción et sur son père.

Le confesseur de doña Sales était là aussi. C'était un homme corpulent, affable, toujours enclin à la conciliation, ami de tout le monde et surtout des gens bien placés. Plus intéressé par les jeux que par la théologie, il était l'envoyé de la mère pour rechercher le fils prodigue. Ce dernier le trouvait plus désireux de voir aboutir ses propres intérêts que l'établissement d'un monde moral... Le bon docteur Augusto Miquis recommandait aussi à Ángel d'oublier ses propres idées pour ne pas contrarier la malade.

Mais, merveille, en attendant de revoir sa mère, voilà que sa fille venait à lui, amenée par Leré. C'était une gamine de six ans qui semblait en avoir dix quand on l'entendait parler mais paraissait en avoir quatre à cause d'un défaut de développement corporel. Ángel était si heureux de la retrouver qu'il la laissait faire ce qu'elle voulait, et Leré protestait car céder en tout n'était pas une bonne manière de faire l'éducation de la petite. Quand son père se présentait, elle devenait ingouvernable... N'était-ce pas déjà le cas d'Ángel Guerra ? Voilà que l'anarchie allait s'installer dans la maison maternelle ! Ángel défendait son point de vue, prétendant que les interdictions empêchaient le développement et diminuaient les forces physiques et morales des petits. C'était la même chose dans la société, une tutelle trop autoritaire, les "regarde-moi bien et ne touche pas à cela" du pouvoir central entraînaient des résultats insignifiants. C'est ainsi pour tous les peuples : pas d'exercices, pas d'éducation. Ción, à qui on avait ordonné de ne rien dire sur la présence de son père et qui jouait dans la



chambre de sa grand-mère, obéissante comme d'habitude, répondit à sa grand-mère :

- Non, je ne veux pas.

La déduction de doña Sales fut immédiate : "La petite se rebelle ? Mon fils est de retour."

Le médecin Augusto Miquis préparait la première entrevue avec sa mère.

- Attention, Ángel, maîtrise ton caractère, mets-y un frein, et s'il le faut, une muselière ; deviens l'homme le plus sage possible, le plus bourgeois, le plus neutre, le plus simple du monde.

Si Ángel Guerra était têtu et absolu, sa mère l'était tout autant. Mais, il était bien résolu à respecter les recommandations de son ami Miquis pour préserver sa mère d'une contrariété qui pouvait lui être fatale. Cette dernière croyait ou faisait semblant de croire aux changements survenus chez son fils.

- Assez d'ensorcellement, mon cher petit docteur, je n'ai pas besoin d'être davantage manipulée... Allez, entre, innocent, toi qui écoutes à la porte, entre, arrête tes comédies.

Le face à face fut empreint de tranquillité. Ils se regardaient en silence et Ángel s'étonnait de ne pas se voir sous le feu du caractère despotique de sa mère. Ce silence était-il le prélude à de fortes tempêtes ? Si le silence s'imposait, on voyait par les yeux de doña Sales une voix intérieure qui disait : "Crois-tu que je vais me laisser prendre à tes repentirs, grand farceur, hypocrite ! Ta soumission est une invention du brave Miquis, désireux d'éviter toute aggravation de mon état. Tu t'y prêtes volontiers car tu as encore quelque affection pour ta mère. Si j'avais le cœur encore solide, je saurais t'ôter ce masque infâme ! Mais, mieux vaut que je me retienne. Je ne veux pas mourir, je ne veux pas, car l'idée que cette maison et cette pauvre petite restent entre tes mains m'horripile. Je vais donc me retenir et te laisser penser que je crois à tes repentirs... Quand un homme oublie sa position sociale, le respect qu'il doit à ses parents, comme tu l'as fait, il n'a aucune raison d'être admis en la compagnie de personnes de qualité. J'ai honte de ta conduite, voilà l'origine de ma maladie... Je suis au courant de tout, j'ai des gens qui m'informent. On pense même que tu es mêlé aux assassinats de ces pauvres officiers qui ne faisaient que leur devoir... Mon Dieu, comment veux-tu que je vive ainsi ? Ce n'est pas possible."

Pendant ce temps, étonné de voir que sa mère ne dormait pas, Ángel se mit à rêvasser, les yeux fixés sur le plafond. Il pensait à Dulce, seule, sans ressources, ignorant les causes de son absence. "Je suis sorti, pensant revenir vite, se disait-



il. Quelle raison humaine ou divine, si on comprend bien ce qui est divin et humain, pouvait s'opposer à ce que j'amène Dulce avec moi, ici ? Aucune, sinon cette comédie sociale, le caractère et les idées de ma mère... Tu pourras venir, toi aussi, et nous serons heureux tous les quatre, toi, ma fille, ma mère et moi. Oh ! quel rêve ! Et dire que ce n'est pas possible. Quel mal a-t-elle fait ? Je me moque de ces scrupules de la société et du pharisaïsme de toutes ces foules tyranniques et égoïstes qui veulent nous gouverner... "

Il vit que sa mère avait les yeux fermés et semblait dormir. Il ferma les siens et rêva d'une réponse à sa mère :

"C'est vraiment incroyable que tu puisses croire autant de contrevérités, maman. Tout le mal viendrait de moi ! Mais, voyons, maman, regarde bien, c'est toi la grande responsable. Qui a voulu me marier avec Pepita Pez ? Dès le début, rien ne pouvait marcher. Elle aimait ce que je détestais par-dessus tout. Cette famille Pez ? Allons ! des hypocrites finis, imbus de leur dogmatisme imbécile et de leurs convenances sociales, voilà l'origine de ma conduite rebelle et de mes sentiments anarchiques. Dulce est tout le contraire de ma femme d'alors. Je suis devenu révolutionnaire par haine de tout ce qui m'entourait. Je te l'ai expliqué mille fois, tu n'as jamais voulu l'entendre."

Doña Sales ne dormait pas. Elle serrait les paupières pensant ainsi trouver le repos et l'oubli. Mais une voix intérieure continuait de clamer : "Un de ces jours, tu vas bien me tromper. Tu dis que tu me respectes et que tu m'aimes, mais tu as bien dû amener avec toi, cette espèce de bonne femme... Alors là, ce serait le comble ! Ma petite Ción au pouvoir de celle-là... Ma maison, non, je ne peux y penser... Non, je ne veux pas mourir. J'enrage."

Un peu après minuit, Ángel s'endormit sans toutefois perdre totalement le sens des réalités. Quand il revint à lui, une personne légère s'approchait de sa mère à pas feutrés. C'était Leré qui venait jeter un coup d'œil sur la dame car elle l'avait trouvée éveillée. Guerra sortit pour fumer et revint une demi-heure après. Elle était toujours éveillée et lui dit :

- N'exagérons rien, tu n'es pas tout d'un coup devenu parfait, mais tu regrettes tes mauvaises compagnies, n'est-ce pas ? Tu as laissé tomber ces relations honteuses, non ? Tout est pardonnable, si tu renonces à cette femme de mauvaise vie...
- Mais, maman, je t'ai déjà dit que... Bon, ne t'inquiète pas... Je te jure que...
- C'est cela, j'aime t'entendre jurer... Ce qui m'épouvante, c'est de savoir qu'après ma mort, cette femme-là puisse entrer ici.



- Mais, maman, que c'est étrange ! D'abord, tu ne vas pas mourir. Et puis, cette femme n'existe pas.
- Je te préviens, si je savais que ta fille allait être remise entre les mains de cette famille Babel, je préférerais demander à Dieu qu'elle meure avec moi.
- Mais qu'est-ce que tu vas penser là ? Nous vivrons en parfaite harmonie, tu me crois ?
- Comment ça te croire ? J'ai toujours cru ce que tu me disais...
- Ne te moque pas.
- Je ne me moquerais pas si je savais que mon fils me parlait en toute sincérité...

La tête rejetée en arrière, bouche ouverte, tremblante, la mère de Guerra semblait vouloir avaler l'air de la chambre mais ne pouvait plus... La malade se mit à sourire mais on ne savait pas si l'expression de ses lèvres sèches et de son visage crispé et jauni était un sentiment de plaisir, celui de se voir entourée par les siens ou de méfiance ou de profonde ironie.

Quand le docteur Miquis arriva, le visage de doña Sales se décomposa très vite, les yeux s'enfonçaient et, de sa bouche, sortait un râle cadencé qui diminua, diminua comme le bruit de quelque chose qui s'éloigne à grande vitesse et devient imperceptible. Tous prêtèrent l'oreille pour essayer d'attraper les ultimes coups de pendule qui s'arrêtait au loin dans l'immensité, puis se regardèrent en se demandant du regard s'ils avaient entendu quelque chose. Miquis, blême, ne disait rien car il n'y avait rien à dire. L'aube pointait jusqu'à ce que les plus rétifs à admettre la terrible évidence de la mort fussent convaincus que la pauvre doña Sales ne vivait plus.

### III

Tout l'amour d'Ángel Guerra se retourna vers sa fille. Elle pouvait tout lui demander, il le lui accordait. Cela ne plaisait pas à Leré mais Guerra qui, dans ses élans passionnels perdait tout sens de l'équité, imputait l'attitude de la jeune femme à la jalousie. Mais, en son for intérieur, il reconnaissait chez Leré un esprit droit et formidablement équilibré. En elle, le sentiment et le jugement œuvraient en toute perfection.

Si auparavant, il se trouvait toujours mieux dehors que dedans, dorénavant, quelque chose le retenait chez lui et, pour n'importe quel prétexte, il remettait les sorties qu'il s'était imposées.



L'une des raisons devait bien être sa petite fille. Elle était d'une intelligence prodigieuse et laissait bouche-bée tous ceux qui lui posaient des questions car dans ses réponses, on devinait les éclats de la science divine.

- Papa, pourquoi Leré prie-t-elle tant ? Si Dieu lui accorde ce qu'elle demande, pourquoi n'a-t-elle pas réussi à faire en sorte que grand-mère ne meure pas ? Papa, je vais te dire une chose : quand grand-mère disait que tu n'étais pas un bon garçon, Leré te défendait toujours... Papa, qu'est-ce que ça veut dire mourir ? Et les enfants qui meurent continuent-ils à grandir ensuite ou bien restent-ils toujours petits ?...

L'enfant, pour faire plaisir à son papa, était prête à inventer n'importe quelle histoire, elle donnait tant de détails que tout semblait vrai.

Pendant que Ción dormait et que Leré priait, Ángel se mêlait aussi aux pratiques religieuses de la jeune femme, lui posant mille questions sur ses croyances. Leré, toujours sympathique, répondait à toutes ses questions, l'esprit tranquille, sans s'énerver.

- Arrête de croire, lui disait Ángel, je n'aime pas te voir sûre de toi dans tes convictions, je n'aime pas cette foi ardente et aveugle capable de déplacer les montagnes. Je n'ai pas ta foi mais je suis admiratif de ceux qui croient comme toi de toute leur âme, sans faire de leur foi une mascarade à tromper les gens et exploiter les plus faibles. Les personnes qui se vantent de proscrire tout ce qui est du domaine spirituel me sont odieuses. L'idéal serait qu'il y ait en chacun de nous une mesure ou une dose de matériel et de spirituel mais cet équilibre n'existe pas et ne peut exister, je préfère les déséquilibres comme toi que les idées trop nettes et les sentiments trop purs.

Un jour où Ángel et Leré se trouvaient seuls dans la chambre de Ción endormie, Leré lui raconta son histoire.

Toute petite, elle aimait penser à Dieu et aux choses du Ciel, elle rêvait de savoir quel était le visage du Christ ou de la Vierge. Dès l'âge de douze ans, elle avait compris qu'il n'était pas nécessaire de voir débarquer les Maures, les Juifs ou les Romains pour qu'il y ait des martyrs aujourd'hui. Son père buvait et on pouvait bien déclarer sa mère martyre...

Une fois, la Vierge lui apparut, elle lui parlait...

- Je sais que vous allez vous moquer de moi si je vous raconte, mais peu importe. Je dis la vérité et vous, faites-en ce que vous voudrez... Je suis née pour servir, dans l'ombre, et n'être rien ni personne.



Ces dernières affirmations révélèrent la teneur de cette jeune âme et parurent au jeune Guerra inspirées par un faux sentiment des choses de Dieu, mais la démesure de cette idée le subjuguait et il se tut. Cela était dû sans doute aux erreurs qu'implique une telle abnégation. Leré s'occupait d'Ángel Guerra, non pas mieux que Dulce, car c'était impossible, mais tout autant, essayant de repérer ses goûts, ses désirs et jusqu'à ses manies afin qu'il ne manque de rien.

Cependant Ángel Guerra avait conservé son caractère brusque et autoritaire. S'il ne se disputait jamais avec Leré, il était toujours fâché avec le gérant Braulio ou tout autre personnage de la maison si bien que don León Pintado disparut discrètement pour aller à Tolède et ne revint jamais.

Sa mère avait destiné le cinquième de sa fortune à des œuvres religieuses. Cela ne contraria aucunement Ángel qui était plutôt désintéressé mais, ce qu'il n'aimait pas, c'était l'ingérence de ces messieurs qu'il jugeait hypocrites.

Léré prétendait n'avoir aucune volonté propre mais reprenait son maître qui faisait trembler tout le monde par ses colères. Celle qui pratiquait la religion de l'obéissance exerçait une grande autorité sur le despote.

- Il faut que vous vous calmez. D'où tenez-vous que tous ceux qui vous entourent et vous servent sont obligés de vous souffrir ? On ne peut pas vivre ainsi dans ce monde. Commandez-moi de manière despotique mais traitez les autres avec douceur comme il se doit envers ses semblables.

Le jeune homme l'envoyait promener mais les remarques tombaient dans son âme comme un baume et le tranquillisaient. Après un retour auprès de Dulce, un soir, juste quelques heures, il se rendit compte qu'il avait changé. La mort de sa mère l'avait transformé. "Nous sommes assez peu maîtres de nous-mêmes, pensait-il. Avant, je voulais fonder un journal pour défendre mes idées. Maintenant... on dirait que je suis passé de l'enfance à la maturité. Non pas que mes idées sur la chose publique ne soient plus les mêmes, mais, d'autres s'en occuperont... d'autres..."

Au fil des jours, Guerra prenait conscience de la quantité d'argent que sa mère avait accumulé, économisé, caché ici et là dans la maison. Mais le plus clair de son temps, il le passait avec sa fille Ción qui possédait déjà les rudiments de la stratégie féminine, laissant croire qu'elle cédaient pour mieux triompher plus tard à force de flatterie et d'adresse exquise.

Un jour que la petite, souffrante, s'était endormie, veillée par Leré, Guerra dit à celle-ci :

- Je vais te dire pourquoi j'ai fait tant de folies et pourquoi j'ai fait partie des révolutionnaires. Depuis tout petit, j'ai senti en moi un enthousiasme pour le monde. J'ai toujours été impressionné par la



douleur et l'injustice, compagne inséparable de l'humanité et je me suis dit que le mal pouvait et devait être combattu. J'ai d'abord cru que ce serait facile mais, avec le temps, j'ai compris que non, et qu'il fallait faire quelque chose. J'ai rencontré un tas de gens stupides parmi les révolutionnaires mais j'ai vu aussi des hommes sincères et désintéressés...

La grande destruction apporte irrémédiablement une amélioration puisque la société ne meurt pas. L'anarchie a l'immense avantage de poser le problème humain du droit, du bien et de la justice... Aujourd'hui, je me rends compte que notre organisme social n'est qu'une farce, un vrai carnaval sans masque, un jeu de pouvoirs qui se trompent mutuellement.

J'ai toujours eu ce caractère qui me pousse à la contradiction et à l'indépendance. Ma mère m'a poussé à me marier et à partager les idioties de mon beau-père, monsieur Pez. Peu à peu, je me suis tourné vers ceux qui veulent tout mettre par terre. J'ai fréquenté leurs réunions, je suis devenu ami de l'un et de l'autre. Le vertige nous fait perdre conscience et nous emporte. C'est comme le soldat qui va à la guerre et à la mort pour la seule raison qu'il se sent poussé par son compagnon et inversement.

J'ai quitté la maison et ma mère ne me donnait que le juste nécessaire pour vivre. Le manque engendrant en moi la colère et le mépris, j'ai été attiré vers des gens de la pire espèce. Voilà comment je me suis retrouvé près des désespérés, parmi lesquels il y a de braves gens et des gens très honnêtes.

- Madame ne parlait jamais de tout cela. On priait ensemble mais jamais elle ne laissait transparaître ses idées là-dessus.
- Eh bien, moi, je te dirai tout. A toi seulement. J'ai tué... un accident de guerre, sûrement, je n'étais pas seul, mais...
- Il n'y a pas de délit quel qu'il soit qui ne trouve le pardon dans la miséricorde de Dieu.
- Mais, toi, tu me pardonnes ?
- Mais je ne suis pas prêtre.
- C'est tout comme. Si j'avais foi en quelque chose, je préférerais me mettre à genoux devant toi que d'aller demander l'absolution du pape. Si je devais aller en enfer, cela me laisserait indifférent si j'y allais avec toi...



#### IV

Devant la petite Ción, souffrant d'une maladie de cœur inguérissable, Guerra se mit à regarder les tableaux que sa mère avait accrochés. Ils représentaient des figures religieuses à la mode du temps et quelques clairs-obscurs d'anachorètes de Ribera. Guerra se surprit à leur parler et à exprimer ce qu'il ressentait. Ce qui n'était que des suppliques spirituelles devinrent bientôt de véritables prières.

- Je ne suis pas digne de prier puisque je n'ai pas la foi... Mais j'aurai toute la foi nécessaire si ma fille est sauvée. Je me rends, je renie tout ce que j'ai pensé. Un homme a beau être méchant, mérite-t-il un tel châtement ? A quoi reconnaît-on notre misère et la grandeur de l'Être Suprême sinon à cette demande que nous faisons et à ce que Lui nous accorde ce que nous ne méritons pas ?

Durant ses prières, il en vint à faire une sorte de marchandage : Dulce contre la santé de sa petite Ción...

Miquis le prévint du danger encouru par la petite. Le père ne parvenait pas à se résigner et rejetait la faute sur tous ceux qui l'entouraient. Il se rebellait contre la vérité scientifique, il invoquait le ciel et la terre en criant comme ces criminels qui blasphèment et crachent vers le ciel.

Léré n'attendait plus rien. Ángel continuait à y croire ; il massait les mains de la petite sans prendre conscience de son malheur. Ción s'était échappée et le père affligé ne se rendait pas compte de son malheur. Puis, devant la certitude de la réalité, il devint d'un calme stoïque, tout à sa douleur mais sans effusions apparentes. Sa résignation, plus philosophique que religieuse, était soutenue par une forte reprise de sa volonté, c'était une résignation où entraient l'amour propre et la dignité d'un homme fort.

#### V

Isolé et triste, Ángel Guerra ne voyait plus de but à sa vie. Il en avait même oublié Dulce qui vint un jour le voir, décharnée, émue, en larmes. Elle n'était pas la bienvenue dans la maison des Guerra, elle le savait. Elle s'en alla donc mais son instinct amoureux flairait un abîme tout proche.

Léré se décida un jour à prendre congé car elle était venue pour s'occuper de la petite, et, maintenant que celle-ci avait disparu, elle n'avait plus de raison de



rester. Guerra, surpris, lui demanda ce qu'il lui manquait pour rester : la solitude d'un couvent, des heures pour la prière ? Elle pouvait s'organiser à sa façon, elle était libre. Mais Leré lui confessa qu'elle n'avait d'autre amant que celui qui était étendu sur la croix, n'était-ce pas suffisant ? Elle lui demanda la permission de partir. Ils convinrent d'un délai de huit jours.

Cependant, le bruit courait qu'entre la jeune mystique et le veuf Guerra, il se passait quelque chose. Mais, elle, se sachant la conscience tranquille, ne s'en troublait pas le moins du monde. Leré commença la transformation spirituelle de son ami. Tout d'abord, le partage. Guerra reconnut qu'il était socialiste tant qu'il était sans le sou, mais maintenant qu'il était riche, c'était une autre affaire et foin du socialisme évangélique !

Léré lui recommandait de ne pas appeler ennemi celui qui pensait différemment de lui et de rejeter tout ce qui était peine de mort, guerre ou tuerie quelconque. Ángel Guerra faisait tout pour retenir Leré dans sa maison, lui promettant même de la transformer en couvent si elle le désirait ainsi. Mais, elle ne désirait rien d'autre que d'entrer dans une congrégation où elle recueillerait les vieillards et les soignerait jusqu'à la fin.

Quelle solution trouver alors ? Ángel n'en voyait plus qu'une : devenir mystique lui aussi pour qu'ils puissent s'aimer mais cela ne serait qu'une farce. Comme convenu, Leré s'en alla, un matin, de bonne heure, pour Tolède.

Dulce avait bien compris qu'elle était peu à peu laissée de côté.

- C'est ridicule de passer de la passion révolutionnaire à la passion ecclésiastique. Tu as passé ta vie à lutter contre les curés et le fanatisme, et voilà que tu tombes entre leurs mains... Ose donc redire que toutes ces histoires de religion sont des farces qui ne profitent qu'à quelques-uns. Mais non, voilà qu'il court après une bonne sœur...

## Deuxième partie

Comme il l'avait promis, Ángel Guerra abandonna Madrid pour prendre quelque temps de repos à Tolède, ville sise sur une colline comme Jérusalem sur Sion. Sa cousine Teresa Pantoja lui offrit sa propre chambre, un vrai nid pour chanoine. Il ne dort pas la première nuit car le silence excite autant que le bruit.



Il passait dans les rues qu'il finissait par comprendre comme des signes d'écriture endiablée. Son désir de revoir Leré lui faisait aimer le son des cloches qui invitaient à la messe. Il se réjouissait de cette ambiance religieuse, de ce monde de sainteté et de noblesse. Tout cet univers de couvents et de cloîtres le poussait à un calme intérieur. Il assistait même à toutes les messes qui se présentaient, singeant une dévotion qu'il n'avait pas, observant surtout, derrière des grilles, les blanches silhouettes des épouses du Christ.

Il parla longuement, ou plutôt, l'oncle de Leré parla longuement avec Ángel. C'était un vieux prêtre de la cathédrale, austère et bonhomme, un tantinet matérialiste, qui n'approuvait pas le désir de sa nièce d'entrer chez les Petites Sœurs qu'il considérait comme une nouvelle congrégation venue de l'étranger, trop tournée vers le monde. Ne font-elles pas partie de ces Français qui ont brûlé le couvent de San Juan de los Reyes.

Enfin, Guerra put s'entretenir rapidement avec son amie et lui demanda même s'il pouvait revenir. Leré, qui avait la conscience tranquille et une volonté à toute épreuve, lui permit de revenir autant de fois qu'il le voulait. Tout au fond de son âme, il voyait un éclat mystérieux émaner de la personne de son amie.

Elle ne parlait jamais de sa foi si personne ne lui en parlait. Elle ne voyait pas le monde d'un mauvais œil et trouvait tout à sa convenance. Son oncle, le père Mancebo, ne trouvait aucun ordre religieux digne de sa nièce. Ce qui faisait dire à Ángel qu'il fallait donc inventer un ordre spécial pour elle. Il en serait le gérant, bien entendu. Mais Leré ne voyait pas pourquoi il fallait inventer ce qui existait déjà. En plus, le succès de tel ou tel ordre ne lui importait pas. Pour elle, ne rien avoir c'était avoir tout. Rien de plus évangélique puisque Marc se souvient d'une parole de Jésus qui disait : "Va, vends tout ce que tu as, donne-le aux pauvres et tu auras un trésor dans le ciel ; puis, viens et suis-moi"<sup>11</sup>. Elle était prête à tout accepter, la cécité, la mendicité, les plaies d'Egypte et le déluge universel. L'effet pour Ángel n'était pas positif, mais à mesure que son dernier espoir de l'humaniser se réduisait, l'attraction qu'il avait pour elle grandissait.

Il en vint à visiter une de ses propriétés près du pont Saint-Martin où il se trouva une thébaïde. Loin de tout, au milieu de la campagne castillane avec son aspect rustique et mystique, ses oliviers, ses abricotiers, ses touffes de thym et de lavande, ses cabanes de bergers et ses ruines d'anciens couvents, il pensait toujours à Leré, il voulait l'imiter même de loin et cherchait, sans trop savoir, ce qui se cachait là de vérité. Comment mener de front son désir d'isolement et son souhait d'être utile à l'humanité au beau milieu de ces champs rocailleux ?

---

11- Marc, 10,21.



Dans son demi sommeil ou complètement endormi, allez savoir, il voyait le visage de sa petite Ción qui continuait à lui raconter ses fables habituelles.

De temps en temps, il allait voir son amie Leré au couvent des sœurs. C'est là que la novice lui expliqua la différence entre celui qui est destiné à être une épée de Tolède et celui qui ne sera jamais qu'une broche de cuisine. Elle avait observé comment l'ouvrier met la barre de fer au feu et examine attentivement le métal rougi. Son regard suffit à conserver le fer pour le transformer en épée ou la jeter dans le tas de fer qui pourra avoir toute autre destinée comme celle de broche à cheminée. Celui qui crie vers le ciel dès qu'il commence à souffrir ne sera jamais qu'une broche. La pauvreté, voilà le signe visible d'appartenance au Christ !

Considérer cet accident de la vie qu'est la possession ou non possession entre le moment de la naissance et celui de la mort, quelle petite chose ! Pourquoi vouloir être avocat et embrouiller la moitié de l'Humanité ? Pourquoi vouloir être médecin ou soldat pour tuer à coups de pilules ou à coups de fusil ? "La propriété est une notion qui a disparu de mon esprit. Seul Dieu est maître de toutes choses. Je lui appartiens et je n'ai rien à moi," disait-elle.

Guerra sortait bouleversé de ces entretiens. Elle avait sur lui un tel pouvoir de séduction qu'il la croyait presque au-dessus de l'Humanité, une sorte de planète extraordinaire autour de laquelle il gravitait, entraîné à la suivre et à l'imiter.

Tout commençait à prendre forme, Leré laissait libre cours à son imagination mystique et Ángel se proposait de concrétiser tout cela, se rendant, du coup, indispensable à la vie de son amie. Leré aurait donc la paternité des choses et lui, Ángel, pouvait se consacrer à la gestation et à la mise en œuvre !

Ángel était prêt à tout car il voyait bien que, dans l'organisation de l'Eglise d'alors, des modifications étaient nécessaires. Le clergé lui paraissait une vieille mécanique qu'il fallait démonter et nettoyer de temps en temps. Le bien et le mal ont leur aspect positif, le mal se trouve en nous et le bien chez les autres. Leré connaissait son ami et son caractère impétueux. Son désir de changer n'y pouvait guère. Elle savait, elle, que le caractère, le tempérament ne peut pas se réformer. La raison a beaucoup de force, la piété et la foi en ont encore plus, mais les trois, ensemble, ne peuvent pas changer la nature des choses.

Vouloir se convertir, de quoi parlait-on ? Leré répondait sans hésiter : imiter Jésus-Christ. Il fallait donc "aimer même ses ennemis". Le prochain, c'est tout homme, quel qu'il soit. Est-il Samaritain ? Tant mieux. Voilà le grand combat d'Ángel Guerra. Il devait se désencombrer, se débarrasser de tout ce qui était, pensait-il, sa sagesse, car les pensées des hommes ne sont pas celles de Dieu. Il fallait une mystique comme Leré pour le lui inculquer.



Même Dulce, après un dur moment de révolte, avouait n'avoir jamais été athée. Elle croyait l'être à force de s'en convaincre mais c'était pour satisfaire Ángel Guerra. Maintenant que lui aussi était sur le chemin de la conversion, elle tentait de l'imiter. Elle pensait que l'amour humain et la vraie dévotion ne faisaient pas bon ménage, sauf pour une femme. Si elle se laissait aller à lire dans le futur, Guerra était fait pour être curé ou moine. Le lutteur contre l'ordre social, le démagogue d'antan deviendrait-il saint Ángel ? On sentait bien là l'ironie de la famille Babel, mais cela n'avait pas d'importance. Ángel Guerra était bien décidé à supporter toutes les humiliations. Devant cette passivité, Dulce dut se résigner à croire que désormais Ángel Guerra était mort pour elle. Quant à Guerra, il s'en allait, fier d'avoir pu lutter contre son caractère, de n'avoir rien répondu, d'avoir su se dominer, d'avoir su dominer son tempérament de feu sans rien dire.

Or, une rumeur, divulguée par on ne savait qui, se répandait que Leré allait être transférée à Gerona, car elle avait menti. Elle avait entretenu des liens troubles avec son ami à Madrid et à Tolède. Elle ne serait pas admise chez les sœurs de son couvent ou bien elle devrait aller dans une autre maison à Gerona. Le brave oncle de Leré, même s'il contribuait au trouble, se plaignait à Dieu de ce que tout allait de travers.

La volonté de Dieu n'était pas toujours claire. Suffisait-il que Leré lui demande d'être prêtre pour que sa résolution soit prise ? "Je serai prêtre... Je suis et je serai ce qu'elle voudra que je sois."

### Troisième partie

Ángel Guerra pouvait donc se consacrer à la construction de son couvent où il pourrait recueillir tous les nécessiteux qui le désireraient, à commencer par don Pito. Mais ce dernier hésitait car, allait-on le laisser vivre sa vie ? Oui, disait Guerra, chaque âge, chaque état, chaque nature a ses besoins. Chacun pourrait en être juge. Il faut dire que don Pito, à l'image de Sancho Panza, craignait les pénitences et les privations de toutes sortes. Au fond, le salut ne résidait-il pas en l'amour du prochain, au respect de la vie ? Fallait-il séparer les femmes des hommes ? Aimer n'était quand même pas un péché, n'est-ce pas ? Pour aimer, nul n'était besoin de condamner.

Sur la démarche à suivre, Guerra voulait suivre les conseils de Juan Casado. C'était la laideur même, mais une intelligence hors du commun et un caractère plein de douceur. Il ne se prétendait ni parfait ni modèle. Il ne cherchait pas les



idées alambiquées, les attitudes rigoristes ou les principes intangibles. Il voulait seulement être un conseiller loyal, un compagnon, un ami fidèle et désintéressé.

Guerra ne voulait pas entrer dans un des nombreux instituts qui existaient dans le catholicisme. Il ne voulait pas être l'atome qui s'ajoute à la masse, sa mission était tout autre. Les saints sont une denrée plus rare qu'on ne le croit. Il voulait être un laïc, un citoyen modèle, une parcelle de l'Etat, une pierre robuste et bien taillée dans l'architecture sociale. On commençait à répandre le bruit que ce don Ángel, ancien franc-maçon notoire, à ce qu'on disait, prétendait entrer dans les ordres. Il n'était pas très courant pour un jeune homme cultivé et riche de surcroît, de vouloir embrasser l'état ecclésiastique.

Rêve ou réalité, il vit son propre *moi* passer dans les rues de Tolède, vêtu en prêtre et chantant la même hymne qu'il avait entendue dans la cathédrale : "Reconnu homme à son aspect, il s'est abaissé, devenant obéissant jusqu'à la mort, et la mort de la croix." Etait-ce une prémonition, une illusion, un rêve, une erreur ?

"Votre vocation est une vocation contrefaite, lui dit un jour son conseiller. Votre penchant à la vie mystique n'a d'autre fondement que celui d'habiller en mystique la personne dont vous êtes entiché." Et c'était vrai que Leré lui avait humainement enlevé tout espoir puisqu'elle ne voulait l'aimer qu'en Dieu.

Pourtant, le brave conseiller, avant de mourir, recommanda à Ángel de persister dans l'idée de devenir prêtre, malgré les difficultés. On ne domine pas en une heure la terrible forteresse de soi-même. Il faut se battre et lutter sans cesse. Et Guerra l'avouait à son ami Casado, il devait lutter pour dominer la bête qui était en lui. Pendant l'agonie du pauvre don Tomé, il fut à deux doigts d'abuser de son amie endormie dans la pièce voisine. Le père Casado le tranquillisa en lui disant que de nombreuses éminences de la chrétienté, des patriarches et des saints étaient passés par le crible de terribles tentations. L'important n'était pas de ne pas tomber mais de se relever à chaque fois. "L'histoire ecclésiastique et le droit canonique sont de magnifiques calmants pour les nerfs à vif. Par-dessus tout, je vous recommande le repos et la raison nous éclairera. Il faut la vie méthodique sans abstinence, ni promenades solitaires qui provoquent rapidement des visions et des folies. Il convient de ne pas tomber dans la tristesse et de ne pas plonger dans des métaphysiques épuisantes ni vouloir à tout prix chercher du surnaturel partout car les lois physiques ne sont pas un jeu d'enfants à disposition de n'importe quel petit prétentieux qui voudrait changer les règles selon le caprice du moment."



Il faut dire que Casado, conseiller de plusieurs personnes de Tolède, s'était rendu compte que les gens venaient demander les conseils qu'ils connaissaient déjà. Alors il leur disait : "Allez, continuez, les jeux sont faits."

Pendant ce temps, Ángel Guerra échafaudait son nouvel établissement. Un bâtiment pour les religieux, un bâtiment pour les religieuses et l'église au centre. Toute personne dans le besoin, pour cause de maladie ou quoi que ce soit, pourrait appeler à la "Porte de la Charité" et on lui ouvrirait. Personne ne serait rejeté, on ne demanderait à personne son identité. Le vieil invalide, le malade, celui qui a faim, celui qui est nu, même le criminel, devraient être accueillis ici avec amour. Les portes seraient toujours ouvertes pour entrer comme pour sortir. A quelle règle monastique devrait-on se soumettre ? Selon la volonté de chacun. La vie contemplative pure ne serait nullement interdite mais la mission principale serait de consoler et de soulager l'humanité souffrante, selon les aptitudes et les goûts de chacun. Le seul remède serait l'amour, la fraternité et l'exhortation chrétienne, sans fers ni violence d'aucune sorte. Une porte au couchant pour ceux qui voudraient partir et rejoindre la vie bruyante du monde, une autre à l'orient, symbole de la vie nouvelle. Les vœux pourraient se faire pour cinq ans et, pour ceux qui les renouvelleraient, ce seraient des vœux perpétuels. Les femmes auraient les mêmes voix que les hommes.

En fait, Ángel Guerra voulait ressembler aux fondateurs primitifs et suivre fidèlement la doctrine du Christ : Protéger les invalides, quels qu'ils soient, faire du bien à ses ennemis, employer toujours l'amour et la persuasion, jamais la violence ; pratiquer les œuvres de charité selon la lettre et l'esprit et enfin, en ce qui concerne les rubriques, réduire le culte aux formes les plus simples.

La vraie sainteté ne devait pas s'effrayer de la vue et de la fréquentation de personnes de sexe opposé. La femme est l'ornement de la Nature, l'enchantement de l'homme. La chasteté, le plus parfait et le plus sublime des états, n'est pas une vertu, ce n'est rien d'autre qu'une communication décente des deux sexes. Les grilles, les précautions et tout autre enfermement entre quatre murs n'éteignent en rien la source de l'amour.

Ángel Guerra, après un moment d'hésitation, sentait de plus en plus le désir d'être ordonné. Il voulait être digne d'être admis parmi les apôtres du Christ et faire en sorte que le corps vivant de son Rédempteur puisse descendre jusqu'à ses mains. Ángel se voulait accueillant à tous sans excepter Zacarías qui avait maltraité sa femme ou Aristides, le soi-disant *baron de Lancaster*. Mais il ne pouvait pas aller contre la justice. Il voulait que chacun soit maître de son destin, que chacun prenne sa croix. Sans croix, il n'y a pas de rédemption possible.



L'important pour Guerra était de revenir à la primitive Eglise, à la fraternité pure. Tout cela était bien théorique, disaient quelques personnes critiques. Il faudrait voir cela dans la pratique. "Ah ! la pratique, prétexte pour conserver nos habitudes. La réalité est beaucoup moins triste que vous ne pensez..."

Mais, devant les bonnes idées de Guerra, Leré conseillait plus d'humilité, sachant que les gens, devant trop de changement, finissent par ne pas comprendre ou comprendre de travers. Il fallait que les choses se fassent lentement mais sûrement. Guerra reconnaissait bien l'influence de son amie. "Je ne suis plus moi, je suis elle," disait-il. Les deux monastères, imaginés par Guerra, porteraient le nom de *Cités de Dieu*. C'est ainsi que l'on parviendrait à la vraie révolution sociale tant désirée. Il fallait accepter de tout défaire pour tout reconstruire. Guerra ne se voyait pas en homme politique mais en missionnaire qui lance sa semence... Il ne serait pas un grand prédicateur mais un homme d'action, un homme qui mettrait en œuvre la charité évangélique. Dieu s'était fait chair, il fallait que sa doctrine devienne société.

Ángel Guerra redevenait le révolutionnaire du début. "L'homme n'avait donc pas changé", pensait Casado. Il se voyait déjà comme saint Paul, celui qui arrose et son idée, le *dominisme*, croîtrait et donnerait du fruit. Guerra ne croyait plus en l'Eglise telle qu'elle était. Il fallait la libérer, la rendre plus espagnole et moins romaine.

Juan Casado commençait à s'effrayer de telles idées. "Ne prétendons pas prendre le rôle de Dieu. Il ne nous revient pas de tout mettre sens dessus dessous. C'est Lui le grand Réformateur, le grand Révolutionnaire, nous ne sommes que d'humbles petits insectes, nous devons grandir là où on nous a mis et rendre grâce pour tout ce que nous avons reçu." Le bon conseiller revoyait dans sa tête toute cette discussion. De bonnes intentions, un cœur généreux, mais quel tempérament ! Etait-il judicieux que cet homme soit ordonné ? Ne cherchait-il pas à être prêtre uniquement pour se rapprocher de Leré ? Ne cherchait-il pas à parvenir à ses fins par les voies spirituelles ? Tentation, cruauté, perversion... Les frères de Dulce, bandits de la pire espèce, vinrent chercher refuge au domaine d'Ángel Guerra qui les reçut comme on accueille la brebis perdue. Mais, un soir, attirés par l'argent que devait avoir leur hôte, pensaient-ils, ils luttèrent et blessèrent au couteau le brave Guerra. On le ramena d'urgence à Tolède et Leré vint le veiller. Il disait qu'il allait mourir, tué par sa propre invention comme un inventeur meurt écrasé par sa propre créature.

Guerra confessa à son amie qu'il l'aimait avant même que sa fille ne meure. Puis il devint mystique, entraîné par une loi fatale qui le déformait en le modelant à son image et à sa ressemblance. Devant les seuls témoins qu'étaient Leré et Juan Casado, il déclara se réjouir d'une mort qui détruirait son rêve du



*dominisme*. Il déclara que l'unique forme d'approche de la réalité qui pouvait le satisfaire n'était pas la réalité mystique mais la réalité humaine, sanctifiée par le sacrement. De tout son *dominisme* chimérique, il ne restait qu'une seule chose valable : l'amour. L'amour de toute l'humanité, l'amour pour toute personne dans le besoin et sans protection.

On sonna les petites cloches de l'entrée. Elles tentaient d'appeler le jeune homme endormi mais il ne répondit pas car personne ne répond une fois rendu dans l'éternité.



## Chapitre IV

### Marianela

Comme disait à l'aveugle le Ravi de la *Pastorale des santons de Provence*, d'Yvan Audouard : "Je vais te raconter et ce que je te dirai sera encore plus vrai que la réalité... Viens avec moi, je te raconterai tout, je te dirai comment ça se passe, et fais-moi confiance, j'ai de l'imagination ! Comme je te le dirai, ce sera encore plus vrai que nature."

La Bible aussi nous enseigne à savoir observer et admirer :

"Le monde entier est devant toi comme un rien sur la balance, comme la goutte de rosée matinale qui descend sur la terre. Pourtant, tu as pitié de tous les hommes, parce que tu peux tout. Tu fermes les yeux sur leurs péchés, pour qu'ils se convertissent. Tu aimes en effet tout ce qui existe, tu n'as de répulsion envers aucune de tes œuvres ; si tu avais haï quoi que ce soit, tu ne l'aurais pas créé. Comment aurait-il subsisté, si tu ne l'aurais pas voulu ? Comment serait-il resté vivant, si tu ne l'aurais pas appelé ? En fait, tu épargnes tous les êtres, parce qu'ils sont à toi, Maître qui aimes les vivants"<sup>12</sup>

Émerveillement des petits et des pauvres, des délaissés et des ignorés. La nature de la vraie cécité n'est peut-être pas celle que l'on croit. Les voyants ne sont pas toujours ceux qui ont des yeux et les yeux ne sont pas les seuls témoins de la vraie lumière.

---

12- Livre de la Sagesse 11, 22...



## Marianela

### I- Perdu

Le soleil était couché et la nuit obscure et paisible s'installa peu à peu là où mouraient les dernières rumeurs de la terre somnolente ; le voyageur avança sur le chemin et pressa le pas. C'était un homme d'âge moyen, belle allure, le regard osé et vif, un léger embonpoint, le chapeau des personnes cossues du pays. Il n'était pas sûr de son itinéraire et comptait bien demander sa route à un habitant de la région. *De l'avant, toujours de l'avant*, s'il devait avoir un écusson, c'est la devise qu'il y ferait graver.

Le voilà perdu. "Voilà ce que c'est, mon pauvre Teodoro Golfín, que de vouloir suivre sa devise : *De l'avant, toujours de l'avant*." Solitude ! S'il avait cru aux sorcières, il se serait dit que c'était cette nuit qu'il ferait leur connaissance. Mais n'y avait-il donc personne dans ces parages ? Si au moins il pouvait connaître le lieu où il se trouvait ! Fallait-il descendre par le sentier ou monter, quitte à refaire le chemin parcouru ? Même la lune n'éclairait pas.

Et puis, tout à coup, une voix. Une belle voix, une mélodie si émouvante qu'on la croyait sortie des entrailles de la terre. Mais cette voix se perdait dans l'immensité ténébreuse pour s'éteindre totalement en réponse aux cris du voyageur. On aurait dit une situation divine. Une voix de femme ou une voix d'homme... "S'il vous plaît, comment peut-on aller aux mines de Socartes ?"

Un grand chien noir avançait précédant son maître qui ressemblait à une grande statue de pierre. Le voyageur, perdu dans la nuit, allait s'en remettre à cet homme immobile et inexpressif. "Oui, Monsieur, ce sont bien les mines, même si nous sommes un peu loin des bâtiments."

Ah ! enfin, cette douce voix faisait plaisir à entendre. *Fiat lux* ! Il parlait à un jeune homme qui ne le regardait pas. Il était pourtant tout près. "Je vais vous guider avec grand plaisir parce que je connais les lieux par cœur... J'ai un bâton qui m'aide à ne pas trébucher et mon chien me sert de guide quand Nela n'est pas là. Elle est guide d'aveugle."

### II- Guidé

- Vous êtes aveugle de naissance ?
- Oui. Je ne connais le monde que par la pensée, le toucher et l'ouïe. J'ai cru comprendre que la plus belle partie de l'Univers est celle qui m'est interdite. Je sais que les yeux des autres ne sont pas comme les miens,



et qu'ils voient par eux-mêmes, mais ce don me semble si extraordinaire que je ne me sens même pas le pouvoir de le posséder.

Ils étaient dans une sorte de cratère et, sur les bords, apparaissaient des formes étranges augmentées par le clair-obscur de la nuit. On aurait dit des monstres pétrifiés en pleine orgie démoniaque. Le silence régnait là et faisait presque peur. Les mille voix et hurlements semblaient s'être figés dans la pierre, il y a de cela de nombreux siècles.

A la sortie du tunnel par où le jeune aveugle avançait comme chez lui, on entendit un chant mélancolique. L'aveugle se mit à sourire et fièrement dit :

- Vous l'entendez ?
- Je l'ai déjà entendue, c'est magnifique. Qui est-ce ?

L'aveugle, sans répondre à cette question, appela :

- Nela !... Nela !

Des échos sonores répétèrent ce nom. L'aveugle mit ses mains à la bouche en forme de porte-voix et cria :

- Ne viens pas, moi, je vais là-bas. Attends-moi à la forge... Nela est une jeune fille qui m'accompagne, c'est mon guide.

Le tunnel les avait conduits dans une profonde crevasse où Golfín croyait voir entre mille débris nautiques des cadavres à moitié dévorés par les poissons, des momies, des squelettes morts, endormis, à demi décomposés et parfaitement paisibles, comme s'ils avaient séjourné là, dans l'immense sépulture marine. L'illusion fut complète lorsqu'on entendit le bruit de l'eau, tel le clapotis des vagues qui jouent dans les trous d'un rocher ou frappent le squelette d'un bateau naufragé.

L'origine de cette illusion était un immense abîme dont personne ne connaissait le fond. Ceux qui auraient pu le dire ne sont jamais revenus. Les gens avaient peur de s'en approcher mais l'aveugle venait souvent s'asseoir au bord avec Nela. Elle croyait entendre des paroles, lui n'entendait qu'un murmure ou une sorte de méditation, parfois triste, parfois joyeuse, coléreuse ou moqueuse.

Puis, derrière le grand chien noir, ils s'avancèrent dans une nouvelle galerie aux murs de grosses planches humides et à moitié pourries.



- Vous savez, à quoi cela me fait penser ? dit le docteur. Aux pensées d'un homme pervers. Ici, nous avons l'intuition du mal quand il pénètre dans sa propre conscience pour se contempler dans toute sa laideur.
- Pour celui qui possède le royaume inconnu de la lumière, ces galeries doivent sembler tristes, mais moi, qui vis dans les ténèbres, je vois là une certaine conformité de la terre avec mon être propre. Je marcherais plus volontiers ici que dans tous les autres lieux que je connais.
- Quel malheur de ne pas pouvoir voir la voûte azurée du ciel en plein jour !
- Je me l'imagine comme une forme concave et harmonieuse à portée de main mais qu'on ne touche jamais.

### III-Un dialogue qui servira d'exposition

La petite guide d'aveugle vint accompagner le voyageur qui devait se rendre chez son frère, l'ingénieur des mines. Elle avait une tête de gamine sur un corps de femme vu dans un miroir déformant. Elle avait seize ans mais n'en paraissait que douze. Pieds nus, on voyait qu'elle était habituée aux pierres et aux chardons. Elle parlait avec mesure et humilité, preuve de son caractère sage et réfléchi. Orpheline, elle disait ne servir à rien. De son visage plein de taches de rousseur ressortaient des yeux noirs et vifs qui trahissaient une certaine tristesse. Elle semblait toujours sourire, mais de ce sourire qu'ont les morts peu après être passés de vie à trépas.

Son nom était María Nela, comme sa mère, María Canela. Certains l'appelaient Marianela, d'autres Nela ou la Nela. Son maître Pablo, l'aveugle, l'aimait beaucoup, elle lui disait comment étaient les choses. Elle lui décrivait les étoiles et les nuages, les girouettes et les papillons, le corps et le visage des personnes et des animaux.

### IV-La famille de pierre

Nela logeait chez les Centeno, fabricants de paniers, et mangeait ce qu'on voulait bien lui donner. Si on lui offrait quelques monnaies, elle les offrait à Celipín, le plus jeune des enfants Centeno qui voulait apprendre à lire et à écrire pour devenir un homme de bien. Chez un villageois cupide, il n'y a ni loi morale, ni religion, ni notions claires du bien ; tout devient dans son âme superstitions et calculs. Dès qu'un villageois prend goût à la petite monnaie, il n'aspire qu'à la troquer contre de l'argent et l'argent contre de l'or. Son âme se



condense jusqu'à n'être plus qu'un graduateur de quantités. Voilà ce qu'était devenue la famille Centeno. Les enfants, à force de se soumettre sans jamais se rebeller, avaient fini par n'être que des instruments. Le seul à montrer quelques indices de révolte était le plus jeune. Si les enfants étaient ainsi traités, que dire du sort de la pauvre Nela ! Le chat était l'objet de plus de tendresse que la pauvre guide d'aveugle. Personne ne lui laissait entendre que dans sa petitesse physique, elle portait, en elle, le germe de tous les nobles sentiments, et que ces petits bourgeons pouvaient devenir des fleurs de toute beauté, il suffisait pour cela d'un simple regard. Tout lui montrait qu'elle se positionnait au dernier rang de la hiérarchie, après le chat et le merle qui sautait tout joyeux dans sa cage. Au moins à ces derniers, on n'avait jamais dit avec une pitié cruelle : "La pauvre petite, il aurait mieux valu qu'elle meure !"

#### V- Travail, paysage, silhouette

La cloche de l'établissement cria de façon aiguë : "Au travail !" et des centaines d'hommes se mirent à sortir des maisons, des cabanes, des masures et des trous. Les gonds des portes grinçaient ; les mules sortaient des écuries pour aller toutes seules à l'abreuvoir et l'établissement, qui semblait quelque temps auparavant une demeure funèbre, s'anima à la lueur infernale des fours, agitant ses milliers de bras.

Des hommes tout noirs, on aurait dit du charbon humanisé, s'agitaient autour d'objets en feu sortant des forges et, les saisissant avec ces sortes de prolongement incandescent des doigts qu'on appelle tenailles, les travaillaient. Les mineurs creusaient ici, démolissaient là, grattaient ailleurs, détruisaient la dolomite, la retournant sans cesse jusqu'à faire sortir le silicate de zinc, sorte d'argent pour l'Europe même s'il n'est plus la source du bien-être et de la civilisation.

Lorsque Marianela sortit de chez elle, le ciel était dégagé, le soleil déployait librement tous ses rayons. Elle allait rejoindre son maître, un beau jeune homme, fait d'une excellente argile humaine, les yeux fixes dans les orbites comme des lunettes sur un comptoir. Son visage semblait fait d'ivoire aux fins contours grecs. Quelle impertinence de la part du Créateur que d'avoir accordé tant de dons que le pauvre jeune homme ne verrait jamais ! Le père, un brave homme, veuf depuis la naissance de son fils, aurait donné ses propres yeux pour les offrir à son fils mais, dans le monde que nous connaissons, ce genre de générosité ne pouvait se faire. Alors, il lui racontait des histoires, lui lisait des romans et faisait son instruction chrétienne car, disait-il, "il ne manquerait plus que cela, que mon fils soit aveugle deux fois."



## VI- Bêtises

- Où allons-nous aujourd'hui, Nela ?

A regarder la jeune fille, on aurait pu voir un faisceau d'éclairs scintillant comme la lumière à la surface d'une eau agitée par le vent. La grande âme de la petite semblait compressée et à l'étroit dans ce petit corps misérable mais, lorsqu'elle était seule avec son maître, s'épanouissait de façon merveilleuse. Dès qu'ils se séparaient, on aurait dit que de grandes portes noires l'enfermaient dans une prison.

- Je voudrais aller, si tu le veux bien, au petit bois qui est là-bas derrière Saldeoro. Le soleil brille-t-il, Nela ? Même si cela m'importe peu, je ne sais pas ce que veut dire briller.
- Il brille beaucoup, oui. Mais, tu sais, le soleil est très laid, on ne peut jamais le regarder en face.
- Pourquoi ?
- Parce qu'il brûle.
- Il brûle ? Tu sais, pour moi, le jour, c'est quand je suis avec toi et la nuit, quand nous nous séparons. Mais, que fais-tu, Nela ?
- Je danse. Je suis si contente que j'ai envie de danser. Je vais te cueillir un bouquet de fleurs, elles sont tellement belles.
- C'est vrai, je ne les vois pas, mais je m'imagine les entendre. C'est comme si je voyais en dedans de moi.
- Les fleurs sont comme les étoiles de la terre... et les étoiles sont comme le regard de ceux qui sont partis vers le ciel. Le soleil se lève ici et se couche là, et là, c'est le palais de Dieu.
- Petite sotte !
- Et alors ? Pourquoi pas ? Les étoiles ne peuvent être que les âmes de ceux qui sont sauvés. Il y a des étoiles qui tombent, tu sais. Si, je les ai vues tomber, comme ça, et ça fait un trait. Oui, Monsieur, les étoiles descendent quand elles veulent nous dire quelque chose.
- Ah, Nela ! Tes sorties me captivent car elles reflètent la candeur de ton âme et la force de ton imagination. Il faut absolument que tu apprennes à lire. Tout l'être de Dieu est en toi, je le sais, moi, qui ne vois pas ce qui est extérieur mais qui vois ce qui est dedans. Dis-moi, Nela, fais-moi un portrait de toi...



Nela ne répondit rien. Elle reçut là un coup de poignard.

## VII- Encore des bêtises

Ils continuèrent vers le petit bois, parmi les noyers et les tapis de mousse, près des ruisseaux et des fontaines, avec à l'horizon un long segment d'un bleu très pur, c'était la mer. La contemplation de toute cette Nature faisait ressortir dans l'âme des désirs d'infini.

- Où es-tu donc, Nela, je n'entends plus tes pas ?
- Je suis là, je regardais la mer.
- On dit qu'il n'y a rien de plus beau que la mer.
- J'aimerais bien avoir des ailes comme les oiseaux.
- Si Dieu ne nous a pas donné d'ailes c'est qu'il a fait mieux, il nous a donné la pensée qui dépasse les oiseaux et peut atteindre Dieu. Tu sais que mon père, hier, me lisait des pages sur la beauté. L'auteur disait que la beauté était le reflet de la bonté et de la vérité. Car il y a une beauté qu'on ne voit pas, qu'on n'atteint pas, qui est inaccessible... Et je disais à mon père : "Moi, je pense à un type de beauté enchanteur qui contient toutes les beautés possibles, et ce type, c'est Nela."

Pendant un court instant, Nela crut que l'aveugle la contemplait.

- N'est-ce pas que tu es la beauté la plus achevée. Comment pourrait-il se faire que ta bonté, ton innocence, ta candeur, ta grâce, ton imagination, ton âme céleste et aimante, capable de réjouir mes tristes jours, ne soient pas représentées par la beauté même ? N'est-ce pas que tu es jolie ?

La Nela se tut. Instinctivement, elle avait emprisonné, entre ses cheveux, les petites fleurs qu'elle avait cueillies dans la prairie.

- Tu ne réponds pas ? C'est vrai que tu es modeste. Tu sais bien que les gens disent plein de bêtises... Ils se trompent aussi... parfois, celui qui a des yeux est celui qui voit le moins bien. Et que fais-tu ?
- Je me regarde dans une flaque d'eau. Mais l'eau s'est mise à trembler... Ce que je vois dans l'eau n'est pas aussi laid qu'on veut bien le dire... Les hommes sont parfois bien bêtes et ne comprennent pas les choses comme il faut.



- L'Humanité est sujette à mille erreurs. Le don de la vue peut entraîner bien des égarements.

María retourna se regarder dans la flaque d'eau... Les fleurs qu'elle avait sur sa tête tombèrent dans l'eau, firent trembler la surface et trembler l'image aussi.

#### VIII- On continue les bêtises

Le lendemain, le temps n'était pas aussi beau. Le ciel était couvert et menaçant. Ils décidèrent donc de ne faire qu'une courte promenade.

- Nela, il faut que je te dise quelque chose qui va te faire sauter de joie. Don Carlos et son frère étaient chez moi, hier soir. Le frère de don Carlos est un savant réputé. Il a parcouru le monde et fait de merveilleuses guérisons. Mais tu ne danses pas, aujourd'hui ?
- Non, le temps n'est pas très beau.
- Ah ! Nela, si je pouvais voir, ne serait-ce qu'un jour ! Il y a des jours où je ressens quelque chose en moi et quand un événement arrive, je me dis tout étonné : "Je m'en doutais."
- Quand, hier, tu m'as dit que tu m'aimais beaucoup, je me suis dit aussi : "Je m'en doutais."
- C'est merveilleux comme nos cœurs vont de pair ! Mais partons d'ici. Nous sommes sur un chemin glissant qui mène à la grotte de *la Trascava* et ceux qui y tombent n'en reviennent jamais.

Un ruisseau gorgé d'oxyde de fer coulait au centre de cet amas de terre ferrugineuse. On aurait dit du sang. Toute la nuit, le pauvre aveugle avait repensé au médecin, ami de son père. Il imaginait une main qui entrait dans ses yeux et ouvrait une porte rouillée. Pour qu'il ne fasse plus qu'un avec son amie Nela, il ne lui manquait qu'une chose, croyait-il, la voir et se réjouir de sa beauté.

Nela n'écoutait pas les louanges de son maître et s'effrayait à entendre les appels de *la Trascava*... Sa mère lui faisait des appels et lui disait : "Ma fille, je suis bien ici". Il faut dire que sa mère s'était précipitée dans ce gouffre ténébreux et bien sûr n'en était jamais remontée.

Nela voulut parler mais cela lui fut impossible. Elle essayait de se regarder dans un petit morceau de miroir brisé et, pendant que Pablo lui parlait de sa beauté, de grosses larmes roulèrent sur sa joue.

- Mais, Nela, est-il vrai qu'il se met à pleuvoir ?



- Oui, mon garçon, lui répondit-elle en sanglotant.
- Je le savais. Car nos deux cœurs sont unis par un lien si mystérieux que rien ne pourra nous séparer. Si j'avais le choix entre ne pas voir et te perdre, je sens que je préférerais...
- Ne pas voir...
- Mais, j'ai une sorte de pressentiment, quelque chose me dit que j'aurai des yeux, que je te verrai et que nous serons heureux... Ne ressens-tu pas la même chose ?
- Moi... le cœur me dit que tu me verras... il me dit cela et j'ai le cœur brisé.

## IX- Les Golfín

Teodoro Golfín, notre voyageur du début, parcourait d'un bout à l'autre les mines de Socartes. Il était étonné devant la grandeur des forces naturelles et le pouvoir de l'art humain.

C'était l'aîné des deux Golfín. Il était déjà médecin ophtalmologue quand son frère préparait son diplôme d'ingénieur. Il n'était ni séducteur ni orateur mais il avait deux passions : la chirurgie et l'humilité de ses origines.

Un jour que toute la famille Golfín se promenait, le chien Lili dévala la pente au grand dam de sa maîtresse qui le voyait déjà disparaître dans le sinistre gouffre de la *Trascava*. Mais le chien avait été attiré par la présence d'une ombre, d'un animal sauvage peut-être ? Non, c'était Nela. Après lui avoir reproché son imprudence, Sofia, la femme de Carlos, demanda à la jeune fille de porter le fameux chien dans ses bras. Il faut dire qu'un chien qui avait coûté deux cents douros devait être bien soigné.

Teodoro s'étonnait de voir le chien vêtu d'un manteau et de constater que Nela marchait pieds nus. Drôle de charité ! Ce à quoi Sofia répliquait que, lorsqu'elle faisait la charité, elle se demandait toujours si son aumône allait être bien utilisée !

- A quoi bon lui acheter quelque chose, disait Sofia. Elle casse tout.
- Je l'ai pourtant bien observée, répondait Carlos. Elle cache sous sa carapace de rusticité une vive intelligence. Hier, je l'ai trouvée au même endroit où nous l'avons vue et, quand je lui ai demandé ce qu'elle faisait là, elle m'a répondu qu'elle était en train de parler à sa mère...



- Oui, sa mère s'est suicidée. C'était une femme de mauvaise vie. Tous ces gens finissent leur vie par le pire des crimes, le suicide. Méritent-ils la compassion ?
- Ce sont des gens désemparés, abandonnés par la société. Si la religion ne s'occupe pas de ces gens-là, à quoi sert-elle ? Ils ont besoin de dignité et d'affection, non de juges ou de geôliers.

Un peu plus tard, alors que tous retournaient à la maison, ils s'aperçurent que Nela avait le pied droit ensanglanté. Sofia reprit son chien dans ses bras et Teodoro porta la jeune orpheline, après lui avoir retiré l'épine qui la faisait souffrir.

#### X- Histoire des deux enfants du village

- Nous savons bien, nous qui avons dû lutter pour vivre, ce que c'est qu'être dans le besoin. Bien des fois, j'ai porté mon petit frère comme je porte Nela et j'ai prié : "Notre Père qui es aux cieux, sauve-nous..." C'est cela qui nous a sauvés.

Et Teodoro se mit à raconter tous les petits travaux qu'il avait dû faire pour pouvoir manger et étudier. "Dieu était avec nous, il avait pris parti pour nous."

#### XI- Le patriarche d'Aldeacorba

En passant devant la maison de Penáguilas, ils s'arrêtèrent. Nous étions chez le père du jeune aveugle. Une opération était possible, au dire du docteur Teodoro.

- Votre fils a une intelligence supérieure, dit le médecin. Tout en lui est idéalisme, un idéalisme grandiose, magnifique. Il a une profonde vie intérieure, une imagination pure... Et je me dis parfois : "Faut-il vraiment le faire passer de son statut d'ange à celui d'homme ? Mais, il est de mon devoir de le faire devenir un homme. C'est le devoir de la science. Ramenons-le du monde de l'imagination à la sphère de la réalité, alors ses idées seront exactes, il aura le don précis d'apprécier chaque chose à sa juste valeur."
- Mais, je suis un peu inquiet car mon fils a un tas d'espoirs qui pourraient bien être déçus. Il est comme un Hercule attaché par des



chaînes dans un cachot et qui s'efforce d'en sortir... Son imagination ne peut plus rester dans l'obscurité. Il s'est fourré dans la tête, par exemple, que Nela était jolie.

On entendit des rires bruyants et la Nela devint toute rouge.

- Mais, bien sûr qu'elle est jolie, Nela, dit Teodoro avec affection. La vision des malvoyants est parfois moins altérée que celle des autres personnes.
- Ah ! mon cher docteur, l'obscurité des yeux de mon fils est l'obscurité de ma vie. Je suis riche et en plus j'ai hérité d'un lointain cousin, mais à quoi cela peut-il servir... Quand vous m'avez parlé d'un espoir possible, j'ai vu le ciel s'ouvrir... J'ai vu une espèce de Paradis sur terre. Mon frère Manuel m'a dit : "Je suis si content pour toi. Je marierai ton gars à ma fille Florentina." D'ailleurs, je les attends pour le début octobre. Ils viennent passer quelques jours avec moi, ils viennent pour ce jour où mon fils verra la lumière. Le bonheur de mon frère et le mien, c'est que je puisse donner mon fils pour mari à sa fille qui est belle comme la Vierge Marie Immaculée.
- Bon, nous verrons, dit le médecin. Il n'y a aucune raison pour ne pas tenter l'opération. Je n'assure pas la guérison mais je crois qu'on peut la tenter. Si tous les organes jouent leur rôle comme il faut... Mais, vous savez, dans cette république de l'œil, il y a beaucoup de paresseux qui finissent par s'atrophier.

Ils prirent congé du brave père de famille et s'enfoncèrent dans le silence de la nuit.

## XII- Le docteur Celipín

Dans la maison des Centeno régnait un silence de Limbe. Celipín entendit son nom.

- Tiens, Celipín, ce soir, je t'apporte un beau cadeau. Regarde...

Celipín ne voyait rien dans l'obscurité mais il prit, dans la main qui les lui tendait, deux douros.

- C'est don Teodoro qui me les a donnés pour que j'achète des chaussures. Mais, je n'en ai pas besoin, alors, je te les donne. Tu sais,



don Teodoro faisait la manche quand il était petit. Il dormait dans la rue et était pauvre comme Job.

- Et moi, je veux faire comme lui car il n'y a pas meilleure science que celle de prendre le pouls de quelqu'un, regarder sa langue et trouver dans quel endroit du corps se trouve le mal. Mais je voudrais que tu viennes avec moi. Dès qu'on aura redonné la vue à don Pablo, pourquoi rester à Socartes ?

### XIII- Au milieu des paniers

La Nela dormait au milieu des paniers que la famille Centeno confectionnait. Non loin de là, Celipín trouvait refuge sur de vieilles couvertures.

Pour entrer dans la tête de Nela et bien la comprendre, il faut faire un peu d'histoire. Comme Nela n'avait pas eu d'instruction dans sa petite enfance et qu'elle avait manqué de cette affection qui forme l'esprit de manière sûre vers la connaissance de certaines vérités, Marianela s'était forgé dans son imagination un ordre d'idées très singulier, une théogonie extravagante, un mode très bizarre d'apprécier les causes et les conséquences des choses. Ce qui comptait beaucoup pour elle, c'était la fascination du merveilleux. Elle n'ignorait pas l'Évangile et savait qu'il fallait respecter ce Dieu crucifié. Elle avait aussi appris quelques prières par routine. Il y avait donc dans son esprit un je ne sais quoi de paganisme et de sentimentalisme mélangés. Elle avait une tendance notable à aimer ce qui était naturel. Disons qu'elle aimait la Nature, habitée de beautés imposantes, de lumière et de couleurs, de murmures et de formes diverses. Elle se représentait Dieu comme quelqu'un de terrible et grognon, plus enclin à provoquer le respect que l'affection. Mais, à la Vierge, on pouvait demander tout ce dont on avait besoin. Dieu grondait et elle souriait, Dieu punissait et elle pardonnait.

Enfermée dans les ténèbres de la nuit, elle fit cette prière : "Mère de Dieu et ma mère, pourquoi ne m'as-tu pas faite belle ? Plus je me regarde, plus je suis laide. Pourquoi suis-je dans le monde ? A quoi puis-je être utile ? Il n'y a qu'une personne, il n'y a qu'une personne qui m'aime parce qu'elle ne me voit pas. Que vais-je devenir quand il me verra ? Qui est Nela ? Personne. La Nela n'est quelque chose que pour l'aveugle. Madame, ma mère, puisque tu vas faire le miracle de lui donner la vue, rends-moi belle ou tue-moi, parce que je ne suis rien dans ce monde... Je veux qu'il voie mais je ne veux pas qu'il me voie... Pourquoi as-tu permis qu'il m'aime et que je l'aime ? Cela n'aurait pas dû..."



Ah ! mon tout petit, comme je t'aime. J'embrasse ton visage merveilleux, mais n'ouvre pas les yeux, ne me regarde pas... baisse les paupières, comme ça, comme ça !"

#### XIV- De la Vierge Marie qui est apparue à la Nela

Les pensées qui s'échappent quand on s'endort restent à l'affût dès qu'on s'éveille. Dès qu'elle se réveilla, Nela fit ses prières et ajouta : "Hier soir, tu m'es apparue en songe, Madame, et tu m'as promis de me consoler aujourd'hui. Je suis éveillée et je crois encore te voir, j'ai encore ton visage devant moi, plus joli que tout ce qu'il y a de plus beau dans le monde."

- Qu'as-tu, Nela ? Qu'est-ce qui t'arrive, tu as des visions ou quoi ?

Nela ne répondit rien. Mais elle continuait sa prière : "Est-ce vrai, Vierge Marie, que tu vas me consoler aujourd'hui ?" Elle courut se laver et se regarda à la surface tremblante de l'eau. Rien, aussi laide que d'habitude. Pablo lui avait dit que, lors d'un tremblement de terre, même les bêtes ressentent quelque chose de particulier. Il allait se passer quelque chose, sûrement. Cette dame céleste marchait autour d'elle. Elle ne la voyait pas mais elle la devinait...

Elle avançait sur le chemin qui allait au village. Sur son passage, elle trouva des fleurs parfumées, des essaims d'abeilles et de papillons, des chèvrefeuilles et des fougères, de grands chênes verts aux feuilles d'un vert obscur qui semblaient admirer leur ombre. Elle fermait et ouvrait les yeux, et sentit, près d'elle, des branches qui s'agitaient. Elle regarda... Bonté divine ! Elle était là, dans un cadre de verdure, la Vierge Marie Immaculée. Son visage, ses yeux, tout reflétait la beauté du ciel. Nela resta là, muette, pétrifiée, une sensation bizarre mêlait la ferveur et l'épouvante.

La Vierge avait les traits que les peintres lui avaient donnés. Ses yeux, admirablement proportionnés, étaient la sérénité unie à la grâce, à l'harmonie... Cette Vierge avait une sorte de cravate bleue autour du cou, ornement qu'on ne connaissait pas aux différentes Vierges peintes par les artistes. Mais, le plus surprenant était que la belle image était en train de cueillir des mûres sur les ronces... et les mangeait. Elle allait reprendre ses idées quand elle entendit une voix masculine :

- Florentina, Florentina !
- Je suis là, papa. Je mange des mûres sauvages.
- Mais ce n'est pas digne d'une petite fille bien éduquée, voyons.



Celui qui parlait ainsi était un homme d'âge mûr, un léger embonpoint et de nombreux objets décoratifs sur des vêtements de qualité. Il tentait de retenir sa fille de courir dans la campagne comme une simple vagabonde. Don Francisco, le père de l'aveugle, vint rejoindre son frère et invita tout ce beau monde à prendre un chocolat.

- Florentina, dit don Francisco, après le chocolat, Nela va vous emmener, Pablo et toi, faire une promenade et tu y découvriras les beautés de ce pays, les mines, les bois, la rivière...

Florentina regarda, avec bonté, la malheureuse créature qui, près d'elle, semblait créée par la Nature pour faire ressortir la perfection et la magistrale beauté de quelques-unes de ses œuvres.

Une fois le chocolat pris, les trois jeunes gens, invités par la beauté du jour, s'envolèrent dans la campagne.

#### XV- Tous les trois

Florentina était aux anges au milieu de cette nature verdoyante en compagnie de Nela et de Pablo. Elle s'accrochait aux branches et se laissait entourer d'oiseaux, imitant leurs mouvements, croyant s'envoler avec eux. Un botaniste, passionné et classier, n'aurait pas rassemblé plus de jolies fleurs. Elle les accrochait au revers de la veste de Pablo ou dans les cheveux de Nela.

- Bienheureux l'homme qui te fera retrouver la faculté de jouir de toutes ces beautés, dit Florentina.
- Espérons-le ! Mais, ne va pas croire que je ne comprends pas les beautés de la nature ; je les sens en moi d'une autre façon, je supplée par la pensée ce que la vue ne me donne pas.

Nela restait muette.

Florentina comparait tous ces blocs de terre, d'où on avait extrait le métal, à des choux à la crème réunis par un filet de sucre glacé. Là, elle voyait une bouche avec un bâtonnet entre les dents, ici, deux filles qui se crêpaient le chignon, plus loin, une guitare qui finissait en tête de chien avec une cafetière comme bonnet...

- Tout ce que tu dis, Florentina, me laisse à penser que les yeux voient des choses bien bizarres et ce magnifique organe peut tout défigurer et transformer ce qu'ils voient en un tas de choses hétéroclites.



- Tu as raison, cousin. C'est pourquoi je dis que c'est l'imagination qui voit et non les yeux... Mais pourquoi donc, Nela n'a pas de meilleurs vêtements ? Je vais lui en donner un, moi, j'en ai plein... Je n'aime pas lorsque papa critique les gens qui voudraient répartir de manière égale tout ce qu'il y a dans le monde. Comment appelle-t-on ces gens-là, Pablo ?
- Tu veux sans doute parler des socialistes ou des communistes.
- Voilà, c'est cela. Tu vois, moi, je veux partager avec Nela, pas comme on donne aux pauvres vagabonds, mais partager comme avec un frère ou une sœur. Ne dis-tu pas qu'elle a été pour toi, la meilleure des compagnies, ton guide dans les ténèbres ? Ne dis-tu pas qu'elle a été tes yeux et que tu as marché dans ses pas ? Nela, tu es mon amie. Tu as été tellement désemparée que tu ne sais peut-être pas dire merci, mais je t'apprendrai...

Nela se contient le plus possible mais après quelque temps fondit en larmes. Alors Florentina s'éloigna pour aller cueillir quelques fleurs.

- Elle est partie ? dit Pablo.
- Oui.
- Tu sais, Nela... Quand ma cousine est arrivée hier, j'ai senti envers elle une grande antipathie... Mais, maintenant, je crois que chez elle, corps et âme ne font qu'un.
- Elle ressemble à la Vierge Marie.
- N'exagérons rien. Crois-tu que, sans les yeux, je ne comprends pas où est la beauté et où elle n'est pas ? Tu sais ce que m'a dit mon père hier soir ? que si je retrouve la vue, je me marierai avec Florentina.

La Nela ne répondit rien. Sur ses joues coulaient, en silence, de grosses larmes qui tombaient en gouttes sur ses mains. Et personne ne pouvait connaître ses sentiments. Elle savait qu'ils étaient infinis.

- Je sais pourquoi tu pleures, dit l'aveugle en serrant les mains de sa petite compagne. Quand mes yeux verront, s'ils voient, il n'y aura pas d'autres beautés célestes que la tienne. Comment peut être le visage humain ? De quelle façon l'âme se reflète-t-elle sur le visage ? Si la lumière ne sert pas à montrer la réalité de nos pensées, alors à quoi sert-elle ? La forme et la pensée, n'est-ce pas comme la chaleur et le feu ? Peut-on les séparer ?



## XVI- La promesse

Pendant plusieurs jours, il ne se passa rien. Enfin, Teodoro Golfín, ce sublime artisan entre les mains duquel le couteau du chirurgien devient le ciseau du génie, avait entrepris la correction d'une délicate façon de dame-Nature. Intrépide et serein, il était entré avec sa science et son expérience dans la merveilleuse enceinte construite comme un modèle et parfait résumé de l'immense architecture de l'Univers.

Muets et épouvantés, les membres de la famille attendaient comme on attend la résurrection d'un mort ou la création d'un nouveau monde. Une fois l'opération achevée, il fallait attendre. La science avait fait ce qu'elle savait faire. C'était une simulation de création comme on s'en faisait gloire au XIXème siècle. En présence de tant d'audace, la Nature, qui n'aime pas voir ses secrets découverts, restait muette et réservée.

L'isolement était de rigueur pour le jeune aveugle. Marianela passait quatre ou cinq fois par jour pour demander des nouvelles et parfois faisait une promenade avec Florentina.

- J'ai fait une promesse à la Vierge Marie, dit Florentina. Si elle rend la vue à mon cousin, je recevrai, chez moi, le pauvre le plus pauvre que j'aurai rencontré. Et ce pauvre, c'est toi. Je ne lui donnerai pas seulement de quoi manger ou s'habiller, je lui donnerai dignité et considération. Tu seras chez moi, comme chez toi, tu seras ma sœur.

Mais, chez les Centeno, on s'aperçut que Nela ne mangeait plus, elle restait silencieuse et immobile comme une statue pendant de longs moments, elle ne chantait plus ni la nuit ni le jour.

Un matin, huit jours après l'opération, alors qu'elle allait aux nouvelles comme d'habitude, on lui dit :

- Bonne nouvelle, Nela ! On vient d'enlever le pansement des yeux de Pablo. Il voit.

Nela demeura plus morte que vive et dit :

- C'est la Bienheureuse Vierge Marie qui l'a fait ! Il n'y a qu'elle pour faire cela.



Pendant ce temps, Carlos entra, tout réjoui. Triomphe complet. C'était bien vrai. Aussi vrai que la lumière du jour. Teodoro avait rendu la vue à ce pauvre Pablo. Teodoro était le roi des hommes. Après Dieu venait Teodoro.

## XVII- Fugitive et pensive

Nela n'osait plus mettre les pieds dans la maison de son maître. Une force secrète et puissante l'en éloignait. Un mélange de sentiments se réalisait dans son âme, une joie extraordinaire et en même temps un sorte de honte de soi. Elle trouva une paix à ses angoisses dans la mère solitude. Les nuages du ciel et les fleurs de la terre faisaient dans son esprit le même effet que font sur les autres les pompes des autels, l'éloquence des orateurs chrétiens et les lectures subtiles des concepts mystiques. Elle conservait en elle toutes ces pensées sans savoir que c'étaient des prières.

Comme les chardons se transformaient en fleurs sous la main mystérieuse d'une martyre chrétienne, Nela voyait ses désirs et ses mépris se convertir en admiration et en gratitude. Si elle avait pu, elle aurait dit ceci : "Ma dignité ne me permet pas d'accepter l'affront atroce que je vais recevoir. Dieu a voulu que je souffre cette humiliation, soit, mais je n'assisterai pas à ma destitution. Comment renoncer à cette main céleste qui voulait me faire passer d'animal domestique à l'être respectable et aimé que j'aurais tant voulu être ?"

Florentina lui disait :

- As-tu oublié ma promesse, Nela ? Viens, je voudrais que des jours comme ça, personne ne soit dans la tristesse. Allez, dis au revoir à toutes ces choses qui t'ont accompagnée pendant ces temps de misère et viens.

Nela se laissait conduire comme par une force surnaturelle qui la tirait par la main.

- Nela, pourquoi n'es-tu pas venue chez Pablo ? Nous, nous formions des projets de famille... Pourquoi n'es-tu pas heureuse comme moi ? Mais, tu trembles, es-tu malade ? Tu sais, Pablo, depuis qu'il a recouvré la vue, s'émerveille de tout. Tout ce qui est beau le remplit d'enthousiasme ; tout ce qui est laid lui fait horreur.

Nela lâcha doucement la main de Florentina et s'écroula comme un corps d'où s'écoule la vie. Puis, dans un murmure, elle répéta :



- Je vous aime, je vous aime beaucoup, mais je ne peux pas, je ne peux pas...
- Mais, qu'est-ce que tu ne peux pas ?
- Je ne peux pas aller là-bas, je ne peux pas.

Nela embrassa Florentina et s'éloigna en regardant une dernière fois le beau visage de la demoiselle. Puis elle disparut dans les buissons. Florentina entendit le bruit de l'herbe, attentive comme le chasseur à tout ce qui marche... puis le silence s'installa, on n'entendait plus que le monologue sourd de la Nature champêtre au milieu du jour, une rumeur semblable au chuchotement de nos propres idées qui s'étendent à tout ce qui nous entoure.

Florentina rencontra Teodoro et se plaignit au docteur de la plus perverse des choses : l'ingratitude.

#### XVIII- La Nela se décide à partir

La nuit, Nela rôdait autour de la maison de son maître mais en prenant soin de ne pas être vue, puis elle partit pour la Trascava. Là, elle perçut des bruits de pas, c'était Celipín qui partait pour apprendre et devenir riche. Il s'était enfui de la maison sans rien dire. Il comptait bien apprendre le plus de choses possibles et les transmettre à Nela. Mais celle-ci, au souvenir des beautés de la nature qui avaient fleuri dans son cœur, renonça à quitter son village. Alors, allait-elle retourner chez les Centeno, chez son maître, chez Florentina ? Elle ne répondait pas. Elle regardait par terre, effrayée, comme si elle voyait, sur le sol, les morceaux de la plus belle chose du monde. Le petit Celipín, étonné, troublé, déçu, faillit pleurer mais disparut rapidement.

Des bruits de pas s'approchaient, c'était Choto, le chien de son maître. Il aboyait de contentement en voyant Nela, on aurait pensé qu'il parlait. Il fila vers le village pour essayer de prévenir don Teodoro, mais comment parler à quelqu'un qui ne connaît pas la langue canine ? Enfin, Teodoro suivit le chien et découvrit Marianela qui s'enfuyait en courant. Il finit par la rattraper et lui dit :

- J'ai quelque chose à te dire.

#### XIX- Apprivoisement



Ils marchèrent longtemps sans parler. Puis, trouvant une grosse pierre, Teodoro s'assit et dit à la Nela :

- Qu'allais-tu faire là-bas, à la Trascava ?
- J'allais rejoindre ma mère.
- Mais, sais-tu que ta mère est morte ? Quel bien penses-tu atteindre ainsi ? Penses-tu que ce serait mieux ?
- Oui, Monsieur. Ainsi, je ne sentirais plus ce que je ressens maintenant.
- Dis-moi ce que tu t'es mis en tête pour en finir avec ta vie.
- Je voulais rejoindre ma mère, je ne sers à rien.
- Tu ne sers à rien ? Mais tu es pleine de délicatesse, de courage... Bien sûr que tu sers et que tu vas servir à quelque chose si tu trouves une main habile pour te conduire. Florentina a voulu devenir ton amie, ta sœur, et toi, tu t'es échappée comme une sauvage... N'est-ce pas de l'ingratitude ?
- Non, je ne suis pas ingrate. J'adore mademoiselle Florentina mais elle est trop belle, je ne mérite même pas de la regarder... En mourant, je voulais obtenir ce que je ne peux pas avoir.
- As-tu été heureuse dans ta vie ?
- Je commençais à l'être.
- Et à quel moment as-tu cessé de l'être ?
- Quand vous êtes arrivé.
- Ton maître te cherche partout. Tout l'univers n'est occupé que par une seule personne, et la lumière qui lui a permis de voir ne sert qu'à une seule chose : voir la Nela.
- Nela ne se laissera pas voir car elle est laide. On peut aimer la fille de la Canela tant qu'on a les yeux fermés mais après, c'est Florentina qu'on voit et non la pauvre naine de Marianela.
- Ecoute, ma petite, si tous ceux qui sont laids devaient disparaître, le monde serait bien désert et malheureux. Il y a des dons plus importants que la beauté, des dons de l'âme qui ne se flétrissent pas et qui ne sont pas sujets aux caprices des yeux. Viens avec moi, j'essaierai de tailler ce qui, en toi, est un véritable diamant. Je découvrirai un nouveau monde dans ton âme et je te ferai voir mille merveilles.

Il n'était pas sûr que la Nela ait tout compris ce que lui disait Teodoro. Celui-ci la prit dans ses bras. Elle était comme une plante en train de faner parce qu'on l'arrachait du sol où elle avait pris racines.



## XX- Le nouveau monde

Faisons un petit retour en arrière.

Lorsque Teodoro Golfín enleva le bandeau de Pablo, celui-ci poussa un cri d'épouvante. L'espace illuminé lui paraissait comme un immense abîme dans lequel il allait tomber. Alors, il ferma les yeux.

- Pour le moment, vous avez assez vu, lui disait le chirurgien. On ne passe pas de la cécité à la lumière, on n'entre pas dans les souverains domaines du Soleil comme on entre dans un théâtre. Il s'agit là d'une naissance qui a aussi ses douleurs.

Pablo essayait d'exprimer ce qu'il ressentait comme il pouvait.

- Mon intérieur était inondé de beauté, une beauté que je ne connaissais pas... Je voyais l'univers entier qui courait vers moi et j'étais surpris et craintif... Tout cet ensemble de ciel et de montagnes m'observait, mais tout était froid et sévère dans sa majesté. Montrez-moi une chose délicate et aimante... la Nela ; où se trouve la Nela ?

Et, devant sa cousine, il se pâmait d'admiration, ce qu'il voyait était, selon lui, l'expression la plus claire de l'harmonie... Mais Nela ? Plus il regardait Florentina, plus il y voyait le visage de Dieu fait homme... Mais Nela ? La beauté de sa cousine rangeait toutes les femmes du côté des épouvantails... Il s'imaginait en Christophe Colomb, il avait, à sa manière, découvert un Nouveau Monde ; Florentina était son Amérique... Mais Nela ?

- Celui qui ne possède pas la réalité est un idiot, disait Pablo. Nela sait-elle que j'ai recouvré la vue ? Nela est une fille magnifique, il faudra la protéger. Ce n'est pas une ingrante, non.

## XXI- Des yeux qui tuent

La chambre de Florentina était la plus joyeuse de toutes. Si certaines personnes sont capables de transformer un palais en enfer, d'autres n'ont qu'à entrer dans une cabane pour que celle-ci devienne un palais.

Il avait beaucoup plu et, après la tempête, un arc-en-ciel s'appuyait sur les collines de Ficóbriga et sur celles de Saldeoro. L'arc-en-ciel est comme le début et la fin de toute chose.



Sur un sofa, au milieu des coussins, il y avait un visage, défait et anémié, c'était le visage de Nela. Le père de Florentina protestait devant la présence de cette pauvre malheureuse, mais Florentina lui répétait une phrase de Teodoro, le chirurgien : "Chacun a sa façon d'utiliser les aiguilles."

Teodoro était rempli de compassion pour cette pauvre Nela, pensant qu'il y en avait des milliers, à travers le monde, perdues dans les déserts sociaux, car il y a des déserts sociaux. "Elle n'a eu d'éducation que celle qu'elle s'est donnée, elle adore la nature comme le faisaient les peuples primitifs. La grande conquête évangélique, une des plus glorieuses qui ait été réalisée, n'est arrivée à ses oreilles que comme un murmure... Elle peut faire des progrès gigantesques en peu de temps. Elle voit peu mais elle possède la lumière."

Sans bruit, Pablo venait d'ouvrir la porte et avançait doucement. On pouvait dire qu'il ne voyait, comme beaucoup d'autres qui n'ont jamais été aveugles, que ce qui se trouvait devant lui. Son père lui avait dit qu'il voulait aimer un monstre et il avait un ange devant lui. Il s'agenouilla et vit entre les couvertures un visage cadavérique, sans savoir de qui il s'agissait.

- Ah ! Malheureuse enfant, réjouis-toi, tu es entre de bonnes mains. Ma cousine va bien s'occuper de toi, elle est l'image même de Dieu. Mais cette petite est très malade, non ?
- Oui, répondit le docteur, il lui faut de la solitude et du silence.

Alors, Nela tourna les yeux vers son maître, et celui-ci crut sentir un regard venu du fond d'un sépulcre.

- Oui, mon cher Monsieur, c'est moi Nela.

Il ne faisait que regarder et se souvenir de ce monde ténébreux dans lequel il avait vécu. Teodoro prononça ces mots lugubres : "Cette maudite vision l'a tuée !"

- María !... Marianela !... répétait Florentina, penchée sur la malheureuse et répétant son nom comme l'on fait au bord d'un puits pour appeler quelqu'un qui est tombé et s'est enfoncé dans les eaux noires et profondes.
- Teodoro, dit Florentina avec émotion, si vous ne la sauvez pas, vous n'êtes pas un homme, vous êtes un charlatan.

La malade prit, dans sa main tremblante, la main de Florentina puis celle de Pablo et les serra très fort. Ses yeux creux les regardaient mais comme quelqu'un qui viendrait de très bas, d'un trou noir et profond.



- Quelle cruauté ! Ce que nous faisons n'est que cruauté ! Nous lâchons les chiens sur le moribond pour que la douleur de la morsure retarde l'événement un peu plus.
- Quel événement ?
- La mort.
- Mais, vous êtes médecin, non ?
- Nous ne savons rien. Nous ne connaissons que la surface des choses. Pensez à ce qu'ont vu ces yeux qui vont se fermer à tout jamais ; un aveugle l'aimait, et cet aveugle voit et l'a vue... Il l'a vue ! C'est comme un assassinat. C'est la pure réalité, la disparition soudaine des illusions. Et c'est moi qui ai apporté cette réalité. Je suis médecin, oui, mais je ne sais qu'une chose, je sais que nous ne savons que l'extérieur des choses, je ne suis qu'un charpentier des yeux, rien de plus. Petite âme, que se passe-t-il en toi ?

Nela sembla bouger les lèvres mais elle parlait sans doute un langage qui n'est compris que dans l'au-delà.

## XXII- Adieu

Quand on l'enterra, les curieux vinrent la voir, et, chose inédite, ils la trouvèrent presque belle, c'est au moins ce qu'ils disaient. Pour la première fois elle reçut quelques louanges. Les funérailles furent célébrées en grandes pompes et les prêtres de Villamojada n'en revinrent pas de voir tant d'argent pour dire des prières à l'intention de la fille de la Canela. C'était surprenant, incroyable qu'un être, dont l'importance sociale était semblable à celle des insectes, soit la cause de tant de lumières, de tant de cantiques. On ne parla que de cela dans les six mois qui suivirent...

On lui fit un magnifique tombeau de pierre blanche. Chose inédite ! La Nela qui n'avait jamais eu de lit, ni de vêtements, ni de chaussures, ni d'aliments, ni de considération, ni de famille, ni rien à elle, pas même un nom, reçut un magnifique tombeau qui faisait envie à tous les habitants de Socartes. La demoiselle Florentina voulut atténuer sa peine de ne pas avoir pu secourir la Nela de son vivant en rendant hommage à ses pauvres restes après sa mort. Certains positivistes la critiquèrent mais d'autres virent, dans ce fait inhabituel, une preuve supplémentaire de la délicatesse de son âme.



## Chapitre V

### La famille de León Roch

Le grand thème du XIX<sup>ème</sup> siècle est la place de la science face à la religion. La science est-elle vraiment ennemie de la religion ? Foi et raison peuvent-elles coexister ? Le savant est-il nécessairement athée ou agnostique ? Si nous n'avons plus besoin de Dieu pour expliquer l'aventure de la vie, à quoi bon chercher en dehors du scalpel ce qui ne peut rien apporter ? La science s'oppose-t-elle forcément à la foi ? Le mysticisme porte-t-il vraiment à Dieu ?

La science mal interprétée détourne de Dieu, mais la religion mal comprise aussi. Lorsque la science ne sait plus expliquer les choses, la religion vient à son secours et comble le manque comme en dépannage avant tout nouveau progrès. Le monde s'en va claudiquant en s'appuyant tantôt sur l'une ou sur l'autre. Quelle est la bonne mesure, le bon dosage pour que ce même monde marche de manière élégante ? Peut-il définitivement marcher sur ses deux jambes ?

### La famille de León Roch

#### I

"Cher León,

Ne fais pas cas de ma lettre d'hier, elle a croisé la tienne que je viens de recevoir. La colère et la jalousie m'ont fait dire des bêtises. J'ai honte d'avoir écrit tant de mots terribles et tant de puérités excessives... Je ne serai plus ni irascible, ni soupçonneuse, ni querelleuse, ni inquisitrice ! Je crois en tes explications. Tu dis effectivement que tu l'as aimée... Non, ce n'est pas le mot mais tu as eu des relations superficielles avec cette Fúcar, ton amie d'enfance. Je me souviens maintenant que tu me disais, à Madrid, que vous alliez jouer ensemble, tu la couvrais de fleurs d'oranger, vous vous peigniez les joues avec des mûres sauvages, vous alliez dénicher les oiseaux et vous baigner dans les ruisseaux... Mais quand on m'a dit que tu l'aimais... J'ai cru que le monde s'effondrait, que le temps s'arrêtait, que... Enfin, plein d'autres histoires...

Cette fille Fúcar est extrêmement riche et, moi, je suis pauvre, mais quand on a la foi, on n'a pas besoin d'arguments, et j'ai foi en toi...

Ceux qui te connaissent disent que tu es un modèle de rectitude et de noblesse, chose rare de nos jours. Je suis aussi fière que reconnaissante. Et ne parlons pas du luxe scandaleux de cette femme, une insulte à l'Humanité et à la Divinité. Papa dit qu'avec ce qu'elle dépense en une semaine on pourrait faire



vivre largement un tas de familles. Elle ne manque pas d'élégance mais c'est une femme capricieuse, voluptueuse et mal éduquée.

Je voudrais tout te dire mais ce n'est pas possible. Nous t'attendons lundi. Adieu, adieu... n'oublie pas, lundi. Nous parlerons de tout cela. Hier soir, je priais Dieu pour toi... Ne fais pas cette tête, il y a dans ton âme un petit coin sombre que je n'aime pas beaucoup... Attention, lundi sans faute... María."

Celui qui lisait la lettre était un jeune homme vêtu de noir. León était un scientifique, libre-penseur, issu de l'Ecole des Mines, savant de la nouvelle couvée, pur produit de l'Université. Voilà au moins ce qu'en pensaient les hommes de la haute société. Eux étaient de vrais catholiques bien éloignés de ces jeunes bercés dans le langage scientifique et germanique dont on ne comprenait rien. Enfin, une exception était à faire pour León, un homme de valeur et très méritant. Le marquis de Fúcar faisait partie de ces hommes de la bien-pensance.

Certains disaient que la fille du marquis, Pepa, était malade, d'autres qu'elle était folle. Enfin, elle n'avait pas les qualités de la femme espagnole qui se respecte, la modestie, l'humilité chrétienne, l'ignorance, l'amour d'une vie rangée et domestique, l'horreur du luxe, la sobriété dans l'habillement... Mais, León était sur le point de se marier avec María Sudre... Méritait-elle vraiment ce mariage avec un hérétique ?

Dans la tiédeur de la nuit, une femme regardait les étoiles de son balcon. C'était Pepa. León s'approcha doucement avant de la reconnaître.

- On dit bien des choses sur toi, Pepa, dit León pour dire quelque chose.
- Ah ! c'est ta future belle-mère qui t'a dit ça ! Elle n'arrête pas de déblatérer sur moi, que je suis mal élevée, frivole, dépensière... Que veux-tu qu'elle dise, avec son petit saint de fils, Luis de Gonzaga, jumeau de María ? Tu vas vraiment vivre au milieu d'une cour céleste.
- Arrête de dire des bêtises.
- C'est vrai. Et, en plus d'être mal éduquée, j'ai un mauvais cœur, cruel, rebelle, capricieux... On dit que je ne trouverai jamais avec qui me marier, ce qui laisse supposer qu'il y a des hommes raisonnables ! En tous cas, je ne me marierai pas avec un scientifique. J'ai horreur des scientifiques...
- Tu ne crois pas un mot de ce que tu dis. Ton cœur vaut bien mieux que ton langage.



León commençait à s'habituer à la nuit, il devinait mieux les traits de Pepita, la blancheur de sa peau, ses cheveux roux et ses petits yeux où brillait une flamme minuscule.

- A d'autres, dit León. Je sais bien, moi, que tu as bon cœur. Une mère aimante t'aurait donné les habitudes qui te manquent et corrigé les nombreux défauts qui te font paraître pire que tu n'es. Ton père, occupé seulement aux affaires t'a laissée grandir dans le caprice et l'anarchie. Pauvre petite fille riche ! Je te parle comme un grand frère parce que la réalité, quand on ne suit pas ces avertissements, nous surprend au milieu des jouissances et nous le fait payer cher...
- Celui qui n'a étudié que les pierres est un imbécile.
- C'est peut-être vrai...

Pepa lui tourna le dos et disparut dans la maison. Seul un parfum léger et délicat rendait crédible la présence de la marquise de Fúcar. Au fond de la pièce, quelques gémissements attestaient d'une douleur dans l'obscurité.

León s'était épris de María de façon soudaine, imprévisible. Cela ne l'empêchait pas de réfléchir avant de se marier. Il devait analyser froidement la situation. Il avait été séduit par la beauté de María et trouvait que, derrière cette beauté, il y avait un véritable trésor, une bonté, une simplicité, une humilité... La famille n'était pas très sympathique mais, après tout, il ne se mariait qu'avec María. Il allait la rendre à son image et à sa ressemblance comme une garantie de pérennité dans le mariage. Il parlait à son voisin Federico comme s'il se parlait à lui-même. Il y a des situations où l'homme a besoin de se parler à haute voix pour se convaincre de ce qu'il dit.

...Quelques mois plus tard, León Roch se maria le jour dit, à l'heure dite et au lieu dit. La beauté de María Egipcíaca prit une tournure admirable après la noce et, cette beauté grandissante, le mari la vit comme un vibrant hommage attribué par la Nature à l'idée du mariage, scientifiquement et philosophiquement portée de la théorie à la pratique. Elle parlait avec calme et un certain accent plaintif qui faisait fondre l'âme des auditeurs. Elle riait peu, si peu que sa renommée d'orgueilleuse commença à se faire jour ; elle était si réservée dans ses amitiés que, en réalité, elle n'avait pas d'amies.

C'est avec cette beauté, si achevée qu'elle semblait surhumaine, avec cette divine femme, dont le visage et le corps reproduisaient les merveilles de la statuaire grecque, que León Roch se maria après dix mois de relations platoniques. Vit-il en elle quelque chose de plus qu'une extraordinaire beauté ? Quelle était la part du cœur dans ce délire ?



Elle savait lire et bien, elle écrivait mal et récitait la doctrine sans en omettre une virgule. Avec son frère Luis de Gonzaga, elle avait passé de longs moments dans les terrains désertiques où habitait leur grand-mère maternelle. Ils s'étaient mis un soir à compter les étoiles car, dans ces régions, on les voit plus distinctement que de n'importe quelle partie du monde.

- Compte de ton côté, je vais compter du mien... Ne m'enlève pas mon ciel et ne sors pas du tien... La moitié du ciel pour chacun de nous.

Ils avaient lu des vies de saints, unique lecture possible dans ces solitudes, et avaient pris tant à cœur ces histoires de souffrances qu'ils aspiraient tous les deux au martyre. Ils sortirent un matin à la recherche d'un ou deux Maures qui les égorgeraient. Mais, comme ils étaient endormis à l'abri d'un rocher, Dieu vint leur donner un baiser et les remettre à la Garde Civile. Un jour, la grand-mère se leva plus tard qu'à l'habitude et on observa avec douleur qu'elle disait mille bêtises, et, sans être absolument une nouveauté, cette constante répétition alarma ceux de la maison. Les jumeaux revinrent chez leurs parents. Luis de Gonzaga fut ensuite envoyé dans un collège français.

León se rendit vite compte que María ne se soumettait en rien à ses idées ou à ses sentiments. Sur le plan religieux, bien entendu, León était respectueux de la conscience de sa femme. Elle n'avait pas un caractère malléable et tolérant mais dur et formé.

Un soir, après un an de mariage, alors que l'un feuilletait un livre près de la cheminée et que l'autre priait, María dit à son mari :

- J'ai une idée, je voudrais que tu sois à mon image et à ma ressemblance.
- Et comment vas-tu t'y prendre ?
- Comme cela.

Elle saisit le livre des mains du jeune homme, le jeta dans la cheminée et se remit à prier. Que disait le livre ? Que disait-elle dans sa prière ?

C'est par sa belle-mère que León apprenait certaines choses.

- La pauvre t'aime à la folie, mais ce qui la tourmente surtout c'est ta réputation d'athée. Elle veut te convertir et faire en sorte que tu épouses ses idées.

Le beau-père y allait aussi de son allusion aux rumeurs d'athéisme.

- Elle a ses croyances, tu as les tiennes, ou plutôt, tu n'en as aucune. Ton manque de religiosité et ton mépris pour les vénérables croyances du



peuple espagnol l'offensent, l'affligent énormément. Rappelle-toi que le peuple espagnol est éminemment religieux. Tu as une réputation d'athée qui effraie.

Gustavo, son beau-frère, lui dit un jour que sa sœur était un ange et que lui, León, n'avait pas su la rendre heureuse. Pourtant, il reconnaissait que León était un brave homme et que, tout athée qu'il fût, il était peut-être meilleur que beaucoup de ceux qui se disaient croyants. Mais, il lui dit :

- Moi qui n'aime pas les hypocrites, je peux te dire que la vérité ne transige pas avec l'erreur. Tu vas succomber et elle sera toujours debout et triomphante.

En quelques mots, il traduisait ce que pensaient la famille et une partie des Espagnols de cette époque.

- La civilisation chrétienne est un joli bosquet. La philosophie désire le détruire en quelques jours, il faut donc couper les mains de ce brutal bûcheron.

Qui était donc ce scientifique semblable à n'importe quel autre homme fortuné de la capitale ? Il réunissait, dans ses soirées, des hommes intelligents, catholiques pure souche, politiques de la pure doctrine épicurienne. Il régnait, dans ces réunions, une harmonie complète où l'on voyait d'élégantes dames et des gens qui n'oubliaient pas un seul instant les lois de la politesse, même si certains se méprisaient royalement. On y parlait de lettres, d'art, de politique et bien entendu de religion.

Ses traits physiques et son grand sens moral faisaient de lui une personne fréquentable, encore que cela dépende beaucoup de l'interlocuteur. Il était respectueux des croyants et ne cherchait absolument pas à faire des conquêtes ou à convertir les autres à son point de vue. Dans le monde des expériences pratiques et de l'observation, il se trouvait en terrain connu. Il avait l'habitude de dire : "L'histoire fait de nous des nains, la physiologie nous place à notre niveau naturel et l'astronomie nous grandit."

Il rêvait d'une femme aimante et soumise et, pour lui, la vie idéale était de pouvoir se consacrer pour moitié à ses études et pour l'autre moitié à sa famille. N'avait-il pas rassemblé toutes les conditions pour vivre de manière heureuse ? Bien sûr que oui... Cependant...

La figure de la Minerve athénienne ne quittait pas des yeux de vulgaires livres de prières, remplis de lieux communs, de prières confuses et alambiquées, de



pages où l'on ne trouvait ni piété, ni style, ni spiritualité, ni la simplicité évangélique, mais un amoncellement de mots. Comment pouvait-il prévoir qu'entre sa femme et lui, il n'y aurait rien en commun ? Comment n'avait-il pas vu le mur de glace qui se lèverait éternellement devant lui ?

León avait donné à sa femme toute liberté de pratiquer son culte mais aurait voulu établir, entre eux deux, une certaine harmonie. María avait pour seule aspiration d'être pieuse sans perdre l'homme qui avait réalisé l'illusion de sa fantaisie. Elle rêvait de le conduire un jour à l'église.

- Laisse-moi. Vas-y, toi, et tu prieras pour moi.

La résistance de León à prendre part à ses pratiques religieuses finit par établir entre eux un divorce moral, après deux ans de mariage. Ils ne parlaient plus, ne partageaient plus aucun sentiment, ne se disputaient même plus. León souffrait en silence.

Un jour, León dit à María :

- María, il est temps de voir que ton excessive concentration sur les affaires d'Eglise est comme une espèce d'infidélité. A force de tant faire pour tes dévotions, tu en oublies ta maison et ton mari.
- Je t'ai déjà dit que, en ce qui concerne mes dévotions, bonnes ou mauvaises, je n'ai de compte à rendre qu'à Dieu, et tu ne peux pas comprendre cela. Essaie de comprendre, trouve la foi et nous en parlerons.
- Trouve la foi... Mais, je n'ai pas la foi ! Je ne peux pas l'avoir comme toi. Ta façon de remplir tes devoirs religieux me l'ôterait si je l'avais.
- C'est toi qui te tiens en dehors de l'Eglise. Je t'appelle, je t'attends, je te tends les bras mais tu ne veux pas venir.
- Je viendrais volontiers si je pouvais trouver en toi la vraie femme chrétienne pour qui la piété est la forme la plus pure de l'amour, mais telle que tu es, non, je ne veux pas.
- Mais, comprends donc que, si tu étais sincèrement catholique, je n'aurais pas besoin d'être si dévote. Si on ramait tous les deux, on arriverait plus vite sur la rive, mais, hélas, je suis la seule à ramer pour nous sauver tous les deux. Je ne veux pas être influencée par ta philosophie diabolique. Dans nos soirées, il n'est question que de politique, de musique, d'inventions scientifiques ou d'histoire. Notre salon est devenu une chaire pour athée.



- Tu te crois parfaite mais tu n'as pas le mérite du doute. La sainteté est devenue bien facile de nos jours : il suffit de se lancer dans la dévotion, de renoncer à tous les plaisirs, de haïr les vaines gloires du monde et de mépriser les richesses pour ne se consacrer qu'aux choses du ciel. Tout cela est une aberration, c'est une sorte de suicide, une folie, une maladie du sacrifice... Les règles de la béatitude exigent de nombreuses oboles, c'est vrai, une assistance méthodique à l'église, aux cérémonies pompeuses, d'accord, mais il faut aussi traiter les personnes comme des personnes, les voir telles qu'elles sont... Je voulais une épouse chrétienne et non une odalisque bigote...

"Mais, quelle est belle ! C'est vrai qu'elle est belle !" pensait-il.

...

Après quelque temps, María poussa un cri aigu. León se précipita.

- J'ai fait un cauchemar. Je croyais que tu étais mort. Tu tombais dans un trou et tu me regardais... Après cela, tu étais bien vivant mais tu en aimais une autre...
- Ecoute, j'ai une idée... Je vais murer ma bibliothèque comme on a muré celle de don Quichotte. On ne parlera plus de sciences ou d'histoire... Mais, en échange, promets-moi de sacrifier tes dévotions et ta piété douteuse. Et si ça ne te paraît pas suffisant, je te promets d'aller avec toi à l'église si tu y vas moins souvent, disons le dimanche.
- Non, ton catholicisme est une farce, une mascarade de foi. Non, León, je ne peux pas accepter.
- Alors notre séparation est inévitable.

Le frère de María, Luis Gonzaga, glabre et fragile, semblait fait pour le sacerdoce et la contemplation des choses spirituelles. C'était le portrait tout craché de sa sœur. Il ne comprenait pas, par exemple, qu'on déshabille les statues et qu'on recouvre les meubles d'un drap ! Il disait ne pas craindre la mort parce qu'il avait rompu tous les liens de la Terre. Il était plein de scrupules et le seul fait de ne plus penser à la mort le rendait inquiet. Même s'il aimait sa famille, il essayait de ne pas y penser pour ne pas s'éloigner de la présence de Dieu. Il fallait croire que la sainteté aussi avait ses don Quichotte. Le XIXème siècle, le siècle des encyclopédies par excellence était la monstrueuse synthèse des temps !



Pour consoler son frère qui voyait María en danger auprès d'un homme loin de la religion, elle le rassurait lui disant que, tout en aimant son mari, elle se maintenait à une distance infranchissable. Luis pensait que sa vocation sacerdotale l'avait toujours préservé de la contagion du monde. María, en se mariant, était tombée dans l'obscurité, mais son caractère de sainte la distinguait du reste de la famille qui se maintenait loin de Dieu. Il lui insufflait le désir de fuir le monde, d'être moquée, calomniée, ridiculisée, le désir de l'oubli de soi.

- Ton époux, corrompu par ses idées philosophiques et par la négation de Dieu, sera toujours pour toi un obstacle terrible. Il ne peut pas y avoir d'amour vrai entre vous. Ne permets pas que ta conscience catholique soit esclave de son athéisme arbitraire. Si le Seigneur ne t'a pas accordé d'enfants, n'y vois-tu pas un signe de malédiction ? Il te faut rompre absolument avec le monde, sois libre en esprit... Entre croire et ne pas croire, il n'y a pas d'arrangement possible. On ne peut pas être religieux à moitié. C'est le sujet du siècle et cela a envoyé en Enfer plus d'âmes que l'impiété...

Il mourut comme un oiseau qui s'endort. Et quand León voulut lui toucher la tempe, María, furieuse, les yeux pleins de larmes et d'épouvante, lui cria :

- Ne le touche pas, mécréant ! Ne le touche pas, ne le touche pas.

## II

Le ciel était tout troublé, ni propre ni chargé ; d'un côté bleu et souriant, de l'autre cendré et menaçant. On aurait dit qu'une grande bataille allait s'y dérouler entre l'assombrissement et la sérénité. Le soleil, tel un témoin impartial, tantôt éclairait la Terre, tantôt l'abandonnait à ses pénombres glaciales. C'était un après-midi de mars, et le vent, plus menaçant que malicieux, promettait plus de poussière que d'eau, annonçait beaucoup mais ne faisait rien, plus enclin à soulever les jupes et à arracher les chapeaux qu'à mouiller les bottines.

C'est un jour comme celui-là que León et Pepa se retrouvèrent dans les appartements de cette dernière. On ne peut pas dire qu'elle était belle mais elle ne manquait pas de charmes. De dominatrice excentrique, elle était devenue une femme modérée et tolérante. León fréquentait cette maison en ami loyal et sincère de Pepa. Il en fréquentait bien d'autres, mais les visites à cette maison se faisaient plus longues depuis quelque temps. Pourquoi donc ? C'est qu'il était né, dans le cœur de León, un sentiment élevé, divin, d'une pureté irréprochable.



Sa maison lui était devenue solitaire, triste ; les ombres et les bruits de pas prenaient une importance exagérée. Seules y venaient doña Perfecta et quelques autres dames du même genre pour se recueillir dans l'oratoire de Maria Egipcíaca.

- Oh ! tu m'as fait peur, s'écria León, perdu dans ses pensées.
- Je t'ai fait peur, moi ? Il est vrai que depuis quelque temps ta conduite est bizarre. Tu t'absentes de plus en plus souvent et de plus en plus longtemps. Avant, tu n'étais pas chrétien mais tu savais au moins sauver les apparences. Maintenant, même pas.
- Mais toi aussi, tu t'absentes. Tu passes ton temps dans les églises. De charmante et aimable, tu es devenue dure et intraitable. Je ne vais pas te cacher la vérité : tu as fait de ma maison un antre de solitude, d'aridité et de pénombre, et moi, je cherche la lumière, la lumière.
- Tu dis que tu cherches la lumière mais tu t'entêtes à te perdre... Moi, mon seul souci est de souffrir.
- Ce n'est certainement pas la souffrance que je cherche mais je sens que c'est mon destin. Je pensais me charger d'une croix mais c'est un horrible madrier qui pèse sur mes épaules.
- Et ce madrier, c'est moi ? Eh bien, tue-moi, j'aspire au martyre !
- Mais qu'as-tu à offrir en dehors de ta dévotion grossière, routinière et absurde ? C'est un mysticisme aride et chatouilleux qui exclut toute affection vraie. C'est un fanatisme horrible et tu me donnes l'impression d'être une harpie qui appelle foi ce qui n'est que du venin et ce venin diabolique est en train de m'empoisonner. Tu n'es plus que l'Inquisition sous des traits féminins. Tu es tombée dans une sorte de sainteté de boulevard. J'ai tout fait pour te sortir de ce fanatisme mais je m'avoue vaincu, María. La seule chose que je puisse te dire c'est : Adieu. Un adieu triste, très triste, mais il n'y a plus d'espoir.
- Tu ne vois pas plus loin que tes yeux de chair. Parce que tu sais trois ou quatre choses sur la Nature, tu te crois savant ! Pauvre malheureux ! Tu seras sauvé malgré toi !

León laissa tomber sa main sur le bord du fauteuil. On pensait qu'il disait : "Je n'en peux plus, je n'en peux plus !"

Il avait plu toute la nuit et la boue de la rue, comme un miroir trouble, reproduisait en images sales tous les objets environnants. León entra dans un



grand palais digne des plus belles demeures de l'aristocratie de l'époque, mais les salons énormes, vides et lugubres malgré leur habit de soie, ressemblaient à une bouche béante. Monina était là, le visage livide et décomposé, les lèvres violettes, les yeux grands ouverts, le cou tuméfié et gonflé par le gonflement des ganglions. La mort d'un enfant par strangulation sans que personne ne puisse rien faire, sans que ni la science ni l'amour maternel ne puisse défaire l'invisible griffe qui serrait le cou innocent, est un des plus cruels exemples de la douleur inexorable qui accompagne la vie humaine. Dans cette agonie sans égal, Monina tournait les yeux vers sa mère et vers les domestiques, comme pour leur demander d'enlever cette chose qui la serrait, ce *bobo* plus terrible et plus douloureux que tous les bobos imaginables. Incroyable barbarie de la Nature !

La désolation était immense, les cœurs saignaient. On souffrait tant qu'on ne parvenait pas à pleurer. Dans l'esprit de tous passait, comme un éclair infernal, l'idée sacrilège qu'il n'y avait pas, qu'il ne pouvait pas y avoir de Dieu. A observer le visage de Monina et celui du médecin Moreno Rubio, León comprenait que le dénouement ne pouvait être que bien funeste. Pepa regarda son ami et sembla murmurer :

- Ma petite se meurt ! Il n'y a plus d'espoir étant donné que...

Elle ne termina pas sa phrase et, prise de chagrin, elle éclata en sanglots. La peine de León était quelque chose d'inconnu, une grande peine nouvelle qui lui était tombée dessus comme un éclair foudroyant. Il ne connaissait Monina que depuis quelques mois et avait trouvé, dans ses espiègleries angéliques, un plaisir ineffable. Cela ne suffisait pas à expliquer qu'il en soit si vivement blessé. Cette petite n'était pas sa fille et la mère n'était pas sa femme. Il n'avait aucune parenté avec le père ou la mère de Monina, et pourtant, c'était comme si on lui enlevait quelque chose de lui, de profondément intime. Récemment, il avait joué avec Monina, l'avait promenée dans les jardins, lui avait appris à bien parler, à pardonner les offenses, à avoir pitié des pauvres, à ne pas punir les animaux, à obéir à sa maman, à répondre correctement aux questions, à ne pas pleurer sans raison. Il s'était habitué à la voir rire, à la voir sourire. Monina en réalité s'appelait Ramona. C'était une jolie blonde aux yeux d'anges qui sautait comme un cabri. La vie semblait si débordante dans cette petite fille que, lorsqu'elle parlait, on la voyait rire ; on la voyait voler lorsqu'elle marchait.

Comment tant de vie pouvait ainsi se faner ? Non, ce n'était pas possible, Monina ne devait pas mourir : il avait besoin de cette vie précieuse. Pourquoi donc ? Il ne savait pas pourquoi.



Les heures passaient, quelles heures ! La nuit tomba, personne n'avait ici la notion du temps. L'angoisse habitait le palais et le remplissait entièrement, comme l'odeur de cire brûlante devant les statues de saints et celle de la Vierge Marie. La petite de la maison allait mourir. Enfin, il vaut mieux douter, c'est une autre façon d'espérer, n'est-ce pas ?

- Alors, prions, León, prions.
- Je prie, répondit le scientifique en baissant le front.

Il mit un genou à terre, leva les yeux au ciel et dit d'une voix émue :

- Seigneur, fais que Monina ne meure pas ! C'est mon unique amour au monde !

Une petite qui se meurt, une mère qui désespère, un homme qui tombe à genoux et qui prie à sa façon... ! Quoi de plus simple et de plus normal ?

On crut un moment à une sorte de miracle. La couleur violacée disparut de son visage et ses joues montraient à nouveau la teinte rosée d'une vie qui reprenait. "Ce n'est pas moi, disait le docteur, c'est la Nature, autrement dit, Dieu seul. Pepa était si heureuse qu'elle en restait muette. Elle se mit à prier et resta ainsi pendant une bonne demi-heure. Puis, se tournant vers León, elle lui dit :

- Je n'oublierai jamais ce que tu as dit : "Seigneur, fais que Monina ne meure pas ! C'est mon unique amour au monde !" Tu es un bon ami, un ami d'enfance. J'ai toujours eu de l'affection pour toi, et aujourd'hui plus que jamais. Au vu de tout cela, je ressens un irrésistible désir de rompre un silence et de briser un secret, je veux te dire que...

Alors que tout le monde accourait au palais, à la santé recouvrée de Monina, León rentra chez lui. Mais, le lendemain, il revint chez le marquis de Fúcar, père de Pepa. C'est là qu'il apprit le décès de son gendre, noyé dans le naufrage du *City of Tampico*, au large de la Havane. "La Providence l'a sauvée", dit le marquis, "bien que vous, les libres-penseurs, vous disiez que Dieu est trop grand pour se mêler à nos misères." León ne dit rien de cette étonnante interprétation sur les soucis de la Providence. Le marquis continua à louer les qualités de sa fille qu'il voyait comme l'Évangile incarné. Elle était bien mieux que María Egipcíaca qui donnait dans l'exagération. León sortit de chez le marquis et marcha dans les rues de Madrid. Il ne faisait qu'entendre une voix intérieure qui lui disait : "Veuve, elle est veuve".



León passait le plus clair de son temps en dehors de chez lui. Ses amis le trouvaient taciturne, absent. Il ne parlait que de voyage sans jamais en donner la destinée. Un soir, en rentrant, il apprit que sa femme avait congédié un domestique qui ne lui avait pas apporté le papier prouvant qu'il était allé se confesser. León, furieux, renvoya le nouveau domestique engagé par María et annonça qu'il reprenait les rênes de la maison. Il agissait ainsi parce que la compagne de sa vie s'était enveloppée dans un suaire de glace. Elle dans sa foi délirante, lui plongé dans le doute, ils ne formaient plus un couple honnête et heureux.

- Mais, tu peux bien étudier ici autant que tu voudras. Nous formerons un couple de cénobites. Moi, la cénobite de la foi et toi, le cénobite de l'athéisme.
- Belle vie en perspective ! Je ne veux pas d'un cloître mais d'une famille. Je vais donc t'interdire d'aller à l'église les jours ouvrables, je vais interdire l'entrée de cette nuée de curés et autres petits saints qui veulent s'imposer, je vais faire trier tes livres et trier les vrais manuels de piété de tous ces bouquins fantaisistes et ridicules. Tu choisis entre cette option ou la séparation absolue et radicale de manière définitive. Et tout cela loin de Madrid. Comment est-ce possible que le fanatisme religieux ait tué en toi jusqu'au moindre sentiment ? As-tu donc perdu toute pitié, toute charité ? As-tu éteint en toi l'idée même de convenance et du devoir ?

Il faut croire que oui, car María refusa l'offre de son mari et s'enferma dans son monde, les yeux rougis, l'espérance morte. León partit le lendemain matin, le cœur brisé. Une fibre existait encore en lui qui le liait à cette maison, il l'arracha, sans pitié et la jeta au loin.

León vivait maintenant à Carabanchel dans une grande pièce semblable à celle d'un prieur de couvent. Et comme un moine, il savait vivre sobrement.

Le récit de la faillite de son beau-père ne l'ébranlait pas. La vraie honnêteté, disait-il, ne consiste pas en des petits formulaires qu'on dit comme cela en passant pour dissimuler des faiblesses et des misères. Dans cette société où tout est tromperie, vices et vanité, comment peut-on y trouver de l'honnêteté ? Dans cette famille, tout n'est que formules : formules la morale et la religion, formule l'honneur, formule la richesse même, formules les lois produites à la pelle mais jamais appliquées, tout est farce et comédie, tout le monde trompe tout le monde sous des formes de vertus, de religiosité, de noblesse ! Beau modèle de société !



Réduit à la solitude du célibat à cause d'un fanatisme brutal et d'une foi sans entrailles, il se sentait exclu de son foyer par une Inquisition de glace. On le condamnait pour son soi-disant athéisme, mais les vrais athées, les matérialistes invétérés n'étaient-ce pas eux, eux qui se drapaient dans la toge du juge pour l'accuser. Ils achetaient tout, même l'honneur, ils se donnaient des airs gravement ecclésiastiques mais n'étaient que des sacs de pourriture à figure humaine !... Qu'ils aillent donc invoquer dans un langage ampoulé une morale qu'ils méconnaissaient et un Dieu qu'ils niaient dans leurs actions. C'étaient eux les athées, sauf si Dieu n'était qu'un vocable commode !

Un soir, León passa par chez son amie Pepa. Le soir était tombé et Monina commençait sa prière en récitant un *notre Père* mi-avalé, mi-bâillé. Puis, elle récita : "*Avec Dieu je me couche, avec Dieu je me lève...*" et l'effet soporifique eut son effet puisqu'elle cligna des yeux, ferma les paupières et, tout doucement, en murmurant les dernières paroles, s'endormit dans les bras du Seigneur.

C'est à ce moment que León révéla les rumeurs qui couraient dans Madrid, leur amour secret, allant même jusqu'à dire que Monina était le fruit de leur union. León en était blessé mais Pepa voyait cela avec jubilation.

- Je ne suis pas si rigoriste que toi. Je n'ai pas le courage des grands sacrifices parce que mon cœur est fatigué, blessé, couvert de plaies. Je t'en prie, ne sois pas si intransigent. Mais, alors, tu abandonnes la belle, la sainte, la parfaite ?
- Non, elle m'a abandonné. J'ai aimé ma femme, j'ai été son esclave jusqu'à la rupture.
- Moi, j'ai perdu tout sens moral. Perdre toute illusion n'est pas être une mécréante, n'est-ce pas ? Je me suis mariée tout comme je me serais jetée dans la rivière, je me suis mariée pour ne pas me suicider. Je n'avais pas d'éducation, je n'étais qu'une sauvageonne baignant dans les richesses. Je sentais ton honnêteté comme une gifle... J'aurais voulu être honnête, moi aussi. Je n'ai pas assez la crainte de Dieu. Toi, tu es libre parce que celui qui rompt ses chaînes est libre.
- Je suis marié. Je n'aime pas ma femme et ne puis être aimé d'elle, nous sommes incompatibles, il y a entre nous deux un abîme. Ce n'est pas le crime qui nous a séparés, c'est la religion. Quelle accusation puis-je porter sur ma femme ? C'est une croyante fanatique. Je pourrais dire qu'elle est folle mais comment distinguer la pratique cultuelle de la démence ? Dieu seul peut déterminer ce qui se passe au fond de la



conscience de chacun. Tu dis que je suis libre mais toute famille que je formerais désormais serait à jamais une famille illégitime. Ce ne sont pas les ragots de Madrid qui m'inquiètent mais ma conscience.

- Ma conscience à moi, c'est d'aimer.
- Tu vois cet ange, dit León en montrant Monina. Cent sermons et toute la logique du monde ne pourront rien t'apprendre, mais tu sauras tout par le sourire d'un enfant.

Pendant ce temps, la famille de María Egipcíaca se retrouvait dans des clubs où on lisait l'*Univers*, on récitait des poèmes religieux et, au milieu des vapeurs odorantes d'un encens béni, on excommuniait tout le genre humain. La marquise était encore jeune, belle, grande et bien proportionnée. Elle était la grande ennemie de la gent matérialiste et libérale et discourait follement sur cette ordure de la civilisation moderne. Et sa fille María ?

- Dieu permet toujours aux êtres les plus saints et les plus vertueux de se voir soumis aux plus grandes épreuves.
- Chaque jour, dit un général en visite chez les Tellería, on voit que diminue le respect pour les lois divines et humaines. On ne voit plus un seul trait de noblesse, on ne voit qu'impertinence et cynisme. Où ira-t-on si on s'écarte de plus en plus des voies religieuses ?...

Deux vieilles s'immiscèrent dans le groupe pour respirer avec délice l'ambiance de médisances qui étaient pour elles comme le parfum des roses et des jasmins.

La dévotion malade de María semblait un délire né de son manque d'intelligence, limité par les sentiments et exacerbé par l'obstination de son caractère passablement orgueilleux. Il lui fallait toujours rendre laid ce qui était beau, amer ce qui était doux, repoussant ce qui était plaisant et réjouissant. Epouvantable désordre, horrible anarchie de l'âme ! "Qu'avons-nous à faire d'autre dans le monde que souffrir ?"

Lorsqu'elle apprit que son mari voyait une autre femme, ce fut une révolution. La révolution fondamentale de l'esprit de la femme qui revendique ses droits et qui renverse le faux et l'artificiel pour hisser le drapeau victorieux de la nature et de la réalité. Tout cela vint de son caractère par lequel elle était amante, épouse, mère, femme, bonne ou mauvaise, mais vraie femme, éternelle, immuable épouse d'Adam, toujours égale à elle-même, fidèle et traîtresse.

Tel un château miné qui s'éventre et tombe en mille morceaux, ainsi tomba-t-elle soudainement car sa bigoterie était toute fissurée. On pouvait vérifier en elle une éclipse totale de Dieu.



Sa mère lui disait pourtant :

- Voilà le résultat de ton entêtement. Franchement, ma petite, je me mets à la place de ton mari, quel qu'il soit... Non pas que je condamne la dévotion, la vraie dévotion. Est-ce que, par hasard, je ne suis pas pieuse, moi ? Ne suis-je pas, même indigne, une bonne catholique ? Mais ces histoires de sainteté, il faut y penser avant de se marier, avant de contracter certains devoirs...

Un matin, María Egipcíaca s'habilla comme elle le faisait autrefois et s'en alla en voiture vers Carabanchel. Elle entra dans la maison de León qui, contrairement à saint Thomas, voyait et ne croyait pas. Voir sa femme était vraiment extraordinaire, mais pas absurde ; ce qui était absurde, c'est qu'elle était belle, vêtue à la mode du jour, avec élégance, presque avec excès d'élégance et de luxe. Un tel phénomène n'entraît plus dans le cercle des prévisions de León, c'était un phénomène inexplicable.

- Tu ne m'attendais pas, n'est-ce pas ?
- Absolument pas.
- Tu n'es qu'un scélérat, un libertin, un ingrat, dit la dame qui tombait dans les récriminations vulgaires de toutes les épouses offensées. Tu m'étais attaché par un lien que personne ne peut défaire sauf Dieu. Ces matérialistes croient qu'on peut jouer ainsi avec le mariage, une institution divine.
- Humaine aussi. Mais tu n'as plus besoin de mon affection, ta religion te suffit ; retourne à tes autels et laisse-moi seul avec ma conscience.
- Si tu voulais mon amour, pourquoi ne t'es-tu pas empressé de le mériter en te faisant catholique ?
- Parce qu'il y a des piétés qui sont, en dehors de l'ordre naturel, absurdes, ridicules. Tu as érigé, entre ton cœur et le mien, une muraille de glace. Tu m'as mortifié par tes scrupules idiots, tu as tout peint en noir lugubre, tu as mis tout ton art à te débarrasser de tes charmes, à t'habiller de manière extravagante, à être un repoussoir odieux. Tout ce que je disais devenait blasphème, tout ce que je faisais était un crime devant l'Inquisition. C'est moi qui ai souffert de tes rigidités avec une patience évangélique. Tu viens me demander des comptes au lieu de demander pardon... Je me demande bien à quoi sert une sainteté qui ignore le fondement même de toute doctrine. Tu n'as jamais eu d'entrailles.



- Si, et Dieu n'a pas voulu que les athées aient des enfants.
- Tes blasphèmes me font horreur ! Il y a un abîme entre nous. Pardonnons-nous mutuellement, laissons couler entre nous cette mer de pardon et séparons-nous.
- Tu te souviens que je t'avais dit que mon Dieu me demandait de ne plus t'aimer. Je vais te poser une question : M'aimes-tu encore ?
- Non... Mon Dieu, le mien, María, me demande de te répondre non.

María voulut cracher quelque chose, cracher *une autre* qui lui semblait le jus d'un fruit cueilli au jardin de l'enfer. La rage ne lui permettait pas de pleurer, ni même de pleurer de rage.

### III

Après un évanouissement soudain, María dut être secouru par son mari qui la fit coucher sur un lit dans la demeure du marquis de Fúcar, car tous les meubles de León étaient prêts pour le déménagement. Dans son rêve ou cauchemar, María voyait son mari descendre dans le tourbillon de l'enfer. Il faut bien comprendre que la dame mystique devait voir *la cité des douleurs* et ses horribles habitants tels qu'on les avait imaginés dans la vie réelle, s'appuyant sur les descriptions écrites et les petites estampes avec leurs tunnels remplis de fumées, de braises et de charbons ardents, et les démons en petits hommes à queue de bêtes immondes et aux pieds fourchus. León allait être englouti dans un four immense quand elle poussa un cri :

- Non, non, pas lui, il est à moi !

Et cela mit fin à la vision qui disparut comme les lignes d'un livre qui se referme d'un coup.

Il n'était pas question de la renvoyer chez elle à Madrid, il fallait qu'elle se remette un peu sinon elle pouvait se perdre. Se perdre ? C'est précisément ce qu'elle ne voulait pas, elle voulait même sauver son mari. Pour la sauver elle, il fallait lui cacher la réalité ; demandait-elle amour et dévotion ? Il fallait le lui accorder. Le marquis de Fúcar, entre-temps disait à sa fille :

- La science peut beaucoup et Dieu encore plus. Il nous revient d'aider la science dans la mesure de notre possible et d'implorer l'aide de la Providence.

Mais que pouvait demander Pepa, penchée sur son prie-Dieu ? On aurait dit que Dieu laissait tomber, sur ses épaules, tous les malheurs du monde... Tout le monde a, en lui, qu'il le veuille ou non, quelque chose de chrétien, et être



chrétien c'est désirer que l'autre vive. Peut-on mentir pour sauver quelqu'un ? Où est la primauté entre la charité et la vérité ? Elle, à force de prière, finira par se sauver et Pepa, à force d'espérance, finira par mourir.

- C'est dans les durs moments qu'on reconnaît la générosité de l'âme.
- Nos prières ont parfois un goût amer, nos pensées doivent parfois lutter pour que les fleurs ne se transforment pas en couleuvres !... J'ai prié aujourd'hui plus que jamais mais je ne suis pas sûre de l'avoir bien fait, de l'avoir fait avec la pureté du cœur. Quand je pensais *Dieu*, je pensais *démon*, quand je disais *amour*, je disais *haine* et *sauver* équivalait à *mourir*. Je ne me sens pas sainte mais profondément femme ! Enfin, je pars. Comme tu vois, t'obéir devient le seul plaisir de ma vie.

Chez Pepa, il avait trouvé de l'amour, de la docilité, de la confiance, les mystérieuses promesses de la paix rêvée et du bien tant désiré. L'espérance naissait d'un fait non réalisé et tout devenait charme et séduction. Il y voyait la générosité illimitée d'une âme qui se donnait tout entière. Ce cœur admirable, sans cesser d'être religieux, lui appartenait entièrement par une loi qui devenait divine à force d'être humaine.

Jamais il n'avait combattu ses croyances et jamais il ne s'était opposé à ce que sa femme María ait un confesseur discret ; mais ses amitiés spirituelles lui répugnaient. Son ennemi n'était pas un homme mais une armée qui se disait céleste et qui n'était qu'une horde de collaborateurs se prenant pour des saints. Il ne se joindrait pas à cet escadron d'hypocrites issus de la société contemporaine. Il préférerait passer pour un infâme à leurs yeux plutôt que de l'être face à sa propre conscience.

Pendant ce temps, María Egipcíaca priait ainsi :

- Fais, Seigneur, que je puisse me sauver, même si pour me sauver, je dois mettre en miettes la loi fondamentale du mariage, et fais que, pendant que j'abandonne l'humain pour aspirer fermement au divin, mon mari, cet homme que l'Eglise m'a offert, m'aime toujours énormément, et se garde de tourner les yeux vers une autre.

Le médecin dut mettre fin à toute prière et exercices mystiques. Mais, María, à demi-endormie, répétait ces mots "athée, matérialiste incorrigible, ennemi de Dieu, homme plein d'orgueil et de péché..."

- Vous n'êtes vraiment qu'une bande de scélérats, enfermés sous votre auréole infernale, dit León, répondant aux accusations de son frère et de toute la famille. Puis-je, ne serait-ce qu'un peu, apporter une idée



pure et honnête à vos pensées dévorées par la lèpre du déshonneur chronique ? On ne discute pas avec la roue de la voiture qui nous a salis en passant dans la boue. Vous n'êtes que des moralistes de politique religieuse et de sermons partisans, des machines à faire une morale sucrée, vous mélangez lois divines et lois humaines pour donner au monde des pastilles de vertu, au goût de chacun, mais à moi, on ne me corrige pas avec une morale en chocolat.

- Toi, tu n'es même pas capable d'amendement. Tu ne vois rien dans l'au-delà, moi, j'y vois mon salut. Je ne sais pas ce que sera mon destin individuel mais je connais celui du genre humain et je me contente de savoir qu'un Ciel existe alors que, toi, tu l'ignores. Le mal ne t'effraie pas car tu ne crois pas à l'enfer.
- Crois-tu que les hommes sont à la merci de ton dogmatisme d'apôtre indiscret et de ton zèle évangélique qui répartit le droit de vie ou de mort ? Tais-toi où tu vas apprendre ce que c'est qu'une patience qui est à bout.

María était à toute extrémité. Le médecin annonça la fin du combat. Seul le père spirituel, le père Paoletti, fut admis auprès de la malade. Le mari et le médecin sortirent. Ni la science ni les affections terrestres n'étaient nécessaires. D'après le père Paoletti, León aimait une autre femme ; il était incapable de toute idée morale mais, grâce à sa culture, la religion des apparences, il savait se draper à temps de la vertu que le monde appelle la noblesse. Paoletti rappelait à sa fille spirituelle qu'il fallait toujours mettre chaque chose à sa place et qu'il ne fallait jamais confondre le spirituel et l'humain, ce qui appartient à Dieu et ce qui est de la chair.

María, suivant son idée, dit à son père spirituel :

- Si je peux me sauver avec lui, que Dieu me reçoive dans son sein, telle que je suis.
- Pardonnez-vous à la femme qui vous a volé l'amour de votre mari ?
- Oui, je lui pardonne... Je me rappelle un soir, quand mon mari revint tout grelottant de froid et qu'il me disait : "J'ai besoin d'aimer et d'être aimé", je lui ai répondu : "Convertis-toi et nous en reparlerons." Je le revois encore, on aurait dit un petit enfant qui tendait les bras vers le sein de sa mère, mais sa mère n'était qu'une mère de carton. Je me souviens aussi qu'un soir, il est entré furieux et m'a secouée comme s'il avait voulu m'arracher quelque chose. Cet élan de colère me faisait du



bien au fond de moi parce que cela démontrait son amour pour moi mais, comme j'étais sûre de sa fidélité, je n'ai pas voulu lui manifester mon affection. Je me suis suffisamment mortifiée, j'ai suffisamment bataillé pour me dépouiller de ces perfections et laisser nu l'horrible squelette. Ce procédé de ne voir dans l'être beau rien de plus qu'un squelette m'a été recommandé par vous... Non, non, je ne vous pardonne pas. Je pardonne seulement à mon mari, s'il me revient. Elle...

- Mon Dieu, s'écria le père Paoletti, sauvez-la. Seigneur miséricordieux, elle vous appartenait, ne la laissez pas maintenant aux mains de Satan... Sauvez-la, non pas du monde désormais mais de l'enfer.

La nuit était belle, propre, sereine, inondée de la clarté bleutée de la lune, et l'horizon offrait au loin la fausse apparence d'une mer calme. Les petites étoiles pâlissaient ; mais les grandes parvenaient à briller, dans un effort de scintillement. Splendide Nature où se croisait la douce respiration de la paix et de l'amour ! Elle invitait plus à naître qu'à mourir. Quel accablement pour l'homme de voir la majestueuse indifférence du Ciel devant les tourments de la Terre ! Le plus horrible cataclysme moral ne parvenait pas à former le plus petit nuage. Toutes les larmes de l'Humanité n'emportaient pas la moindre goutte d'eau à ces espaces insensibles.

Les yeux de María, cachés par les cils noirs, fixaient le visage sombre de l'homme à barbe noire. Ses yeux tristes et moribonds, fixés sur lui comme une racine mystérieuse qui ne veut pas se laisser arracher, la portèrent à des pensées divines, comme deux époux qui ne sont plus réunis que par le fil d'un regard. Il sonda son cœur, désirant y trouver un reste d'amour à offrir, comme l'ultime petite fleur de la galanterie conjugale, à celle qui expirait dans la froide solitude de son mysticisme, mais il avait beau chercher, il ne put rien trouver. Tout ce que son cœur contenait comme flots d'amitié et de tendresse avait été discrètement retiré du foyer légitime pour être déposé et caché dans un autre lieu.

"Malheureuse, se dit-il, Dieu va te pardonner tout le mal que tu m'as fait ; je te pleure comme si je t'aimais, et j'ai pitié de toi, non seulement à cause de ta mort prématurée mais à cause de la surprise que tu vas avoir quand tu sauras, et tu le sauras très vite, que l'amour de Dieu n'est que la sublimation de l'amour des créatures."

Sous la tranquillité extérieure de son corps et la fixité sereine de son regard de tristesse, s'agitaient peut-être de tumultueux désirs et les ardentes ardeurs



humaines, réveillées sourdement dans le plus intime de l'être moribond quand il n'y a plus de pouvoir physique pour leur donner forme. Mais la surface ne disait plus rien, telle la croûte gelée d'une rivière qui ne permet pas d'entendre l'agitation et le courant rapide des eaux profondes.

León vit une goutte brillante trembler à chacun des yeux de María. C'était l'ultime et l'unique forme possible d'exprimer l'énergie dernière d'un sentiment humain dans son âme, réclamée déjà par l'abîme insondable et attachée encore au monde par la petite racine d'un désir. Deux larmes au bord des yeux qui ne parvinrent pas à couler, ce fut la seule chose que cette houle cachée laissa jaillir au dehors. León posa ses lèvres sur le visage froid et appuya très fort. Il entendit alors le grand soupir d'un désir satisfait. On entendit alors :

- Oh !... Merci !...

Calme absolu. Formidable silence que celui où María Egipcíaca glissa sur la pente de la plage invisible, tel un grain de sable arraché par la vague et porté là où le regard humain ne sait pas pénétrer.

León se retira dans le salon et se jeta sur un divan, le regard fixé sur l'ancienne horloge décorative qui avait autour du disque des heures, une ligne courbe, comme un clin d'œil triste avec cette inscription : *Vulnerant omnes, ultima necat.*<sup>13</sup>

Pepa vint le retrouver pour lui annoncer que son mari n'était pas mort noyé dans les eaux de Cuba mais qu'il était bien vivant et voulait récupérer sa fille Monina. Elle lui proposa alors de s'enfuir.

- Quel cœur horrible je serais si j'y consentais ! Est-ce que vraiment je méritais de descendre aussi bas que ceux qui m'appellent et me croient *l'assassin de María* ... Je ne comprends pas que tu puisses aimer quelqu'un qui soit tombé dans la bassesse d'une action aussi laide, aussi maladroite et aussi scandaleusement inique.

Après une entrevue tendue avec le frère de María, León vit sa belle-famille s'éloigner. Une, deux, trois, quatre voitures s'ébranlèrent dans le parc emportant cette digne portion de l'Humanité qui avait besoin d'un malheur pour être respectable. L'Eglise avait là de drôles d'apôtres !

Un étranger fit venir don Paoletti dans le salon où León s'était réfugié. Il avouait avoir la chance ou le malheur de ne pas croire en Dieu ni à rien au-delà de cette exécrable vase de terre dans lequel nous étions fourrés. Devant le prêtre effrayé par cet horrible aveu, cet étranger continua à dire qu'en affaire de femmes, il les méprisait toutes. Et si on lui demandait ce qu'il pensait des

---

13- Elles blessent toutes, la dernière tue.



hommes, il dirait comme le poète sceptique : "Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens."

- Je hais cet homme, dit Federico en parlant de León, depuis le collège. Et voilà que la morale et le Droit sont de mon côté. C'est moi qui suis fort, eux les faibles ; c'est moi l'offensé, eux les criminels ; c'est moi que protègent la religion et la morale, Dieu et la loi, l'Eglise et l'opinion publique ; eux rien ni personne ne les protège. Sûr de mon droit, aidé par la justice humaine et par celle qu'on appelle divine, j'ai pensé les poursuivre sur le terrain légal, employer tous les moyens, ne pas les laisser vivre, ne leur donner ni trêve ni repos, les couvrir de déshonneur, les submerger de scandales... les accuser, le Droit dans une main, les pratiques de l'Eglise dans l'autre. Mais, une chose me retient : Monina. C'est ma fille. Cet enfant ou ce jouet blond aux yeux d'ange a sur moi une attirance singulière...
- Il n'y a pas de terre, si désolée et inculte soit elle, où ne puisse naître une fleur.
- C'est que je veux me réconcilier avec la Société, respecter ses grandes institutions, être un homme d'ordre, ne pas faire de scandales ni être un mauvais exemple à la foule d'ignorants qui, pour peu qu'on fuie l'Eglise, nous prennent pour des voleurs et des assassins. Si ma femme, par décence, renvoie son amant et reste seule, faites qu'elle devienne dévote, cela la consolera beaucoup.

Un soir, à l'heure convenue par le marquis de Fúcar, León se dirigea vers le bureau de Pepa. Devant le marquis, sa fille et une autre personne, il déclara de manière très brève :

- Malgré tout ce qu'il m'en coûte, je déclare que je suis en devoir inéluctable de me séparer de la femme que j'aime et de renoncer à tout projet de m'unir à elle.

Personne ne répondit à ces mots. Puis, León ajouta :

- C'est à la grandeur des événements qu'on mesure la grandeur des âmes.

Don Pedro dit alors :

- Je déclare en être arrivé à cette solution salvatrice et pacifique grâce à un accord que nous avons conclu, monsieur Cimarra et moi, par lequel mon digne ami répond que son neveu refuse de porter plainte... Mon



cher ami, dit-il en se tournant vers León, le regard conciliateur, toi, en renonçant à cet impossible, juridiquement et moralement, que les gens corrompus de nos jours changent en possible, tu as évité un scandale honteux... Je t'en sais gré de tout cœur, et... le temps, notre grand médecin, soignera tout, n'est-ce pas León ?

- Pour ma part, le temps ne fera rien à l'affaire. Je déteste l'oubli qui n'est que la mort du cœur. J'ai cherché avec ardeur un bel idéal, la famille chrétienne, centre de toute paix, fondement de la vertu, échelle de la perfection morale, creuset où tout ce que nous avons se purifie. Elle nous éduque, nous oblige à être meilleurs, ôte les aspérités de nos caractères, nous donne la plus profitable des leçons en mettant entre nos mains les hommes du futur, pour que nous les conduisions du berceau à l'âge de raison. Tout n'a été qu'un rêve pour moi. J'ai croisé deux femmes sur le chemin de la vie. La religion m'a donné la première et la religion mal comprise me l'a ôtée. La seconde m'a donné son cœur et je l'ai pris ; mais les lois me la demandent et je ne peux que la rendre. Cette femme m'appartient, je la considère comme mienne par la loi du cœur. Celui qui ne peut transformer le monde et déraciner ses erreurs, qu'il les respecte. Celui qui ne sait pas où est la limite entre la loi et l'iniquité, qu'il s'en tienne à la loi avec une patience d'esclave. Celui qui, sentant dans son âme les cris et le tumulte d'une rébellion, somme toute légitime, sans trouver une meilleure organisation, qu'il se taise et souffre en silence.
- Nous sommes tous esclaves des lois qui nous régissent, dit le magistrat sur un ton sévère.
- C'est vrai, dit León qui ne semblait parler qu'à son amie ; notre esprit fait partie de l'esprit qui a conçu ces lois et, s'il y a des erreurs, nous en avons la responsabilité et nous devons en accepter les conséquences. Si tous ceux qui se sentent blessés par cette machine dans laquelle nous vivons se mettaient à la détruire, quel monde aurions-nous ! Laissons-nous blesser et écraser, pleurant intérieurement notre malheur et désirant vivre en attendant une nouvelle machine. Cette nouvelle machine, à n'en pas douter, en blessera un autre, car chaque amélioration dans la vie humaine est signe d'un nouveau mal-être. Pour nous, vivre est une aspiration, une soif qui se renouvelle juste quand elle se calme... Si tu savais, ma pauvre, comme j'ai bataillé en pensée après ce que nous nous sommes dit l'autre nuit !... J'ai tout examiné



même les choses impossibles. Peut-on sortir si facilement de ce labyrinthe en se retranchant derrière une morale abstraite, égoïste que personne ne comprend, sauf moi ? Et encore, je ne saurais la formuler clairement ?... Je fuis pour ne pas te déshonorer ; pour ne pas attrister la jeunesse de ta chère petite fille.

- Moi, je ne sais pas raisonner, dit Pepa, la tête toujours appuyée sur l'épaule de son père. J'ai beau chercher, je ne trouve que le cœur. Je me sens punie car je vois que l'entrave qui me lie à un infâme ne se rompt pas. C'est ma faute, oui, car, en un moment de dépit, je me suis unie à un bandit par des liens éternels. Nous faisons des choses horribles et nous nous effrayons des conséquences ! J'ai fait du mariage une blague horrible et criminelle...
- Tu as le sens de la religion, je crois en l'âme immortelle, en la justice éternelle, aux désirs de perfection.

En quittant les lieux pour la dernière fois, León entra dans la chapelle ardente et vit María, attendant pour ainsi dire au seuil de l'empire de la poussière qu'on lui indique le lieu de repos absolu de ce qui n'est pas organique. Son esprit, plus égoïste que généreux, était entré, peut-être avec un gémissement de surprise et de crainte, dans la région inconnue de la connaissance des amours et l'appréciation exacte du bien et du mal.



## Chapitre VI

### Miau

C'est d'une manière toute biblique que Galdós nous présente le petit Luisito, un garnement comme tous les garnements du monde, mais qui aura le privilège de voir Dieu.

En cinq apparitions, liées à son état de santé, le petit-fils de Villaamil nous dévoile un secret qui ne surprend personne, sauf le lecteur. Celui-ci croit deviner une ressemblance entre Dieu et le mendiant à la barbe blanche mais, au fur et à mesure des rendez-vous divins, il doit se poser des questions. La naïveté du petit Cadalso et son esprit d'enfance en font un être dont "les anges voient la face du Père" selon saint Matthieu. La voie de l'enfance semble être une voie qui conduit inmanquablement au Royaume.

### Miau

A quatre heures de l'après-midi, la marmaille de l'école publique de la Place du Limón se bousculait pour sortir de la classe dans un tintamarre de tous les diables. Aucun hymne à la liberté, parmi les nombreuses compositions des différentes nations, n'est aussi beau que celui qu'entonnent les opprimés de l'école élémentaire quand on leur lâche la bride de la discipline scolaire et qu'on les laisse se jeter dans la rue, piaillant et sautillant.

Ils sortirent donc en masse ; le dernier voulant être le premier et les petits criant plus que les grands. Parmi eux, il y en avait un de petite taille qui s'écarta du groupe pour reprendre seul et en silence le chemin qui le ramenait chez lui. Ses compagnons le notèrent très vite et considérant cet écart comme une fuite, ils vinrent le harceler par des moqueries et des blagues d'un goût douteux. Deux ou trois parmi les plus dévergondés commencèrent à lui lancer des pierres et à crier *Miau*. Tout le groupe reprit en chœur dans un infernal chahut : *Miau, Miau*.

Le pauvre gamin victime de ces moqueries s'appelait Luisito Cadalso. Il avait huit ans, peut-être dix ; il était si timide qu'il évitait l'amitié de ses compagnons, craignant les blagues de certains, ne sentant pas en lui le panache de la réplique. Il était toujours le moins prompt à faire des bêtises, le moins brillant et le plus maladroit dans les jeux, le plus correct en classe, bien qu'un des moins doués, peut-être parce que sa propre timidité l'empêchait de dire ce qu'il savait bien ou de dissimuler ce qu'il ignorait. En arrivant au coin de la rue Comendadoras de Santiago pour rentrer chez lui, rue Quiñones, face à la Prison des femmes, un



de ses condisciples le rejoignit, chargé de livres, l'ardoise sur le dos, le pantalon en loques, les chaussures trouées, le bonnet bleu sur des cheveux rasés et la frimousse rappelant celle d'une souris. Il s'appelait Silvestre Murillo, et c'était le plus appliqué de l'école et le meilleur ami de Cadalso. Son père, le sacristain de l'église de Monserrat, le destinait à suivre des cours de Droit parce qu'il s'était mis dans la tête que ce gamin-là arriverait à être quelqu'un, peut-être orateur célèbre et pourquoi pas ministre. La célébrité en herbe s'adressa ainsi à son compagnon :

- Ecoute, *Caarso*, si on m'avait fait ce coup-là, des baffes que je leur aurais données, ils en auraient la tête toute bleue. Mais, toi, tu n'as aucun cran. Moi, je dis qu'on ne doit pas donner de surnom aux gens. Tu sais, toi, de la faute à qui ? Eh bien, de *Posturitas*, celui de la banque de dépôts. Hier, il est allé raconter que sa mère avait dit qu'on appelait ta grand-mère et tes tantes les *Miau* parce qu'elles ont des bobines de chat. Il a dit qu'au Paradis du Théâtre Royal, on leur a donné ce mauvais surnom, qu'elles sont toujours au même endroit et que lorsqu'on les voit entrer tous les gens disent : "Tiens, les *Miau* sont déjà là".

Luisito Cadalso devint tout rouge. L'indignation, la honte et la stupeur qu'il ressentait ne lui permirent pas de défendre la dignité de sa famille outragée.

- *Posturitas* est un grossier personnage et un moins que rien, ajouta Silvestre, car donner des surnoms est le fait de pauvres types. Son père est un pauvre type et sa mère aussi, ses tantes aussi. Ils ne font que sucer le sang des pauvres, et, tu peux me croire, celui qui ne retire pas sa cape en gage chez eux, ils le plument, c'est-à-dire qu'ils la vendent et le laissent mourir de froid. Ma mère les appelle *les Harpies*<sup>14</sup>. Tu ne les as jamais vus au balcon suspendre leurs capes pour leur faire prendre l'air ? Ils sont laids comme des poux et mon père dit qu'avec le nez qu'ils ont, on pourrait faire des pieds de table et il y aurait encore de la marge... Eh bien, *Posturitas* aussi est un beau singe ; il est toujours en train de faire des grimaces comme les clowns du cirque. Evidemment, comme on lui a donné un surnom à lui, il veut se venger et il s'en prend à toi. Il ne me la fait pas à moi, bon sang de bon sang ! parce qu'il sait que j'ai mauvais caractère, mais alors, très mauvais caractère... comme toi, tu es si peu de choses, je veux dire que tu ne réponds pas quand on te dit quelque chose et ben voilà pourquoi il n'a pas de respect pour toi.

---

14- Les harpies sont des prédateurs extrêmement efficaces.



Cadalsito s'arrêta devant la porte de chez lui et regarda son ami avec tristesse. L'autre lui donna un grand coup de coude et lui dit :

- Moi, je ne t'appelle pas *Miau*, hein ! N'aie pas peur, je ne vais pas t'appeler *Miau* ; et il détala vers Monserrat.

Le gamin monta à toute vitesse. La porte lui fut ouverte par une dame dont la figure aurait pu donner des motifs de controverses numismatiques, le passé ayant, comme sur certaines monnaies, effacé l'inscription, ainsi, parfois, de profil ou en pleine lumière, on avait envie de lui donner soixante ans et parfois, l'observateur averti se limitait dans son appréciation à quarante-huit ou cinquante ans à peine. C'était madame Villaamil, doña Pura, la grand-mère du petit Luisito. Elle avait une fille, Abelarda et une sœur Milagros.

Don Ramon Villaamil, époux de doña Pura, était un vieil homme, grand et sec, des yeux immenses et terribles, la peau jaunie, toute sillonnée de plis énormes dans lesquels les rayons d'ombre semblaient des taches ; les oreilles transparentes, longues et collées au crâne ; la barbe courte, clairsemée et soyeuse avec des poils blancs distribués de manière capricieuse, dessinant des mèches blanches sur le reste noir ; le crâne lisse, couleur d'os sorti de terre, comme si on venait de le sortir d'un ossuaire pour lui en couvrir le cerveau. La solidité de la mâchoire, la grandeur de la bouche, la combinaison des trois couleurs noir, blanc et jaune, disposées en lignes, la férocité des yeux noirs, poussaient à comparer un tel visage à celui d'un vieux tigre malade, qui après avoir été montré dans les cirques ne conserve déjà plus que l'antique beauté pittoresque de sa peau zébrée.

Il écrivait à toutes ses connaissances, à ses amis, à ses anciens chefs de bureau pour les supplier de lui retrouver du travail. Il était au chômage et, à la veille de la retraite, ce n'était pas une bonne affaire. Luisito était souvent chargé de faire le facteur. Il était le messenger des angoisses terribles de son grand-père, de ses tristesses et de ses impatiences. C'est lui qui répartissait, dans l'un ou l'autre de ces quartiers, les demandes du malheureux chômeur, implorant une recommandation ou une aide. Et dans cette activité de marcheur, l'enfant acquit un tel savoir topographique qu'il parcourait tous les quartiers de Madrid sans se perdre ; même s'il connaissait le chemin le plus court, il prenait souvent le plus long, par habitude ou par vice de badaud ou par instinct d'observation, profitant de cela pour contempler les devantures, entendre sans en perdre une syllabe tous les discours des charlatans qui vendent des élixirs et font des tours de prestidigitation. Il était parfois accompagné de Canelo, le chien de la voisine qui ne demandait pas mieux que de sortir en bonne compagnie.



Luisito et Canelo parcouraient une partie de la rue Ancha et entraient dans la rue Pez, suivant le même itinéraire. Le chien prenait un peu d'avance, s'arrêtait et regardait en arrière, langue pendante. Luis s'arrêtait pour voir les devantures et parfois disait à son compagnon ceci ou quelque chose d'approchant : "Canelo, regarde les belles trompettes". L'animal se mettait sur ses pattes de derrière et s'appuyait sur le bord de la vitrine ; mais ça ne devait pas être très intéressant pour lui les fameuses trompettes, car il ne traînait pas à repartir devant. Ils arrivèrent enfin à la rue Amor de Dios. Depuis qu'il s'était fait aboyer dessus par un autre chien, locataire de la maison des Cucurbitas, Canelo avait adopté l'attitude prudente de ne pas monter et d'attendre son ami dans la rue.

Cadalsito se souvenait très bien du déroulement habituel : monsieur Cucurbitas, après avoir lu la lettre de Villaamil, en écrivait une autre ou bien, sans rien écrire, sortait de son portefeuille, un petit billet vert ou rouge, et le mettant dans une enveloppe, le lui donnait en disant : "Allez, mon gars ; c'est bon, tu es libéré." Il était aussi habituel qu'il sorte de sa poche quelques douros ou pesetas, en fasse un petit paquet et le lui donne, accompagnant cette action des sempiternels mots qu'il ajoutait : "Fais bien attention, ne le perds pas, qu'un voleur ne te le prenne pas. Mets-le dans la poche de ton pantalon, mon brave garçon. Allez, au revoir."

Ce soir-là, hélas ! debout devant le bureau de ministre, Luis observa que don Francisco écrivait une lettre, fronçant les épais sourcils, et qu'il refermait l'enveloppe sans y mettre ni billet ni monnaie. L'enfant remarqua aussi qu'en faisant sa signature, notre homme poussait un gros soupir et qu'ensuite il le regardait avec une immense pitié.

- Portez-vous bien, dit Cadalsito en prenant la lettre ; et le brave homme lui mit la main sur la tête.

En le congédiant, il lui donna deux grosses pièces, accompagnant son geste de ces mots magnanimes : "Pour que tu t'achètes des gâteaux." L'enfant sortit, tout plein de reconnaissance... Mais en descendant l'escalier, il lui vint une triste idée : "Aujourd'hui, la lettre ne contient rien." C'était, en effet, la première fois qu'il sortait comme ça avec une enveloppe vide. C'était la première fois que don Francisco lui donnait des pièces à lui, pour sa poche à lui et la première fois qu'il l'encourageait au vice, qu'il l'encourageait à manger des brioches. Il nota tout cela avec cette pénétration que lui donnait l'expérience précoce de ces messages. "Mais, qui sait ! dit-il plein des idées que son innocence lui suggérait, peut-être qu'il lui dit qu'on va lui trouver du travail demain..."

Canelo, impatient, le rejoignit devant la porte. Ils se mirent tous les deux en route et, dans une pâtisserie de la rue las Huertas, Luis acheta deux brioches à dix centimes. Le chien en mangea une, Cadalsito l'autre. Ensuite, se léchant les



babines, ils pressèrent le pas, cherchant le trajet le plus court dans ce même labyrinthe de rues et de places inégalement éclairées et fréquentées.

En entrant dans la rue Puebla, Cadalsito était si fatigué que, pour recouvrer ses forces, il s'assit sur les marches d'une des trois portes du couvent de la rue don Juan de Alarcón. Et tout juste assis sur la pierre froide, le voilà pris d'un profond sommeil... C'était plutôt comme un évanouissement que le gamin connaissait bien et dont il prenait conscience par d'étranges symptômes : "Bon sang ! pensa-t-il, très angoissé, voilà que ça me reprend... ça me reprend, ça me..." En effet, cela le prenait de temps en temps, une sorte de malaise très bizarre, ça commençait par la tête lourde, une somnolence, il avait froid dans le dos et cela se terminait par une perte de connaissance. Ce soir-là, entre le bref instant où il s'était senti défaillir et sa perte de sensations, il se souvint d'un pauvre qui demandait l'aumône sur ce même escalier où il était précisément. C'était un vieil aveugle à longue barbe blanche un peu jaunissante, enveloppé dans une grande cape brune, rapiécée et sale, avec de longs plis. Il avait la tête nue et grisonnante ; le chapeau à la main, il demandait l'aumône sans bouger les lèvres, son attitude suffisait. Luis avait beaucoup de respect pour la vénérable silhouette du mendiant et jetait souvent quelques centimes dans son chapeau quand il en avait en trop : ce qui n'arrivait pas souvent.

Donc, comme je vous disais, l'enfant tomba en léthargie, la tête penchée sur la poitrine, et c'est alors qu'il se rendit compte qu'il n'était pas seul. A côté de lui, il y avait une grande personne. Était-ce l'aveugle ? Un moment, Luis crut bien que oui parce qu'il avait une barbe blanche et épaisse et son corps était couvert d'une cape ou d'un grand manteau... C'est là que Cadalso commença à remarquer les différences et les ressemblances entre le pauvre et la grande personne, car celle-ci pouvait voir et regarder et ses yeux étaient comme des étoiles, tandis que le nez, la bouche et le front étaient identiques à ceux du mendiant, la barbe avait la même taille, quoique plus blanche, beaucoup plus blanche. Et puis la cape était pareille et différente à la fois : c'étaient les mêmes grands plis, la même manière d'être de celui qui était dessous ; les couleurs différaient et Cadalsito ne pouvait pas bien les définir. Était-ce blanc, bleu ou... diable ! quelle couleur était-ce ? Il y avait des ombres douces entre lesquelles glissaient des reflets lumineux comme ceux qui filtrent par les trouées nuageuses. Luis pensa qu'il n'avait jamais vu de tissu comme ça. De tous ces plis, le personnage sortit une très jolie main blanche. Luis n'avait jamais vu de main aussi jolie, une main forte, solide, comme celle d'un homme et fine comme celle d'une femme... Cette personne-là le regarda avec une bienveillance paternelle et lui dit :

- Tu ne me reconnais pas ? Tu ne sais pas qui je suis ?



Luisito le regarda longuement. Son manque de courage l'empêchait de répondre. Alors l'homme mystérieux, souriant comme un évêque qui donne sa bénédiction, lui dit :

- Je suis Dieu. Tu ne m'as pas reconnu ?

Cadalsito se sentit alors, non seulement sans aucun courage mais il fut pris de panique. Il ne pouvait presque plus respirer. Il voulut se ragailhardir en montrant son incrédulité et, après de grands efforts, sa voix se fit entendre :

- Dieu, vous, vous ?... J'aimerais bien...

Mais l'apparition, car c'est bien comme ça qu'il faut l'appeler, indulgente face à l'incrédulité du bon Cadalso, accentua son sourire amical et insista :

- Oui, je suis Dieu. On dirait que tu as peur. N'aie pas peur. Je t'aime bien, je t'aime beaucoup...

Luis commença à oublier sa peur. Il se sentait ému et avait envie de pleurer.

- Je sais bien d'où tu viens, continua l'apparition. Monsieur Cucurbitas ne vous a rien donné ce soir. Mon garçon, tu sais, ce n'est pas toujours possible. C'est bien ce qu'il a dit. Il y a tant de besoins à combler !...

Cadalsito poussa un grand soupir pour reprendre sa respiration. Il contemplait le beau vieillard qui s'était assis, appuyant les coudes sur ses genoux et ramassant dans sa main sa barbe resplendissante, il tourna la tête vers le petit et, donnant apparemment beaucoup d'importance à leur conversation, poursuivit :

- Il faut que, toi et ceux de ta famille, vous ayez de la patience, mon ami Cadalsito, beaucoup de patience.

Luis soupira avec force, se sentit libéré de sa peur et désormais, plein d'initiatives, s'efforça de dire :

- Et quand est-ce qu'on va donner du travail à mon grand-père ?

L'excellente personne qui parlait avec Luisito cessa un instant de le regarder et, les yeux fixés au sol, semblait méditer. Puis il regarda à nouveau le petit et, tout en soupirant, car lui aussi soupirait, prononça ces paroles profondes :

- Rends-toi compte. Pour chaque place libre, il y a deux cents prétendants. Les ministres deviennent fous, ils ne savent pas qui contenter. Il y a tant de compromis que je ne sais pas comment ils vivent, les pauvres. Patience, mon petit, patience, le document finira bien par arriver quand l'occasion se présentera... Pour ma part, je ferai



quelque chose aussi pour ton grand-père... Qu'est-ce qu'il va être triste quand il va recevoir cette lettre ! Fais attention à ne pas la perdre... Tu es un bon garçon mais il faut que tu étudies un peu plus. Aujourd'hui, tu n'as pas su ta leçon de grammaire. Tu as dit tant de bêtises que tu as fait rire toute la classe et ils n'avaient pas tort. Quelle idée de dire que le participe exprime l'idée du verbe dans l'abstrait ? Tu as confondu avec le gérondif et puis tu as fait une salade des modes et des temps. Tu ne fais pas attention, il faut dire que lorsque tu te mets à étudier, tu rêves...

Cadalsito devint tout rouge et, glissant ses deux mains entre ses genoux, il les serra.

- Ça ne suffit pas d'être bien sage en classe, il faut étudier, bien te concentrer sur ce que tu lis et bien retenir. Sinon, on est mal parti ; je vais me fâcher et ne me dis pas que c'est parce qu'on n'a pas trouvé de travail à ton grand-père... Tant que j'y suis, tu as raison de te plaindre de *Posturitas*. C'est un gros bêta, un mal élevé, et je vais lui froter les oreilles s'il te redit *Miau*. Bien entendu, cette histoire de surnom, il faut le supporter avec patience ; et quand ils te rediront *Miau*, toi, ne dis rien et supporte. Ils pourraient te dire des choses bien pires.

Cadalsito était très reconnaissant, même s'il savait que Dieu était partout, il n'en revenait pas de savoir qu'il était au courant de tout ce qui se passait à l'école. Il osa dire :

- Bon sang ! si je l'attrape !...
- Ecoute, mon ami Cadalso, lui dit son interlocuteur avec une sévérité toute paternelle, ne fais pas le caïd, tu n'es pas fait pour te bagarrer avec tes copains. Ce sont des brutes. Tu sais ce que tu vas faire ? Quand ils t'appelleront *Miau*, tu le diras au maître et tu vas voir comment il va le mettre au piquet une demi-heure ce *Posturitas*.
- Ah ! Ça, si c'était vrai... ne serait-ce qu'une heure.
- Ce surnom de *Miau* qu'on a attribué à ta grand-mère et à tes tantes au paradis du Royal, tu sais que ça leur va bien car on dirait bien trois petits chats. Elles font très délicates. Le surnom est marrant.

Luis se sentit attaqué dans sa dignité ; mais il ne dit rien.

- Je sais bien que ce soir elles vont encore au Royal, ajouta l'apparition. Cela fait un moment, Ponce leur a apporté les billets. Pourquoi tu ne



leur dis pas de t'emmener ? Ça te plairait beaucoup ça, l'opéra. Si tu voyais comme c'est beau !

- Elles ne veulent pas m'emmener... Ah !... (*inconsolable*). Dites-le-leur, vous.

Même si on tutoie Dieu dans les prières, Luis trouvait qu'un tel traitement était irrévérencieux, *face à face*.

- Moi ? Je ne veux pas me mêler de cela. En plus, ce soir, elles vont être de mauvaise humeur. Et ton pauvre petit grand-père ! Quand il va ouvrir la lettre... Tu ne l'as pas perdue ?
- Non, Monsieur, je l'ai là, dit Cadalso en la sortant. Vous voulez la lire ?
- Mais, non, petit sot. Je sais bien ce qu'elle contient... Ton grand-père va passer un mauvais moment ; mais qu'il se console. Les temps sont durs, très durs...

L'excellente image répéta deux ou trois fois les mots "*très durs*", en remuant la tête avec une expression de tristesse ; et elle disparut tout d'un coup. Luis se frotta les yeux, il voyait bien qu'il était éveillé et reconnaissait bien la rue. En face, il vit la boutique de paniers dans la vitrine de laquelle il y avait deux têtes de taureau avec un museau et des cornes d'osier, jouet préféré des enfants de Madrid. Il reconnut aussi la cave à vins, la devanture avec ses bouteilles ; il vit, dans les passants, des gens normaux et Canelo était toujours à ses côtés, c'était un chien bien réel. Il recommença à regarder autour de lui, cherchant des traces de sa merveilleuse vision ; mais il n'y avait rien. "C'est que ça m'a repris, pensa Cadalsito, ne sachant pas comment définir ce 'ça qui le reprenait' ; mais ça m'a repris de manière différente."

Quand il se leva, il avait les jambes si faibles qu'il pouvait à peine se tenir debout. Il tâta ses vêtements de peur d'avoir perdu sa lettre ; mais elle était toujours là. Bon sang ! Il avait eu bien d'autres évanouissements, mais jamais il n'avait vu de personnage si... si... il ne savait pas comment dire. Et il l'avait vu et lui avait parlé, ça, il n'y avait aucun doute. Tu parles, ce Grand Monsieur-là !... Et si c'était Dieu le Père Eternel en chair et en os !... Ou bien le vieil aveugle qui voulait lui jouer un tour !... Tout en pensant à tout cela, Luis se dirigea vers chez lui à la vitesse que lui permettaient ses jambes flageolantes. La tête lui tournait et le froid dans le dos ne le quittait pas, même en marchant. Canelo semblait inquiet... Et s'il avait vu quelque chose, lui aussi ! C'est dommage qu'il ne puisse pas parler pour témoigner de la véracité de la merveilleuse vision ! Parce que Luis se souvenait très bien que Dieu avait caressé deux ou trois fois la tête de Canelo et que celui-ci le regardait la langue pendante... Eh bien, Canelo pourrait peut-être confirmer...



Il arriva enfin à la maison et, comme s'ils l'avaient entendu monter, Abelarda lui ouvrit la porte avant qu'il n'ait à frapper et son grand-père sortit inquiet pour l'accueillir. L'enfant, sans dire un mot, lui remit la lettre en mains propres. Don Ramón s'en alla vers le bureau en la palpant avant de l'ouvrir et, au même instant, doña Pura appela Luis pour qu'il aille manger car la famille était en train de finir. Ils ne l'avaient pas attendu parce qu'il était très en retard et que les femmes devaient aller au théâtre en vitesse pour trouver une bonne place au paradis avant que les gens ne s'y précipitent. Entre deux assiettes collées l'une à l'autre, on lui avait gardé de la soupe et du ragoût ; c'était froid quand il se mit à goûter ; mais il avait si faim qu'il ne fit pas tellement attention à la température.

...

Cadalsito était dans la salle à manger, assis, les coudes sur la table, ses livres devant lui. Il y en avait tant que l'écolier était fier d'en avoir tant alignés et on aurait dit qu'il les passait en revue, comme un général ses unités tactiques. Les pauvres malheureux étaient si mal en point qu'on aurait cru qu'ils avaient servi de projectiles dans de furieux combats ; les pages étaient retournées, les coins des couvertures écornés ou cassés, la reliure crasseuse et collante. Mais à aucun, il ne manquait, en première page, l'inscription en lettres hésitantes qui en révélait le propriétaire, car cela aurait été bien dommage de ne pas savoir qu'ils n'appartenaient qu'à Luis Cadalso y Villaamil. Celui-ci en prit un au hasard pour voir sur quoi ça tomberait. Bon sang ! C'était toujours la satanée Grammaire ! Il l'ouvrit avec précaution et vit les lettres se promener comme des fourmis sur le papier éclairé par la lumière de la lampe suspendue. On aurait dit des moustiques qui virevoltaient autour d'un rayon de soleil. Cadalso lut quelques lignes : "Qu'est-ce qu'un adverbe ?" Les lettres de la réponse étaient celles qui ne voulaient pas se laisser lire, car elles couraient et sautaient d'une marge à l'autre. Total, l'adverbe devait être quelque chose de très bien mais Cadalsito ne parvenait pas à s'en convaincre de manière claire. Ensuite il lut des pages entières, sans que le sens ne lui pénètre l'esprit, cet esprit qui était encore sous l'emprise de l'étonnante vision qu'il avait eue ; sous l'emprise aussi de ce malaise corporel, même s'il avait mangé de bon appétit ; comme il avait remarqué qu'en fixant son attention sur le livre, c'était pire, il pensa qu'il n'y avait plus qu'à plier les coins des pages de la Grammaire une à une, jusqu'à ce que le pauvre livre soit frisé comme une scarole.

Il en était là quand il entendit son grand-père sortir de son bureau. La lampe s'était éteinte faute de pétrole et, même s'il n'écrivait pas, l'obscurité le poussa de son antre vers la salle à manger. Une fois dans le couloir, le pauvre homme fit les cent pas pendant un moment, très énervé, parlant tout seul et trébuchant



de temps en temps car les tapis, mal arrangés et même troués par place, ne permettaient pas le passage régulier à ces endroits-là.

Les autres soirs, lorsque grand-père et petit-fils restaient seuls, ce dernier récitait ses leçons en les répétant et en se les fixant dans la mémoire. Ce soir-là, Villaamil n'était pas d'humeur à s'occuper des leçons, ce qui arrangea bien le petit qui pour bien faire, se mit à déplier les coins des pages du texte martyrisé, les repassant avec le plat de la main. Peu après, le même livre devint un doux oreiller pour sa tête fatiguée de tant d'études et de visions. Il laissa tomber la grammaire et s'endormit sur la définition de l'adverbe.

Luis, profondément endormi, voyait l'individu à barbe blanche ; et le plus curieux est qu'il le voyait assis à un bureau sur lequel il y avait plein de choses, plein, plein de lettres, pas moins de deux millions d'après Cadalso. Le Seigneur écrivait d'une écriture que Luis jugeait la plus belle qu'on puisse imaginer. Don Celedonio, le maître d'école, ne ferait pas mieux. Une fois terminée, le Père Eternel mettait chaque lettre dans une enveloppe plus blanche que la neige, il l'approchait de sa bouche, il en sortait une longue langue fine et rosée et il humidifiait rapidement la partie gommée. Il fermait et reprenait la plume qui, chose étrange était celle de Mendizábal, son voisin, le maître de Canelo. Il la trempait, pour être précis, dans le même encrier et il s'apprêtait à écrire l'adresse. En regardant pardessus son épaule, Luisito crut voir que la main immortelle traçait sur le papier les mots suivants :

*Je vous prie de bien vouloir agréer...  
A son excellence, Monsieur le Ministre du Trésor Public,  
où qu'il soit,  
son plus fidèle serviteur,  
Dieu.*

Villaamil, seul et fiévreux, se retournait sans pouvoir dormir dans son grand lit matrimonial dont le sommier était tout aussi pitoyable avec ses ressorts cassés et enfoncés à certains endroits, ressortis à d'autres. Le matelas de laine, qui était par dessus, n'était pas en reste, car tout s'était accumulé là avec des vides ici, de sorte que ce lit aurait bien pu figurer dans les cachots de l'Inquisition pour mettre les hérétiques à l'épreuve. Le pauvre sans-emploi trouvait dans son lit l'expression ou l'origine des tortures de son âme, et ainsi, quand le fourmillement du sommeil le faisait se retourner, il tombait dans un abîme profond, d'où jaillissait la bosse d'un démon, énorme éperon qui le piquait dans les reins ; et quand il ressortait de ces abîmes, un amas de laine, dur et épais comme un poing, lui esquinait les côtes.

La pauvreté, dans laquelle ils se trouvaient, ne leur permettait pas d'avoir une domestique et les femmes à elles trois faisaient, de manière désordonnée, les



travaux ménagers. Milagros était celle qui cuisinait ; elle se levait de bon matin avant les deux autres ; mais la nuit précédente, elle s'était couchée tard et, quand Villaamil sortit de sa chambre et se dirigea vers la cuisine, la cuisinière n'y était pas encore. Il examina le fourneau sans feu, le seau à charbon vide et, dans le placard qui faisait office de garde-manger, il vit des quignons de pain, un tas de papiers tachés de graisse, qui devaient avoir contenu quelques restes de jambon, de la viande froide ou quelque chose comme ça, une assiette et quelques haricots, un morceau de saucisse, un œuf et un demi citron... Le tigre poussa un soupir et passa à la salle à manger pour vérifier le tiroir du buffet, dans lequel, entre les couteaux et les serviettes, il y avait quelques morceaux de pain sec. Sur ce, il entendit quelqu'un qui bougeait, puis un bruit d'eau qui coulait et voilà qu'apparut Milagros avec sa tête féline, toute lavée, sa blouse non boutonnée, des bigoudis dans les cheveux et un fichu blanc sur la tête.

- Il y a du chocolat ? lui demanda son beau-frère sans autre salut.
- Il n'y en a plus qu'un tout petit peu, répliqua la dame, s'empressant d'aller ouvrir le tiroir de la table de la cuisine où il se trouvait. Je vais t'en faire tout de suite.
- Non, pour moi, non. Fais-en pour le gamin. Moi, je n'ai pas besoin de chocolat. Cela ne me dit rien. Je prendrai un peu de pain sec et je boirai ensuite un peu d'eau

Un matin, Luisito arriva au moment où ses grands-parents étaient en train de se chamailler à propos de savoir s'il fallait avoir de l'espoir ou non. Il rendit compte de la fidèle distribution de toutes les lettres. Il avait faim, froid et la tête lui faisait un peu mal. Au retour de son expédition, il s'était assis sous le portique des Alarconas ; mais *ça n'était pas arrivé*, il n'avait eu aucune vision sous aucune forme.

Canelo ne quittait pas doña Pura, la suivant du bureau à la cuisine et de la cuisine à la salle à manger et, quand on appela le maître de maison à table, comme il tardait un peu à venir, c'est le chien qui alla le chercher. Par ses battements de queue, il disait : "Si vous n'avez pas faim, dites-le ; mais ne nous laissez pas attendre si longtemps."

...

Don Ramón, quitta le salon pour chercher, dans l'intérieur obscur de la maison, les ténèbres qui convenaient bien à ses pensées pessimistes. Il entra machinalement dans l'alcôve de Milagros qui était en train de déshabiller Luis pour le coucher. Le pauvre gamin avait fait quelques tentatives d'études, mais celles-ci furent complètement vaines. Il avait mal à la tête et avait le pressentiment et la crainte de la vision, car celle-ci, tout en lui apportant



beaucoup de plaisir, lui causait aussi beaucoup d'angoisses. Il alla se coucher avec l'idée que le malaise viendrait et qu'il allait voir des choses bizarres. Quand son grand-père entra, il était déjà au lit et sa tante lui faisait réciter les prières habituelles : *Avec Dieu je me couche, avec Dieu je me lève... etc.* Il récitait tout par cœur. Brusquement, il se tourna vers Villaamil et lui dit :

- Mon cher grand-père, c'est vrai que monsieur le Ministre t'a bien reçu ?
- Oui, mon garçon, répondit le vieillard, surpris de cette sortie et du ton avec lequel c'était dit. Et toi, comment tu le sais ?
- Moi ?... je le sais.

Cadalsito regardait son grand-père avec une expression si bizarre que le pauvre monsieur ne savait quoi penser. On aurait dit l'enfant-Jésus, impression qui n'est autre chose que le sérieux de l'homme en harmonie avec la grâce de l'enfance. Chose bizarre ! A Cadalsito, il ne lui arriva rien cette nuit-là, il ne sentit rien et ne vit rien car, à peine couché, il s'endormit d'un profond sommeil. Le lendemain, ce lui fut difficile de se lever. Il se sentait épuisé comme s'il avait marché longtemps par des chemins inconnus et lointains dont il ne se souvenait pas.

Il alla à l'école et ne sut pas sa leçon. Il se trouvait si maladroit ce jour-là que le maître se moqua de lui et froissa sa dignité devant tous les autres. Il s'était rarement vu à l'école si moqué que cette fois-là. Cadalsito dut supporter d'être envoyé au coin de la classe le plus éloigné en signe d'ignorance et de mauvaise application. A onze heures, au moment d'écrire, Cadalso avait, auprès de lui, le fameux *Posturitas*, petit garçon drôle et espiègle, souple comme un ver de terre et si turbulent que là où il était, il ne pouvait y avoir de tranquillité. Il s'appelait Paquito Ramos y Guillén, et ses parents étaient les gérants de la maison de prêts sur gage de la rue Acuerdo.

L'oncle maternel de *Posturitas* devait son surnom à la vivacité de souris de ses mouvements, à la facilité avec laquelle il imitait les attitudes et les gestes des clowns et des contorsionnistes du Cirque.

Ce matin-là, quand le maître ne le voyait pas, *Posturitas* ouvrait le pupitre et, avec son ami Cadalso, enfonçait la tête dans le casier pour voir les diverses choses qu'il y avait. Le plus remarquable était une collection d'anneaux, sur lesquels brillaient l'or et les rubis. N'allez pas croire que c'était du métal, mais du papier, ce genre d'anneaux qu'utilisent les fabricants pour décorer les cigares médiocres et les faire passer pour des bons.

L'espièglerie de *Posturitas*, fidèlement rapportée par Cadalso, consistait à mettre à tous ses doigts ces bijoux surprenants et, lorsque le maître ne les regardait pas, lever la main et la montrer aux autres galopins avec deux ou trois anneaux



à chaque doigt. Si le maître venait vers lui, il les enlevait à toute vitesse et se mettait à écrire comme si de rien n'était. Mais, dans un brusque retournement, le digne instituteur surprit Cadalsito, la main en l'air, en train de distraire toute la classe. A peine l'avait-il vu qu'il explosa de colère. Il découvrit rapidement que le principal chenapan était ce malin de *Posturitas*, qui avait dans son casier un stock d'anneaux de papier ; et en un clin d'œil, le maître arracha des doigts les pierreries collées, saisit tout le stock et le détruisit, terminant par deux bons coups sur la tête de l'un et de l'autre. Ramos se mit à pleurer et dit :

- Ce n'est pas moi... C'est la faute de *Miau*.

Et *Miau*, tout aussi chagriné de cette calomnie que du surnom, s'exclama dans une dignité implacable :

- C'était à lui. Moi, je n'en ai apporté qu'un...
- menteur...
- Le menteur, c'est lui...
- *Miau* est un hypocrite, dit le maître, et Cadalso ne sut contenir son chagrin en entendant, de la bouche de don Celedonio, le surnom injurieux.

Il éclata en larmes, inconsolable, et toute la classe reprenait en chœur ses gémissements et répétait *Miau*, jusqu'à ce que le maître, pan, pan, distribua une volée de coups, parcourant les dos et les joues, comme un garde-chiourme sauvage au milieu des rangs de galériens, frappant tout le monde sans pitié.

En sortant de l'école, le soir, pour la première fois de sa vie, Luis se rendit compte que les circonstances le rendaient courageux. Ivre de colère, il se lança sur son adversaire comme s'il s'agissait d'un adulte. Cris de sauvages, allégresse enfantine, tout cela fit écho sur toute la bande et, voyant l'incroyable charge de Cadalso, beaucoup lui crièrent :

- Vas-y ! Vas-y !

*Miau* se bagarrant avec *Posturitas*, c'était un spectacle nouveau, spectacle émouvant et tragique, quelque chose comme le lièvre qui se retourne contre le furet ou la perdrix s'en prenant au chien à coups de bec. Si *Posturitas* était vigoureux, Cadalsito ne l'était pas moins. Murillito, Polidura et les autres regardaient et applaudissaient en dansant autour, pleins d'enthousiasme comme les chefs d'un village païen, assoiffé de sang. Mais, à ce moment-là, il arriva que la fille du maître, demoiselle au genre garçon manqué, les sépara de deux paires de claques en disant :

- Bande de malappris, allez, oust, à la maison ou bien j'appelle les gendarmes qui vous emmèneront au poste.



...

Cet après-midi-là, il n'y avait pas de classe, c'était jeudi. Luisito s'en alla chez lui mais, pendant le repas, personne dans sa famille ne remarqua qu'il était encore tout retourné. Il descendit ensuite passer un petit moment en compagnie de ses amis les écrivains publics qui devaient bien lui avoir gardé quelques petites choses. C'était un jour magnifique et Paca proposa à son petit ami d'aller prendre l'air sur l'esplanade de Conde-Duque, à deux pas de la rue Quiñones.

Cadalsito vit les recrues de la Cavalerie apprendre à marcher, dirigées par un officier qui, sabre au poing, criait ses ordres pour suivre la cadence. Le petit resta à contempler les évolutions et entendait les soldats qui marchaient, marquant le pas en criant : *une, deux, une, deux*. C'était un mugissement qui se confondait avec les vibrations du sol sous les coups rythmés, comme un immense tambour, battu par un géant.

Le gamin courut derrière la troupe, faisant les mêmes gestes ; il fit des allées et venues pendant une heure marquant la cadence lui aussi, *une, deux, une, deux*, jusqu'au moment où, fatigué, il s'assit sur un tas de carreaux. C'est à ce moment-là qu'il perdit un peu connaissance ; il vit que la lourde masse de la caserne allait de droite à gauche et que le palais de Liria suivait la même direction, enfoui dans les branches du jardin dont les arbres semblaient s'étirer pour mieux respirer hors de la fosse dans laquelle ils étaient plantés. Et voilà que commença le sommeil que nous connaissons bien ; la réalité des choses présentes s'en allait, la tête lui tournait, il s'évanouissait, le mystérieux sursaut l'envahissait, c'était en réalité la peur de l'inconnu ; appuyant le front sur une énorme pierre qui était à proximité, il s'endormit comme un ange. Dès le premier instant, la vision des Alarconas se fit clairement présente, palpable comme un être vivant, assis face à lui, sans qu'il puisse dire où. Le cadre fantastique n'avait pas de fond ni de profondeur de champ. L'éminente figure emplissait tout, à elle seule. C'était le même personnage à longue barbe blanche, vêtu d'habits indéfinissables, la main gauche cachée dans les plis de son manteau, la main droite dehors, comme celle de quelqu'un qui se dispose à parler. Mais le plus surprenant fut qu'avant de prononcer le premier mot, le Seigneur avança vers lui sa main droite et Cadalsito la fixa des yeux et vit qu'il avait les doigts chargés des mêmes anneaux de la riche collection de *Posturitas*. Seulement, aux doigts souverains qui avaient fabriqué le monde en sept jours, les anneaux brillaient comme de vraies pierres précieuses et de vrais anneaux d'or. Cadalsito était tout absorbé et le Père lui dit :

- Tu vois, Luis, c'est ce que le maître vous a pris. Voilà les jolies bagues. Je les ai ramassées par terre, je les ai remises en état sans problème. Le



maître est une brute et je vais lui apprendre à ne pas donner des coups si forts. Quant à *Posturitas*, je te dirai que c'est un filou, même s'il n'avait pas de mauvaise intention. C'est un malappris. Les enfants dignes de ce nom ne donnent pas de sobriquets. Tu as eu raison de te fâcher et tu t'es bien comporté. Je vois que tu es courageux et que tu sais te battre pour ton honneur.

Luis était très content de s'entendre traiter de courageux par une personne de si haute autorité. Le respect qu'il ressentait ne lui permit pas de lui dire merci ; mais il allait dire quelque chose, quand le Seigneur, remuant la main en signe de punition, la main chargée de bagues, lui dit :

- Mais, mon garçon, si d'un côté je suis content de toi, de l'autre, je me vois obligé de te disputer. Aujourd'hui, tu n'as pas su ta leçon. Tu ne l'as même pas sue une seule fois. C'est clair que tu n'avais pas ouvert ton livre de toute la journée... (*Luisín, très affligé, remuait les lèvres pour se disculper*). Bon, je sais ce que tu vas me dire. Tu as été jusqu'à très tard en train de distribuer des lettres ; tu es revenu à la maison de nuit. Mais ensuite, tu aurais pu lire quelque chose ; ne me raconte pas d'histoires. Et ce matin, pourquoi n'as-tu pas jeté un œil sur ta leçon de géographie ? Attention aux bêtises que tu as dites aujourd'hui ! D'où sors-tu, toi, que la France est bordée au nord par le Danube et que le Pô passe par Pau ? Quelle énormité ! Tu crois peut-être que j'ai fait le monde pour que toi et d'autres petits morveux comme toi vous passiez votre temps à tout me détruire?

L'auguste personne se tut, conservant les yeux fixés sur Cadalso qui perdait certaines couleurs et en prenait d'autres. Il restait en silence, épuisé, ne sachant s'il fallait ou non regarder son interlocuteur.

- Il faut que tu prennes conscience des choses, ajouta enfin Dieu le Père, agitant sa main pleine de bagues. Comment veux-tu que je trouve un travail à ton grand-père si, toi, tu n'étudies pas ? Tu vois bien qu'il est tout abattu, le pauvre homme. Il attend son document comme on attend du pain bénit. Il se noierait dans un verre d'eau. Eh bien, c'est de ta faute, parce que si tu étudiais...

En entendant cela, l'angoisse de Cadalsito fut si grande qu'il crut qu'on lui serrait la gorge avec une corde et qu'on était en train de l'étrangler. Il voulut pousser un soupir mais ne réussit pas.



- Tu n'es pas bête et tu peux bien comprendre ça, ajouta Dieu. Mets-toi à ma place ; mets-toi à ma place et tu verras que j'ai raison.

Luis réfléchit à tout ça. Sa raison dut admettre l'argument, c'était d'une logique implacable. C'était clair comme de l'eau de roche ; tant que lui n'étudierait pas, bon sang ! Comment pouvait-on trouver du travail à son grand-père, mais c'est bien sûr ? Ça lui paraissait la vérité même et les larmes lui vinrent aux yeux. Il essaya de parler, peut-être de promettre solennellement qu'il allait étudier, qu'il travaillerait comme une bête, quand il se sentit pris par le cou.

- Eh bien, mon garçon, lui dit Paca, le secouant, tu ne vas pas t'endormir là, tu vas prendre froid.

Luis la regarda tout étourdi et, dans ses yeux, se confondirent un moment les traits de la vision et ceux du monde réel. Très vite, les images devinrent plus claires, mais pas les idées ; il vit la caserne de Conde-Duque et entendit *une, deux, une, deux*, comme quelque chose qui sortait de terre. La vision, cependant, restait gravée dans son cœur d'une manière indélébile. Il n'y avait aucun doute. Il se rappelait la main baguée, la voix ineffable du Père et Auteur de toutes choses. Il avait envie de continuer à dormir ; son cerveau était encore engourdi comme s'il était passé par un état d'ivresse ; il avait les jambes qui tremblaient et il sentait un froid intense partout dans le dos. Tout en retournant chez lui, il fut pris de doutes sur l'authenticité et la nature divine de l'apparition. "Est-ce bien Dieu, vraiment, oui ou non ? pensait-il. On dirait bien que oui, parce qu'il sait absolument tout... Mais, pourtant, il n'y a pas d'anges autour de lui."

...

Un jour, *Posturitas* tomba malade et même si malade que, la température ne baissant pas cette nuit-là, il pourrait en mourir. Deux compagnons allèrent avec Luisito chez le malade. Paquito se retourna dans son lit, se redressa sur un coude, jeta à ses amis un regard étonné et vitreux. Ses yeux tout brûlants semblaient inertes, ses lèvres violettes paraissaient noires et sur ses joues des taches lie de vin. Cadalso ressentait du chagrin et même une peur instinctive qui le maintenait écarté du lit. Le regard fixe et sans lueur de son compagnon d'école le faisait trembler. Paco Ramos sans doute ne reconnut pas les trois mais il reconnut Luisito car il dit seulement : *Miau, Miaou*, après quoi sa tête retomba sur l'oreiller. La mère fit signe aux enfants de se retirer et ils obéirent sagement.

Cadalsito s'en retourna chez lui, ce jour-là, tout songeur. Le sentiment de pitié envers son compagnon n'était pas si grand que ça parce que ce nigaud de Ramos l'avait insulté en lui lançant à la figure le surnom infamant, devant tout



le monde. L'enfance est implacable dans ses ressentiments et ce n'est pas là que l'amitié trouve ses racines. Malgré tout et sans pardonner à son ami mal élevé, il pensa faire une demande pour lui en disant : "Faites que *Posturitas* aille mieux. Cela ne vous coûte pas beaucoup. Il vous suffit de dire, *lève-toi, Posturitas* et c'est tout." Il se souvint ensuite que la maman de son ami, celle-là même qui était près de son lit, tout affligée, était celle qui avait inventé la blague ridicule. Cela renouvela l'aversion qu'il avait pour elle. "Mais ce n'est pas une *dame*, pensa-t-il. Ce n'est qu'une *femme* et maintenant Dieu la punit bien fort pour avoir donné des surnoms."

Cette-nuit-là, il était très agité, il dormait mal et se réveillait à chaque instant. Son cerveau luttait avec angoisse contre un phénomène bien bizarre. Il s'était couché avec le désir de voir son bon ami à barbe blanche. Les symptômes précurseurs étaient là mais pas l'apparition. Le plus dur pour Cadalso était qu'il rêvait qu'il le voyait, ce qui n'était pas la même chose. Tout au moins, il n'était pas satisfait et son esprit s'efforçait de raisonner de manière pénible et absurde : "Ce n'est pas lui, non, ce n'est pas lui... je ne le vois pas mais je rêve que je le vois, il ne me parle pas, mais je rêve qu'il me parle." De cette réflexion fébrile il passait à une autre : "Et là, il ne pourra pas dire que je n'étudie pas parce qu'aujourd'hui, j'ai su ma leçon, bon sang ! Le maître m'a dit : "Bien, bien, Cadalso." Et la classe tout entière n'en revenait pas. J'ai balancé tout d'une traite l'histoire de l'adverbe, et je n'en ai pas mangé un seul mot. Et quand j'ai dit que la manne tombait dans le désert, ça aussi, je l'ai su, j'ai juste trébuché après sur les Commandements, pour avoir dit qu'il les avait apportés sur un tableau, au lieu de dire sur les tables." Luis exagérait un peu l'exploit de sa leçon de ce jour-là. Il l'avait mieux récitée que les autres jours mais ce n'était pas un motif suffisant pour en faire tout un plat.

Quelques jours plus tard, on apprit que le pauvre gamin, compagnon de Luisito, était mort. Il y eut un jour de repos à l'école car, le matin, ils devaient tous aller à la sépulture du malheureux *Posturitas*. Cadalso fut tellement impressionné par la vue de l'enfant défunt qu'il faillit tomber par terre. Il lui vint un tel poids sur l'estomac qu'il croyait qu'on lui arrachait quelque chose. Le pauvre *Posturitas* paraissait plus grand qu'il ne l'était. Il était vêtu de ses meilleurs habits et ses mains croisées tenaient un bouquet de fleurs. Il avait le visage jaune avec des taches violettes, la bouche entrouverte et presque noire, laissait voir les deux grandes dents blanches du milieu, plus grandes que de son vivant... Luisín dut s'écarter de ce spectacle terrifiant. Pauvre *Posturitas*... ! Tellement calme, lui qui n'était que mouvement, si silencieux, lui qui ne cessait de chahuter, qui riait et bavardait tout le temps, si grave, lui qui était si espiègle et qui faisait toujours tourner la classe en bourrique ! Au beau milieu de l'immense trouble de son âme, Luis n'arrivait pas à définir si c'était de la peine ou de la frayeur. Il fit une observation qui se livrait un passage parmi ses



sentiments, c'était comme la voix de l'égoïsme, plus évidente chez les enfants que celle de la pitié. "Maintenant, pensa-t-il, il ne m'appellera plus *Miau*." Et ce disant, il avait l'impression d'être soulagé d'un grand poids, comme quelqu'un qui résout un dur problème ou qui voit un danger écarté. En descendant l'escalier, il essayait de se consoler du malaise qu'il ressentait en affirmant mentalement : "Il ne m'appellera plus *Miau*... Qu'il dise *Miau*, maintenant !"

On ne tarda pas à mettre la caisse bleue dans le corbillard. A tous les balcons de la maison, sans oublier l'établissement de prêts, beaucoup de femmes se penchaient pour voir partir l'enterrement. Guillén, le boiteux, apparut, les yeux rougis à force de pleurer, il avait le visage si sérieux qu'on aurait dit qu'il n'était plus le même. C'est lui qui s'occupa de tout et distribua les gerbes, il en confia une à Cadalso. Ensuite, celui-ci monta dans la voiture où était déjà le maître avec sa canne en rotin et son chapeau haut-de-forme flétri...

Au cimetière, la curiosité, plus forte que la peur, poussa Cadalso à tout regarder... Ils descendirent le cadavre du corbillard, le prirent à deux, ouvrirent la boîte... Luis ne comprenait pas pourquoi, après lui avoir caché le visage avec un mouchoir, ces brutes jetèrent de la chaux sur lui... Mais un ami lui expliqua. Cadalso sentait sa gorge se resserrer à voir toutes ces opérations. Il fourrait la tête entre les jambes des plus grands pour voir, pour mieux voir. C'était bizarre que *Posturitas* soit si calme et si muet pendant qu'on faisait cette hérésie de lui couvrir le visage de chaux. Ensuite, ils fermèrent le couvercle... Quelle horreur de rester dedans !

Ils donnèrent la clé au boiteux puis ils mirent la boîte dans un trou, là, tout au fond, là... Un maçon commença à boucher le trou avec du plâtre et des briques. Cadalso ne le quittait pas des yeux... Quand il vit que tout était terminé, il poussa un très gros soupir, comme l'explosion d'une respiration retenue très longtemps. Pauvre *Posturitas* ! "Eh bien, Monsieur, tous ceux qui voudront pourront bien me traiter de *Miau*, mais celui-ci ne le fera plus."

...

Le soir, à quatre heures, Cadalso repartit avec une nouvelle lettre qu'il devait remettre au Palais du Congrès. Il dévisagea un monsieur à casaque et enleva sa casquette (car, il était toujours poli rien qu'à voir les galons, même s'il ne distinguait pas la hiérarchie), il lui donna la lettre et dit timidement :

- J'attends la réponse.

Le concierge lut l'enveloppe et dit :

- Je ne sais pas s'il est là. On fera passer.



Et mettant la lettre dans un guichet, il dit à Luis d'entrer dans la salle à droite. Il se passa bien une heure, l'enfant bâillait d'ennui sur ce banc un peu dur. Là, il sentit que sa vue se troublait et que des frissons lui parcouraient le dos. L'attaque du mal fut si brusque et si violente qu'il n'eut que le temps de se dire : "Ça y est, ça y est" ; et laissant sa tête retomber sur son épaule, son corps penché vers le coin le plus proche, il s'endormit profondément.

Pendant un moment, Cadalsito ne vit rien devant lui. Tout n'était que ténèbres, vide et silence. Au bout d'un petit moment, face à lui, le Seigneur... assis, mais où ? Derrière lui, il y avait comme des nuages, une masse blanche, lumineuse qui bougeait par ondulations comme la fumée. Le Seigneur était sérieux. Il regardait Luis, et Luis le regardait, attendant qu'ils se disent quelque chose. Il s'était passé beaucoup de temps depuis leur dernière rencontre et Luis avait pour Lui plus de respect que jamais.

- Le monsieur à qui tu as apporté la lettre, dit le Père, ne t'a pas répondu encore. Il l'a lue et l'a gardée dans sa poche. Il te répondra ensuite. Je lui ai dit de te dire un *oui* grand comme une maison. Mais je ne sais pas s'il va s'en souvenir. Pour l'instant, il n'arrête pas de bavarder.
- De bavarder, répéta Luis, et qu'est-ce qu'il dit ?
- Beaucoup de choses que toi, évidemment, tu ne comprendrais pas, répliqua le Seigneur, en souriant avec bonté. Tu aimerais entendre tout cela ?
- Oui, j'aimerais bien.
- Aujourd'hui, ils sont très bougons. Ils vont finir par faire un grand tapage.
- Et vous, demanda Cadalso, timidement, ne parvenant pas à tutoyer Dieu, vous, vous ne parlez pas ?
- Où ? ici ? Mon pauvre, moi... je vais te dire... parfois, il m'arrive de dire quelque chose... Mais, la plupart du temps, je ne fais qu'écouter.
- Et vous ne vous fatiguez pas ?
- Un peu ; mais que veux-tu faire ?...
- Le monsieur de la lettre va répondre oui ? On va trouver une place à mon grand-père ?
- Je ne peux pas te l'assurer. J'ai demandé qu'on lui trouve une place. Je lui ai demandé la bagatelle de trois fois.
- Eh bien, maintenant (*avec désinvolture*) qu'est-ce que j'étudie bien !



- Ne te vante pas trop. Tu es un peu plus appliqué, c'est vrai. Ici, entre nous, ce n'est pas la peine d'exagérer les choses. Si tu n'étais pas si distrait par ton album de timbres, tu profiterais mieux.
- J'ai su ma leçon, hier.
- Par rapport à ce que tu fais d'habitude, ça n'a pas été trop mal. Mais, ça ne suffit pas, mon gars, ça ne suffit pas. Surtout, si tu continues à vouloir être prêtre, il va falloir en mettre un coup. Parce que, figure-toi que pour dire une messe, il faut apprendre le latin et, pour prêcher, il faut que tu apprennes plein de choses.
- Quand je serai grand, j'apprendrai tout... Mais mon papa ne veut pas me voir prêtre, il dit qu'il ne croit pas en vous, même si on le met à mort. Dites, il est méchant, mon papa ?
- Disons qu'il n'est pas très catholique.
- Et la Quintina, elle est gentille ?
- La tante Quintina, oui. Si tu savais toutes les petites choses qu'il y a chez elle. Tu devrais aller voir.
- Ma chère grand-mère ne me laisse pas aller (*inconsolable*). C'est que la tante Quintina s'est mise dans la tête que je dois aller vivre chez elle, et ceux de chez moi... pas du tout.
- C'est normal. Mais, toi, qu'est-ce que tu en penses ? Tu aimerais rester là où tu es ou qu'on te laisse aller voir les saints chez ta tante ?
- Pensez donc, bien sûr que ça me plairait !... Dites-moi, mon papa, il est ici, à l'intérieur ?
- Oui, il doit être par là.
- Il doit être en train de parler aussi ?
- Aussi. Il ne peut pas en être autrement...
- Excusez-moi. L'autre jour, mon papa a dit que les femmes sont très méchantes. C'est pour cela que je ne veux pas me marier, jamais.
- C'est très bien vu, ça (*il a du mal à se retenir de rire*). Pas de mariage. Tu vas devenir un bon petit curé.
- Et évêque, si possible...

Là-dessus, il vit que le Seigneur se retournait vers l'arrière comme pour écarter quelque chose qui le gênait... Le gamin allongea le cou pour voir ce que c'était et le Père dit :

- Allez-vous-en d'ici et fichez-moi la paix.



Alors, Luisito vit que, dans les plis du manteau de son ami céleste, il y avait un tas de petites têtes endiablées. Le Seigneur reprit son vêtement et trois ou quatre gamins étaient à découvert, tout nus, avec des ailes. C'était la première fois que Cadalso en voyait. Il ne pouvait donc plus douter que c'était bien Dieu puisqu'il y avait des anges. Ils commencèrent à y en avoir davantage au milieu de ces nuages, ils riaient et faisaient mille cabrioles et beaucoup de tapage. Le Père Eternel leur ordonna une deuxième fois de s'en aller et les secoua avec le bout de son manteau comme si c'étaient des mouches. Les plus petits virevoltaient, montant jusqu'au plafond (car il y avait un plafond), et les plus grands tiraient sur la tunique du bon grand-père pour qu'il les accompagne. Le vieillard se leva enfin et, un peu contrarié, leur dit :

- Bon, j'y vais, mais qu'est-ce que vous êtes casse-pieds ! Je ne peux plus vous supporter.

Il disait cela d'un ton bon enfant et tolérant. Cadalsito était ébahi devant un tel tableau. C'est alors qu'il vit que, parmi les endiablés ailés, il y en avait un à part...

Bon sang ! C'était *Posturitas*, *Posturitas* en personne. Pas du tout raide et livide comme il l'avait vu dans sa boîte, mais vif, joyeux et toujours aussi beau. Ce qui étonna le plus Cadalso, c'est que son compère se mit devant lui et, avec le plus grand culot du monde, lui dit : *Miau, fu, fu...*"

Malgré tout le respect qu'il devait à Dieu et à sa suite, Luis ne put s'empêcher de se fâcher de cette dernière sortie, il s'aventura même à répondre :

- Bandit, tu n'es qu'un type ordinaire... voilà ce que t'ont appris ta cochonne de mère et tes tantes qui ne sont que des *harpies* !"

Le Seigneur se mit alors à dire en souriant :

- Chut, taisez-vous, tous... Allons !...

Et il s'éloigna, tranquillement, emmenant tout le monde et les repoussant de la main comme une bande de poussins. Mais le satané *Posturitas*, de loin, alors que le Père Céleste disparaissait dans les nuages colorés, revint sur ses pas, se planta devant son ancien camarade, les jambes écartées, le museau rieur. Il fit mille cabrioles, sortit un petit bout de langue en disant encore et encore : "*Miau, Miau, fu, fu...*" Cadalsito leva la main... S'il avait eu sous la main un livre, un verre ou un encrier, il l'aurait balancé. L'autre s'en alla en sautant, imitant la trompette avec ses deux mains, lâcha un *Miau* si fort et si prolongé que tout le Congrès, répétant en écho l'immense miaulement, parut s'écrouler... Un concierge, une lettre à la main, réveilla le gamin qui tarda beaucoup à revenir à lui.



- Petit, petit, c'est toi qui as apporté cette lettre pour ce monsieur ? Voilà la réponse, "à Monsieur Don Ramón Villaamil."
- Oui, c'est moi...je veux dire, c'est mon grand-père, répondit à la fin Luisito et il sortit en se frottant les yeux.

Dans la lettre, il n'y avait rien de particulier, les balivernes habituelles... L'église de Montserrat était ouverte. Il entra et se dirigea à tâtons, car il faisait sombre, jusqu'à un banc où il s'assit. La seule petite lampe de l'autel donnait quelque lueur. Des bruits de pas, des chuchotements, des murmures de ceux qui priaient, troublaient le silence. Au bout d'un moment, ses yeux s'accoutumant à l'obscurité, il aperçut son grand-père, assis près de lui.

- Vous priez pour qu'on vous trouve une place ?
- Oh ! mon petit, je ne t'avais pas vu. Eh bien, oui, tu sais bien qu'à Dieu, on peut demander tout ce dont nous avons besoin.
- Moi aussi, je demande cela tous les jours... Mais, il ne se passe rien.
- Toi aussi ? Tu es mignon. Le Seigneur nous donne tout ce qu'il nous faut. Mais, il faut que nous soyons bons, sans quoi il ne tient pas compte de nos prières.

Luis n'avait pas envie de manger et encore moins d'étudier. Sa tante Milagros prit soin de le border et de lui faire des câlins, se couchant à la fin près de lui pour le tranquilliser pour qu'il n'ait pas peur. Il s'endormit rapidement, mais, à minuit, il se réveilla avec les symptômes annonciateurs de la vision. La première chose que vit le petit en s'endormant fut un grand vide, un lieu indéterminé dont les horizons se confondaient avec le ciel, sans obstacle aucun, presque sans limites, car tout semblait pareil, le proche et le lointain. Il réfléchit pour savoir si c'était le sol ou les nuages mais il était pris de doute... Était-ce la mer qu'il n'avait jamais vue sauf en peinture ? La mer, sans doute que non, parce que la mer a des vagues qui montent et qui descendent et cette surface-là était comme celle d'un miroir. Là-bas, au loin, très loin, il distingua son ami à barbe blanche qui s'approchait lentement, ramassant son manteau dans sa main gauche et s'appuyant avec l'autre sur un grand bâton ou une crosse comme ont les évêques. Même s'il venait de très loin et qu'il marchait lentement, il arriva vite devant Cadalsito et se mit à sourire en le voyant. Aussitôt, il s'assit. Où cela, s'il n'y avait ni pierre ni chaise ? Tout cela était merveilleux au plus haut point. Au-dessus des épaules du Père, Luis vit le dossier d'un des sièges du salon de sa maison. Mais le plus surprenant fut que le bon grand-père, en se penchant vers lui, lui caressa le visage de sa main délicate. En sentant le contact des doigts qui avaient fait le monde et tout ce qui y existe, Cadalso sentit, sur tout son corps, un frisson très agréable.



- Voyons voir, lui dit l'ami, je suis venu depuis l'autre partie du monde, juste pour bavarder un peu avec toi. Je sais qu'il t'arrive de drôles de choses. Ta tante a voulu te tuer... Cela paraît incroyable, alors qu'elle t'aime tant... ! Tu comprends ça ?...
- ...
- Eh bien, moi non plus. Je t'assure que quand j'ai vu ça, je suis resté là comme quelqu'un qui a des apparitions. Ensuite ton papa, obstiné à t'envoyer chez ta tante Quintina... Tu sais le pourquoi de tout cela ?
- Moi, pensa Luis avec timidité, s'étonnant d'avoir des idées propres avant la sagesse éternelle, je crois que tout cela c'est de la faute du Ministre.
- Le Ministre ! *(étonné et souriant)*.
- Oui, Monsieur, parce que si ce type avait trouvé une place à mon grand-père, nous serions tous contents et il ne se serait rien passé.
- Tu sais que tu m'as l'air d'être bigrement sage ?
- Mon grand-père est furieux parce qu'on ne lui trouve rien et ma grand-mère pareille et ma tante Abelarda aussi. Ma tante Abelarda ne peut pas voir mon papa, parce que mon papa dit au Ministre de ne pas trouver une place à mon grand-père. Et comme elle n'ose pas s'en prendre à mon papa, parce qu'il est plus fort qu'elle, elle s'en prend à moi. Après elle s'est mise à pleurer... Dites-moi, ma tante, elle est méchante ou pas ?
- Je pense que non, elle n'est pas méchante. Figure-toi que le coup d'éclat d'aujourd'hui, c'est parce qu'elle t'aime beaucoup.
- Belle façon d'aimer ! J'en ai encore mal ici, là où elle m'a enfoncé ses ongles... Elle m'en veut depuis que je lui ai dit qu'elle devrait se marier avec mon papa. Vous ne saviez pas ? Mon papa l'aime, mais elle, elle ne peut pas le voir.
- Ah ! oui, c'est bizarre.
- C'est comme ça. Mon papa lui a dit un soir qu'il était amoureux d'elle, que c'était fatal... Vous saviez ça ? Et qu'il était malheureux et que sais-je ?...
- Mais, de quoi tu te mêles, toi, écouter ce que disent les grandes personnes ?
- Moi... j'étais là... *(il hausse les épaules.)*



- Bon, bon. Il s'en passe des choses chez toi ! J'ai l'impression que tu n'as pas tort : c'est la faute de ce coquin de Ministre. S'il avait fait ce que je lui avais dit, rien de tout cela ne serait arrivé. Qu'est-ce que ça lui coûtait, dans cette grande maison, pleine de bureaux, de faire une place pour ce pauvre monsieur ? Mais, bon. Ils ne prêtent pas attention à ce que je leur dis et tout est comme ça. C'est vrai qu'il faut s'occuper de celui-ci puis de l'autre et tout ce que je leur dis entre par une oreille, ressort par l'autre.
- Eh bien ! Qu'on lui trouve une place maintenant... et c'est bon. Si vous alliez là-bas et que vous donniez un bon coup de bâton avec cette crosse sur la table du Ministre...
- Tu parles ! Ils ne font pas attention. Car si je consentais à donner des coups de bâtons, alors là, je n'aurais pas fini. Je leur fais peur et c'est comme si je ne faisais rien.
- Alors, bon sang ! (*encouragé de tant de bienveillance*) Quand est-ce qu'on va lui trouver une place ?
- Jamais, déclara le Père avec sérénité, comme si ce *jamais* au lieu d'être désespérant avait été consolateur.
- Jamais ! (*sans comprendre qu'on puisse dire cela avec tant de calme*). Eh bien, nous voilà bien !
- Jamais, c'est cela et je vais même ajouter que c'est moi qui en ai décidé ainsi. Parce que vois-tu : à quoi servent les biens de ce monde ? A rien, absolument à rien. Tu as dû entendre cela bien souvent dans les sermons, je peux te le dire maintenant de ma propre bouche, parce que tu sais tout ce qu'il faut savoir. Ton cher grand-père ne trouvera pas le bonheur sur la terre.
- Alors où ?
- Mais tu fais l'imbécile ou quoi ? Ici, à mes côtés. Crois-tu que je n'ai pas envie de l'avoir à mes côtés ?
- Ah !... (*il ouvre la bouche le plus possible*). Alors... ça veut dire que mon grand-père va mourir.
- Tout juste, mon garçon. Cela sert à quoi que ton grand-père reste dans ce monde laid et méchant ? Le pauvre ne sert plus à rien. Penses-tu que c'est une bonne chose qu'il vive et qu'on se moque de lui et qu'un de ces petits ministres le mette en colère tous les jours ?
- Mais, moi, je ne veux pas qu'il meure mon grand-père...



- C'est normal que tu ne le veuilles pas... mais tu vois bien... Lui est vieux, et, crois-moi, il sera mieux avec moi qu'avec vous. Tu ne comprends pas ça ?
- Si (*Il dit oui par courtoisie mais sans en être convaincu*)... Alors... mon grand-père va mourir bientôt ?
- C'est ce qu'il y a de mieux. Et c'est à toi de le prévenir. Dis-lui que tu as parlé avec moi et qu'il ne se tracasse pas pour son placement, qu'il envoie paître le Ministre et dis-lui qu'il ne sera heureux que lorsqu'il sera avec moi. Mais, qu'est-ce que c'est que ça ? Pourquoi tu fronces les sourcils ? Tu ne comprends pas ça, petit sot ? Mais, ne dis-tu pas que tu vas être prêtre et te consacrer à moi ? Si tu le penses, il faut que tu t'habitues à ces idées-là. Tu ne te rappelles pas de ce que dit ton catéchisme ? Apprends-le bien. Le monde est une vallée de larmes et plus tôt vous en sortez, mieux c'est. Toutes ces choses que tu vas apprendre, tu dois les prêcher dans la chaire quand tu seras grand pour convertir les méchants. Tu verras comment tu feras pleurer les femmes et toutes diront que le petit père *Miau* est un grand orateur. Dis-moi, n'avais-tu pas idée d'être prêtre et n'es-tu pas en train d'apprendre à dire des petits bouts de messe, un peu de latin et tout le reste ?
- Si, Monsieur... Murillo m'a appris déjà pas mal de choses : ce que signifie *alléluia* et *gloria patri* et je sais chanter ce qu'on chante à l'élévation et comment on doit mettre les mains pour lire vos saints Evangiles.
- Tu sais déjà plein de choses, alors. Mais il faut que tu t'appliques. Chez ta tante Quintina, tu verras, toutes les choses qui servent à mon culte.
- Ils veulent m'emmener chez la tante Quintina. Qu'est-ce que vous en pensez ?... J'y vais ?

Là, Cadalsito, encouragé par l'amabilité de son ami qui lui caressait les joues de ses doigts, prit confiance et se mit à lui rendre la pareille, d'abord timidement, puis avec familiarité. Il tirait sur la barbe du Père qui ne faisait rien pour l'en empêcher et qui ne se fâchait pas, disant comme Villaamil : "Mais on n'a pas gardé les vaches ensemble."

- Sur la question de vivre ou pas chez les Cabrera, moi, je ne t'en dirai rien. Toi, tu le veux pour la nouveauté des jouets ecclésiastiques et, en même temps, tu as peur de te séparer de tes chers grands-parents. Tu



sais ce que je te conseille ? Une fois le moment venu, fais comme tu le sens.

- Et si mon papa m'emmène de force sans me laisser y penser ?
- Je ne sais pas... Il me semble que de force, non il ne t'emmènera pas. Dans tous les cas, tu fais ce que ton grand-père te demandera. Si lui te dit : chez Quintina. Tu ne dis rien et tu y vas.
- Et s'il me dit que non ?
- Tu n'y vas pas. Tant pis pour les petits autels et entre temps, tu sais ce que tu vas faire ? Tu lui dis à ton ami Murillo qu'il te donne une autre leçon de latin, de ce que lui sait, qu'il t'explique bien la messe et les habits sacerdotaux, comment mettre le cordon, l'étole, comment on prépare le calice et l'hostie pour la consécration... enfin, Murillo est bien au courant et il peut te montrer comment porter le Viatique aux malades et les prières qu'on fait en chemin.
- Bon... Murillo sait beaucoup mais son père veut qu'il soit avocat. Qu'il est bête ! Il dit qu'il va être Ministre et qu'il se mariera avec une fille très belle. Quelle horreur !
- Oui, c'est une horreur.
- *Posturitas* aussi avait de mauvaises idées. Un soir, il nous a dit qu'il allait se tirer au sort une petite chérie et qu'il allait faire une partie... Vous croyez cela ? Il fumait des mégots et il parlait mal.
- Toutes ces manies, il va les perdre ici.
- Où est-ce qu'il est parce que je ne le vois pas avec vous ?
- Ils sont tous punis. Tu sais ce qu'ils m'ont fait ce matin ? Eh bien, *Posturitas* et les autres galopins qui sont toujours en train de jouer des tours m'ont pris le monde, tu sais, le monde bleu que j'utilise pour mettre dans ma main, ils l'ont fait rouler et quand je m'en suis rendu compte, il était tombé dans la mer. Ça a été toute une histoire pour le ressortir. Heureusement que c'est un monde figuré, tu sais, il n'y a pas eu de malheurs. Je leur ai fichu une tournée comme jamais. Aujourd'hui, ils ne sortent pas de leur coin...
- Je suis bien content. Bien fait pour eux. Et dites-moi, vous les enfermez où ?

La céleste personne, tout en se laissant tirer la barbe, regardait en souriant son ami comme s'il ne savait pas quoi dire.

- Où est-ce que vous les enfermez ?... Allez... dites-moi.



La curiosité d'un enfant est implacable et malheur à celui qui la provoque et ne la satisfait pas aussitôt ! Luis avait dû tirer trop fort sur la barbe car le bon vieux dut mettre des limites à tant de familiarité.

- Où est-ce que je les enferme ?... Tu veux tout savoir. Eh bien, je les enferme... où ça me plaît. Qu'est-ce que ça peut te faire ?

Le dernier mot achevé, la vision disparut subitement et le bon Cadalso resta jusqu'au matin, endormi, tourmenté par la curiosité de savoir où il les enfermait... Mais où diable, pouvait-il bien les enfermer ?

...

Après tant d'attente inutile, le grand-père Villaamil décida de prendre les choses en main. Il s'acheta un pistolet et emmena le petit Luisito chez sa tante pour qu'il ait au moins une famille d'accueil. Le grand-père marchait rapidement sur le trottoir de la rue Ancha et, à chacun de ses pas, Cadalso en faisait trois, tenant la main paternelle ou plutôt accroché à sa main. Don Ramón s'arrêta brusquement, se retourna et regarda vers le haut de la rue où se trouve l'Hôpital de la Princesse. Luis se rendit compte de la curieuse direction et fit observer très impatient :

- Mais, grand-père, on ne va pas chez tante Quintina, dans la rue los Reyes ?
- Si, mon garçon, mais avant, on va faire un tour pour te faire prendre le soleil.

Dans la tête du triste vieillard, il y avait une hésitation, comme un refus de l'idée forte qui commandait tous les gestes liés au déménagement de son petit-fils. Et celui-ci discutait sans cesse, posant d'innombrables questions, tirant sur le bras de son grand-père quand les réponses ne venaient pas immédiatement après les interrogations. Le grand-père répondait par monosyllabes, de manière évasive, car tout son esprit se concentrait sur la partie intérieure de sa pensée. Tête baissée, les yeux fixés au sol comme s'il comptait les rainures des dalles, il montait la côte, tiré par Luisito qui ne se rendait pas compte de l'angoisse de son grand-père ni du tremblement de ses lèvres lorsqu'il articulait à voix basse ses idées. "N'est-ce pas un véritable crime que je suis en train de faire ? Ou plutôt, deux crimes ?... Livrer mon petit-fils et ensuite..."

Tourmenté par de cruels doutes, Villaamil poussa un gros soupir et, s'asseyant sur le soubassement de la grille de l'hôpital qui donne sur la promenade d'Areneros, prit la main de l'enfant et le regarda fixement comme si, dans ses



yeux innocents, il voulait lire la solution à son terrible conflit. Le garçon mourait d'impatience mais il n'osa pas presser son grand-père dont le visage reflétait peine et fatigue.

- Dis-moi, Luis, proposa Villaamil, en l'embrassant avec affection. Veux-tu vraiment aller chez ta tante Quintina ? Crois-tu que tu seras bien chez elle et que les Cabrera vont t'éduquer et t'instruire mieux qu'à la maison ? Dis-moi, franchement.

La question étant vue sur le terrain pédagogique et hors de l'attrait des jouets ecclésiastiques, Luis ne sut quoi répondre. Il chercha une porte de sortie et, à la fin, il dit :

- Je veux être prêtre, moi.
- Normal. Tu veux être prêtre et je suis d'accord... Mais en supposant que je ne sois plus là, que Pura et Milagros aillent vivre avec Abelarda, femme de Ponce, avec qui est-ce que tu aimerais mieux être ?
- Avec grand-mère et tante Quintina ensemble.
- Ce n'est pas possible.

Cadalsito haussa les épaules.

- Tu n'as pas peur de rester et que ma fille ne se trouble une autre fois et qu'elle puisse te tuer ?
- Non, elle ne va pas avoir une autre crise, dit Cadalsito avec une sagesse admirable. Elle va se marier maintenant et elle ne va pas recommencer à me battre.
- De sorte que toi... tu n'as pas peur ? Et entre ta tante Quintina et nous, qui préfères-tu ?
- J'aimerais bien... que vous alliez vivre avec ma tante.

Villaamil avait encore la bouche ouverte pour dire : "Ecoute, mon garçon, tout ce que je t'ai raconté sur les autels pour enfants, c'est de la blague. Nous t'avons trompé pour que tu acceptes de partir de la maison," mais il se retint attendant que Luis lui-même éclaire par une de ses idées simples, suggérée par l'innocence, le terrible problème. Cadalsito mit le pied sur le genou de son grand-père et, mettant une main sur son épaule pour garder l'équilibre, lui dit :

- Ce que je veux, moi, c'est que grand-mère et tante Milagros viennent vivre avec Quintina.
- Et moi ? demanda le vieillard, étonné de l'oubli.



- Toi ? je vais te dire. On ne trouvera pas de place. Tu m'entends ? On ne te trouvera pas de place, ni maintenant, ni jamais.
- Comment sais-tu cela ? (*Il avait la gorge nouée*)
- Je le sais. Ni maintenant ni jamais... Mais tu ne dois pas t'en faire.
- Comment tu le sais ? Qui te l'a dit ?
- Eh bien... moi... Je vais te raconter mais ne le répète à personne... Je vois Dieu... Il m'arrive comme une sorte de sommeil et alors il se met devant moi et il me parle.

Villaamil était si étonné qu'il ne fit aucune observation. Le gamin continua :

- Il a la barbe blanche, il est grand comme toi, avec un manteau très joli... Il me dit tout ce qui se passe... il sait tout. Il sait même ce que font les enfants à l'école...
- Et quand est-ce que tu l'as vu ?
- Souvent : la première fois c'était dans la rue Alarconas, puis, tout près d'ici, au Palais du Congrès et à la maison... J'ai d'abord un évanouissement, j'ai froid et ensuite, il vient et on peut parler... Quoi ? Tu ne me crois pas ?
- Si, mon petit, si je te crois... (*vivement ému*) Pourquoi est-ce que je ne te croirais pas ?
- Et hier soir, il m'a dit qu'on ne te trouverait pas de place, que ce monde est très méchant, que tu n'as plus rien à y faire et que plus vite tu iras au ciel, mieux ce sera.
- Ecoute, comment sont les choses. Il m'a dit la même chose.
- Mais, tu le vois aussi ?
- Non, le voir, pas vraiment... Je ne suis pas assez pur pour mériter cette grâce-là... mais il me parle parfois.
- Eh bien, c'est ce qu'il m'a dit... Que si tu meurs vite, ce sera mieux pour toi, pour que tu te reposes et que tu sois heureux.

La stupeur de Villaamil fut immense. Les mots de son petit-fils étaient comme une révélation divine, d'une authenticité irréfutable.

- Et à toi, qu'est-ce qu'il te raconte, le Seigneur ?
- Qu'il faut que je sois prêtre... Tu vois ? Exactement, exactement ce que je voulais... et que j'étudie beaucoup le latin et que j'apprenne vite toutes les choses...



L'esprit du vieillard s'inonda, pour ainsi dire, d'un sentiment approbateur, catégorique, qui excluait toute forme de doute, établissant l'ordre des idées les plus fermes à quoi sa volonté devait apporter, sur le champ, une décision inébranlable.

- Allons-y, mon gars, allons à la maison de ta tante Quintina, dit-il à son petit-fils en se levant et en lui reprenant la main.

Il l'emmena vite, sans prendre le temps de lui raconter des histoires de descriptions hyperboliques de jouets et babioles sacro-récréatives. Quand ils sonnèrent à la porte de Cabrera, Quintina en personne vint ouvrir. Assis sur la dernière marche, Villaamil couvrit son petit-fils de baisers, le remit à sa tante paternelle et descendit à toutes jambes sans même dire bonjour à cette dernière. Comme en descendant il crut entendre la voix du petit qui pleurait, il pressa le pas et reprit la rue très vite, aussi vite que ses jambes molles le lui permettaient.



## Chapitre VII

### Gloria

La religion est là pour unir et non pour diviser. Mais quelle religion ? Quelle est la meilleure religion ? L'ami de toujours, José María de Pereda, catholique convaincu, dira dans une lettre à Galdós :

*Vous êtes tombé tout de go dans le roman voltairien. Le défaut du roman de Gloria est qu'il offre une satire religieuse mordante, et, ce faisant, l'auteur a présenté son sujet sous un aspect bien particulier, oubliant toute impartialité et balançant d'énormes moqueries non pas sur les catholiques qui seraient de mauvais catholiques mais sur le catholicisme même.<sup>15</sup>*

Galdós répondra en se disant surpris :

*Je n'ai jamais cru faire une œuvre antireligieuse, ni même anticatholique et encore moins voltairienne. Qu'y a-t-il de voltairien dans Gloria ? Rien. Tout mais pas ça. Je me plains précisément (et tout le livre est une plainte) de ce que les Espagnols sont des gens areligieux.<sup>16</sup>*

Prenons acte de la bonne volonté de l'auteur.

Il est à remarquer aussi dans ce roman, comme dans la plupart d'ailleurs, la correspondance parfaite entre la nature et le vécu des personnages présentés. La tempête, la pluie, le tonnerre, tout devient symbolique et transmet au lecteur les sentiments des personnages. Symbolique également le nombre de chapitres : 39 dans la première partie et 33 dans la deuxième. Ce choix n'est pas le fruit du hasard. 39 ou 3 fois 13, 13 étant le nombre de la souffrance sans espérance qui conduit fatalement à la mort.<sup>17</sup> Et 33 est l'âge que l'on accorde traditionnellement au Christ au moment de sa mort.

Ce roman que nous présentons largement possède un grand nombre de questions encore d'actualité aujourd'hui. Les différentes religions, le rôle de la souffrance et du rachat, le pardon, et surtout la réponse à l'œcuménisme tant désiré. Galdós a une réponse surprenante et digne d'intérêt.

---

15- Soledad Ortega, *Cartas a Galdós*, Revista de Occidente, Madrid, 1964, p. 49.

16- Carmen Bravo Villasante, *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, octobre 1970-enero 1971, n° 250-252, p. 17-18.

17- Jean Chevalier et Alain Gheerbrant, *Dictionnaire des symboles*, Robert Laffont, 2008, p. 965.



"La vérité est une mais nombreux sont les noms que lui donnent les sages," dit Laurent Gounelle citant une pensée indienne.



## Gloria

### Première partie

#### 1- Lever de rideau

Tout là-bas, sur une verte colline que baignent au nord l'océan et au levant une ria aux nombreux méandres, voilà Ficóbriga, ville qu'il est inutile de chercher sur une carte géographique mais que j'ai trouvée, moi, sur la carte morale de l'Espagne.

Avançons vers ce village car la clarté du jour et la pureté de l'environnement parfumé nous invitent au voyage. Nous sommes en juin, mois enchanteur dans cette région côtière quand l'ouragan veut bien desserrer ses terribles mains destructrices. Même la mer, cette mer Cantabrique, indisciplinée et furieuse, est toute calme aujourd'hui ; elle permet aux bateaux de naviguer sans peur sur sa surface sereine, elle se lance, endormie, sur les plages, et dans le fond des grottes, dans les anses, au pied des falaises, ses mille vagues d'écume modulent des paroles apaisantes.

Les vertes collines montent doucement de la mer vers les montagnes en se marchant les unes sur les autres comme si elles avaient fait le pari de savoir qui arriverait la première. Sur toute cette étendue, on voit de petites maisons rustiques aux formes étranges éparpillées sur le sol. Mais à un point précis, les édifices dispersés se donnent rendez-vous, s'assemblent, s'abritent les uns contre les autres, formant ainsi cet ensemble citadin que, depuis des siècles, on appelle Ficóbriga. Au centre, une tour inachevée s'élève comme une tête sans chapeau ; mais elle a, sur son clocher, deux yeux qui veillent et, dedans, trois langues métalliques qui annoncent l'heure de la messe le matin et de la prière le soir.

Les premières maisons (car, mesdames et messieurs, nous voilà arrivés) sont misérables. Les suivantes aussi. Ficóbriga est une ville de marins et de pauvres laboureurs. Quelques riches *indianos*<sup>18</sup> dorment sur leurs lauriers commerciaux dans une demi-douzaine de jolies demeures confortables.

Sur la petite place (regardez bien, car notre histoire commence là), il y a une maison, il vaudrait mieux dire un palais, car, au milieu de tant de ruines villageoises, il est vraiment magnifique. Il se compose en fait de deux bâtiments : l'un, vieux et orné d'armoiries hyperboliques ; l'autre, récent et joli, presque artistique, guère moins élégant que ce qu'on appelle *villa ou cottage* dans le langage à la mode. Au midi et au levant, la maison est agrémentée d'un

---

18- Un "indiano" est un Espagnol qui a fait sa fortune aux Amériques et qui est revenu dans son pays couler ses derniers jours heureux.



magnifique jardin de pins d'Alep, d'acacias fleuris, de platanes, de magnolias, de conifères de diverses sortes, au travers desquels on aperçoit les cinq fenêtres de la partie principale. Une multitude d'arbustes variés dans la fraîcheur desquels se détachent des camélias grands comme des arbres ou des myrtes taillés ras, des tamarins, des rosiers et une foule immense de pensées, de géraniums, d'impérialies et autres petites espèces, voilà ce qu'on peut apercevoir à travers les grilles, là où les discrets entrelacs si bien soignés n'empêchent pas toujours le promeneur de s'enquérir de ce qui se passe dans le jardin.

La maison est du genre à arrêter le voyageur et à lui dire : "Je parie que tu ne sais pas qui vit là, chez moi ?"

Silence ; voilà que s'ouvre une des persiennes vertes qui donnent sur le jardin et sur le côté montagneux. Une jolie main furtive la pousse, les rideaux que l'on tire laissent entrevoir un visage de femme. Ses yeux noirs explorent un moment tout le paysage et, si la lumière porte loin, ces yeux vont plus loin encore. Le visage indique, par ses traits infailibles, l'anxiété de quelqu'un qui attend et les inquiétudes d'une pensée occupée entièrement à l'image de la personne qui ne veut pas venir.

Si nous regardons, nous aussi, vers les collines, nous ne voyons que des collines. La jolie jeune fille disparaît et, peu de temps après, réapparaît pour regarder de plus en plus impatiente à mesure que le temps passe. On dirait que ses yeux intrépides veulent voir ce qu'il y a au-delà des montagnes... Mais sur les chemins lointains, il ne se présente aucune forme humaine ou animale, elle s'en inquiète d'abord, puis se fâche. Elle n'est pas seulement impatiente mais affligée et cette affliction devient colère puis désespoir.

Cette jolie maison nous attire comme toute demeure dont la fenêtre laisse apparaître un beau visage, le visage de cette jolie femme aux petits yeux noirs qui cherchent et ne trouvent pas, s'emportent et jettent d'insolentes flammes à toute une partie de la création... Oh ! L'amour n'est pas loin.

Entrons !

## 2- Gloria et son papa

Ils étaient tous les deux dans la salle du midi et, par la fenêtre, le jardin accordait aux sens ses odeurs et sa vue magnifique. La dite pièce semblait plus un bureau qu'autre chose, à cause de l'amas de livres et de papiers qu'on trouvait un peu partout. Les murs étaient recouverts de cartes, d'images saintes, un buste du Souverain Pontife et un grand tableau qui représentait le portrait à l'huile d'un évêque, une plume à la main.



Assis dans un grand fauteuil, don Juan de Lantigua était là. C'était un homme, la cinquantaine largement dépassée, sérieux, très sympathique à première vue et d'aspect suprêmement intelligent.

Considérant sa fille qui, pour la centième fois, regardait par la fenêtre, il lui dit d'un ton affable :

- Gloria, tu auras beau t'agiter et regarder, attendre et retourner voir, notre cher voyageur n'est toujours pas là. Calme-toi, il va arriver.

Gloria revint près de son père. Elle allait sur ses dix-huit ans. Elle était de belle apparence, jolie, svelte, vive, très inquiète. Son visage, habituellement pâle, recelait une inquiétude continuelle de quelqu'un qui ne se sent pas à sa place et ses yeux n'étaient jamais satisfaits d'un désir insatiable d'observation. Il y avait là un esprit d'une vitalité qui devait trouver constamment une occupation. Charmante jeune fille ! Attentive à tout, comme si rien dans la création n'était négligeable. Elle prêtait attention aux feuilles qui tombent, à la mouche qui bourdonne, au bruit du vent ou à l'agitation des enfants sur le chemin.

La jolie gamine était toujours habillée à la mode, avec élégance, sans affectation. Tout en elle concourait à la grâce de sa personne et aucun détail de sa coiffure et de son vêtement ne pouvait être autrement.

### 3- Gloria n'attend pas un fiancé mais un évêque

- Il est dix heures, papa, dit la demoiselle avec impatience. De la gare de Villamojada, il ne faut pas plus de deux heures pour venir jusqu'ici.
- Oui, mais Dieu seul sait à quelle heure le train est arrivé, répondit le père. Cette formule abrégée de la civilisation prend de ces libertés...
- Ah ! Je ne peux pas, je ne peux pas supporter qu'un jour si chargé, on puisse être là impassibles, dit la jeune fille en s'asseyant. Moi, je bous. Ils vont arriver et il n'y aura rien de prêt.
- Ecoute, ma fille, dit le brave homme, en riant : il faut que tu apprennes à être moins passionnée, à ne pas prendre à cœur des détails comme ça, des petits riens sans intérêt pour le corps et l'âme. Quand vais-je t'apprendre la sérénité et le calme que doit garder toute personne face à la vie ? Dis-moi : si tu dépenses autant d'énergie inutile aux choses banales, qu'est-ce que tu feras quand tu te trouveras face à mille événements autrement plus graves ?



- Cela fait trois nuits que je ne dors plus, répondit-elle. Il n'y a donc rien à faire ?... On ne peut pas recevoir monseigneur l'évêque comme n'importe qui.
- Tu crois, dit le père avec beaucoup d'affection, que mon frère a besoin de palais, de luxe et d'ostentation ? Non, ma fille. Mon frère, en tant que disciple de Jésus-Christ, est toute humilité. Si cette maison n'était qu'une chaumière, elle n'en serait pas moins digne de l'héberger.

#### 4- Monsieur de Lantigua. Ses idées

Don Juan Crisóstomo de Lantigua était né d'honnêtes gens de cette même localité que nous venons de découvrir. Il était alors usé par l'âge et épuisé par le travail. Les richesses qu'il possédait depuis 1860, tout comme la maison moderne et le confort agréable dont il jouissait, provenaient d'un oncle revenu de Matzatlán au Mexique, relativement bien pourvu en lourds pesos. Ces richesses ne tardèrent pas à le lâcher en même temps que la vie puisqu'il mourut quasiment le premier jour de sa retraite. Sa fortune, une bien belle fortune, alla à ses quatre neveux, don Ángel, alors aumônier des Nouveaux Rois, don Juan, avocat renommé, et aux plus jeunes, don Buenaventura et Serafina Lantigua. Ces deux derniers, n'ayant rien à voir avec ce dont nous parlons, nous les laissons de côté pour nous concentrer sur les deux premiers et, même à présent, uniquement sur don Juan de Lantigua.

Dévoré par un insatiable désir d'étudier, il mêla à la jurisprudence les études théologiques, historiques et politiques. Il se consacra avec plaisir à chercher chez les auteurs mystiques et politiques du Siècle d'or en Espagne, tout ce qui pouvait être définitivement vrai et, par conséquent, applicable à la gouvernance des peuples de tous les temps. Mais son entendement, enthousiasmé par ses ardeurs juvéniles et à cause de préjugés venus on ne sait comment, était obstinément cramponné à certaines idées ; c'est ainsi que, en dépit de sa bonne volonté, il n'avait jamais pu juger avec une impartialité sereine ni l'histoire ni les écrits de ceux qui, au cours de tant de siècles, ont discuté sur les moyens de faire en sorte que l'Humanité soit un peu moins malheureuse.

Ses ennemis (il est facile de comprendre qu'il avait des ennemis acharnés) disaient : "Lantigua est l'avocat des curés et des évêques ; sa fortune repose sur les affaires des spoliés, les bénéfices canoniques et les règles ecclésiastiques. Il est bien naturel qu'il loue et serve ceux qui l'appuient." Ces injures, communes aujourd'hui, faisaient rire notre don Juan. Il n'avait jamais pris soin de se défendre de cette attaque, parce que, assurait-il, *il ne faut pas enlever aux sots le droit de dire des sottises.*



Bien des malheurs récents, survenus sur le sol de notre patrie, conduisirent Lantigua à un état d'irritation affligeant qui donna à ses écrits et à ses discours un ton lugubre et acerbe. Il prophétisa le mépris du siècle à venir, la confusion des langues, après la confusion, la dispersion, et après la dispersion, l'esclavage ; il pensait que la foi catholique, revigorée dans les cœurs rendus féconds par les malheurs, remettrait les peuples en marche, les rassemblant sous le commandement tutélaire de l'Eglise. D'après lui, les lois du progrès humain en cours conduisaient à Nabuchodonosor. Plutôt mourir que de céder sur ce point. Et en réalité, comment pouvait-on céder ? Ceux qui ont réduit leurs idées à cette formule terrible : *Barrabás ou bien Jésus*, sont obligés d'aller jusqu'au bout parce que, pour eux, le moindre relâchement équivaut à passer du côté de Barrabás.

#### 5- Comment a-t-il éduqué sa fille ?

Don Juan de Lantigua n'avait pas personnellement conduit l'éducation de sa fille unique. Outre qu'il était très occupé par les obligations du barreau et de la tribune et qu'il n'avait guère de loisir pour se consacrer à cela, il pensait qu'il suffisait d'enfermer sa fille dans un collège. Le plus important pour lui était que règnent, dans le collège, tous les bons principes. Il nous faut vous dire que don Juan était veuf après quatorze ans de mariage. Sa brave femme lui avait laissé Gloria, âgée de douze ans, et deux petits qui de Ficóbriga avaient pris leur envol pour le ciel avant même d'avoir appris à marcher sur cette terre.

Elle avait accumulé, entre autres, de nombreuses notions, un peu confuses il est vrai, sur la géographie, l'astronomie et la physique. Elle bredouillait le français sans bien savoir l'espagnol et était devenue une experte toute relative dans l'art de la couture. Elle savait par cœur, sans en oublier un seul, les droits de l'homme et était devenue une virtuose en piano, capable de poser les mains sur n'importe laquelle de ces horribles fantaisies qui font l'enchantement des petites musiciennes, la panique des oreilles et l'affront de l'art musical.

Un jour, comme Gloria le voyait perdu dans de difficiles réflexions sur l'unité religieuse imposée aux Etats après l'unité politique, elle se permit de lui dire que, d'après elle, les rois d'Espagne avaient eu tort de renvoyer les Juifs et les Arabes. Lantigua ouvrit de grands yeux et, après l'avoir regardée sans rien dire, juste le temps de marquer son immense étonnement, lui dit :

- C'en est trop. Qu'est-ce que tu comprends à tout cela ? Va donc jouer du piano.



Gloria courait à la bibliothèque de son père, regardait partout, feuilletait un livre et le remettait à sa place, dédaigneuse. Elle en prenait un autre, lisait quelques pages mais se fatiguait vite.

D'autres fois, si don Juan ne prêtait pas attention aux grands classiques espagnols du grand siècle, Gloria s'emparait de plusieurs tomes et lisait *Vertu en usage et mystique à la mode* de don Fulgencio Afán de Ribera. Pour un peu, elle se serait engouffrée dans la *Pícara Justina*, mais Lantigua mit la main sur ce livre, ne lui laissant que *Guzmán de Alfarache*. Malheureusement, dans ce tome, il y avait *La Celestina*.

#### 6- De quelle manière la petite s'expliquait

Sans autre boussole que son bon jugement et libre de toutes préoccupations, Gloria, en conversation un jour avec son père sur l'éternel sujet des romans qu'on doit ou non permettre ou interdire à la jeunesse, affirma que la littérature picaresque, dont l'Espagne se gargarise à cause de sa richesse de style, lui semblait déplorable, immorale, irrévérencieuse et, somme toute, antireligieuse, parce qu'on y fait l'apologie des mauvaises habitudes, de la paresse subtile et sans scrupule, de toutes les mauvaises astuces et espiègleries grossières qui vouent un peuple à la dégradation.

Elle assurait que, dans la société de ces temps-là, on trouvait une tendance trop ardente à l'idéalisme, ce qui, tout en produisant de merveilleux effets sur la poésie et les arts, était tel que cela faisait sortir la société de son rang. Elle avait horreur des dévoyés, des crapules, des filous, des étudiants, des militaires, des écrivains, des magistrats, des médecins, des entremetteuses, des maris paresseux et des femmes légères des romans picaresques. Mais tous ces prototypes avaient au moins le mérite d'être vrais.

Ensuite, elle parla des mystiques, reconnaissant chez eux un manque de mesure entre l'imagination et le discernement, elle affirma que leur littérature, très belle parfois, ne pourrait pas servir de guide pour le commun des mortels, car elle n'était comprise que par quelques-uns seulement. Les poètes, les grands guerriers, les théologiens, les hommes de l'intelligentsia entrevoient une société meilleure, ils aperçoivent un monde moral supérieur à celui dans lequel ils vivent et où s'agitent les quémandeurs dépouillés, les paresseux, les voyous et autres petites gens. Ils luttent les uns contre les autres. Les choses ne vont pas bien ; mais on ne sait pas comment y remédier. Les uns demandent du pain, un avenir, un bien-être matériel et, ne trouvant personne pour le leur donner, volent ce qu'ils peuvent. Les autres demandent la gloire, l'amour exalté, une foi profonde, l'esprit chevaleresque, la justice idéale, la beauté parfaite et ne peuvent jamais se comprendre. Cervantès s'empare de ces deux volontés qui



apparaissent face à face dans cette société fiévreuse et écrit le livre le plus admirable que l'Espagne et tout le monde entier aient produit. Il suffit de lire ce livre pour comprendre que la société qui l'a inspiré ne pouvait jamais arriver à trouver une base ferme sur laquelle asseoir son édifice moral et politique. Pourquoi ? Parce que don Quichotte et Sancho Panza n'ont jamais réussi à se réconcilier.

Don Juan, mécontent, affirma que l'entendement d'une femme ne lui permettait pas de juger d'un si grand sujet dont la connaissance ne se limitait pas à des lectures laborieuses, ni même chez des hommes sensés et habitués à la critique. Il lui dit aussi que tout ce qui avait été écrit par des hommes insignes sur divers points de la religion, de la politique et de l'histoire forme un précis respectable devant lequel il n'y a qu'à s'incliner.

- Eh bien, si je ne peux m'empêcher de penser, se dit-elle, au moins, je n'en parlerai plus.

A vrai dire, même si elle ne s'exprimait plus par des discours, ses facultés étaient toujours dans un état fébrile et rien n'échappait à son observation. Pendant longtemps, son père n'échangea avec elle aucun mot relatif à ces thèmes de la plus haute importance. La jeune fille assistait aux célébrations religieuses avec joie et une dévotion scrupuleuse, quant au reste, elle montrait un penchant pour tout ce qui faisait les riens de la vie, allant même jusqu'à des extrêmes enfantins. On lui avait coupé les ailes. Voilà comment nous l'avons trouvée.

Mais dans ses heures de solitude méditative, durant les crépuscules qui précèdent ou suivent le sommeil, quand la perception interne est habituellement la plus vive, Gloria sentait en elle, une voix profonde, comme si un démon s'emparait de son cerveau et lui criait : "Ton entendement est bien supérieur à celui des autres... les yeux de ton âme voient tout. Ouvre-les et regarde... lève-toi et pense."

## 7- Les amours de Gloria

Gloria avait dix-huit ans. Elle n'avait encore connu ni amour ni promesses, ni même une quelconque faiblesse pour un garçon, ni même un signe qui aurait pu faire croire qu'une partie de son cœur penchait pour un gentilhomme. Don Juan ne l'avait soumise à aucune surveillance inquisitoriale, il ne lui interdisait même pas d'aller au théâtre, en promenade ou en réunion avec ses cousines.

Mais, si la jeunesse masculine que Gloria connaissait ne réveillait en elle aucun intérêt, cela ne voulait pas dire que son cœur était endormi.



Le cœur de Gloria était rempli d'un amour ineffable et céleste pour son oncle don Ángel, évêque de...

Elle pensait que c'était un saint descendu des autels, autrement dit du ciel, pour converser avec elle, lui donner de bons conseils, vivre sous le même toit et manger le même pain.

Ce saint homme était à la tête d'un diocèse d'Andalousie et allait très rarement à Madrid ; mais dernièrement, des problèmes de santé l'avaient obligé à chercher un peu de repos au pays natal et il avait ainsi l'habitude de passer quelques mois en été à Ficóbriga en compagnie de son frère et de sa nièce.

Quand Gloria se disputait avec son père et qu'elle commençait à donner les marques d'une précocité dont on a parlé, don Ángel s'amusait de si bon cœur qu'elle continuait à dire des bêtises pour lui faire plaisir. Souvent l'évêque s'assurait de l'orthodoxie des idées de sa nièce (et cela avec beaucoup de sérieux), mais sur les points les plus délicats, il n'eut jamais l'occasion d'opposer sa censure, tout au contraire, les louanges et l'immense amour qu'il avait pour elle, ne faisaient qu'augmenter.

#### 8- Un prétendant

Lorsque l'annonce de l'arrivée de l'évêque fut faite, tous sortirent dans la rue ; les marins et les calfateurs laissèrent la plage ; des champs vinrent en courant bergers et laboureurs ; d'ici et là accoururent des essaims d'enfants ; tous les fonctionnaires municipaux se présentèrent en grand appareil ; personne ne resta à la maison. La manifestation affectueuse venait de ce que les Lantigua étaient très aimés par ici, et tout particulièrement ce don Ángel.

De toutes les personnes importantes à aller à la rencontre de son Illustrissime, le plus pressé de tous fut don Silvestre Romero, curé de la ville. Derrière lui, se pressait aussi vite que ses courtes jambes le lui permettaient, le dénommé don Juan Amarillo, homme riche et pâlot. Il ne portait pas ce nom parce qu'il était le seul usurier de la région – c'était pourtant vrai – mais parce qu'il l'avait hérité de ses chers parents. Vint aussi le pharmacien, industriel brillant qui était en passe de devenir puissant ; un qui ne fut pas en reste, au contraire, ce fut un des premiers à courir sur la route, reboutonnant son pantalon frais coupé et un peu râpé, don Bartolomé Barrabás, le libéral du coin, ex-professeur ayant quelques notions de philosophie, maître d'école en ce temps-là, ayant des prétentions d'homme politique, orateur et même journaliste. Plusieurs *indianos* le suivirent pas à pas, avançant avec gravité et posture, parce que des hommes qui avaient travaillé toute leur vie ne pouvaient pas se mettre à courir comme les gamins de la rue, ni comme les fainéants, type Bartolomé Barrabás. Leur chapeau haut-de-forme, fraîchement sorti des armoires pour l'occasion, leur tenait compagnie. Ils avaient aussi des parapluies pour narguer les nuages.



Quand don Ángel arriva à hauteur des premières maisons de la ville, il descendit de voiture pour embrasser son frère et sa nièce. Une immense clameur, comme le grondement d'une mer agitée, l'accueillit. De la foule en effervescence jaillirent des casquettes et des chapeaux. Les parapluies des *indianos*, tels des oiseaux majestueux, déployèrent leurs ailes noires pour recevoir les quelques gouttes qui vinrent à tomber à ce moment-là. La foule se pressait vers son Illustrissime pour lui baiser l'anneau et ce fut à grand peine que don Ángel arriva à l'abbatiale pour prier un peu.

A la maison, il y avait beaucoup de mouvements, des personnes allaient et venaient, montaient et descendaient. Gloria courait vers l'escalier pour monter donner des ordres quand elle tomba sur un jeune homme. Ils se firent un sourire : lui tout joyeux, elle surprise.

Monseigneur l'évêque avait amené avec lui trois personnes : deux prêtres et un laïc. Le laïc était un jeune homme d'une trentaine d'années bien tassées, fin et blond, des yeux sombres protégés par de fines lunettes d'or, des sourcils arqués, comme la courbe d'un vieux pont, une barbe fournie, couleur safran, des allures intelligentes et un port chevaleresque frisant une certaine élégance. Il était de bonne manière et son parler était un tantinet affecté, comme celui de quelqu'un qui aime s'écouter et qui s'était beaucoup écouté dans les lieux publics, à la Cour et dans différentes académies de jeunes gens appliqués qu'on trouve à Madrid. Ses allures de sacristain n'avait rien de religieux comme on aurait pu le croire à le voir en compagnie de clercs.

C'est ce personnage qui fit face à Gloria sur la première marche de l'escalier et qui se troubla un peu en voyant la demoiselle.

## 9- Réception, discours et présentation

Le curé de Ficóbriga, don Silvestre Romero, était une personnalité éminente, robuste, aux allures dures et sensuelles d'un empereur romain, mais très sympathique et assez franche. C'est lui qui commença, non sans émotion, un discours qu'il avait préparé mais dont l'histoire, bien négligente sur cet aspect, n'en a retenu que quelques paragraphes :

"Avant, la religion s'était un peu engourdie ; mais maintenant, elle a pratiquement disparu chez la majorité des gens et ceux qui savent encore conduire leur âme vers le ciel se voient persécutés, menacés par la multitude de philosophes brutaux et révolutionnaires. Les hommes qui gouvernent ce pays prêchent publiquement l'athéisme, se moquent de nos saints mystères, insultent la Vierge Marie, dénigrent Jésus-Christ, traitent les saints de naïfs et font démolir les églises et profaner les autels. Les ministres du Seigneur se trouvent aujourd'hui dans la situation la plus précaire : on les traite comme les pires



voleurs et assassins, le culte sans apparat ni magnificence à cause de la pauvreté générale de l'Eglise est consternant. Les hommes ne pensent plus qu'à amasser de l'argent, se disputer et, en se disputant le gouvernement des nations, qui cesse d'être guidé par la politique chrétienne et l'unique gouvernement possible qui est celui de Jésus-Christ, marche d'un pas léger à sa dissolution et à sa ruine totale."

Don Silvestre ne quittait pas des yeux don Juan de Lantigua, pendant qu'il parlait comme s'il posait la question : "N'est-ce pas ?" Mais l'insigne jurisconsulte fut le seul à ne pas montrer d'enthousiasme au discours du curé, sans doute parce qu'il pensait que ce n'était ni nouveau ni opportun. Toutes les occasions ne sont pas bonnes pour dire ses vérités.

- Les temps sont durs, dit son Illustrissime, s'adressant principalement au curé et à Barrabás qui, très troublé, ne disait rien, mais Dieu n'abandonnera pas les siens au milieu des tempêtes qui s'approchent et l'arche de Noé ne fera pas défaut à ceux qui vivent en Lui... Voici notre jeune héros, notre courageux soldat. Messieurs, mes amis, saluez le champion des bons principes, il est digne de mérites. C'est le champion des croyances religieuses, de l'Eglise Catholique, le persécuteur du philosophisme, de l'athéisme, des inconvenances révolutionnaires. Gloire à la jeunesse croyante, fervente, pleine de foi et d'affection pour le catholicisme !

Don Rafael del Horro s'inclina modestement, balbutia quelques mots en guise de protestation pour tant d'éloges.

- Pendant que la jeunesse, ajouta le prélat, s'en remet aux vices de l'intelligence et se laisse corrompre par des lectures pernicieuses, celui-ci aspire à l'honnête nom de soldat du Christ. L'Eglise combat là où on la force à combattre. Ah ! messieurs, ce n'est pas une vaine courtoisie qui sort de ma bouche, mais de l'admiration pour son esprit courageux, pour sa vaillante décision de combattre pour l'Eglise, pour la constance avec laquelle il persécute, traque et anéantit la scélérate franc-maçonnerie et son matérialisme, pour son éloquence et son style littéraire énergique, outils qui ont tous été les armes puissantes de la cause de Dieu à une époque qui s'achève...

Don Silvestre Romero embrassa Rafael del Horro avec effusion. C'étaient de vieux amis et, en cette occasion, comme le jeune orateur et publiciste avait besoin d'un bon correspondant à Ficóbriga, le curé se proposa de remplir cette charge, envoyant des lettres très drôles qui répondaient à tout.



## 10- Don Ángel de Lantigua, évêque de...

Notre évêque ressemblait à un grand enfant. Sa figure ronde, rosée et toujours souriante contrastait avec les manières épiscopales quelque peu ampoulées et, sous son chapeau vert, il respirait une profonde joie spirituelle, une bonté, un esprit tranquille que produisaient ses relations avec Dieu et une bonne conscience. C'était un homme dont la tendance naturelle de son bon cœur inclinait à supposer le bien partout.

En matière de pratiques religieuses, don Ángel était irréprochable. On ne pouvait le taxer ni d'absence ni d'excès de zèle. Il ne manquait jamais à ses devoirs de prélat, il ne développait jamais la lettre au détriment de l'esprit. A ses moments libres, il se reposait l'âme par de pieuses lectures ; il avait horreur des journaux, quel qu'en soit le parti. Il aimait aussi se promener dans la ville jusqu'à la mer, allant presque toujours jusqu'à la plage et jusqu'au quai. Il s'arrêtait inmanquablement pour voir les bateaux de pêche arriver. Leur retour au port lui produisait une ineffable sensation de plaisir, d'étonnement devant la bonté infinie de Dieu. Ses yeux les cherchaient à l'horizon, les suivaient à la surface de l'eau et, quand ils accostaient, il avait un plaisir spécial à voir débarquer la sardine, la daurade et le merlu.

## 11- Un sujet grave

Un matin, don Ángel qui revenait avec sa nièce de l'abbatiale où il avait célébré sa messe, lui dit :

- Ton père est dans le jardin et veut te parler.

Gloria courut au jardin où son père debout, les mains dans le dos, faisait l'inspection des matériaux qu'il avait fait venir pour restaurer la chapelle. Ils allèrent s'asseoir dans un coin solitaire et ombrageux, abrités par d'immenses magnolias et autres arbres magnifiques. Un soleil timide réchauffait le jardin et exhortait, dans l'épaisseur de la verdure, toute la famille des oiseaux du voisinage à entrer et sortir de partout mêlant jeux et bavardages. Don Juan regarda sa fille avec beaucoup d'affection et lui parla ainsi :

- Je crois, ma fille, que le moment du mariage est arrivé.

Gloria, plus incapable que jamais de prononcer un seul mot, dessinait avec la pointe de son ombrelle des traits horizontaux sur le sol sablonneux... Puis, après avoir tracé dans le sable un nombre de lignes horizontales et parallèles, commença à faire des perpendiculaires qui formaient avec les premières une



sorte de grille. Enfin, Gloria commença à dessiner des diagonales sur la forme grillagée.

## 12- L'autre

La proposition de don Juan laissa Gloria dans la plus grande confusion. Un tel sujet, vraiment sérieux, ne pouvait se présenter à son esprit sans l'occuper au maximum et, pendant longtemps, sa réflexion fut si intense que le temps passait sans qu'elle ne s'en rende compte. Enfin, après un gros soupir, elle releva la tête comme si elle revenait à elle et nota la solitude du jardin, bien chauffé par un soleil déjà haut. Toutes les persiennes de la maison étaient fermées, aucun bruit n'en sortait ; même les oiseaux s'étaient tus, à part deux ou trois qui se chuchotaient quelque secret ou qui ressassaient quelque dispute sur les dernières branches des platanes. Gloria se leva car ses nerfs à vif vibraient et la poussaient à penser en marchant.

Charmée par le silence et la solitude où elle se trouvait, elle s'en alla vers un coin agréable du bosquet. A voir sa démarche pressée et l'élan avec lequel, tout en avançant vers le lieu sombre, elle regardait dans les fourrés, on aurait pu croire qu'il y avait quelqu'un, mais il n'y avait personne. Le petit bois était complètement désert. Après s'être approchée de la grille, elle regarda fixement le chemin par les trous que laissait ici et là le feuillage du chèvrefeuille. Elle était toute pâle. Ses grands cils s'agitaient comme de noirs papillons qui jouent dans la lumière. Ah ! quiconque l'aurait vue dans cette attitude et aurait observé avec quel intérêt elle explorait des yeux le chemin, soit en direction de la plage, soit en direction des montagnes, aurait cru qu'elle attendait quelqu'un.

Son cœur battait avec force à un rythme élevé. On y entendait des pas. Nous allons essayer de décrire l'état d'esprit de mademoiselle Lantigua. La raison ne lui fournissait aucun élément pour aller contre l'avis de son père et elle reconnaissait volontiers que Rafael avait toutes les qualités d'un jeune homme mûr, d'un tempérament bon et honnête, d'un athlète du catholicisme, d'un travailleur infatigable, d'un apôtre laïque. Ceci dit, elle faisait des efforts pour éveiller en elle un faible pour ce jeune homme mais c'était là la difficulté car il s'interposait toujours, entre elle et lui, une ombre intrusive qui venait d'on ne sait où.

## 13- Il pleut

De telles pensées durèrent peu dans l'esprit de Gloria. Comme les courants dans la haute atmosphère changent, passant du nord au sud, ainsi les idées de Gloria s'égarèrent dans une autre direction.



Cet après-midi-là, c'était le 23 juin, veille de la Saint-Jean, tout le monde se rendit à l'abbatiale. Après avoir prié un moment, ils sortirent faire un tour. Sous le portique, son Illustrissime dit :

- Nous allons faire un tour sur la plage si vous le voulez bien.

Don Juan, le docteur Sedeño, Rafael et le curé approuvèrent avec joie.

- Nous verrons arriver les chaloupes, remarqua le curé, en mettant sa main en guise de visière pour voir la mer. Aujourd'hui, on va avoir de la bonne sardine... Mais, oh ! là, la mer est agitée...

Gloria retourna à l'abbatiale et les autres entreprirent une promenade par un sentier pierreux qui commençait derrière l'église et se terminait sur la plage. Don Ángel, appuyé sur le bras du jeune orateur et journaliste, allait devant. C'était l'image de l'Eglise soutenue par l'enthousiasme de la jeunesse frondeuse. Depuis ce sentier rustique, on voyait la mer sur une immense étendue. Deux ou trois chaloupes se précipitaient fendant les vagues blanches vers la barre et très loin, là-bas, au point de jonction entre le ciel et la mer, une tache noire marquait le ciel bleu du firmament.

- Un bateau à vapeur, dit son Illustrissime.
- Il passe au large, remarqua Romero.

Don Ángel regarda le ciel et, en levant les yeux, une goutte d'eau tomba sur son nez. Les gouttes se firent plus nombreuses. Tout à coup, une rafale de nord-est souffla avec force soulevant des tourbillons de poussière, car la terre était à peine mouillée, et fouetta les passants avec une telle force qu'elle les obligea à s'arrêter un instant. Les grandes robes de l'évêque, du curé et du secrétaire s'enroulèrent en sifflant autour des corps comme si le vent voulait les leur enlever pour s'en couvrir.

En très peu de temps, la nuée grise couvrit tout le ciel. Les vieux peupliers au tronc lépreux et aux feuilles bruyantes se courbèrent en gémissant et leurs branches s'agitaient dans des mouvements désespérés. Le vent, après avoir balayé furieusement les toits, arraché quelques tuiles mal assurées, tombait en furie sur la mer, s'en prenait aux vagues et les enroulait en soufflant dans les cylindres concaves qui se répandaient en écume. L'horizon avait disparu et le ciel et la terre n'étaient qu'une immensité blanchâtre toute de liquide et de brume. Soudain, un serpent de feu violacé croisa l'espace, vibrant de manière fugace comme nos pensées dans le cerveau, et on entendit là-bas le profond grondement de mille montagnes qui se seraient mises à rouler en s'entrechoquant.



La pluie commença à tomber drue, piquante, fournie, torrentielle. Mouillé en un rien de temps jusqu'aux os, don Ángel se retourna vers ses amis et, d'une voix confuse et un visage plein de compassion, s'écria :

- Les pauvres marins, les pauvres qui naviguent !

#### 14- L'autre est tout proche

Gloria pénétra dans l'église, toute contente de se retrouver seule dans un lieu approprié pour laisser libre cours à son imagination. Elle se dirigea vers la chapelle familiale et s'assit dans un coin à regarder l'autel. L'atmosphère paisible du temple, la demi-lumière, le silence étaient comme un miroir où l'âme posait doucement les yeux et se regardait. Bonne occasion aussi pour prier, pour regarder Dieu face à face.

La demoiselle de Lantigua fit l'expérience d'une sensation de désir et d'élan qui la remplissait d'incroyables angoisses. Elle sentait son cœur s'agrandir et se contracter. Là, à l'intérieur, au plus intime d'elle-même, il y avait comme une annonce mystérieuse qui n'avait pas d'explication évidente. L'âme entendait des pas comme si ses facultés prophétiques annonçaient la proximité de quelque chose de profondément intéressant pour elle. C'était une lueur qui entrait dans la douce obscurité de son être, petit à petit, pointant comme une aurore, annonciatrice d'une lumière plus grande. Au plus intime de Gloria, il y avait comme de mystérieux sons qui murmuraient :

- Oh ! Mon âme ! Il fera bientôt jour pour toi.

Levant soudain les yeux, elle eut peur. Elle regarda les voûtes du temple et elle les trouva sombres bien qu'il ne fût que cinq heures de l'après-midi.

#### 15- Il va arriver

Quand Gloria entra dans la sacristie sombre et humide, Caifás donnait des coups de marteau sur les planches noires du catafalque des pauvres pour consolider le fond. A chaque coup, l'horrible caisse laissait échapper un gémissement.

Caifás donna les derniers coups et considéra son travail terminé. Il était assis par terre et leva les yeux vers la jolie demoiselle assise sur l'estrade. Il n'y avait pas mieux comme ressemblance que les tableaux où l'on voit l'image du monde priant à genoux la Vierge Marie. Seuls les vêtements pouvaient nous détromper. Entre les yeux de taupe, la face anguleuse, le corps aux jambes arquées, le teint jaune de José Mundideo (que tout le monde à Ficóbriga



connaissait sous le surnom de Caifás) et la beauté séductrice de Gloria, il y avait la même distance qu'entre la misère du monde et la majesté céleste.

- Cette nuit, mademoiselle Gloria, j'ai rêvé de vous.
- De moi ? dit Gloria, en souriant. Qu'est-ce que tu as rêvé ?
- Une chose bien triste, oui, bien triste.
- Que j'allais mourir ?
- Non, que vous m'aviez oublié, moi et mes pauvres enfants, que vous ne faisiez plus cas de nous.
- C'est bizarre. Et pourquoi vous oublierais-je, moi ?
- Parce que vous étiez amoureuse.

Gloria rougit et devint sérieuse.

- Oui, j'ai rêvé qu'un homme était venu.
- Un homme !
- Exactement. Qui pouviez-vous aimer sinon un homme ?... Je le voyais et j'ai l'impression de le voir encore.
- Comment était-il ? demanda Gloria en riant.
- Il était... Comment dire ? C'était un homme horrible, épouvantable...
- Grand Dieu !
- Non, entendons-nous bien : il n'était pas horrible de tête, bien au contraire, il était si beau qu'on ne peut le comparer qu'à Notre-Seigneur Jésus-Christ de l'abbatiale.
- Alors, pourquoi est-ce qu'il te faisait peur ? demanda Gloria, prêtant à de tels détails plus d'attention qu'il ne fallait.
- Parce qu'il vous emmenait loin, très loin, dit Caifás avec l'exagération d'un artiste emporté par son sujet.

## 16- Il est bien arrivé

Après avoir donné aux enfants tous les sous qu'elle avait, la demoiselle et le sacristain sortirent. Gloria s'enveloppa dans ses vêtements et Caifás mit un soin tout particulier à mettre son parapluie de telle sorte que sa divine Bergère se mouille le moins possible. Il lui indiquait les flaques d'eau de la route et les pierres qui dépassaient pour y poser les pieds.

Une clarté livide illumina Ficóbriga et Gloria vit une bande de feu descendre en zigzag jusqu'aux toits de la maison, en même temps que le tonnerre grondait en haut dans les cieux pleins d'eau.



- Un éclair ! cria-t-elle, angoissée. Caifás... Tu ne crois pas qu'il est tombé sur ma maison ?

Elle s'arrêta, épouvantée, et, le souffle coupé, regarda vers l'orient mais, dans la noirceur de la nuit, on ne voyait pas bien les bâtiments.

- C'est par là qu'il a dû tomber... mais beaucoup plus loin. Que mademoiselle ne se fasse pas de souci. Il est tombé dans la ria.

Gloria entra par la porte de la vieille maison après avoir remercié Mundideo pour sa compagnie. Elle monta rapidement le vieil escalier et traversa le long corridor désert pour entrer dans une vaste pièce qui servait à mettre les fruits séchés. On y trouvait des sacs vides, des coffres et différents objets. De là, on passait à une autre pièce meublée qui servait de salle communiquant avec la nouvelle maison. Gloria poussa la porte et fut d'abord surprise d'y voir tant de lumière, là où personne n'habitait. Elle entra et regarda partout, sidérée et bouche-bée pendant quelques moments. Il y avait là un homme.

Il était étendu sur le lit et caché sous de grossières couvertures, ne laissait voir que son visage. Sur la table toute proche, il y avait une lumière. La demoiselle fit quelques pas vers le lit et vit un visage livide et tourmenté. Il avait des taches comme des bleus suite à des coups, il entrouvrait la bouche et gardait les yeux fermés, le sourcil légèrement remonté, les cheveux mouillés. Les traits étaient parfaits, le front très beau sous des cheveux bruns en désordre. Depuis les sourcils droits, légèrement arqués sur les tempes, partait le nez aquilin, fin, irréprochable, comme taillé par d'habiles ciseaux. Une moustache brune et une barbe de même couleur légèrement pointue et un peu repliée à l'extrémité, achevaient dignement un visage qui était des plus parfaits. Gloria, dans ce bref moment d'observation, fit un rapide parallèle entre la tête qu'elle avait devant elle et celle du Seigneur qui était dans l'abbatiale, dans l'urne de verre et couverte de draps de lin de Hollande d'une extrême blancheur.

### 17- "Le Plantagenet", bateau vapeur

Il convient de revenir quelques heures en arrière... On entendit un coup de canon. C'était un bateau qui demandait de l'aide. Tous regardèrent et, dans la brume de la mer, ils virent un fantôme qui levait les bras au ciel avec désespoir et qui crachait la fumée.

- Un bateau vapeur, un bateau vapeur, crièrent-ils tous.

*Le Plantagenet* s'approchait des Camellos. Il lançait, de sa corne à vapeur, un vrai cri de rage, comme l'animal blessé qui sent venir la mort. C'était un lourd bateau sans élégance, une sorte de cargo. Sa coque semblait un grand hangar



noir et sa voilure, sans beauté ni élégance, comportait trois mâts et peu de cordages. Il avait deux vergues sur le mât de trinquet et, sur la misaine, beaucoup plus petite, flottait un lambeau rouge noirci par la fumée sur lequel on reconnaissait l'emblème de la Grande-Bretagne. La proue, verticale, montait démesurément jusqu'à découvrir les premiers chiffres de flottaison et les plaques rouges de fer mal peint. Il se balançait de bâbord à tribord découvrant soit son horrible ventre soit le pont noir en désordre, ruisselant, les cloisons des machines, le pont et la cheminée noire avec ses deux anneaux blancs et un T, emblème de la maison des Taylord and Co. de Swansea, propriétaire de trente-deux cargos.

Le pauvre bateau suscitait ce profond pathétisme qu'on ressent au spectacle des grands dangers. On le voyait qui se démenait dans les vagues, essayant de diriger son hélice pour éviter les écueils, et sa silhouette prenait des formes hautement intéressantes : aux yeux de ceux qui sont hors de danger, elle se personnifiait. Ce n'était plus un bateau mais un homme, un pauvre naufragé qui luttait contre le ressac. On le voyait briser les vagues de sa tête solide puis la relever pour pouvoir respirer par les deux trous, qu'on appelle *écubiers*, grands ouverts comme les narines du nez. L'hélice travaillait sans relâche, taraudant l'eau et crachant des jets d'écume. La coque avalait d'immenses gerbes d'eau et, en se couchant, les rejetait par les coupées, sans arrêter de lancer au ciel son épouvantable imprécation sous forme d'épaisse fumée et de vapeur blanche, rugissant et rageant comme les jets d'une baleine blessée.

Le pauvre *Plantagenet* tourna la proue vers le nord-ouest et s'enfonça jusqu'à la poupe dans l'eau. Il était pris au piège. Les rochers pointus comme des tenailles de fer l'avaient attrapé par la quille de poupe et l'hélice. Ils ne devaient plus relâcher leur proie. La proue se relevait comme un moribond, laissant hors de l'eau l'étrave et par moments, une partie de la quille. Il ne bougeait plus. Comme dans de dernières convulsions, les cordages rompus tremblaient et le mât du trinquet, avec sa double croix formée par les vergues, se pliait en deux comme une crosse brisée. Alors les vagues s'avancèrent, triomphantes, sur le cadavre du navire qui n'était plus qu'un corps immobile et en prirent possession, ivres de joie féroce. L'une entraît frénétiquement et s'enfonçait jusque dans les soutes, l'autre passait par-dessus le pont emportant tout sur son passage. Celle-ci montait, éparpillant les cordages dans les échelles, allant même jusqu'à toucher la hune. Celle-là s'écrasait contre la noire armature convexe, une autre, la plus téméraire, allait à l'assaut de la cheminée et entraît, par l'ouverture, inonder les machines.

- Mes enfants, s'écria l'évêque sur un ton grandiloquent, levant la main qui bénit les peuples. Vous n'êtes pas chrétiens, vous n'êtes pas espagnols si vous laissez périr ces malheureux !



- Foutez-moi le camp, bande de froussards, cria une voix énergique, terrible, la seule voix capable de surmonter l'épouvantable musique de l'Océan.

C'était la voix du curé.

### 18- Le curé de Ficóbriga

Le moment est venu, il faut bien faire son portrait avant de parler de son exploit. Don Silvestre était jeune, sanguin, costaud, de forte corpulence, courageux jusqu'à la témérité, avide d'applaudissements et avide des premières places. Grand ami de ses amis et en même temps très joyeux, très expansif, de caractère vif, généreux et de contact galant, bon enfant avec les grands comme avec les petits. A l'église, les femmes l'adoraient car il prêchait avec emphase, il avait un style dramatique et pittoresque, les hommes l'aimaient aussi car il débitait sa messe en un rien de temps.

Don Silvestre était un homme véhément, un peu têtue. Dans l'exécution de tout ce dont il avait la charge, il mettait toujours beaucoup d'ardeur. A un moment, l'idée lui vint de restaurer et refaire l'église. Il devint donc peintre, maçon et architecte. Quand on lui écrivit pour participer aux élections, il fit des merveilles. Sa bonne propriété, le prestige dont il jouissait dans la localité, son caractère jovial et chevaleresque le rendaient indispensable pour soumettre les cohortes de partisans et bouffer tout ce petit monde. Il mettait toute sa volonté et son influence au service de la cause politique et, durant les jours difficiles où les habitants de Ficóbriga exerçaient le plus important de leurs devoirs, le bon don Silvestre ne s'arrêtait ni dans la forêt, ni sur la plage, ni à la sacristie, ni chez lui, mais, comme possédé par le démon ou comme un amoureux, il courait partout sans relâche. Il fallait le voir utiliser avec érudition l'astuce ou la menace, la pression brutale avec l'un, le malicieux pot-de-vin pour l'autre, et ainsi tous se soumettaient à son arbitrage.

Tel était l'homme extraordinaire et courageux qui disait : "Moi, je vais sauver ces naufragés." Quelque temps plus tard, il sautait dans la barque. Impavide, il se lançait dans les vagues. Don Silvestre avait foi en ses bras puissants, en son expérience de marin et de pêcheur.

L'embarcation fendit les vagues. Elle montait sur la pente vertigineuse et disparaissait ensuite entre les tourbillons d'écume. Tantôt on croyait que des montagnes d'eau l'avalait d'un coup, tantôt elles la recrachaient de colère. Mais elle avançait, faible et courageuse, comme la foi en Dieu au milieu des



attaques du monde. Don Ángel avait enlevé son chapeau qui n'était plus qu'une éponge, et, à genoux dans la boue, pria à haute voix.

Quand les malheureux membres d'équipage (ils étaient huit) mirent pied à terre, don Ángel les embrassa tous, mêlant ses larmes à l'eau salée qui les imbibait.

### 19- Le naufragé

On lui porta secours avec beaucoup d'attention. On le coucha et don Nicomedes, le médecin titulaire de Ficóbriga, vint le voir...

- Des coups à la tête mais sans gravité, semble-t-il, dit le médecin, en plus d'un début d'asphyxie.

Il prescrivit quelques médicaments maison et demanda qu'on le laisse se reposer. Tout cela se fit rapidement et le malade, après avoir prononcé quelques mots à mi-voix, s'endormit, apparemment reposé. Tous sortirent de la pièce un instant et, quand ils retournèrent, le gentilhomme (car indubitablement il s'agissait d'un gentilhomme) sauvé des eaux, ouvrit les yeux et regarda tout autour de lui avec curiosité.

- N'ayez crainte, dit don Juan. Vous êtes chez des amis, on va vous aider et vous ne manquerez de rien. L'affaire a été terrible mais, grâce à Dieu, vous et vos compagnons, vous êtes saufs.

Le naufragé dit quelques mots en anglais. Il regardait ici et là, ouvrait de grands yeux bleus à la lumière joyeuse et dévisageait Gloria, don Juan et don Ángel, l'un après l'autre. Ceux qui ressuscitent ne regardent pas autrement.

- Je suis à... murmura-t-il en espagnol.
- A Ficóbriga, un petit port d'Espagne qui malheureusement a assisté au naufrage du *Plantagenet* mais qui a eu aussi le bonheur d'arracher huit hommes à la mort.

Sur un ton pathétique et solennel, le naufragé dit :

- "Seigneur, Seigneur mon Dieu : que ton nom est grand sur toute la terre !" <sup>19</sup>

Alors, l'évêque répéta le psaume en latin :

---

19- Ps 8/2



- Domine, Domine noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra !

Il y eut un long moment de silence où toutes les personnes présentes sentirent les palpitations de leur cœur.

- Et comment vous trouvez-vous ?
- Bien, bien, répondit l'étranger sur un ton rassuré, posant la main sur son cœur, merci beaucoup.
- Vous parlez notre langue mais vous êtes anglais, j'imagine.
- Non, Monsieur, je suis d'Altona.
- Altona ? dit son Illustrissime, pas très doué en géographie moderne. C'est où ?

Et il s'approcha d'une vieille carte qui pendait au mur.

- C'est sur l'Elbe, près de Hambourg, dit don Juan.
- Je suis Hambourgeois de naissance, dit le malade d'une voix ferme, mais ma famille est anglaise. J'ai vécu six mois à Séville et à Cordoue, cela fait trois ans, et maintenant...
- Prenez bien soin de vous reposer. Chez moi, rien ne vous manquera. Mon nom est Juan de Lantigua, lui, c'est mon frère Ángel, évêque de... et voilà ma fille, Gloria. Nous allons vous soigner au mieux. Dieu nous demande de protéger les sans-abri. Ce n'est pas tous les jours que se présentent à nous des occasions de pratiquer des œuvres de miséricorde.

Le naufragé regarda tour à tour don Ángel, Gloria, dans l'ordre où monsieur de Lantigua les avait présentés, puis, prenant la main de ce dernier, il la serra sur son cœur.

- "Celui qui poursuit la miséricorde, dit-il, trouvera la vie, la justice et l'honneur."<sup>20</sup>

Don Ángel répéta encore en latin cette sentence de Salomon.

- Maintenant, dit monsieur de Lantigua, reposez-vous bien, Monsieur... Comment vous appelez-vous ?
- Daniel.
- Et votre nom ?

---

20- Proverbes 21/21



- Morton.

## 20- Le saint projet de son Illustrissime

L'étranger sauvé des eaux n'avait pas encore pu quitter la pièce qui lui avait été attribuée, mais il recevait de fréquentes visites de tous les occupants de la maison qui le considéraient avec beaucoup de prévenance et de tendresse. Lui, pour sa part, méritait bien toutes ces attentions car il était tout ce qu'il y a de mieux en courtoisie et en esprit chevaleresque. Don Juan se rendit vite compte qu'il avait hébergé une personne bien née, de bonnes manières, au tempérament noble et droit, d'une grande délicatesse agrémentée d'une culture si vaste que chez les Lantigua, cela faisait l'étonnement de tous.

- On voit bien que c'est un gentilhomme accompli ! dit don Juan à son frère pendant qu'ils prenaient tous les deux leur chocolat avec le docteur Sedeño, de retour de l'abbatiale où le prélat disait sa messe quotidiennement.
- C'est vrai. J'en suis vraiment ravi, dit l'évêque. C'est dommage qu'il soit protestant !
- Vous croyez qu'il l'est ?
- Sûrement, affirma Sedeño. Dès qu'on parle de sujets religieux, il semble pressé de détourner la conversation.
- Mais a-t-il dit quelque chose qui offense notre sainte Eglise ?
- Pas un mot. Il marque beaucoup de déférence envers le catholicisme et je ne l'ai jamais entendu dire un mot ni un sous-entendu qui puisse lui être reproché.
- C'est une bonne occasion, mon frère, remarqua don Ángel avec un zèle tout dévoué, de faire une grande conquête et de l'amener rejoindre le troupeau de Jésus-Christ.

## 21- Sépulcre blanchi

- La vie éternelle ! dit don Rafael del Horro. Voilà la grande question. Une grande idée pour que la société n'éclate pas !
- Vous n'y croyez pas ?
- Si, forcément qu'il y a quelque chose après la mort... parce que ça ne peut pas se terminer comme ça sans plus... Mais, je pense, moi, que, si après la mort, on constate qu'il n'y a rien de ce qu'on a dit, et que nous



tombons dans un profond sommeil, quelle sottise, mon ami Romero ! La vérité c'est qu'on a beau y penser, on ne peut pas se débarrasser d'un doute. Franchement : le fait que ce ne soit ni une ombre, ni un souffle, ni un éclair, en somme, peu importe qu'après la mort on continue à vivre et qu'on aille au ciel ou en enfer... Bah ! Qu'est-ce que cela ?... Personne ne me fera croire à l'enfer. Est-ce possible de soutenir qu'il y a un grand trou plein de feu où tombent ceux qui ont commis des erreurs ? Allons, je crois que même l'Eglise devra transiger en disant que cette histoire d'enfer, c'est... n'importe quoi... rien d'intéressant. Alors, la vie éternelle et le paradis ? Bref, la tête nous tourne de penser à tout cela et mieux vaut laisser cela de côté.

- Bravo ! s'exclama avec enthousiasme don Silvestre Romero en se donnant un bon coup sur le genou avec la paume de sa patte d'ours. Ah ! si je pouvais me rappeler tout ce que j'ai lu dans les livres, je pourrais répondre point par point à toutes ces questions, pour vous convaincre qu'il y a une âme, un enfer, un ciel, comme deux et deux font quatre. Mais j'ai une mémoire défaillante : je lis une chose aujourd'hui que j'oublie le lendemain. En plus, avec toutes mes occupations... Figurez-vous que d'aller et venir au Soto et à la plage, il y a des fois où je n'ai pas le temps d'ouvrir un livre. Bon, don Rafael, vous en avez de ces idées ! Bigre ! N'allez pas dire ça à nos électeurs parce qu'alors... ! Au contraire, de la religion, rien que de la religion ! C'est toujours la musique que nous avons chantée, et c'est cette musique qui est merveilleuse.

## 22- La réponse de Gloria

La demoiselle entra dans le bureau de don Juan en même temps que monseigneur l'évêque qui était tout réjoui et se frottait les mains doucement, signe de jubilation chez ceux qui viennent de faire une bonne action.

- Mon cher frère, dit son Illustrissime, je crois bien que je n'ai pas frappé à la porte d'une maison vide : il y a quelqu'un qui répond.
- C'est vrai ? s'écria don Juan en mettant une dernière lettre dans son enveloppe.
- Il a commencé par se montrer très reconnaissant pour tes nouvelles bontés. Il accepte l'hospitalité que tu lui accordes pendant quinze jours ou un mois.



- Tu as parlé avec lui de religion ? demanda Lantigua, glissant la langue sur la partie gommée de l'enveloppe.
- Oui, mais avec une extrême habileté, il a éludé les points de doctrine les plus sérieux. Il n'a rien dit de plus, juste quelques généralités sur la Création, sur la bonté de Dieu, sur le pardon des offenses... ; bon, rien de concret.

A la douce invitation au repas, Sedeño laissa au repos sa presse quotidienne.

- Est-ce que monsieur Morton descend aujourd'hui ?
- Oui, aujourd'hui, pour la première fois, dit son Illustrissime. Le voilà.

Une ombre se présenta à la porte. C'était Morton, tout habillé de noir, pâle, beau et maigre, comme un martyr des premiers siècles qui aurait mis une redingote après avoir ressuscité.

- Bien, mon ami, bravo pour votre courage, cria le curé en allant à la rencontre de l'étranger.

Monseigneur l'évêque alla aussi, appuyé sur son bâton. Daniel lui offrit son bras et tous les deux avancèrent. Les autres les suivirent. Gloria resta la dernière.

### 23- Deux avis sur le pays le plus religieux du monde

Daniel Morton ne sauva qu'une toute petite partie de tous ses énormes bagages. Mais il récupéra les fonds qu'il avait dans un coffre à bord, chez le capitaine. Celui-ci vint lui rendre visite le jour où tous les naufragés s'en allèrent, et il lui remit ce qu'il avait reçu après avoir retiré une petite quantité que Daniel avait donné pour aider les membres de l'équipage. Ce dernier se mit en lien avec le consul anglais de la capitale de province (située à seize kilomètres de Ficóbriga par la grand-route), et il reçut deux grandes malles de vêtements. Au lendemain de sa première sortie de la maison, Morton eut l'abnégation de confier sa personne à une caisse déglinguée qui, usurpant traîtreusement le nom de voiture, allait tous les jours à la capitale de la province, y menant des gens tout moulus sous prétexte qu'elle les emmenait et les ramenait. Daniel revint, de nuit, majestueux, sur un magnifique cheval noir.

En peu de jours, notre aristocrate hambourgeois fit la visite et la connaissance de tout Ficóbriga, spécialement de l'abbatiale, curiosité du onzième siècle, et ce n'est pas parce qu'elle était abandonnée aux mains des hommes, laide et toute détruite, qu'elle manquait de charme pour l'artiste. Il vit aussi le château



démantelé, la tour ou cube seigneurial qui domine le jardin abbatial, le cimetière du temps jadis et les maisons de hobereaux de la ville dont quelques-unes attirent l'attention des étrangers, bien naturellement.

Les habitants de la ville regardèrent, avec sympathie, notre étranger, même s'ils l'assommèrent de commentaires. Plusieurs personnes comme don Juan Amarillo et deux des *indianos* se prirent d'amitié pour lui. A la maison des Lantigua, Morton avait gagné la sympathie des deux frères par son extrême amabilité et ses conversations amènes. Il montrait une intelligence exceptionnelle sans pédanterie, une sensibilité exquise sans affectation et une connaissance achevée de toutes les règles sociales.

Un matin, don Juan était si fatigué que, sentant sa tête lourde comme du plomb, il sortit voir si une conversation avec Morton ne lui dégagerait pas l'esprit. Quand il arriva au bureau de ce dernier, il fut étonné de ne pas y voir don Ángel car c'était son habitude de faire une visite et d'entamer des polémiques à cette heure-là.

- Bon, dit-il, je vois que mon brave frère s'est vu obligé de lever le siège.
- Monseigneur l'évêque est un brave homme et un savant, dit Morton. Il remportera bien des victoires dans ce monde. Les places qu'il n'arrivera pas à prendre doivent être imprenables.

S'appuyant sur cela, don Juan lui demanda s'il avait de profondes convictions quelles que soient ses croyances. Daniel n'hésita pas à répondre que ses croyances à lui n'étaient pas superficielles, routinières et fragiles, comme celles de la plupart des catholiques espagnols, mais qu'elles étaient profondes et solides. Ce à quoi don Juan répondit qu'il préférerait voir l'ardeur persévérante et ses effets chez les fanatiques des fausses religions que la tiédeur et l'insouciance chez ceux qui avaient le bonheur d'être nés dans la vérité. Il ajouta que, effectivement, la foi sur notre sol catholique s'était beaucoup affaiblie, mais que ce mal, provoqué par les excès révolutionnaires et les influences étrangères, jaloux de la nation la plus religieuse du monde, devrait trouver remède dans l'endoctrinement, les prières et les exercices de l'Eglise, si elle arrivait à trouver un gouvernement pieux pour l'aider.

Morton n'était pas tout à fait d'accord avec cette opinion. Cependant, respectueux de son généreux ami, il dit qu'il avait confiance dans le renouveau religieux de ce pays si se multipliaient des pasteurs aussi vertueux et illustres que don Ángel de Lantigua et des laïcs comme don Juan. Mais cela n'empêchait pas l'Espagne d'être le pays non pas le plus blasphémateur du monde, mais le pays blasphémateur et sacrilège par excellence.

- Vous avez raison en cela, affirma Lantigua très chagriné. Je reconnais aussi le manque de religion ; mais vous semblez indiquer que les causes



de ce mal très grave ne sont pas dans la philosophie ni dans les libertés modernes.

- Ce n'est pas possible que ces deux choses-là aient enlevé la foi aux Espagnols. Dans les autres pays, il y a plus, beaucoup plus de philosophie qu'ici, plus, beaucoup plus de libertés et, cependant, la foi religieuse n'y est point morte. On parle des révolutions ! En Espagne, il n'y a rien qui puisse mériter ce titre, mon ami, en Espagne, tous les bouleversements politiques ont été des tempêtes dans un verre d'eau. De grâce, quelle idée devons-nous avoir de l'esprit religieux d'un pays s'il est abattu par quinze ou vingt mouvements politiques qui se sont succédé depuis 1812 ? Je comprends bien que les grands édifices s'écroulent aux secousses d'un tremblement de terre, mais comment peuvent-ils tomber aux trépidations que font les pas d'un régiment de cavalerie ? Admettant, puisqu'on ne peut pas faire autrement, que vous n'ayez pas eu de grands cataclysmes, il faut donc admettre que les édifices qui sont tombés ne devaient pas être bien solides. Ils l'ont été, oui, en d'autres temps, mais au début de ce siècle, tout était bien vermoulu. L'Espagne, comme la femme querelleuse dont parle l'Ecclésiaste, est maintenant un toit qui a beaucoup de fuites.

On entendit des voix dans le jardin de la maison et s'y mêlaient des gémissements et des pleurs d'enfants.

- Qu'est-ce qui se passe ? demanda Lantigua en regardant par la fenêtre. Gloria, Gloria !

Morton se présenta à la fenêtre aussi.

- Ce n'est rien, dit Lantigua en s'écartant. Ce sont les enfants de Caifás qui viennent demander du secours au nom de leur père, un vaurien, un ivrogne que je suis fatigué de secourir.

Son Illustrissime appelait don Juan du jardin.

- Allons bon, dit ce dernier. Mon frère s'est laissé attendrir et il veut que je prenne cet homme-là sous ma protection. C'est un misérable, mais la charité chrétienne, mon ami Daniel, nous oblige à pardonner et à avoir de la compassion.



Le chagrin les empêchait de répondre.

- C'est que le vicaire a renvoyé Caifás sur ordre de don Silvestre, dit son Illustrissime. Mais, mes enfants, si votre père est un méchant, comment voulez-vous qu'il reste dans l'église ?
- Un sacré loustic, ce Mundideo ! s'écria Lantigua. Et quoi encore ? Il a perdu tous ses vêtements parce qu'il n'a pas pu payer la Cárcaba ?
- Oui, mon... mon... Monsieur, gémit Sildo.
- Alors don Juan Amarillo l'a mis à la porte et va le traduire en justice ?
- Oui, mon... Monsieur.
- Et vous êtes restés sans maison ?
- Oui, Monsieur.
- Ces pauvres enfants tout nus, dit don Ángel, il faut bien leur donner quelques vêtements.
- Ma fille va s'occuper de cela. Où est Gloria ?
- Elle est sortie sur la route pour parler à Caifás qui n'a pas voulu entrer parce qu'il a honte.
- Il a raison. Je ne pense pas faire quelque chose pour lui. J'en ai marre de lui faire des faveurs. Je vais lui donner à manger et quelques vêtements pour ces enfants, mais c'est tout.

Enfin, il fut décidé qu'on proposerait à Caifás une vieille maison à moitié démolie appartenant à don Juan de Lantigua. Gloria partit en courant annoncer la nouvelle au pauvre Mundideo. Les enfants la suivirent.

Quand la demoiselle revint, don Ángel avait rejoint le docteur Sedeño qui lui montrait le courrier récemment arrivé et don Juan s'approcha des maçons venus refaire la chapelle. Dans le jardin, il n'y avait plus que Morton. Gloria, se voyant seule près de lui, fut légèrement troublée. Elle hésita à continuer ou à s'arrêter mais, quand l'étranger vint vers elle comme pour lui parler, elle se mit à trembler comme tremble le reflet de la lumière dans l'eau agitée.

- Gloria, dit Morton, que les pauvres de Ficóbriga ont de la chance !
- Pourquoi ? répondit la demoiselle.
- Parce que vous vous occupez d'eux. Mourir pour vous !... Ah ! Gloria, moi aussi, je ferais la même chose.
- Quoi ? dit la demoiselle un peu confuse.
- Mourir pour vous ! C'est tout ce qu'on peut faire après vous avoir aimée.
- Daniel, mon Dieu !



- Gloria !... Comment faut-il le dire pour être cru ?

L'expression du visage de l'étranger laissait transparaître un sentiment grave et profond.

- Je m'en vais, dit la demoiselle soudainement.

Elle voyait bien le sentiment qui brillait à la lumière des yeux bleus du Hambourgeois. Elle mesurait aussi l'immensité du sien, sentiment qui montait du cœur comme une vague de fond et cela lui fit peur.

- Vous partez ? dit Daniel en faisant un pas vers elle.
- Oui.
- Attendez, j'ai quelque chose à vous dire.
- Quelque chose ?
- Je vous adore.

Morton l'avait déjà dit deux fois mais pas avec les mêmes mots ni avec la même fougue qu'avant.

## 25- Une autre

Gloria prit son ombrelle et sortit. Elle traversa la petite place et une rue bordée de figuiers et de ronces. Elle arriva à une grande et magnifique prairie qui s'étendait en face de la maison et que traversaient deux ou trois sentiers. Elle marchait les yeux fixés au sol, lentement, s'arrêtant parfois, comme si les pensées qui occupaient sûrement son esprit lui barraient la route pour l'empêcher d'avancer. Parfois, elle levait les yeux au ciel et regardait passer des bandes d'oiseaux, tournant les yeux pour suivre leur vol, et elle les suivait jusqu'à ce qu'ils ne soient plus que de petits points tremblants disparaissant dans l'immensité du ciel bleu.

Elle arriva à l'endroit des cinq châtaigniers appelés *commandements*, de vieux spécimens pleins de cicatrices, mille fois émondés mais qui répondaient aux offenses de la hache par des bénédictions, à savoir, des châtaignes. Elle traversa ensuite un champ de récoltes où les nouveaux plants de maïs soutenaient dans leurs premiers jours les tendres haricots, laissant courir à leur pied les paresseuses citrouilles rampantes. Elle dut ensuite descendre une pente d'où elle ne voyait plus la maison des Lantigua pas plus qu'aucune des constructions de Ficóbriga, la tour exceptée. Il y avait là trois vaches qui la regardaient passer sans se troubler. Elle se faufila ensuite par un petit trou dans la clôture entre les ronces, les ajoncs et les fougères. Et voilà Gloria arrivée dans le domaine de Caifás.



En s'approchant, elle entendit la voix de ce dernier qui chantait. La demoiselle se dit en elle-même : "Notre Mundideo est bien joyeux."

Notre homme était joyeux car il avait reçu de l'argent d'un homme dont il ne pouvait dire le nom.

- Et si je te disais qui c'est me dirais-tu oui ?
- Alors ?
- C'est monsieur Morton.
- Ah, mademoiselle Gloria, comment avez-vous deviné... L'étranger, celui du bateau... Je ne connais pas son nom mais c'est celui qui ressemble à notre Rédempteur.

En retournant chez elle, elle ne vit pas les vaches qui la regardaient passer, ni le champ de maïs vert, ni les cinq châtaigniers mutilés et généreux qui se chargeaient de fruits dans leur vieillesse comme les patriarches de la Bible aux nombreux enfants. Elle ne vit pas la tour de Ficóbriga ni les oiseaux qui revenaient de l'horizon comme des vagabonds. Elle ne vit qu'un soleil puissant tout juste sorti de son âme et qui en gagnait la voûte, il arrivait à son zénith, c'était une lumière resplendissante qui l'inondait.

## 26- Un ange rebelle

Le soir, après le dîner qui distrait et rend amoureux, on priait le chapelet dans la salle à manger, la porte du jardin ouverte quand le temps le permettait. Durant ce pieux exercice, Morton sortait et restait dans le jardin, assis, la tête découverte.

Après le dîner, il y avait une discussion sympathique et chacun entraînait dans sa chambre. Gloria montait la dernière. Peu après, tout était silence : enveloppée dans les ombres de la paix, la maison s'endormait tranquillement du sommeil du juste.

Mais dans la chambre, à l'angle de la maison, la pensée veillait et les yeux de Gloria, fixés sur l'obscurité, demeuraient grands ouverts. Le bruit d'une fontaine toute proche, le chant des crapauds et, parfois, le sifflement amoureux du vent donnaient au cerveau de la jeune femme éveillée un rythme bizarre qui favorisait l'activité de son imagination. Son bras droit formait une sorte d'auréole dans laquelle elle mettait sa tête y cachant son visage comme l'oiseau le cache sous son aile. Et là, seule, sans autre témoin que Dieu seul, elle ouvrait en grand les portes de son cœur pour que le feu, qui en elle se consumait, puisse s'évacuer à gros bouillons. Les digues de sa pensée tombaient et tout se



répandait à l'extérieur. Elle passait ainsi de longues heures, d'abord immobile, puis inquiète à cause de l'insomnie fébrile, jusqu'à ce que le sommeil l'emporte avant le lever du jour, et, sur le lit paisible flottait sa respiration.

"Tout ce qui est fait pour le bonheur, tout ce qui vient de Dieu, tout ce qui est nécessité première et lumière pour l'âme, la religion devient aujourd'hui pour moi source d'amertume. Entre nous deux, il y a comme le fil d'une épée terrible. Personne ne peut apporter de réponse, personne ne peut réduire en poudre ce rempart entre nous et sur lequel nos bras déchirés se blessent quand nous voulons nous rejoindre.

Je connais mon père. C'est un roc. Soyez maudits Martin Luther, la Réforme, Philippe II, Guillaume d'Orange, l'Electeur de je ne sais où, la paix de Westphalie, la révolution de je ne sais quoi, le *Syllabus*, tout ce dont a parlé papa hier soir... Voilà ce qui entrave nos pas et coupe le fil qui nous unit, non pas Dieu, auteur de nos cœurs, de la vertu et de l'amour, mais les hommes qui, avec leurs disputes, leurs rancœurs, leurs jalousies, leurs vanités, ont divisé les croyances, détruit l'œuvre de Jésus qui veut les unir tous. Je ne comprends pas comment on peut honnêtement lire un livre d'Histoire plein de corruptions, de boue, de sang et de larmes. Je voudrais qu'on oublie tout et qu'on jette au feu tous ces livres de chevalerie, que le passé ne s'impose pas au présent et que meurent à jamais les différences de formes et de discours.

Elle inclina la tête sur sa poitrine en soupirant et la main devant les yeux, elle pleura en sentant l'amertume du calice. Il n'y avait que deux voies : se résigner ou se rebeller.

Les premières lumières du jour entraient par les fentes du bois de la fenêtre et glissaient sur le beau corps à moitié nu de la demoiselle amoureuse. Le froid et la pudeur la touchèrent en même temps. Elle se recoucha en tremblant. Elle s'endormit enfin.

## 27- Il s'en va

Un matin, don Juan de Lantigua dit à son frère :

- Cela fait vingt-six jours que l'étranger est chez nous. Tu as bien entendu ce qu'il a dit hier.
- Oui, malgré l'amitié qu'il a pour nous, sa délicatesse l'a poussé à nous demander la permission de partir. On voit bien qu'il n'en a pas envie mais il ne veut pas abuser de notre hospitalité.
- Même si je lui ai dit hier qu'il pouvait rester quelques jours de plus, je ne pense pas insister. Il vaut mieux qu'il s'en aille. Non ?



- Oui, ça me paraît une bonne chose.

Don Juan remuait la tête pour marquer son incertitude.

- Pour le moment, dit-il, il est bon qu'il s'en aille. Ce serait inopportun que cet homme reste encore plus longtemps chez moi. Nous allons nous priver d'une excellente compagnie mais il faut qu'il parte d'ici. Il n'est pas sans avoir quelques attraits. Tout en lui a quelque chose de séduisant, de charmant. J'ai une fille passablement impressionnable.
- Mais, et alors ? Tu as peur que Gloria... ?
- Non, je n'ai peur de rien... Comment imaginer que ma fille... ?

Le soir, don Juan dit à sa fille :

- Tu sais sans doute que monsieur Morton s'en va. Il nous a remis une grande somme pour les pauvres de Ficóbriga. A nous trois, toi, Ángel et moi, nous la partagerons.

Gloria ne répondit rien mais, malgré ses efforts pour rester calme, don Juan crut voir quelques nuages dans le ciel pur des pensées de sa fille.

## 28- Il revient

A l'ouest de Ficóbriga, il y a une pinède solitaire et abandonnée, à la fois proche et si exposée à tous les vents que, même aux souffles les plus légers, les branches laissent toujours résonner quelque musique. Très fournie en son milieu, moins dense aux extrémités, elle forme ainsi de larges avenues, et quelques pins s'écartent du groupe et courent vers la plage ou vers la montagne comme s'ils s'étaient disputés avec leurs compagnons. En son milieu, passe une clôture à l'architecture rustique où les pierres et les herbes se confondent pour ne former apparemment qu'une seule famille. Au pied des pins, croissent des milliers de petites fleurs bleues magnifiques, c'est une espèce étrange, inconnue dans nos jardins. Elles brillent parmi les fougères comme de petits bouts de ciel que les tempêtes auraient arrachés à la voûte du monde et auraient dispersés sur la terre. La nature est là, seule, attentive, toute à la joie de sa paix insouciant, et les passants croient y entendre une vibration d'une musique silencieuse dont a parlé le poète et qui, en cet endroit, leur dit : "Ne me troublez pas."

Un après-midi de juillet, le tapis de fougères fut piétiné par un cheval et Daniel Morton, qui le montait, mit pied à terre près de la clôture. Il n'avait pas à attendre beaucoup car, à deux pas de là, fidèle et ponctuelle comme une horloge, se trouvait la demoiselle de Lantigua.



Toute la beauté de l'après-midi, paisible et sereine, s'était concentrée en sa personne, d'après les yeux de notre amant passionné. Elle était le bleu du ciel, la mer profonde et pathétiquement harmonieuse, la terre fraîche saupoudrée de sourires, la douce ombre des bois dans ses senteurs balsamiques, la lumière pénétrant par petites touches dans la clairière comme par les fenêtres d'une cathédrale.

- Pourquoi nous, qui sommes des gens bien, devons-nous vivre comme des criminels ? Nous n'avons failli à aucune des lois de Dieu et pourtant, nous fuyons comme l'incendiaire qui vient de mettre le feu à la maison du riche. Pourquoi cela ?
- C'est ce que je me demande : pourquoi, mon Dieu, est-ce possible que Tu fasses cela ?
- Ce n'est pas Lui, dit Daniel avec tristesse. Nous touchons du doigt le résultat de ces sociétés parfaites qui se croient propriétaires de la vérité absolue. Elles ont en garde les lois de caste comme au temps des Philistins...
- Je crois en Dieu un, Seigneur du ciel et de la terre, déclara Gloria, la main sur le cœur et les yeux levés au ciel, tout baignés de larmes et de la lumière divine. Je crois en Jésus-Christ, mort sur la croix pour la rémission des péchés des hommes. Je crois au pardon des péchés, à la résurrection de la chair et à la vie éternelle. Je te mets au défi d'être aussi explicite que moi. Tu ne m'as jamais dit de manière claire en quoi tu croyais.
- Gloria, ta foi est timide en bien des commandements de l'Eglise... C'est toi qui me l'as avoué.
- Elle est sûre et passionnée pour l'essentiel... Heureux les pays où la religion est dans les cœurs et non sur les lèvres, où la religion n'est pas une loi raciale impie ! Nous sommes ici comme des bêtes marquées au fer rouge.

Ils se séparèrent de quelques pas mais ils se rejoignirent aussitôt. C'était comme les vagues sur la plage, elles semblent s'éloigner l'une de l'autre mais elles s'étreignent toujours. Enfin, tard dans la nuit, sur les collines lointaines, à l'intérieur des terres, un homme à cheval avançait tout doucement, la tête inclinée sur la poitrine. Son allure noire ne correspondait pas au paysage rieur : on aurait dit qu'après son passage, tout avait tendance à être dans la joie.

En route vers Ficóbriga, Gloria marchait, traînant sa douleur comme un disciple du Christ qui a dit : "Prends ta croix et suis-moi." Tout autour d'elle



respirait la paix et la douceur des champs. Les bœufs des prairies revenaient du travail, d'un pas lent, agitant leurs lourdes têtes et leurs nobles museaux graves. Les femmes des villages allaient en sens inverse, portant, sur leur tête, des pains de six livres tandis que les pêcheurs mettaient à sécher, sur les monticules de l'abbatiale, les filets humides dans les mailles desquels brillaient encore les écailles des sardines comme des limaçons d'argent.

Gloria vit tout cela mais, pour elle, tout s'habillait du deuil funèbre de son âme.

## 29- Il est parti

Ce matin-là, la demoiselle transférait sa tristesse à tout le monde créé. Si la lumière noire existait, elle en serait le soleil. Le contresens des mots n'est pas dans les idées car le monde lui semblait éclairé par la noirceur de son âme.

Elle regarda ensuite la tour de l'église et ressentit une vive impression de peur et de ressentiment. La tour était une idée et l'esprit de la jeune femme butait, gonflé de douleur, comme l'oiseau aveugle bute contre le mur. Soudain, une voix cria du jardin :

- Ma petite, tu ne descends pas ? Je t'attends depuis un moment pour aller à l'église.

C'était don Ángel qui allait dire sa messe à l'abbatiale. Gloria l'accompagnait toujours avec plaisir : mais ce jour-là, elle ressentit comme un frisson dans le cœur et un étrange sentiment de rébellion. Obéissante et pleine d'affection, elle rejoignit cependant le bienheureux prélat. Mais en entrant dans le temple, la terreur habita de nouveau son âme, car ces pierres blanchies grossièrement ne la laissaient pas respirer et l'opprimaient comme un poids.

## 30- Pécheresse et hérétique

Elle confessa tout, absolument tout. Elle fouilla sa conscience et en sortit jusqu'aux derniers fiels et, à mesure qu'elle le faisait, elle respirait plus calmement car le poids était bien lourd à porter.

Pendant sa confession, quelqu'un d'indiscret, en s'approchant, aurait entendu des soupirs, des sanglots et les quelques mots du pasteur du Christ. A la fin, don Ángel n'était plus serein. Son visage, plein de bonté qui, selon l'expression d'un de ses meilleurs amis, était un morceau de Paradis, avait une sorte d'expression difficile à définir : un chagrin semblable à celui de ceux qui assistent à la disparition brutale d'une chose magnifique sans pouvoir l'éviter ni se mettre en colère. Don Ángel resta là comme Tobie voyant l'ange disparaître à tout jamais, cet ange qui l'avait accompagné si longtemps.



- Je t'ai dit que je ne pouvais pas te donner l'absolution. Je vais te dire pourquoi. La cause n'est pas que tu aies aimé. Tu es une femme et la loi naturelle, à cet âge fleuri, réveille un penchant vers l'autre et, si ce penchant est honnête et bien conduit par le discernement, il peut produire des bienfaits qui mènent au service de Dieu... Tu dis : "Les hommes peuvent trouver le chemin du salut éternel et parvenir à la gloire éternelle, quelle que soit leur religion..." Eh bien ! Cette proposition est condamnée par le Souverain Pontife dans les Encycliques *Qui pluribus et Singulari quadam* et dans son allocution *Ubi primum*. Toi, tu dis : "Tout homme est libre d'embrasser et de professer la religion qu'il croit vraie, du moment qu'il soit guidé par la lumière de sa raison..." Eh bien ! Cette proposition est condamnée dans les Lettres apostoliques *Multiplices inter*, et dans l'allocution *Maxima quidem*... Tu vois ?
- Chez cet homme, les croyances semblent bien fermes et même intolérantes, Monsieur. En plus, il a toujours eu la délicatesse de ne jamais rien dire qui puisse ébranler la religion de mes pères. Nous avons parlé de religion comme lien social, mais rien de plus... Pour être totalement loyale et vous montrer le plus profond de mon cœur, je pensais à cela bien avant de le connaître, et même je n'arrivais pas à mettre tout cela au clair dans mes pensées. Le contact avec Daniel m'a plutôt éclairée de mille lumières et, à la lumière de cela, j'ai commencé à voir les différents sujets de religion et les disputes entre les hommes comme la grandeur et les limites lointaines du royaume de Jésus-Christ en qui je voyais le Seigneur de tous, des bons, de tous ceux qui ont le cœur limpide.

31- Pause. Le conflit paraît se résoudre mais il ne fait que s'apaiser

Malheureusement ou heureusement pour elle (ceci nous ne l'avons pas élucidé pour le moment), Gloria agitait de plus en plus vigoureusement les funestes ailes de son latitudinarisme<sup>21</sup>, qui devaient l'emporter Dieu sait en quelles régions épouvantables. Après avoir beaucoup réfléchi, don Ángel résolut de ne pas révéler à son frère la funeste passion de Gloria.

Le brave homme ne put deviner ce qui s'était passé avec Morton ; mais, tout au fond de son cœur, un vague soupçon commençait à poindre. Sans jamais croire

---

21- Œcuménisme.



que sa fille s'éprendrait de l'étranger, il trouvait que le brio de ce dernier n'avait pas été sans influencer les idées hétérodoxes de la jeune fille conquise. C'est pour cette raison qu'il déplorait alors plus que jamais le malheureux événement du *Plantagenet*.

Quand les faits prennent une direction précise, il est inutile de les en détourner. Nous trouvons donc là l'occasion de dire que, malgré l'apparente sérénité des événements, la tempête n'est que contenue et non étouffée, et le courant caché sous la glace finira bien par sortir et par continuer son chemin qui lui était tracé.

Nous avons vu l'éclair. Bon, immanquablement le tonnerre allait se faire entendre. Nous avons dit que les événements suivaient leur cours implacable. Devrons-nous appeler cela fatalité ou logique ? C'est difficile à dire. La logique suivait son cours sans que la bonté des braves ou la perversité des pervers ne puissent l'arrêter.

### 32- Les chasseurs de votes

On arriva à la veille de la Saint-Jacques et neuf heures n'avaient pas encore sonné, ce matin-là, qu'une grosse voix se fit entendre chez les Lantigua. Cela mit hors de son bureau don Juan qui croyait venue la mutinerie dans sa demeure mais il se tranquillisa en voyant que toute cette algarade venait de la part de don Silvestre Romero.

Un domestique entra avec une lettre pour don Juan. Celui-ci l'ouvrit et, après l'avoir parcourue du regard, dit :

- C'est une lettre de Daniel Morton. Il m'écrit pour m'annoncer qu'il embarque demain matin, il vous salue tous.

Don Ángel regarda sa nièce discrètement. Forte, courageuse, héroïque, Gloria reçut le coup sans laisser deviner les grandes secousses de son âme angoissée. Don Ángel, le seul au courant, crut voir un étrange voile sur le visage de la jeune femme. Don Juan la regarda aussi.

### 33- Les agapes

Le jour de la Saint-Jacques, c'était la foire à Ficóbriga, c'est-à-dire vente de bétail dans la prairie, course de jeunes taureaux sur la place, divers stands de fruits et pâtes, vins et liqueurs, un peu de théâtre, des bals régionaux, et le soir, grande représentation de feux d'artifice. Mais les plus importantes festivités



étaient, bien entendu, le banquet que don Silvestre Romero, superbe en tout, offrait à ses amis au Soto de Brijan. Très tôt le matin, d'innombrables serviteurs se démenaient, arrangeant tout pour que les instructions du brave curé, expert en la matière, soient respectées. Les provisions arrivaient dans des chariots du voisinage remplis à ras bord et dont les roues mal graissées gémissaient à monter la côte jusqu'au sommet, là où se trouvait la ferme.

Après un excellent repas, ce fut le temps des discours et chacun fit montre d'éloquence. Don Juan de Lantigua terminait ainsi :

- Non, mille fois non. Ou l'Espagne va cesser d'être l'Espagne ou bien il va falloir la laver de cette pourriture et, dans son ciel tout propre, se remettra à briller l'unique et magnifique soleil de la foi catholique. Pour ce qui me concerne, je peux dire que cette idée domine dans mon esprit plus que toutes les autres idées, plus que toutes les perfections, plus que la vie et tout ce qui existe. Pour que soit réalisée cette idée et que le cancer qui commence à nous dévorer soit extirpé, je donnerais mille fois tout ce que je possède : la paix de ma famille, ma famille même, ma misérable personne. J'ai l'ardeur des vrais croyants, Messieurs, et ma foi n'est pas seulement sur mes lèvres mais aussi au plus profond de moi-même.

Si vous ne luttez pas dans un but si grandiose, mieux vaut ne pas lutter du tout ; si vous ne travaillez pas de toutes les forces de l'esprit, par la prière, l'exemple et la charité, mieux vaut vous cacher dans un coin comme des femmes et laisser à d'autres générations plus solides le soin de la sainte entreprise.

Il n'en dit pas davantage parce qu'il était fatigué et qu'en réalité, il en avait dit assez. Toutes ses paroles étaient de l'or, selon l'expression de don Juan Amarillo. Les félicitations ne pouvaient pas être plus folles. Il régnait un grand enthousiasme à cette réunion et, peut-être, peut-être bien que le curé se serait aventuré à prendre la parole, si Rafael n'avait vu arriver, par le chemin, son Illustrissime, don Ángel de Lantigua, qui s'approchait lentement. Alors il dit, prenant un ton et une expression mystiques :

- Voici celui qui vient au nom du Seigneur<sup>22</sup>.

Et tous se précipitèrent pour l'accueillir.

---

22- Mt. 21/9



### 34- Sur le pont de Judas

Pendant qu'une douzaine de laïcs, après avoir bien mangé, réglait les sujets de l'Eglise catholique, don Ángel de Lantigua, laissant sa nièce en prière dans l'abbatiale, avançait sur la grand-route en direction du pont de Judas, dans l'intention de visiter les convives du Soto. Il avait pour compagnon, d'un côté, son secrétaire et, de l'autre, son serviteur, et à sa suite, plusieurs boiteux, infirmes et laissés pour compte, avides d'une bénédiction, car certains les préféraient aux aumônes reçues.

Le saint homme, le cœur joyeux comme d'habitude, s'en allait devisant tranquillement avec ses deux subalternes quand, à l'entrée du pont de Judas (dont la construction en bois était extrêmement fragile), il remarqua que ce pont tremblait sous ses pas. Il ne tarda pas à connaître les raisons des secousses : à l'autre extrémité du pont, venait d'arriver un homme à cheval. Au galop.

- Eh là ! Monsieur, lui criait le garde. Il faut, pour passer ici, aller tout doucement.

Le cavalier, c'était Daniel Morton. Dès qu'il vit son Illustrissime, tout en observant l'étroitesse du pont, analogue en cela au pont que doivent prendre les musulmans pour entrer au paradis, il s'arrêta et mit pied à terre.

- Ah ! Monsieur Morton !... s'écria don Ángel avec stupeur, sentant soudain sa joie de vivre disparaître.

Daniel baisa l'anneau du prélat avec beaucoup de respect et, tout en se découvrant, dit :

- Vous ne vous attendiez pas à me revoir à Ficóbriga ?
- Non, c'est certain. Hier, mon frère a reçu une lettre où vous lui annonciez votre voyage.
- Eh bien ! Dieu a voulu que je ne parte pas aujourd'hui.
- Attention ! Il ne faut pas en rejeter la faute sur Dieu, dit le prélat avec gravité. Dieu l'a peut-être permis, mais il ne l'a pas voulu.
- Excusez-moi, Votre Illustrissime, affirma Morton, mais, je crois qu'il l'a voulu. J'étais sur le quai de... près de mes bagages et j'attendais l'embarcation qui devait me conduire à bord du bateau à vapeur quand j'ai senti qu'une main appuyait fortement sur mon épaule. Je me suis retourné et j'ai vu Caifás, Monsieur don Ángel, le visage incroyablement angoissé.
- Bon, bon, je comprends...



Pendant tout ce temps, don Juan Amarillo avait pris don Juan de Lantigua à part pour lui parler d'une importante affaire.

- Ne nous éloignons pas trop, lui dit le jurisconsulte littéraire, car il me semble qu'il va pleuvoir cet après-midi.

### 35- Les jugements de Dieu, un grand abîme

Morton arrêta son cheval à la Cortiguera et Sildo lui dit :

- Mon père va venir tout de suite. Il est allé prier à l'église.

Caifás ne tarda pas à apparaître.

- Me voici, lui dit Morton. Conduis-moi où tu voudras, mais fais vite, parce qu'il faut que je retourne à... avant ce soir. Où est ce juge qui ne veut pas croire que les hommes peuvent avoir de l'argent sans que ce soit de l'argent volé ?

Le fils de Caifás ayant disparu avec son cheval, Morton, fatigué de chercher en vain, décida de revenir à pied.

Pour ne pas traverser le centre de Ficóbriga, il fit un grand détour, passant derrière l'abbatiale. En arrivant à la ruelle qui donne par l'orient à l'entrée de l'église, il entendit les gémissements des vieux gonds d'une porte. Il regarda et vit sortir la demoiselle de Lantigua. Face à une vision surnaturelle, Daniel n'aurait pas éprouvé pareil frisson de tout son être. Le premier réflexe fut de courir derrière elle, mais il se retint et s'incrusta dans le renforcement du mur mal entretenu, tel une statue. Gloria retournait chez elle. Elle passa comme les idées agréables croisent l'esprit aux heures de tristesse, à la façon d'un éclair.

Morton la vit disparaître au détour de la rue et, instinctivement, il sortit de sa cachette pour courir derrière elle.

Une grosse goutte tiède lui tomba sur la main et le sortit de sa torpeur. Il regarda le ciel et vit un nuage jaune aux nuances de couleurs d'un gris intense et changeant. L'air était suffocant. Il souffla un vent formidable qui souleva des tourbillons de poussière et il commença à tomber de grosses gouttes qui tachaient le sol de grandes auréoles noires comme s'il pleuvait des pièces de deux sous. Daniel chercha où s'abriter, sortit de la rue, en prit une autre et trouva enfin un grand toit de tuiles creuses sous lequel il était parfaitement à l'abri.

Ce fut alors une pluie terrible, épouvantable, diluvienne, qui semblait inonder la terre et dissoudre Ficóbriga. "Il pleuvait comme ça, sur le pauvre *Plantagenet*, le



jour du naufrage, pensa Morton. Pauvre de moi ! Les tempêtes m'ont amené et les tempêtes m'emportent. Qui peut pénétrer les voies du Seigneur ?" ...

Morton trouva la porte de la grille ouverte. Il entra. Ses yeux virent d'abord Gloria qui traversait le jardin, enveloppée dans un manteau rouge. Sur son visage et sur ses cils brillaient quelques gouttes de la petite pluie qui continuait à tomber. Le froid et la peur la faisaient trembler couvrant de pâleur son beau visage.

- Daniel ! s'écria-t-elle, surprise. Que cherches-tu là ?

Elle courut vers la maison. Morton la suivit.

- Par Jésus en croix ! ajouta Gloria. Ne sais-tu pas... Ne savez-vous pas ce qui se passe ? La pluie a détruit le pont de Judas. Mon père et mon oncle ont dû quitter le Soto à l'heure qu'il est... Je ne peux plus vivre dans cette incertitude. J'y cours. Adieu, adieu, s'écria la demoiselle.

Elle leva les mains et s'enfuit.

- Attends, dit Daniel.

Il courut derrière elle.

Gloria entra et voulut fermer la porte, mais Morton l'en empêcha d'une main ferme. Il entra aussi...

36- Quel temps horrible !

- Quel temps horrible ! grogna Francisca. On dirait la fin du monde !...

Ensuite, Francisca et les autres domestiques examinèrent toute la maison, mais ne trouvèrent personne. Le vent continuait à faire le tour de la maison, l'enfermant dans un tourbillon horrible, comme s'il voulait l'arracher à ses solides fondations pour l'emporter. On aurait dit que tout Ficóbriga, avec son immense abbatale au milieu et sa tour comme un mât, avançait, emportée par l'ouragan, de la même façon qu'avance un misérable bateau sans gouvernail. Les arbres du jardin étaient secoués comme des chevelures ébouriffées. Les rafales de pluie, comme des ongles, grattaient les carreaux. Quand le vent apaisait sa folle colère, il continuait à pleurer sur le toit en gémissements plaintifs et violents. Il se calmait et se relançait dans l'escalier, comme un monologue chagrin avec ses imprécations et ses soupirs.



Puis il soufflait à nouveau comme enragé ; les branches en une caresse démesurée se fouettaient les unes les autres et, dans ce tourbillon répandu dans l'immensité des cieux, on aurait cru entendre un ange aux ailes déchirées qu'on expulsait du Paradis.

### 37- Enfin, on sait

Gloria frissonnait de tout son corps et de toute son âme. Elle revenait doucement à ses esprits habituels. Quand elle adressa son premier regard à sa conscience, elle en fut horrifiée. Tout était noir et épouvantable. Quand vinrent, à sa mémoire, sa famille et son nom, elle se crut abandonnée de Dieu et des hommes.

- Daniel ! Daniel ! Où es-tu ? demanda-t-elle en fermant les yeux et en tendant la main comme pour crier "au secours".

Morton la saisit entre ses bras.

- Je suis là, dit-il, à tes côtés, je ne te quitterai plus jamais.

Gloria, à genoux devant l'image, tira son amant par le bras pour qu'il fasse comme elle. Daniel laissa sa tête tomber sur sa poitrine. Jamais son visage n'avait été plus beau et plus pathétique. Il était pâle, grave, ses yeux bleus s'éteignaient dans une sombre tristesse. Et quand Gloria voyait de profil la ligne de son nez et de son front et sa jolie barbe pointue, c'était le portrait tout craché du visage mort du Sauveur du monde.

- Pourquoi ne me regardes-tu pas ? demanda l'épouse inconsolable.
- Je n'en peux plus, cria Morton dans un sursaut soudain. Mais, mon cœur, je ne suis pas chrétien, moi.
- Qu'est-ce que tu dis ? Daniel, de grâce, par la sainte Vierge !
- Il faut que je te dise enfin, ajouta l'étranger d'une voix tremblante, et je vais te le dire... Gloria, je ne suis pas chrétien, moi, je suis juif.
- Seigneur ! Mon père et mon Rédempteur !

La malheureuse prononça ces mots comme le cri épouvantable de celui qui meurt sous les coups de poignard et qui voit la terre s'ouvrir sous ses pieds et les flammes sortir de l'enfer. Cela dit, elle tomba sans connaissance. Morton vint aussitôt à son aide. Il se mit à genoux à ses côtés, la prit dans ses bras, essaya de la réanimer par ses paroles pleines d'amour mais elle ouvrit les yeux et vit, près d'elle, le visage caractéristique du sémite qui avait tant séduit son cœur, elle le repoussa sévèrement en disant :



- Imposteur !... Judas !... Tu m'as trompée !

38- Job.

Amarillo prit don Juan par le bras, l'emmena en passant sous une treille, à l'écart, et lui dit :

- Il y a quelques jours, mon cher don Juan, que je voulais vous parler d'une affaire et je ne veux pas attendre davantage.
- Qu'y a-t-il ? demanda Lantigua, inquiet du ton mystérieux que l'autre don Juan prenait.
- La demoiselle Gloria, oui, affirma le judéo-chrétien. Elle est bien brave, je n'en doute pas, mais c'est l'âge des amours... Moi, je n'ai rien à redire à ce que les jeunes aient des petits amis, mais, au moins, qu'elles les choisissent parmi les catholiques.
- Don Juan, qu'est-ce que c'est que votre blague ? dit Lantigua qui devenait aussi jaune que son interlocuteur.
- Me croyez-vous capable de confondre les choses, de falsifier la vérité et de meurtrir inutilement un ami ? Si j'ose vous parler, Monsieur de Lantigua, c'est parce que c'est une affaire certaine, absolument certaine. Gloria a eu des rendez-vous avec don Daniel Morton.
- Où ?... Quand ?... demanda Lantigua qui passait du jaune soufreteux au rouge sanguin.
- Dans la pinède... il y a quelques jours. Inutile de vous dire que ma femme l'a vu la première et que je l'ai vu de mes propres yeux ensuite... Comme on disait que Morton allait partir, je n'ai rien dit, mais, en entendant monseigneur l'évêque dire qu'il l'avait vu entrer à Ficóbriga, je me suis inquiété et je me suis dit : "Il ne faut pas que l'après-midi se passe sans que j'en parle à mon ami don Juan."

Après le premier choc, hésitant entre incrédulité et inquiétude, Lantigua tomba dans un profond abattement. Il sentit une douleur aiguë au cœur et ne put dire un seul mot. On aurait dit qu'on venait soudain d'effacer le rêve de toute sa vie. Il était là comme le saint Arabe Job lorsqu'un serviteur vint lui dire : "Tes fils et tes filles étaient en train de boire dans la maison de leur frère aîné quand survint un grand vent venu du désert. Il s'est rué sur les quatre coins de la maison qui est tombée sur les jeunes gens. Ils sont tous morts. Moi seul, j'ai pu



m'échapper pour te conter la nouvelle."<sup>23</sup> Mais don Juan ne déchira pas sa redingote, ne se rasa pas la tête et ne tomba pas par terre, au contraire, une fois revenu de sa surprise, pour ne pas parler de son chagrin, il se disait : "Ce n'est pas vrai, ce n'est pas vrai."

- On ferait bien de se réfugier dans la maison, car il se met à pleuvoir, mon ami Lantigua, remarqua Amarillo.

En effet, il pleuvait. Don Silvestre ordonna d'atteler les chevaux à la voiture de Lantigua. Quand tout fut prêt, la pluie redoubla tellement que, de l'opinion générale, il fallait attendre que le grain passe. Les chemins étaient infranchissables et le cocher de Lantigua, comme celui du break, assurèrent que parvenir à Ficóbriga sans casser un ressort, tiendrait du miracle.

- Peu importe, déclara don Juan, allons-nous-en !

Mais, au même instant, on vint dire :

- Le pont de Judas est démoli, aucune voiture ne peut passer.

### 39- La foudre

Gloria et Daniel Morton entendirent des pas et se mirent à trembler. Ni l'un ni l'autre n'osait bouger. Aucun des deux ne prononça une seule syllabe. Ils retenaient leur souffle. Ils auraient voulu tous les deux être comme l'air impalpable et disparaître.

Soudain, la porte s'ouvrit et don Juan de Lantigua apparut. Gloria lança un cri terrible. On n'en entendra pas d'autre semblable avant d'entendre les trompettes du Jugement Dernier et qu'apparaisse, dans les nuages de feu, celui qui doit venir juger les vivants et les morts. Don Juan avança vers sa fille, le bras levé, mais comme si la terre s'échappait sous ses pieds, il tomba violemment par terre, émettant une sorte de gémissement. Sa vénérable tête blanche frappa le sol.

Don Ángel, qui venait derrière lui, Sedeño, Gloria et Morton se précipitèrent sur le corps du malheureux père. Ils l'examinèrent : il semblait mort.

Des voix appelèrent au secours et les domestiques accoururent. Pendant qu'on relevait don Juan, le prélat écarta, d'une main vigoureuse, Daniel Morton et lui dit :

- Décide, sors d'ici.

Pour la première fois de sa vie, on pouvait voir de la haine sur le visage du glorieux fils de Ficóbriga. L'Hébreu sortit comme un mort ambulante.

---

23- Job 1/19



Don Ángel revint vers Gloria et lui dit :

- Ton père est mort.

Le saint homme porta à ses yeux ses deux mains et fondit en larmes comme un enfant.



## Deuxième partie

### 1- Serafinita et don Buenaventura de Lantigua

Ce qu'on raconte maintenant s'est déroulé en avril pendant la semaine sainte qui, cette année-là, arrivait un peu plus tard. Par contre, le printemps avait tellement d'avance que Saint-Joseph apporta beaucoup de fleurs, l'Annonciation, davantage encore et Saint-Venance arriva plein de roses et d'œillets. On avait rarement vu Ficóbriga si bien décorée pour les fêtes religieuses les plus intéressantes au cœur et aux yeux des chrétiens. En plus de cette saison plaisante et du délicieux temple qu'offrait la Nature, le peuple dévot avait d'autres motifs de se réjouir. Oui, sachez-le, cette année-là, il y aurait des processions, allégresse dont on avait été privé les années précédentes à cause de la pauvreté du clergé et du triste déclin du culte.

Cette année-là, il y aurait des processions parce que deux personnes émérites de Ficóbriga s'étaient proposées de les payer de leur poche, c'étaient monsieur don Buenaventura et madame doña Serafina de Lantigua, frère et sœur de don Ángel et du défunt don Juan Crisóstomo, mort subitement le jour de la Saint-Jacques, l'année précédente.

Serafinita venait, par les années, juste après le défunt don Juan. L'évêque était l'aîné et don Buenaventura le plus jeune. Ce dernier était l'heureux époux et l'auteur encore plus heureux d'une nombreuse progéniture. Par contre, sa sœur était veuve ; elle n'avait pas et n'avait jamais eu d'enfants. La noble dame se distinguait par une ressemblance si étrange avec don Ángel que la voir elle, c'était voir son Illustrissime en habits féminins, elle était peignée à moitié à l'ancienne à moitié à la mode, un costume noir, sans vouloir prétendre à l'élégance, jamais négligé ; elle portait parfois des gants de lin noir, un manteau noir, une bague noire à un des doigts rouges et dodus de sa main droite. Par les jours de vent du nord-est, vent favori des personnes vulnérables, elle se couvrait la tête d'un foulard noir et les tempes d'un bandeau noir. Quand l'humidité la faisait boiter du pied gauche, à cause d'une détestable propension au rhumatisme attrapé bien des années avant, elle s'appuyait sur un bâton noir. Lors des jours calmes et tempérés qui invitaient à jouir de la Nature et à s'en remettre à elle sans crainte, elle allait faire un tour sur le bord de la mer en compagnie de Francisca. Elle s'assoit alors sur n'importe quel rocher, sortait, d'une grande poche, l'ouvrage qu'elle n'oubliait jamais et, agitant les aiguilles, elle se mettait au travail sur une chaussette noire.

Elle avait un visage avenant et paisible, les joues légèrement rosées, de cette couleur fanée qu'ont les fleurs coupées depuis longtemps. Comme chez monsieur le prélat, le sourire était, chez elle, la marque la plus éloquente et la



plus constante de son visage ; ses beaux yeux clairs, qui avaient vu tant de monde et pleuré tant de chagrins, luisaient de manière festive au milieu de tout ce noir qui les entourait. De même, l'âme de Serafinita se maintenait sûrement et courageusement dans cet admirable tempérament que donnent la conscience pure et une croyance inaltérable.

De son mariage, on pourrait dire, comme on dit de l'enfer chrétien, qu'il avait été *la somme de tous les maux sans aucune espèce de bonheur*.<sup>24</sup> L'homme, avec qui elle s'était mariée pour satisfaire sa famille, réunissait dans son âme perverse toutes les méchancetés, tous les vices et toutes les bassesses qu'on peut imaginer. Devenue veuve, elle exprima le désir de se retirer du monde en consacrant ses jours à l'amour de Dieu. Il faut reconnaître que cet ouvrier avait suffisamment travaillé à la vigne et méritait bien son salaire et un peu de repos, mais la mort de don Juan, dans les horribles circonstances que nous savons, contrarièrent ses saintes intentions. Dieu disait à Serafinita : "J'ai encore besoin de toi dans le monde, pendant un certain temps..." De la porte du monastère, elle partit pour Ficóbriga.

Physiquement, don Buenaventura ressemblait ni à ses frères ni à sa sœur. Quand don Juan avait été le plus beau, lui, ne l'était pas. En échange, il semblait le plus heureux. Entièrement voué aux affaires bancaires, il avait su faire croître sa fortune et vivait très confortablement, estimé de tous, au sein d'une famille exemplaire qui s'amusait autant qu'il est possible sans offenser Dieu. En plus, don Buenaventura n'avait pas déclaré la guerre au siècle présent comme son frère. Il avait un caractère plus spontané, une conscience moins rigoriste, une pensée plus élastique, bien que beaucoup moins brillante, une faculté d'adaptation que l'autre ne connaissait pas. A cause de ces traits de caractère, que chacun jugera comme il voudra, et du plaisant état de ses affaires, il était tenté de croire que le monde n'allait pas aussi mal que d'aucuns voulaient bien le dire et que la société actuelle n'était pas la pire ou la plus exécration des sociétés possibles.

Il était vêtu d'un confortable costume noir, portait des chaussures de cuir jaune, résistant au sable et à la boue. Le mariage des couleurs faisait dire aux inactifs de Ficóbriga qui passaient leur temps à critiquer : "Tiens, voilà le merle !" Il avait un corps svelte, sans embonpoint, légèrement penché vers l'avant. Son visage, tout en restant très ordinaire, était agréable, un de ces visages mondains qui semblaient faits pour les salutations et les relations sociales, toujours parfaitement rasé, car, chez les hommes de cette famille, la note ecclésiastique était une tradition. On devinait à peine quelques cheveux blancs et, à son cou, pendaient des lunettes bleues qu'il utilisait les jours de grande

---

24- Définition de l'enfer par le Concile de Latran IV. Il est tenu à Latran en 1215 sur l'initiative du pape Innocent III.



clarté car ses yeux ne pleuraient pas par chagrin mais à cause de la lumière de midi. Il n'utilisait que très rarement un bâton et avait habituellement les mains derrière le dos ; elles se rejoignaient comme de bonnes amies en une étreinte cordiale.

2- Que dirent-ils ?

- Elle n'a pas voulu sortir aujourd'hui non plus ? demanda don Buenaventura.
- Non, répondit Serafinita sans lever les yeux de son travail. La pauvre petite !... Tu te rends compte de l'état de son âme, Ventura. Je ne sais pas comment elle arrive à vivre, je ne sais pas comment elle n'en est pas morte de douleur, de honte... Réfléchis bien et dis-moi si, dans ce cas horrible, on peut faire autre chose que d'accepter le coup que le Seigneur a daigné asséner à notre famille, accablée de mépris ; dis-moi si on peut faire autre chose que de se soumettre en gémissant, de pleurer notre honte, en faisant tout ce qui est en notre pouvoir pour ne pas voir divulguer ce qui ne doit pas l'être.
- Ça finira bien par être du domaine public.
- Non... dit vivement Serafinita, avec une certaine fierté. Il y a quelque chose qu'on ne saura jamais, au moins pour le moment... Ma prudence en répond, j'ai le sentiment que les langues de vipères de Ficóbriga ne s'y attaqueront pas... Mais vas-y, mets-toi au travail, si tu es si malin, corrige la façon de faire de Dieu depuis tant de siècles et nous verrons...
- Ma chère sœur, dit résolument Lantigua, moi, je ne veux pas corriger l'œuvre de Dieu, ni remettre le monde dans le bon sens. Je reconnais la force de l'argument terrible que tu viens de me donner. Mais n'est-ce pas plus sage et plus chrétien d'essayer par tous les moyens de trouver remède avant de déclarer ce malheur irréparable ? D'ailleurs, cet homme-là va venir.
- Ventura ! Ventura !... Tu as écrit à l'Hébreu ?
- C'est ma conscience qui m'inspire, dit le banquier sereinement...

Il se leva, les deux mains derrière le dos, légèrement penché vers l'avant, et se mit à marcher dans le jardin, d'un coin à l'autre, sans quitter des yeux le sable



qui crissait sous ses chaussures jaunes. Serafinita défit toute une partie de la chaussette noire qu'elle trouvait faite de manière détestable et recommença.

### 3- Des choses qu'on ignore et d'autres qu'on connaît et qu'il faut dire

La maison n'était plus la même que l'année précédente. Le jardin était assez négligé : l'excessive liberté ou l'absence de l'aimable servitude du jardinier faisait que les fleurs de printemps, qui décoraient ses vertes parcelles, poussaient n'importe comment. Les arbustes et les arbres ombrageux, les haies vives, les plantes grimpantes aux mille pousses, la pelouse et les bacs à fleurs vivaient péniblement sous l'empire de l'oubli. Par contre, les escargots se remplissaient le ventre pendant ces mois printaniers et se répandaient, comme un immense troupeau jamais rassasié, sur toute la verdure, montant au sommet des tiges jusqu'à recouvrir de leur bave immonde les feuilles les plus hautes. C'est là l'occupation de ces ministres de l'envie. Certains avaient un tel culot qu'ils montaient sur les jupes de doña Serafina, l'observaient de leurs yeux et agitaient, devant elle, leurs tentacules expressifs comme pour dire : "Qu'est donc venue faire ici la brave dame ?..."

A l'extérieur de la maison, les dégâts du dernier hiver n'avaient pas été réparés. Il manquait des morceaux de plâtre et des moulures. Comme les gouttières n'étaient pas en bon état, on voyait sur la façade est une grande tache d'humidité, telle une ombre irrégulière et complexe : elle voulait peut-être représenter une silhouette ou un monstre à mille pattes avec sa gueule menaçante. La girouette s'était pliée sous les puissantes rafales de l'ouragan et la flèche, dégondée et fixe, indiquait toujours le nord. Elle était morte.

A l'intérieur, on pouvait noter les mêmes tristes effets de l'abandon. Certaines pièces n'avaient pas été ouvertes depuis bien longtemps. L'horloge au grand cadran et au timbre sonore qui, dans le vestibule, rappelait tout le monde à ses obligations, ses plaisirs, son repos ou ses activités, s'était enfermée dans le mutisme et sa face joufflue qui savait si bien répondre auparavant à ceux qui l'interrogeaient sur les choses du temps, n'exprimait plus rien, sinon le silence immobile et lugubre de la mort. C'est en vain que don Buenaventura essaya du doigt de la remettre en mouvement, en poussant les aiguilles ou le balancier. L'horloge donnait quelques battements, quelques pulsations gémissantes et retombait dans sa longue léthargie. Il y avait, dans la tranquillité de ces aiguilles sur la blanche surface chiffrée, quelque chose de semblable à des paupières fermées et à une respiration paisible et profonde. En la voyant, on aurait cru qu'elle dormait.

Dans les chambres supérieures, il y en avait une autre sur la cheminée. Devenue folle, elle riait des sursauts qu'elle provoquait chez ses maîtres et du



trouble qu'elle produisait. Sa conduite était davantage celle d'un petit trublion que celle d'une horloge. Et donc, lorsqu'il était six heures, elle marquait et sonnait onze heures ou vice-versa. Elle avalait parfois une demi-journée tranquillement ou bien s'escrimait à faire croire que le soleil se levait après la grand-messe. Chaque fois que ce bon accessoire lui faisait une blague, Francisca disait tristement : "Allons, allons, tu n'es pas la seule à dérailler. Tout dans cette maison te ressemble."

Plusieurs mois durant, Gloria avait été l'objet de commentaires divers. Un jour, le samedi de la Passion, le narrateur fit encore le guet. Dans l'escalier parvenait l'odeur très agréable des œillets et des roses, petit détail qui la dépeignait bien. La demoiselle faisait un bouquet. Si nous nous étions trouvés dans le jardin, nous aurions entendu le léger bruit de la persienne d'en-haut et, levant vite la tête comme le font les curieux, nous aurions vu une main, brièvement apparue et disparue après avoir jeté les pieds des fleurs et les petites branches inutiles. Cette main était celle-là même qui, de nombreux jours auparavant, avait poussé la porte pour ne pas laisser entrer un homme. Quant au visage, seuls l'ont vu les oiseaux alignés en groupe sur le fil ou ceux qui volaient et passaient en piaillant.

Gloria allait-elle entrer dans un couvent comme le suggérait Serafina ? La famille Lantigua allait-elle quitter Ficóbriga et vendre la maison ? Don Amarillo l'espérait. Cela faisait longtemps qu'il lorgnait sur la maison et que sa femme, Teresita, dite la Religieuse, aspirait à être la première dame du village.

A qui était donc destiné le bouquet de Gloria ? On devait le mettre dans le bissac du mulet qui allait participer à la procession de la semaine sainte.

#### 4- Les amies du Sauveur

La chapelle du Sauveur, propriété de la famille Lantigua, se trouvait dans la nef droite de l'abbatiale, avec une ouverture en ogive sur le chœur, un autel churrigueresque<sup>25</sup>, de lourds bancs de noyer, deux ou trois inscriptions sépulcrales et un tableau représentant les âmes du Purgatoire où les corps nus dansaient dans des flammes rougeoyantes.

Au centre de la chapelle, installé déjà sur les brancards argentés qui devaient le porter, il y avait le Sauveur, statue de bois dont la tête magnifique avait dû être ciselée par un sculpteur du Siècle d'or. Ses yeux noirs étaient graves et empreints d'une douceur profonde. De ses lèvres allait sortir la parole... Il parlait. Il s'en fallait de bien peu qu'on entende sa voix à nulle autre pareille.

---

25- Churrigueresque : propre au style baroque espagnol des constructions de Churriguera.



Son front majestueux, dégarni, dessiné en forme de triangle par deux mèches de cheveux qui tombaient, dépassait tout ce que pouvait imaginer la sculpture grecque. Mais, de toutes les merveilles de ce si beau visage, c'est ce regard surtout qui dominait, un regard qui irradiait d'une intelligence extrême et qui imposait étonnement et vénération. L'immense pupille qui voit tout et qui pénètre jusqu'au plus intime des cœurs ne pouvait pas être mieux représentée.

Teresita, la Religieuse, épouse de don Juan Amarillo, était celle qui lavait. Femme riche et oisive, elle avait plus d'argent que d'enfants et plus de dévotion que d'occupations domestiques. Elle avait toujours montré du goût pour les choses d'église, pour se fourrer dans les sacristies et les bisbilles de chapelles. Soit elle habillait les saints, soit elle manipulait les confréries, heureuse d'apprendre et de commenter tout ce qui se passait entre le chœur et le grand autel et de donner son avis sur tout ce qui concernait les cérémonies religieuses.

La seconde femme était sa belle-sœur, la femme la plus malheureuse de l'homme le moins autorisé de tout Ficóbriga, le plus perdu aussi, puisqu'il s'agissait du philosophe et athée, cet imbécile de don Bartolomé Barrabás, frère de Teresita, la Religieuse : mais, Isidora, la fille de Rebenque (appelée ainsi parce que son père avait acheté le pré Rebenque) portait avec beaucoup de patience la croix de son mariage raté, et tout ce que Barrabás perdait en réputation et en intérêts par son mauvais comportement, elle le gagnait, elle, par son travail et sa conduite exemplaire.

La troisième, c'est-à-dire, celle qui s'occupait des fleurs, était la plus jeune des trois et, si l'on veut, la plus jolie, car elle avait sur le visage les restes d'une beauté virile et provocatrice. Elle était veuve depuis la mort soudaine du *Gouverneur des armes*. Mais elle se débrouillait assez malgré les doutes que l'on peut avoir sur le respect des vertus de ses précieuses industries.

En ce qui concerne Teresita, la Religieuse, il faut ajouter qu'elle était maigre et comme vernie car sa peau avait des allures de plaque cuivrée. Les mauvaises langues de Ficóbriga disaient qu'elle se frottait longuement tous les matins avec des poudres et de la peau de daim pour briller. On l'appelait la Religieuse parce qu'elle fut exclaustrée alors qu'elle était novice chez les Clarisses, elle changea alors la voie de sa destinée et, refroidissant son désir religieux devant les grâces personnelles de don Juan Amarillo (quand il était encore jeune), elle tomba dans ses bras bien doux et s'égara à un moment de tentation funeste ou de faux idéalisme. Le mariage mit ensuite les choses dans le droit chemin, mais Teresita ne perpétua pas le lignage des Amarillo. En effet, bien qu'on ne sache pas exactement comment, il y avait en elle comme la personnification de la stérilité.



Elle passa doucement l'éponge sur l'auguste face de la statue qui exprimait l'incarnation du divin, puis l'essora au-dessus du seau pour libérer l'eau sale. En même temps, elle disait :

- Ah ! Mon pauvre Jésus, dans quel état !... On voit bien... Quatorze ans à pourrir dans ce coin ! Ah ! les Lantigua peuvent bien parler... tant de dévotion et cette statue oubliée !...
- Il a l'air content des soins qu'on lui porte, dit la Gouvernante des armes, laissant un moment ses fleurs pour fixer les yeux sur le Sauveur. Mais, ah ! mes amies, l'idée que j'ai... Vous savez que, en effet...
- Quoi ?
- Il lui ressemble, oui, il n'y a pas de doute qu'il lui ressemble...
- Ah ! Tais-toi, grand Dieu ! s'écria Teresita en descendant de son échelle et en tenant sa jupe pour que le petit âne, encore par terre, ne voie pas ses jambes. Arrête, je t'en prie. C'est vrai qu'il ressemble à... Mais on ne peut pas le dire, ni même le penser. C'est un sacrilège.

Cachorro, le sacristain, arriva avec un magnifique bouquet.

- Le voilà, dit-il en le présentant avec fierté. C'est monsieur le curé qui me l'a donné pour que vous le mettiez dans les besaces de cet imbécile. Ah ! Mon petit, tu vas être magnifique !
- Des fleurs magnifiques !
- Superbe bouquet !
- C'est un cadeau de la demoiselle de Lantigua, ajouta le sacristain.
- De la demoiselle de Lantigua ! s'écria Teresita, étonnée, immobilisant ses mains maigres et jaunes au moment de saisir le bouquet.
- On ne peut pas mettre ces fleurs dans les besaces.
- On ne doit pas les mettre.
- C'est évident car elle est en état de péché mortel.
- Ce serait un outrage, un sacrilège.
- Mettez le bouquet, ordonna la Religieuse, écartant orgueilleusement les yeux du petit animal, au moment où Cachorro déposait le précieux colis de fleurs, faisant contrepoids avec les épis de maïs préparés pour l'occasion.
- Elle ne sort toujours pas de chez elle, dit-elle, comme si elle répondait à une question que personne ne lui avait posée.
- Qui ?
- La demoiselle Gloria.



- Elle fait bien, affirma la fille de Rebenque. Elle a vraiment honte.
- La demoiselle doña Serafina est là, justement. Elle vient voir comment c'est.
- Elle tombe bien ! Où est-elle ?
- Dans la chapelle, en prière.
- Je vais lui parler. Continuez à mettre les bouquets de chiffon, ordonna la Religieuse.

Dans la chapelle, à genoux, dévotement penchée devant l'autel de sa famille et près des tombeaux où reposaient ses illustres aïeux, doña Serafina de Lantigua était là. Elle ne vit pas la femme d'Amarillo qui passa lentement par la petite porte en arc surbaissé et qui s'approcha d'un pas doux, plus glissé que marché. Quand elle siffla le premier mot de salutation à l'oreille de l'illustre dame, celle-ci frissonna, laissant échapper un léger cri.

- Ah ! Madame... s'écria-t-elle, vous m'avez fait peur !
- Ma très chère amie... dit Teresita en lui serrant la main.

#### 6- Dimanche des Rameaux

Le dimanche matin, don Buenaventura dit à sa sœur :

- J'ai réussi à la convaincre de venir avec moi aujourd'hui à la cérémonie des Rameaux.
- La pauvre fille fait un grand sacrifice ! répliqua Serafinita. Alors, si tu l'emmènes, il faut qu'elle se prépare vite. Moi, je vais devant, je dois prier.

Un peu plus tard, la demoiselle de Lantigua sortit de la maison paternelle en compagnie de don Buenaventura, après de très nombreux jours de réclusion volontaire. Ses vêtements de deuil faisaient ressortir sa pâleur, vestiges bien tristes laissés sur un visage auparavant plein de grâce et de fraîcheur par les ouragans survenus des mois avant et par tous les dégâts qui s'en suivirent. Ces dégâts suffiraient à ruiner et à épuiser la plus belle des beautés. Quant à celle de Gloria, elle n'était pas vraiment perdue mais changée. Avant qu'oncle et nièce n'arrivent à l'abbatiale, tout Ficóbriga répétait ces mots : "La demoiselle Gloria est sortie."

Gloria connaissait parfaitement les chants et tous les textes de ces cérémonies captivantes de ce jour traditionnel. Elle savait que la sortie d'Egypte était la



rédemption, la manne, la grâce, et, dans la contemplation de ces si belles idées, elle essayait de se réjouir en esprit.

Gloria entra dans la chapelle des Lantigua, il y avait beaucoup de femmes. Gloria pensa y trouver doña Serafinita, mais celle-ci était allée à la chapelle de la Mère des Douleurs. La demoiselle entra sans regarder celles qui, à genoux ou assises sur les bancs, assistaient dévotement, apparemment, à la pieuse cérémonie. Si Gloria avait été plus attentive à ce qui se passait autour d'elle plutôt qu'à ce qui bouillonnait dans son esprit, elle aurait vu qu'elle était observée de manière très impertinente par les fidèles. Teresita, la Religieuse, la femme d'Amarillo, se leva et donna l'ordre absolu aux filles de sortir avec elle de la chapelle.

- Elles me fuient, pensa la jeune femme.

Les cérémonies par lesquelles l'Eglise commémore pendant la semaine sainte l'extraordinaire énigme de la Rédemption sont d'une admirable beauté. Si, sous certains aspects, elles n'étaient pas dignes d'exalter l'enthousiasme chrétien, elles pouvaient l'être sur un plan esthétique. La grandeur simple doit captiver l'imagination du plus incrédule et, quand on comprend bien et qu'on se pénètre de tout le pathétisme exprimé, il est pour le moins assez stupide de s'en moquer. Ceci vaut pour ceux qui vont à l'église comme on va au théâtre, et ce n'est point, à vrai dire, la partie la plus négligeable des catholiques, catholiques à leur manière, qui croient du bout des lèvres, ne comprennent que par routine et gardent un cœur vide.

#### 7- Tante et nièce

Au retour, après la procession des Rameaux et la magnifique cérémonie et ses cantiques à la porte de l'église, on célébra la messe de la Passion. On sortit très tard. Don Buenaventura se mit à la recherche de sa nièce pour aller dîner.

L'après-midi, don Buenaventura emmena à nouveau Gloria à l'abbatiale pour voir sortir la procession du Sauveur. Il la laissa à la chapelle et là, la même attitude méprisante se reproduisit comme le matin ; mais cela n'affaiblit nullement l'esprit courageux de la jeune femme. Quand la procession se mit en marche et que le Sauveur sortit, Gloria ferma les yeux pour ne pas le voir. Ils passèrent et tous sortirent.

Gloria vit sur une chaise, abandonné, écrasé, flétri et plein de poussière, le bouquet qu'elle avait remis à don Silvestre dans le but que nous savons.

- Le voilà ! s'écria-t-elle avec étonnement, les yeux fixés sur sa tante.
- Le voilà, oui, répliqua Serafinita en s'asseyant. Tu devais bien comprendre qu'il ne pouvait pas être ailleurs. Hier, je n'ai rien voulu dire mais j'ai pensé que tu pouvais éviter ce cadeau de fleurs au



Sauveur, image protectrice de notre famille. Moi, je souffre avec patience, poursuit la dame en prenant les mains de sa nièce et en les serrant affectueusement. Moi, je souffre avec patience et en plus, ma fille, je reconnais qu'ils ont raison.

En entendant cela, Gloria frémit. Sa bouche s'ouvrit, pressée par les mots qui allaient venir... mais elle ne dit rien et inclina la tête.

- Les terribles circonstances de ta chute exigent que tu renonces à tout, que tu meures au monde, à la société, à absolument tout, que tu ne vives que pour Dieu. Gloria, ma chère enfant, ajouta-t-elle en haussant la voix pour prendre des accents qui avaient quelque chose de terrible, meurs, meurs au monde si tu veux sauver ton âme.
- Je suis déjà morte ! murmura Gloria en gémissant... Que dois-je faire pour ne pas être rebelle ? Je suis disposée à tout, déclara la jeune femme, jetant hors d'elle-même jusqu'au dernier atome, si on peut dire cela, de son libre-arbitre.
- Te réconcilier complètement avec Dieu.
- Ne le suis-je pas déjà ?
- Croire tout ce que commande la sainte Mère l'Eglise.
- Eh bien, je le crois.
- Ensuite... ensuite, entrer dans un couvent.

En entendant cela, Gloria releva la tête. On aurait dit que, dans son cœur, éclatait une soudaine révolte de sentiments puissants qu'elle ne pouvait pas dominer.

- La solution, c'est de souffrir, affirma Gloria d'une voix ferme.
- Oh ! Ne me dis pas non, ne me dis pas non je devine que tu as encore quelques espoirs.
- J'espère en Dieu... Je suis détachée. J'ai renoncé à la réparation, au mariage, à l'amour même. J'arracherai moi-même tout ce qui existe en moi de cette époque-là, jusqu'aux souvenirs pour être la plus isolée possible.
- Mais sais-tu ce qui peut arriver ? Cet homme a demandé à te voir, il t'a recherchée...
- Je n'ai pas voulu le voir ni lui écrire.
- Cela ne suffit pas. Tu es toujours dans une situation équivoque et honteuse. Ton déshonneur et celui de ta famille !... Gloria, ma fille



chérie, entre, entre au couvent, c'est la solution, la solution évidente à ton malheur irréparable, la solution religieuse et sociale.

- Jamais, jamais, ma chère tante, je n'entrerai dans un couvent.

Il fallait la grande mansuétude qu'elle s'était imposée pour ne pas tomber dans le plus noir désespoir. Sans repousser les terribles affirmations de sa tante, que nous ne comprenons toujours pas bien car nous en ignorons l'origine, Gloria ne put que pousser un douloureux soupir venu du plus profond de son cœur angoissé et dit :

- Oh ! Quelle cruauté ! Quelle cruauté !
- Ne te fais pas de mal, dit la brave tante, en l'embrassant tendrement. Nous aurons bien le temps de reparler de cette affaire. Retournons à l'église. Je me demande pourquoi la procession n'est par revenue. Je n'entends rien. C'est bizarre...

#### 8- Le Sauveur dans la rue

Le soleil brillait de tous ses feux lorsque la procession commença dans la rue. Les brancards étaient sur les robustes épaules et, parmi la multitude de têtes sans chapeau et au milieu des palmes jaunies, l'âne qui portait le Sauveur du monde dépassait tout le monde. La magnifique tête du Sauveur, que l'auteur inspiré avait dotée d'une expression céleste vivante, était le centre de tous les regards et de l'attention des fervents participants. Ce Seigneur si bon, si beau, si ami de Ficóbriga, semblait sourire à ses enfants bien-aimés et leur disait : "Je suis enfin à nouveau parmi vous, mes chers amis."

Le petit âne allait à ses côtés. Dans l'une des deux ouvertures de la besace, il y avait de beaux épis de maïs doré, et, dans l'autre, un bouquet, disposé là par la dame d'Amarillo en remplacement d'un autre qui n'avait aucune utilité.

Don Silvestre portait sa cape anti-pluie avec une élégance toute mondaine. Il présidait la cérémonie religieuse de manière recueillie et mesurée en homme qui connaît bien son métier. Un peu plus en arrière, don Juan Amarillo marchait, gonflé d'orgueil, dans la plénitude de ses fonctions municipales, ressentant dans son esprit auguste quelque chose de grand et de divin. Il représentait l'autorité humaine qui protège et soutient de son bras tutélaire l'autorité divine. Il fallait bien que sa personne soit à la hauteur d'une si grande cause. Il avançait à un rythme lent et mesuré et, à chaque pas, il enfonçait, par terre, avec force, l'extrémité de son bâton à poignée dorée, semblant dire : "Que tu es heureuse, oh ! Ficóbriga, d'être sous ma coupe" !

Près du Casino, la fanfare de la ville (composée de six cuivres dans lesquels soufflaient autant de soufflets humains), s'enthousiasma, disons-le comme ça,



et, suspendant quelque temps le petit air de *Barbe Bleue* qu'elle était en train d'exécuter, commença, à tue-tête, la Marche Royale, dont les notes allèrent, comme un flot de sang, égratigner les oreilles des fidèles. En entendant une si magnifique musique, don Juan eut l'illusion que ce n'était pas pour le Sauveur mais bien pour lui qu'on jouait et son esprit s'offusqua un instant, comme celui de ceux qui assistent à leur propre glorification. Il se vit entouré de rayons glorieux et entendit comme une sorte d'*Ave César imperator*, qui sortait par les pavillons cabossés de tous ces trombones rauques et oxydés. Près du maire, marchait, parce qu'il croyait que c'était la place la plus honorable, don Buenaventura, dont le visage n'exprimait pas à première vue le désir de voir s'éterniser la procession jusqu'à la nuit.

La procession arrivait au carrefour quand, par l'une de ces entrées de rue, apparut un homme à cheval. Les chanteurs se turent, les marins qui portaient les brancards s'arrêtèrent, le sacristain posa la croix par terre et les cierges portés par les acolytes se balancèrent comme des arbres fouettés par le vent. Sildo laissa tomber son encensoir, le curé fronça le sourcil et, sur les lèvres de don Juan Amarillo, s'agitaient les mots : "En prison, en prison !" Au même moment apparut, par la même rue, un autre homme à cheval. Il était blond, rouge en figure, grand, disons plutôt un géant au corps robuste et aux poings formidables.

Don Juan Amarillo, voyant qu'il pouvait y avoir deux hommes assez audacieux pour entrer à cheval dans Ficóbriga au moment le plus crucial de la procession, sentit en lui une colère grandiose, la colère des dieux anciens, et se lança au milieu de la foule, crachant des éclairs par les yeux. Sa main avait empoigné son bâton comme un dard. Il aurait bien donné une leçon, il aurait bien poussé à l'extrême le principe d'autorité, ce principe sacré qu'on lui avait confié pour le transmettre intact et plein de gloire aux générations à venir.

Le premier cheval, de ses antérieurs, blessa une femme à la tête. Eperonné énergiquement, il fit un saut mais recula aussitôt, se retrouvant au milieu de la foule qui l'entoura, bien décidée à lyncher cheval et cavalier, en commençant par des insultes avant de passer des insultes aux actes. Mais, le deuxième, c'est-à-dire le géant, sauta de son cheval avec souplesse, commença à donner des coups de poings à tous ceux qui étaient à sa portée de telle façon et avec une telle rapidité à donner et à recevoir qu'il se produisit une bagarre de tous les diables. Pendant ce temps, le maire, cet homme consacré par la société et même par Dieu pour changer le monde en une mer d'huile, ne pouvait arriver au lieu du sinistre, empêché par les gens !

- Où sont-ils ? Où sont-ils ? disait-il en tournant aux quatre coins de l'horizon des yeux qui crachaient des sentences, des amendes, des jours de prison, des condamnations à perpétuité ou au garrot.



Il donna des ordres si terribles aux alguazils que ceux-ci en tremblèrent. Leur chef aurait voulu courir partout en même temps à la recherche des coupables mais il ne put prendre qu'une seule direction, tout en entendant don Juan lui crier :

- Tout de suite, tout de suite... Immédiatement, attrapez-les.

Comme après une déroute, les corps de l'armée disséminés se rassemblent peu à peu et se donnent la main, ainsi les fragments de la procession disloquée se retrouvaient et reprenaient le chemin de l'église. Serafinita vit le curé entrer le premier dans l'église, suivi d'un chandelier, un peu plus tard de Sildo, des chanteurs et ainsi de suite jusqu'aux brancards démolis. Seul le personnage du Sauveur n'avait pas souffert de dommage, ni sur son visage, ni sur son corps ou ses habits. Les deux animaux, en revanche, étaient bien mutilés. Mais ce qui épouvanta surtout Serafinita, c'est que les gens de la procession toute disloquée entraient, effrayés et offusqués, par petits groupes en disant : "Le Juif, le Juif !"

## 9- Le Maudit

Tout l'après-midi, Daniel Morton fut retenu à l'hôtel de ville ; mais après la tombée de la nuit, don Juan Amarillo alla, en personne, lui rendre la liberté pour lui permettre de se trouver un logement. Une telle générosité semble à première vue incompréhensible, mais l'explication la plus probable est que notre zélé maire ne poussa pas plus avant ses exigences, mû qu'il était par le singulier respect qu'inspire aux avarés la richesse des autres quand elle est considérable. Connaissant, nous le savons bien, la religion de don Juan Amarillo, il nous est facile de comprendre le prestige que devait avoir à ses yeux celui qui possédait, selon la rumeur, de fabuleux et inépuisables trésors. Pour certains riches qui ne voient dans le pauvre qu'un vulgaire vermisseau, le plus riche est une espèce de dieu.

Daniel s'adressa à l'auberge de Ficóbriga. Morton entra sans tenir compte des grossières insinuations qu'il entendit à la porte et monta résolument occuper une chambre quand l'aubergiste en personne l'arrêta et lui dit en toutes les langues possibles, sauf en espagnol :

- Monsieur, pardon. Pardon, Monsieur ; je ne peux pas vous admettre. Je préfère voir ma maison vide trois ans durant.

L'étranger ressortit dans la rue. Deux femmes, plus terrifiées que surprises, le reconnurent, lancèrent une exclamation et s'éloignèrent en criant :

- Le Juif ! Le Juif !



Il entendit des grossièretés ou des sottises vulgaires, mais personne ne voulait lui donner de réponse satisfaisante. Enfin, il se décida à demander aux gamins qui, sans malice, ne pourraient pas, d'après lui, le repousser de cette haine propre aux consciences adultes ou le tromper. Mais deux ou trois bambins à qui il demanda de l'aide firent des bonds en poussant des cris et, de loin, prirent des pierres du chemin pour les lui lancer.

Le plus difficile était de savoir que, dans tout Ficóbriga, aucune porte ne s'ouvrirait pour lui. Faute d'un asile confortable, il chercha un coin en ruine, un tronc d'arbre ou un pan de mur solitaire hors de toute vie humaine, mais au moins une protection contre le vent de nord-est glacé. Il marcha longtemps, loin du centre-ville et revint. Il vit enfin un escalier de pierres qui s'ouvrait sur le creux d'une vieille muraille pour donner accès à un espace où l'on voyait quelques constructions parmi les branches épaisses des arbres. Il s'assit là. Le lieu était relativement confortable et l'abritait bien de la bise.

Peu après, s'approcha un vieux mendiant, une petite dans les bras. Il tendit sa main fripée et noueuse pour demander l'aumône.

- Tu es de Ficóbriga ? lui demanda Morton.
- Oui, Monsieur. Je suis marin de la municipalité de Ficóbriga, mais je suis tellement vieux que cela fait deux ans que je ne sors plus en mer et je vis dans la plus grande misère, si toutefois on peut appeler ça vivre.
- Tu es très pauvre, n'est-ce pas ? demanda Daniel au mendiant.
- Monsieur, je n'ai que ce que l'on me donne.

Daniel sortit une pièce d'or et se dit : "Là, c'est sûr, je vais me faire un ami." Il lui remit son aumône et le vieillard s'en alla reconnaissant, promettant qu'il prierait la Vierge du Carmen pour l'âme de son bienfaiteur. Morton l'observa de loin. Il le vit s'arrêter au coin de la rue de la Poterne, sous un petit lampadaire, et examiner sa pièce à la lumière du chandelier municipal. Il le vit se pencher par terre pour faire résonner la pièce d'or sur une pierre puis, le vieillard revint en courant près de Daniel Morton.

- Qu'est-ce qui se passe ? lui dit-il. Elle est fausse ?
- Non, Monsieur, c'est que vous vous êtes trompé, dit le vieux, en lui rendant la monnaie. Vous m'avez donné une pièce d'or<sup>26</sup> au lieu de me donner une peseta.
- Et pourquoi penses-tu que je devais te donner une peseta ?
- Parce que c'est le maximum qu'on donne. Moi, je ne peux prendre que ce qu'on me donne en toute conscience, pas par erreur.

---

26- La pièce d'or va se transformer en deniers. Allusion aux trente deniers que Judas gagna en trahissant Jésus.



- Je sais ce que je donne, dit Daniel, ému. Garde ta pièce et l'erreur est de ne t'en avoir donné qu'une. Tiens, en voici une autre, tiens, deux autres, demain, il faut que nous nous revoyions.

Il les lui donna. Mais le pauvre vieillard ne les avait pas encore dans sa main qu'il fit un pas en arrière poussant un cri de surprise et de terreur.

- Quoi ? dit Morton en colère. Toi aussi, tu m'as reconnu ?
- Ah ! Non... Non, Monsieur, balbutia le vieillard. Mais cet argent, tant d'argent ! Le donner comme ça !... C'est la première fois que je vous vois, mais il n'y a qu'un seul homme capable de jeter l'argent comme cela... cet homme, c'est le Juif.
- Ah ! répondit Morton, ce n'est pas de pain dont j'ai besoin. Un autre moins cruel que toi m'en a déjà donné. Du pain, on en donne même aux chiens. Donne-moi ta compagnie, ta fraternité, ta conversation, ta tolérance, la consolation de la voix d'un autre homme, quelque chose qui ne soit pas les disputes de religion, ni les accusations d'un fait dont je ne suis pas responsable. Pourquoi refuses-tu mon aumône ? Tu as peur de moi ?
- J'ai horreur.
- Pourquoi ?
- Parce que ça doit être comme ça. Adieu.

Le vieillard se retira, il tournait la tête à chaque pas pour voir l'homme aux trente deniers. La tête dans les mains, Daniel resta là un bon moment, à réfléchir, navré. Puis, il s'exclama, très irrité :

- Ah ! Nazaréen blasphémateur... jamais je ne ferai partie des tiens ! Jamais !

## 10- Hospitalité à demie

Plus d'une heure s'était écoulée lorsqu'il entendit des bruits de pas. Un homme montait l'escalier. Daniel le reconnut tout de suite.

- Caifás ! s'écria-t-il en se levant.
- Monsieur Morton, dit Mundideo, surpris.

Une joie intense se lisait sur le visage de l'étranger. Il prit Caifás par le bras et lui dit, très ému :



- Toi aussi, tu me reconnais ; mais tu ne me rejettes pas.
- Apparemment, vous n'avez pas pu trouver à vous loger.
- Mais, toi, tu m'offres ta maison. Comme je me réjouis de te retrouver, José ! Tu es une apparition divine. Je suis frigorifié. J'ai mes bagages à l'Hôtel de Ville, mais on ne veut pas me les donner avant demain. Mon domestique est en prison.
- Je le sais... Qu'un monsieur si puissant passe la nuit à la rue !...
- Où habites-tu ?
- Là, tout près, répondit Caifás, très désireux de marquer une vraie gratitude. Mais qu'est-ce qui brille, là, par terre ? On dirait trois pièces de monnaie de cinq douros.
- C'est de l'argent que j'ai perdu, répondit Daniel. Tu peux le prendre.

Mundideo ramassa les pièces et les remit à son propriétaire.

- Garde-les pour le moment, dit Morton. Tu me les rendras après. Et tes enfants ?
- Ça va, Monsieur... Allons par là... Avancez doucement pour ne pas trébucher.

L'attitude de Caifás devant l'Israélite avait quelque chose de déconcertant. Son regard marquait le respect et la vénération que son bienfaiteur lui inspirait, mais à ce respect se mêlait une certaine retenue, plutôt un dégoût, une tiédeur dans les mots, une peur peut-être. Il n'était pas nécessaire d'être devin pour comprendre que le pauvre Mundideo souffrait et que sa conscience se trouvait face au secret le plus grand et le plus terrifiant de sa vie.

- Ne soyez pas offensé, Monsieur don Daniel, n'allez pas croire que je sois méchant, ni que je ne vous estime plus. Je... bon, je ne sais pas ce qui se passe... Il n'y a rien à faire. Quand j'ai su la mort de monsieur don Juan et que vous étiez...
- Je suis juif, affirma Morton gravement.
- Oui, ajouta Caifás en pleurs, votre argent, Monsieur don Daniel, me brûle les mains...
- Si ce n'était la gratitude, tu me haïrais, José ?
- De tout mon cœur, répondit vivement le fossoyeur. De toute mon âme. Comment pourrais-je aimer celui qui a fait verser tant de larmes dans une famille que j'adore, celui qui a tué le père et déshonoré sa fille ?...
- Tu sais quelque chose d'elle ? Tu la vois ?



- Je sais beaucoup de choses, dit Caifás avec mystère et méfiance. Je la vois fréquemment, mais à vous, à vous, je ne peux rien dire ou un seul mot, je peux vous dire un seul mot, c'est que je la vois toujours comme un ange du ciel, aussi angélique après sa chute qu'avant.
- Tu as raison. Merci, José. Tu es un homme de cœur.
- Vous êtes un mystère pour moi, Monsieur Morton. Un ange et une calamité, le bon et le mauvais ensemble, la rosée et le feu du ciel... Je ne sais pas quoi penser, je ne sais pas quoi dire devant vous. Je vous aime alors que je devrais sans doute vous haïr, si je vous hais, j'ai l'impression que je devrais vous aimer. Vous êtes pour moi comme un diable déguisé en saint ou bien comme un ange en habit de Lucifer... Je ne sais rien, je ne sais rien, Monsieur Morton.

Le silence se fit entre les deux. Grave et concentré, la laideur naturelle amplifiée par l'expression de méfiance qu'il y avait sur son visage, Caifás contemplait Daniel à une certaine distance, assis, les bras croisés, la tête légèrement baissée, le visage hébété et un peu sombre. Jamais on n'avait vu dans une conscience un pareil problème et cet homme un peu fruste vit se dérouler, dans son esprit, tout l'immense panorama des problèmes religieux, troublé et tourmenté par eux d'une manière confuse et mal définie. Il vit que montaient en lui des fantômes et il entendit des questions terrifiantes qui, au plus intime de l'esprit, sont prononcées par des lèvres mystérieuses sans pratiquement jamais avoir de réponses. Un autre homme plus cultivé aurait sorti de cette méditation, cette nuit-là, quelques idées claires ou peut-être un terrible refus, quelque chose d'absolu même si cela avait été le noir absolu de l'athéisme. Caifás n'en sortit rien, pas de lumière complète, pas de ténèbres, mais la confusion, l'étourdissement, le chaos, le clair-obscur incertain de l'âme humaine quand la foi est bien accrochée et que la raison, comme un diabolin angoissé qu'évoque la magie, entre pour faire des cabrioles, complotant et fouinant ici et là.

- Il faut que je parle à monsieur don Buenaventura, dit Morton.
- Je vais appeler monsieur.

## 11- Dix-huit siècles d'hostilité

Six heures n'avaient pas encore sonné lorsque don Buenaventura et Daniel Morton se retrouvèrent seuls dans la chambre de Caifás. Les enfants avaient été envoyés dans la rue par leur père, et celui-ci, après avoir creusé un peu la sépulture ouverte l'après-midi précédent, s'occupait à enterrer un de ces



pauvres qui entrent dans l'immensité mystérieuse de la décomposition souterraine sans amis, sans cantiques religieux, sans larmes, sans fleurs, sans linceul. Pour ceux-là, tout est matière et vraiment poussière.

- Je n'ai pas besoin de vous signaler, dit Buenaventura avec maladresse, les immenses malheurs qui se sont abattus sur notre famille. Vous les connaissez bien et je dois croire, en vous voyant venir si ponctuel à ma demande, que vous n'y êtes pas indifférent même si le remords d'en être le responsable en est la cause.
- C'est la deuxième fois que je viens après ces terribles journées, répondit Morton. Je reviens avec persévérance auprès de ceux que j'ai offensés pour montrer mon désir de me faire pardonner.
- Je vous ai fait venir sans l'accord de ma famille ni même celui de Gloria. Je ne partage pas leur opinion en matière si délicate, je crois qu'on peut régler cela mais... je ne sais pas... j'ai l'impression que je vais y parvenir si je trouve chez l'auteur de notre affront les hautes idées, la dignité et le sentiment de l'honneur que j'imagine toujours chez un monsieur bien éduqué, quelles que soient ses croyances. Je me suis informé à Madrid par des gens de votre race que j'estime beaucoup, j'ai su que je n'aurai pas affaire à un illuminé, ni à un homme corrompu ou sans conscience, insensible aux sollicitations de l'honneur.
- Je ne suis pas un mécréant pour vous !... dit l'Hébreu, très reconnaissant. Je ne pouvais pas recevoir plus grande consolation après tant d'outrages... Je ne suis pas un pestiféré, un réprouvé, un homme ignominieux, un hors-la-loi !... Je n'inspire donc pas l'horreur, vous ne me fuyez pas, vous ne vous sentez pas damné en me tendant la main !... Me permettez-vous de présenter un exemple et de vous poser quelques questions ?
- Avec plaisir, dit Lantigua, tout fier, se croyant plus fort que son interlocuteur.
- Eh bien ! supposons, vous êtes à Hambourg, Amsterdam ou Londres...
- Bon, je vous vois venir. Supposons que j'aime une Israélite, que... Bref, qu'on fasse la même chose, mais en inversant les rôles.
- Vous précipiteriez-vous à faire amende honorable, comme il se doit, en sacrifiant votre religion ?



- Bon, devenir juif est un peu trop fort. Je comprendrais s'il fallait devenir protestant ou n'importe quoi d'autre... Mais, enfin, vu la passion que j'aurais, les terribles circonstances... oui, je vous assure que je me ferais juif.
- Monsieur de Lantigua, dit Morton avec fermeté et dignité, vous n'êtes pas un homme vraiment religieux, vous n'êtes pas catholique.
- Est-ce possible qu'au fond, nous ne pensions pas la même chose, Monsieur Morton ? Ecoutez-moi bien. Moi, je crois que la foi religieuse, telle que l'ont comprise nos ancêtres, perd du terrain chaque jour et que, tôt ou tard, tous les cultes positifs vont perdre leur vigueur actuelle. Moi, je crois que les hommes bons et charitables pourront se sauver et qu'ils se sauveront facilement quelle que soit leur religion. Je crois qu'une grande partie des choses que l'Eglise a établies, loin d'augmenter la foi, la réduisent et que, dans toutes les religions, en particulier la nôtre, il y a trop de règles, de dispositions pratiques. Je crois que les cultes y gagneraient s'ils revenaient à la simplicité primitive. Je crois que la conciliation entre la philosophie et la foi est possible et que, si ce n'est pas possible, ce sera le chaos. Je crois que le nombre de ceux qui croient est plus faible, toujours un peu plus faible, et c'est bien dommage. Je crois qu'aucune nation, aucun peuple ne peut subsister sans loi morale qui lui donne vie et si une loi morale disparaît, il en viendra nécessairement une autre... Tout ce que je suis en train de vous dire, tout ce que nous pensons tous, nous, les hommes d'aujourd'hui, à quoi bon le nier, ce sont des choses qui ne sont pas souvent dites, et je ne les dis pas, moi non plus, parce que la société actuelle se maintient, non pas par la ferveur, mais par le respect des croyances générales. Les circonstances que nous vivons m'obligent à vous confier ma pensée, en vous montrant tout ce que j'ai en moi et en vous prouvant mon entière franchise, car ni mon nom, ni le respect que je dois à la mémoire de mon frère défunt et aux vertus de celui qui est vivant, ne s'accordent bien avec ces idées que je viens de déployer à mon corps défendant. Et en faisant cela, en révélant ce que jusque-là je n'avais dit à personne, je compte trouver un écho dans la pensée de quelqu'un qui est au courant des idées d'aujourd'hui, je ne peux pas croire que vous soyez si accroché à cette secte, la moins autorisée de toutes. Je crois, en réalité, pour tout dire, que le fond moral est identique dans les religions civilisées, autrement dit, que l'homme



instruit et éduqué de notre société européenne est capable d'un bien supérieur, quel que soit le nom du Dieu qu'il invoque.

- Ma famille, comme la vôtre, dit l'Hébreu, s'est toujours distinguée par sa ferveur religieuse. Elle a été et est toujours comme la vôtre, une famille respectée et aimée pour ses vertus et sa générosité. Elle a eu et a toujours beaucoup d'influence dans notre race, pour soutenir avec persévérance et noblesse l'idée de la logique israélite au milieu des malheurs que nous vivons et de la dégradation dans laquelle sont tombés beaucoup de nos frères. Moi, j'ai été éduqué selon des principes solides. On m'a inculqué la foi plus dans la conscience que dans l'imagination, s'adressant peu aux sentiments et beaucoup à l'âme. En plus, on m'a inculqué l'idée que, par notre religion, ont été révélés au monde les principes éternels qui le régissent et que ses valeurs ne sont pas perdues parce qu'un jour mémorable, on aurait apporté quelques modifications. On m'a enseigné à aimer une loi qui contient tout ce qui est bon et tout ce qui est vrai, car le monde ne possède aucune vérité morale qui ne soit dans mes livres. En affirmant cela, je n'irai pas jusqu'à croire que, hors de ma loi, tout est corruption, immoralité, mensonge, comme on dit ici, non. Moi, je veux bien céder un peu, comme vous, et dire que les préceptes moraux qui nous guident sont les mêmes que ceux qui gouvernent l'âme chrétienne, les mêmes qui gouvernent tous les hommes qui ont quelques préceptes.
- Très bien, très bien, dit Lantigua, rayonnant. Vous voyez bien que nous nous rapprochons. Que reste-t-il entre nous ?... Le culte, la forme, la liturgie, un fantasme, Monsieur Morton.
- Le culte ! s'écria Daniel solennellement. Vous appelez ça un fantasme ? Ça l'est peut-être pour vous, mais pas pour moi. Dieu nous soumet à de très dures et terribles épreuves. Les catholiques tièdes qui pensent peu à Dieu, les athées qui le rejettent et les chrétiens rationalistes qui l'ont dépouillé de ses merveilleuses prérogatives, ne comprendront pas cela et riront bêtement des épreuves dont je parle. Moi, je ne suis pas comme ça. Je crois aux épreuves comme aux châtiments. Mon amour insensé et éperdu en est une. Je suis tombé, je suis tombé en péchant de manière abominable, j'ai ressenti les doutes les plus terribles et les plus angoissants possibles. Que dois-je faire ? Comment dois-je considérer respectivement mes devoirs sociaux et mes devoirs religieux



- ? Voilà le grand doute qui m'a conduit au plus grand désespoir et au désir ardent de la mort, la grande mort, celle qui résout tout.
- Je ne vous ai pas appelé et vous n'êtes pas venu non plus pour en arriver à ce genre de désespoir inutile.
  - C'est vrai. Je suis venu avec le désir d'aborder la question et de trouver une solution.
  - Il faut, dit Lantigua, avec sympathie, il faut que vous la voyiez. Elle vous recevra. Je le lui ai déjà dit et il faudra bien qu'elle m'obéisse.
  - Le problème est difficile, mais qui sait... Je crois qu'en matière de foi, cela ne serait pas difficile d'arriver à un accord provisoire acceptable... La question de la forme est la plus terrible.
  - Ah ! Voilà la question ! Mais il doit bien y avoir une formule !

## 12- La formule de Buenaventura

Dans l'après-midi de ce Dimanche des Rameaux, après la procession ratée et disloquée, Gloria et Serafinita s'en retournèrent à la maison, consternées. Serafinita envoya Roque en toute hâte à Villamojada, pour déposer à la gare le télégramme suivant : "A don Ángel María, cardinal de Lantigua, archevêque de..., au palais archiépiscopal de Toulouse. Grand danger. Ennemi dans Ficóbriga. Viens au plus vite. Serafina."

Don Buenaventura militait publiquement au parti catholique qui avait étendu partout son intolérance, le nerf du dogme. Mais c'est une loi inévitable lorsqu'on combat un ennemi qui emploie une tactique bien précise, on finit par apprendre cette tactique et on l'adopte ensuite. C'est ce qui arriva à don Buenaventura. L'habitude des parlements, des salles de réunions et de la politique politicienne, lui indiqua, sans trop savoir comment, l'art malicieux du compromis. C'est que son esprit, à force de lutter contre les combines, en était venu à s'en imprégner d'abord, les utiliser instinctivement ensuite et enfin les croire bonnes et nécessaires.

A Madrid, il s'était informé sur Morton et, par le baron de W... et d'autres Israélites avec qui il avait des liens d'amitié ou d'affaires, notre banquier apprit les qualités incomparables de tous les membres de la famille de Daniel et de Daniel lui-même. "Ou bien je ne vauds rien ou bien je les marie, disait Lantigua. Sur la convenance et la possibilité du fait, il n'y avait aucun doute. Le comment, la satanée formule, voilà ce qui manque."



De retour à Ficóbriga, il confia son idée à Romero et celui-ci se montra très disposé à lui prêter main-forte. Ensemble, ils parlèrent de cela, cherchèrent, scrutèrent. Enfin, don Silvestre, très attaché à la demoiselle de Lantigua, finit par dire :

- Il n'y a pas d'autre façon de la sortir d'une si triste situation. Il ne s'agit plus ici de théories, mais d'un fait, un fait irréfutable, évident, terrible. Je comprends bien que, pour éviter d'en arriver là, on établisse l'unité la plus intolérante, qu'on expulse, qu'on brûle, qu'on condamne, qu'on crache le feu... mais, ici, il ne s'agit plus de prévenir, mais de réparer. Aucune autorité divine ou humaine n'osera dire alors : "Laissez le mal comme ça..." Ce qu'il faut, c'est la formule, une petite formule.

Don Buenaventura n'admettait absolument pas le mariage purement civil dans ce cas-là et il n'entraît pas du tout dans ses pensées que Gloria puisse se marier à l'étranger. Pour lui, la formule la plus acceptable serait celle d'un mariage religieux et vérifiable selon toutes les apparences. "Que cet homme accepte, pensait-il, que cet homme accepte une abjuration de façade, ça me suffit... Ce sera un mécréant s'il ne le fait pas... Qu'il pense ensuite en son for intérieur comme bon lui semble. En fin de comptes, le fond, le fond de toutes les croyances, n'est-il pas le même ? La société nous oblige à établir des différences dans le culte, mais ces différences doivent disparaître devant le devoir social très puissant lui aussi. La voilà la formule, mais oui, je l'ai, je vais la lui proposer. Une conversion de façade, avec réserves mentales... Ah ! Si cette malheureuse s'obstine à ne pas le voir, je vais montrer que j'ai de l'autorité... Le mysticisme, c'est bon, mais à présent il s'agit de régler les comptes avec la société. Avec Dieu, c'est une affaire réglée et le pardon de notre pauvre orpheline a dû être proposé à la signature, là-haut. Je suis sûr de cela, absolument sûr."

Et tout en pensant à Morton, il se disait : "J'ai l'impression que les plus grands obstacles ne viendront pas de sa part à lui. Son fanatisme n'est pas tant un fanatisme religieux qu'un fanatisme de race... Mais s'il hésitait encore, j'ai un argument puissant que je garde pour le cas où... ; une arme sentimentale, de tendresse, que je pense utiliser pour toucher en lui la fibre la plus sensible."

Depuis le lundi saint, commença à courir, dans Ficóbriga, le bruit qui fit le tour de la ville en à peine deux heures et qui pénétra dans toutes les maisons, comme un puissant courant d'air inopiné qui trouve les portes ouvertes et s'en va jusqu'au plus petit recoin. La rumeur était que monsieur Morton était revenu à Ficóbriga avec la sainte intention d'embrasser le catholicisme. Cette bonne



nouvelle se répandit aussi rapidement que les mauvaises et fit un puissant effet sur le peuple aussi crédule que simple.

### 13- Le secret

L'après-midi du mercredi, Serafinita accompagna sa nièce pour une promenade dans le jardin. Elles discutaient de choses sans importance, mais la demoiselle parlait si peu que parfois doña Serafinita devait arrêter son discours pour demander doucement :

- A quoi penses-tu ?
- A rien, répondait Gloria.
- Pense à l'exemple du marchand de perles dont a parlé Notre-Seigneur Jésus-Christ : le marchand vit une perle plus belle que toutes les autres, alors il vendit celles qu'il avait pour l'acheter. De la même façon, toi, pour acheter la perle du royaume des cieux, il faut que tu vendes toutes celles que tu possèdes, absolument toutes.
- Sauf une, dit Gloria timidement.

La voix s'éteignit dans la gorge de la noble dame, mais elle fit un effort et poursuivit :

- Teresita, la Religieuse, une femme, pour qui nous avons toujours gardé la plus grande considération, m'a dit de toi des choses abominables.
- Et qu'est-ce qu'elle dit de moi ? demanda Gloria, d'un calme parfait.
- Elles disent qu'à des heures avancées de la nuit, quand tout le monde dort chez nous et dans la ville, tu sors... oui, tu sors en cachette et tu vas retrouver, dans un endroit solitaire, là-bas, près du cimetière, le malheureux auteur de ton déshonneur.

Elles ne parlèrent plus de l'affaire. Peu après la tombée de la nuit, Caifás vint rendre compte de la distribution des aumônes qu'il avait l'habitude de faire au nom de doña Serafinita et de Gloria. Celle-ci l'emmena à sa chambre et lui donna davantage d'argent et de nouvelles instructions que nous ne pouvons pas connaître.

Gloria ne dormait pas. Eveillée au milieu de la nuit profonde de sa chambre, ses yeux noirs s'ouvraient sur les ténèbres comme devant un magnifique spectacle et ses oreilles guettaient les murmures de la nuit... Gloria comptait les minutes, elle n'avait pas besoin d'horloge, elle savait apprécier le temps qui passe. Elle n'était attachée à aucune idée grave, non ; son cœur vivait au



moment présent, ce moment d'écoute, qui pouvait aller jusqu'à une heure, deux heures... "Il est temps, pensa-t-elle. Qu'a donc l'horloge de l'abbatiale, cette nuit ? Elle ne sonne pas ?"

Elle avait tout juste formulé l'idée qu'on entendit le premier coup de cloche, long, bombé, lourd, prolongé comme un gémissement. Pareille aux lutins qui attendent l'heure de la liberté, Gloria se leva rapidement. Au deuxième coup de cloche, elle s'habilla, à tâtons, dans l'obscurité... Les ceintures s'enroulaient rapidement comme de menus serpents autour de ses reins. Gloria, totalement habillée, chaussée, enveloppée dans un grand manteau noir, se mit debout et fit quelques pas. Ses mains la devançaient comme saisies par les mains d'un fantôme qui la dirigeait. Elle ne buta contre aucun meuble, ne fit aucun faux pas et arriva à la porte qu'elle ouvrit doucement, si doucement qu'on pouvait penser qu'elle tournait sur des gonds ouatés.

La jeune femme passa à la maison ancienne, accompagnée de quelqu'un qui la guidait dans les ténèbres. Leur parcours ne dura pas longtemps dans ces lieux obscurs, parce qu'elle-même enfin, avec la clé qu'elle avait dans la main, ouvrit une porte et sortit dans la cour puis dans la rue où un homme l'attendait. Celui-ci lui donna la main pour l'aider à sauter une marche et tous les deux disparurent sans un mot.

#### 14- Hébergement

Sur les conseils de don Buenaventura qu'il désirait servir, le maire de Ficóbriga en personne, monsieur don Juan Amarillo, avait accordé à Daniel Morton un logement convenable, car il n'était pas digne de la culture de Ficóbriga, ni de la proverbiale hospitalité de cette noble race, de fermer impitoyablement toutes ses portes à un être humain. Aux raisons exprimées par monsieur de Lantigua, Amarillo en ajouta d'autres presque aussi intéressantes, c'est-à-dire que, étant donné la position sociale très élevée de cette personne hébraïque et ses grandeurs potentielles, on ne devait pas appliquer, avec rigueur, le critère habituellement réservé au peuple ; notre sainte religion ne perdait rien à accorder un hébergement au pèlerin et la doctrine évangélique recommandait de faire du bien à ses ennemis.

On rendit la liberté au valet de Morton et, une fois les bagages récupérés, maître et écuyer emménagèrent dans leur nouvelle auberge, l'après-midi du lundi. La seule condition que posa don Juan était que, durant les cérémonies officielles de la semaine sainte, ils n'apparaissent pas dans les rues de Ficóbriga. Le valet aussi était juif et des plus fanatiques. Il se prénomma Samson et faisait honneur à son nom par sa forte apparence de colosse et ses mains



semblables à deux massues. Il aimait son maître qu'il servait fidèlement. Hargneux avec les autres, il était ponctuel dans son service et très bavard, mais comme il ne comprenait pas un mot d'espagnol, il se parlait à lui-même de longues heures durant.

Isidorita leur céda trois jolies chambres confortables, meublées sans luxe mais avec propreté et, dès le premier jour, elle les reçut avec attention, leur proposant une nourriture abondante et bien présentée. La femme de Barrabás était une femme très consciencieuse, incapable de se conduire de manière mesquine vue l'énorme quantité d'argent que les étrangers lui remettaient quotidiennement. Isidorita certifiait que monsieur Morton avait bien été absent toute la nuit du lundi, mais elle ne pouvait pas assurer la même chose du mardi car il avait la clé et pouvait sortir avec son valet sans être vu. Elle promit solennellement à ses amies de veiller pour les mettre au courant de tout ce qui pourrait arriver. Puis elles se retirèrent, ces dernières allèrent à l'office des Lamentations du mercredi, Isidorita fut appelée par son hôte pour recevoir un ordre concernant les détails du service.

- Vous n'avez pas à me rendre compte de ce que vous faites et chacun sait ce qu'il a à faire mais, si une nuit, monsieur Buenaventura ne vous voit pas, il peut vous voir une autre fois, et nous aurons des ennuis, de gros ennuis.
- Madame... vous craignez que don Buenaventura nous voie... Où ? A quelle heure ? dit l'Hébreu, très intéressé.
- Vous devez bien le savoir. Ma belle-sœur, une brave personne incapable de mentir, a vu la demoiselle Gloria sortir de chez elle, à minuit, en compagnie d'un homme.
- Sortir de chez elle !
- En compagnie d'un homme.
- En compagnie d'un homme !

L'Hébreu tomba dans une profonde méditation. Il marcha longtemps, de long en large, dans sa chambre. Quand son valet voulut le déshabiller, il lui dit :

- Allez, on sort.

15- Où va-t-elle ? Où est-elle allée ?

- Où allons-nous cette nuit, Monsieur ? demanda Samson sans cacher qu'il regrettait son lit.
- Nous verrons bien, répondit Morton sombrement.



- Oh ! Monsieur ! dit le valet qui marchait dans la rue à gauche de son maître, droit devant. Si j'osais, je dirais à Monsieur quelques sentences : "Abandonne la colère de ton cœur et écarte le mal de ta chair parce que la jeunesse et l'âge des cheveux noirs sont vanité..."<sup>27</sup> "J'ai regardé tout ce qui se fait sous le soleil : voici, tout est vanité, et poursuite de vent..."<sup>28</sup>

Daniel ne répondit pas. Les yeux fixés sur la maison des Lantigua, il ne faisait nullement attention au bavardage salomonique de son serviteur. Par la porte de la vieille maison qui donne sur la ruelle, une personne était sortie, rejoignant une autre qui l'attendait dehors. Elle marcha rapidement jusqu'à la place, puis, tournant à gauche, entra dans une rue qui menait au centre-ville.

- Suivons-les, dit Morton. Allons au même rythme, sans faire de bruit... Je la connais. C'est elle. Même au milieu des ténèbres les plus complètes, je la reconnaîtrais. Celui qui l'accompagne, c'est Caifás.

Gloria et Caifás avaient un instant disparu de la vue des poursuivants puis refirent leur apparition. Ils marchaient plus vite et passèrent près des mesures des faubourgs. On aurait dit qu'ils se dirigeaient vers un chemin étroit qui conduisait à la route.

- Il y a là un petit bois, dit Morton en marchant de plus en plus vite. S'ils s'y enfoncent, nous les perdrons de vue.

Mais, Gloria et son compagnon s'arrêtèrent alors. On entendit le bruit d'un petit dialogue et la voix qu'on utilise pour appeler un cheval impatient. Les poursuivants coururent. A peine arrivés, ils virent un break qui emportait apparemment plus d'une personne. Le véhicule allait à toute vitesse vers la grand-route. Les deux Juifs coururent derrière, mais la voiture prit de l'avance et disparut bientôt. Daniel se retrouva sur la grand-route, inconsolable et perplexe. "Où est-elle allée ? se demandait-il. Reviendra-t-elle ?"

- "Un âge va, un âge vient, mais la terre tourne toujours, poursuivait le valet... Ce qui fut sera. Qu'est-ce qui a été fait ? Ce qui s'est fait se refera, il n'y a rien de nouveau sous le soleil... Vanité des vanités, dit l'Ecclésiaste, vanité des vanités, tout est vanité."<sup>29</sup>

Peu après avoir prononcé cette ultime sentence, il s'endormit. Le maître, toujours éveillé, n'écartait pas les yeux de l'ultime point visible de la grand-

---

27- Qo 11/10

28- Qo 1/14

29- Qo. 1/4-11



route et des collines qui continuaient à l'intérieur des terres. Il ne pouvait rien distinguer dans cette masse obscure, mal éclairée par la lune. Les arbres noirs cachaient les sentiers mais l'Hébreu, le cœur concentré, cherchait, dans l'immensité noire, une trace de l'oiseau dont il avait vu l'envol, et le pouvoir de l'esprit était si grand qu'il finissait par le trouver. Il ne voyait rien avec les yeux, mais sa curiosité, affinée par l'inspiration, était sûre de l'existence d'une traînée mystérieuse tracée par son cœur en quête d'amour. C'était comme la certitude de la foi.

Il ne s'était pas écoulé une heure et demie depuis le départ de la voiture que l'Israélite crut entendre des roues tourbillonnantes. Ce n'était encore qu'une conviction intime, loin de toute réalité qu'aurait créée une sensation claire. Il attendit et, au bout d'un certain temps, il acquit la certitude qu'une voiture arrivait.

- Samson, Samson, cria-t-il en le tirant par le bras. Lève-toi, paresseux.
- Monsieur, Monsieur... On s'en va pour Londres ?... dit le valet en se frottant les yeux. J'ai rêvé que je prenais le bateau et je disais...
- Ne dis rien... Prépare-toi à faire tout ce que je vais te demander. Tu as de bons bras. Arrête-moi cette voiture.

La voiture s'approcha et Samson, en plein milieu de la route, les bras en croix, comme un missionnaire exhortant à une vie meilleure, cria :

- Stop !

Mais celui qui dirigeait l'équipage leva son fouet et cingla le visage de l'importun qui essayait d'arrêter la voiture. Les chevaux levèrent la tête, en hennissant, parce qu'ils se sentaient retenus par une main de fer qui avait saisi les rênes. Ils avancèrent encore laborieusement quelques pas, le véhicule fut secoué et une voix de femme poussa un cri d'angoisse...

#### 16- Prisonnière

- Laisse-moi, murmura Gloria doucement, une fois les autres éloignés. Laisse-moi, je ne t'ai pas appelé, je ne t'ai même pas cherché, je ne veux pas te voir.
- Pour moi, c'est tout le contraire, dit Morton en embrassant tendrement la jeune femme contre son gré. Moi, je te cherche, je t'appelle, je t'aime.

Gloria luttait pour se défaire et s'enfuir.



- Quand tu prieras Dieu, tu regarderas ta conscience et tu la trouveras bien tranquille, contente, sans le moindre souvenir pour le pauvre qui ne vit que dans l'espoir de te revoir et de te demander pardon.
- Je te pardonne, mais lâche-moi.
- Dis-moi où tu es allée cette nuit, où tu es allée toutes ces nuits où on t'a vue sortir.
- Je ne dois pas le dire, murmura Gloria. Mais... si tu me laisses continuer mon chemin, je te le dirai.
- A ce prix, non.
- Alors, rien.
- Eh bien, si tu ne me le dis pas, je vais te le dire, moi, parce que je le sais, parce que cette nuit même, mon cœur l'a deviné, Gloria, mon cœur ne peut pas ignorer longtemps ce qui se passe dans le tien. Oh ! Accord sublime ! Si cette correspondance de sentiments n'existait pas, les âmes n'existeraient pas non plus.

Approchant ses lèvres de l'oreille de la jeune femme, il prononça quelques mots que le petit vent du matin n'entendit pas. Gloria ferma les yeux. Sur ses cils, quelques larmes accrochées brillaient...

La demoiselle exhala un léger soupir, uni à un oui semblable au dernier souffle de l'âme qui s'en va. Mais ses yeux fermés semblaient s'enfoncer et, sur ses lèvres, toute couleur disparut. Daniel lui prit les mains et sentit la sienne serrée par les mains de Gloria avec la même énergie que donne aux muscles l'émotion du dernier adieu. Ensuite, il crut remarquer que le pouls de la jeune femme s'arrêtait. Il nota l'extrême froideur de son front, il eut peur. Il l'appela : "Gloria ! Gloria !" La solitude de la campagne entendit son cri.

- Ne perdons pas de temps, fit remarquer l'Hébreu. Allez. Allons chez les Lantigua.

La porte des Lantigua possédait un lourd marteau qui heurtait un énorme clou à tête brillante. Quand le vigoureux valet saisit le heurtoir de sa patte de lion et le secoua avec la même force qu'on avait employée à arracher les portes de Gaza, les coups furibonds, tels des coups de canon, firent résonner toute la maison d'un tel vacarme qu'on aurait dit la demeure du tonnerre.

## 17- La déclaration



Serafinita dormait tranquillement et elle commençait à rêver que le monde partait en morceaux au coup de gong céleste qui allait détruire, en peu de temps, l'œuvre de sept jours, toute racornie après six mille ans. Cette idée passait par une série de transformations et d'étapes qui vont du rêve à la réalité. Elle prit peur, se mit à douter de ses sens qui lui annonçaient un tremblement de terre. Elle se fit la réflexion qu'elle avait parfois rêvé de cataclysmes, d'incendies et d'écroulement d'étoiles dont les morceaux pleuvaient sur notre terre, mais elle reprit connaissance et constata qu'elle était bien réveillée. Elle entendit des voix dans la maison ; Francisca, à sa porte, lui disait d'une voix angoissée.

- Madame, Madame, levez-vous.

Elle entendit les pas de son frère qui descendait précipitamment. Ensuite, elle entendit des voix inconnues dans la salle à manger.

- Cette petite a dû se faire peur, un cauchemar... Elle a dû alerter toute la maison... Mais ces voix inconnues...

Elle finit par sortir et, dans le couloir, Francisca, qui revenait de la cuisine, lui dit :

- Ce n'est rien, un évanouissement. Elle est revenue à elle.

On comprend facilement la stupeur de Serafinita quand elle vit sa nièce habillée comme revenant d'une promenade en ville, et deux hommes inconnus, l'un d'eux l'assistait en même temps que Buenaventura. La brave et pieuse dame était debout, stupéfiée, les yeux hagards, les lèvres sur le point de prononcer le mot, la main tendue, tout son corps et sa silhouette comme une statue évoquant l'idée d'étonnement. Samson était près de la porte, sérieux, raide comme une sentinelle, mais, sur un geste de son maître, il se retira.

- Et cet homme, qui est-ce ? demanda Serafinita désignant l'Hébreu.
- C'est... un monsieur... un ami à moi, répondit Lantigua.
- Daniel Morton, dit celui-ci en se présentant avec respect.

Serafinita trembla comme atteinte des frissons d'une maladie foudroyante.

Gloria avait repris connaissance et pleurait en silence ; elle tomba à genoux devant sa tante, lui embrassa les mains et, tout en sanglots, ravalant ses larmes, se mit à dire :

- Madame, ma tante chérie, j'ai failli, j'ai péché contre l'obéissance, contre le renoncement. J'ai failli à mes vœux, à vos désirs et à vos ordres. Mais je mérite le pardon car je suis mère... Je suis mère et je suis allée



voir mon fils dont je suis séparée par une juste interdiction mais, je ne peux m'y faire.

Cette déclaration de Gloria fut suivie d'un silence glacial qui la rendit encore plus solennelle. On aurait dit que ses paroles continuaient à résonner et restaient gravées dans le silence même. Don Buenaventura releva la jeune femme, la fit asseoir. Doña Serafina s'assit près d'elle, elle pleurait aussi et les deux hommes restèrent debout, consternés et muets.

#### 18- Passion, sacrifice, mort

- Tu es fatiguée ?
- Oui, énormément, murmura la demoiselle, au bord de l'évanouissement, la tête appuyée sur la paume de la main, le coude sur le lit.

Gloria essaya de vaincre sa fatigue et s'étendit enfin sur son lit qu'elle avait quitté trois heures auparavant. Les coqs chantaient très fort pour annoncer la proximité du jour.

- L'interdiction de voir ton enfant et la dure loi de t'en tenir éloignée dans de telles circonstances, ne sont pas de moi, c'est notre père spirituel commun à tous, mon cher frère Ángel.
- Mon oncle est un brave et saint homme ; je le respecte et je l'aime beaucoup, mais dans ce cas... je ne sais pas... je crois que sa conduite envers moi et mon fils déshérité n'est pas la plus généreuse ni la plus humaine...
- Il ne suffit pas de concevoir un enfant et de le mettre au monde pour avoir droit aux plaisirs de la maternité. Il n'est pas né, non, ce malheureux enfant à qui nous avons donné le nom de Jésus pour que même le nom nous rappelle le désir de l'éduquer en Jésus-Christ... ; il n'est pas né, dis-je, ce malheureux enfant de parents unis dans le Sacrement, il n'est pas né sous les acclamations joyeuses d'une famille, ni au milieu de la joie de l'Eglise, notre mère... Il est né innocent, oui, et sans être plus coupable que nous tous en naissant... Il est né digne d'être aimé et éduqué, mais il n'est pas né sous le signe de la sainte loi de la famille chrétienne... Par respect pour ton fils, la volonté de mon frère est très claire : "Tu peux lui concéder quelque consolation, m'a-t-il écrit de Rome le mois dernier, lui permettant de voir le tout petit, bien



que l'enthousiasme des sentiments maternels ne soit pas trop bon pour elle. Tu peux le lui permettre, c'est bien naturel et fondamental, mais si par hasard, le *Mauvais* se présente à Ficóbriga, rends les communications impossibles, cache notre bon Jésus que nous élevons pour le Ciel, mets-le là où ses parents égarés ne pourront pas le retrouver, parce que je crains beaucoup que nous perdions cette belle âme, offrande mystique de notre famille à celui qui nous fait souffrir en nous révélant sa force, nous mortifie en nous révélant sa miséricorde."

En entendant cela, Gloria tomba dans un silence sépulcral.

#### 19- Les épines, les clous, les coups de fouets et la croix

- Tu m'as dit toi-même que tu acceptais cette croix en expiation.
- Oui, je l'ai acceptée, dit la malheureuse, après une pause pendant laquelle Serafinita attendit la réponse avec impatience. Je l'ai acceptée, mais ensuite... ensuite, ma chère tante, j'ai senti que je ne pouvais pas, que je ne pouvais pas m'y résigner. Je n'en ai pas le courage, j'ai menti, j'ai dissimulé, j'ai trompé tout le monde dans la maison, je suis sortie en cachette, j'ai payé Mundideo pour qu'il m'accompagne... Je me suis mal comportée, je le reconnais, mais le cri qui sort de mes entrailles est plus fort que tout et, quand il résonne en moi, je n'arrive pas à me dominer, à être une sainte comme vous dites, à me résigner à souffrir, à porter ma croix, à enfoncer les clous, à boire le calice, à mettre la couronne d'épines.
- Il faut que tu t'entoures de ténèbres pour que le Seigneur daigne t'entourer de lumière, que tu t'accroches de tout cœur à Dieu pour obtenir la vraie liberté de l'esprit, que tu vives constamment dans la mortification pour que tu ne sois plus tentée, que tu te croies vile et méprisable afin d'être rachetée par ta misère, que tu renonces au désir de savoir les choses cachées et profondes et que tu embrasses la meilleure sagesse et la meilleure philosophie qui consiste à n'être rien pour soi, que tu écarter ton cœur de l'amour des choses visibles pour se combler des choses invisibles.
- Je renonce à tout, mais je n'arrive pas à renoncer à mon fils. Je me méprise comme femme mais comme mère je n'y arrive pas. J'arrache de mon cœur tous les sentiments, sauf celui qui me fait vivre. J'offre à



Dieu tout ce qu'il y a en moi, mais je ne peux lui offrir comme un hommage fervent le refus de mes droits et de mes joies de mère. N'est-ce pas noble, n'est-ce pas la sainteté, n'est-ce pas divin aussi, au moins aussi divin que cette perfection qui consiste à se nier soi-même ?

- Ma fille ! J'ai accouru à tes côtés, je t'ai assistée dans ta maladie comme l'aurait fait la mère la plus aimante, mais mon orgueil ne se contentait pas de te libérer de la mort physique mais de la mort morale qu'est la condamnation éternelle. Je t'ai exhortée, j'ai mis, sous tes yeux, mille exemples. Nous avons pleuré. Je t'ai traitée avec douceur, avec un amour fervent, sans brusquerie ni superbe car, dans les conquêtes chrétiennes, l'humiliation apporte la victoire. Je ne peux pas accepter de voir ton âme brûler dans les feux de l'enfer pour une simple erreur passagère.
- Vous êtes une sainte, répéta la jeune femme, mais vous n'avez jamais été mère.

Gloria essaya de dire quelque chose, mais elle entra dans une sorte d'agonie des plus pénibles. Son cœur oppressé battait fort et l'essoufflement dans sa poitrine était tel que Serafinita lui retira le drap pour la soulager de ce poids. La malheureuse s'agita sur son lit, fébrile et inquiète, et son beau visage, avec ses longs cheveux ébouriffés, partait en arrière. Enfin, elle porta ses deux mains à sa poitrine et, la serrant comme si elle avait voulu arrêter quelque chose qui lui échappait, elle cria d'une voix rauque : "Seigneur, Seigneur, je ne peux pas." Enfin, elle sombra dans un état semblable à un assoupissement. Serafinita remarqua que les tempes de la jeune femme battaient violemment et que sa respiration était pénible. Mais elle était toujours comme en léthargie et, comme pour la tranquilliser, la brave femme se mit à genoux près du lit et commença de prier dans le plus grand recueillement.

## 20- Que vais-je faire ?

Daniel Morton et don Buenaventura se mirent à discuter longuement. L'Hébreu ne sortit de la maison que tard dans la nuit car la lune, fatiguée d'attendre le soleil, disparut en détournant la tête comme une femme courroucée qui fuit son amant, mais s'assure d'être suivie. Samson rejoignit son maître mais ce dernier le renvoya sèchement à la maison lui demandant de le laisser seul. Faisant mine d'obéir, Samson le suivit de loin. Morton fit le tour de la maison des Lantigua, prit le chemin qui conduit à la plage, descendit lentement, les mains dans le dos, les yeux fixés au sol ou relevés vers la sombre



immensité des cieux fermés ou de la mer dont le long murmure mugissant l'assourdissait à mesure qu'il s'en approchait.

Ses pieds s'enfonçaient. Il avança alors vers le sable fin et humide que la pleine mer avait étalé y laissant traîner ses lames fluides. Il sentit une sorte de sympathie inexplicable, un désir d'épanchement et de confiance semblable à celui qu'on expérimente en présence d'un bon ami. Morton regarda les vagues qui allaient et venaient comme la plus belle rythmique du monde créé et, tout en les regardant, il dégagea de son esprit cette question : "Que vais-je faire ?"

Sur la plage, il y avait une grosse pierre arrachée par les vagues à une falaise voisine. Daniel s'assit dessus et contempla la mer inquiétante et rythmée, immense pendule entraîné par un balancement secret. "Ce que je pressentais est donc vrai. Elle va mourir à cause de moi et va mourir de chagrin. Elle ne s'est pas encore résignée à accepter la solution que sa famille lui propose parce qu'elle espère... mais en perdant l'espoir, elle va tomber dans cet horrible piège et, poussée par une religion qui prêche la souffrance, elle va courber la tête devant l'ascétisme et traîner une vie misérable dans un couvent chrétien... Dire qu'un seul mot pourrait la sortir de cet enfer et lui rendre la santé, la paix, le bonheur, le goût du monde et que, d'un mot, le pauvre petit bâtard retournera dans ses bras, lui qui vit rejeté de tout le monde, reclus comme un trésor volé ou un objet honteux !... Penser que, par un seul mot, je peux causer de si grands biens mais que ce mot ne peut pas être prononcé !... Eh bien, voilà ce qu'on dira. J'ai un cœur de pierre, je ne suis pas un homme si je ne prononce pas ce mot. Je suis un misérable, je mérite d'être persécuté éternellement par ma conscience, je ne mérite pas un seul jour de paix si je consens à un tel malheur : la pauvre mère, tourmentée, l'enfant caché et confié à des mains mercenaires..."

Pendant ce temps, la mer montait et une vague ourlée d'écume s'étendit sur le sable, mouillant les pieds du penseur. Il s'éloigna alors, monta sur la falaise et, une fois sur les rochers, se dit : "Non, ce n'est pas possible que Dieu et sa justice soient en désaccord. Je ne peux imaginer que, pour être fidèle à un engagement du cœur, il faille être apostat."

Le ciel commença de s'éclaircir, la surface de la mer brillait à l'horizon, colorant de jaune les eaux lointaines. Toute la terre commença de s'inonder de lumière. Il faisait jour, mais Morton ne s'en rendit pas compte parce que son esprit était toujours dans la nuit et le chaos perpétuel. "Il vaut mieux que tout continue comme à présent, se dit-il, que demeure son déshonneur, sa honte, la séparation horrible de la mère et de son enfant, ma solitude, le remords implacable qui me triture les entrailles. Peut-être que le temps nous apportera à tous sa consolation... Elle entrera dans cet horrible couvent, plus triste que la mort, parce que malgré tout, on y vit encore... Je ne la verrai plus, je ne verrai plus mon fils non plus, parce qu'il me sera caché, comme on cache le bijou au voleur. Il grandira et je le verrai peut-être sans le savoir..."



Le jour avançait de manière notable et lui ne le remarquait pas ; les heures radieuses du matin venaient les unes après les autres, répandaient leur clarté et leur joie sur les champs, redonnaient de la verdure aux prairies humides. Le jour était beau et paisible comme si la Nature, sensible à l'idée de Rédemption, voulait faire la fête. L'air qui berçait les arbres, les nuages qui passaient pompeusement dans le ciel se donnaient la main d'un air grave, la mer ronflante et les fleurs qui, de toutes parts, présentaient leurs jolis minois aux caresses du soleil, tout, tout était en fête ce jour-là.

Il redescendit à la plage, la parcourut lentement. On aurait dit qu'il comptait les grains de sable. Puis il tomba par terre et regarda la mer descendante qui récupérait ses couches d'écume, minute après minute. Sa perplexité demeurerait et le pendule continuait toujours son mouvement tyrannique. Enfin, il devait être près de midi, l'étranger se leva. Il se frappa le front, regarda le ciel et dit avec la fermeté de quelqu'un qui a pris une résolution : "Bon, je sais, je sais ce que je dois faire."

## 21- Jeudi saint

Gloria ouvrit les yeux après un sommeil léthargique prolongé pendant lequel son esprit fatigué prit un peu de repos. Elle avait rêvé de la Passion du Christ ; les Juifs horribles l'avaient fouetté ; elle avait vu s'élever le bois où était clouée par les mains et par les pieds, la Personne divine. Ce tableau lamentable, qu'elle avait devant les yeux en direct par le truchement du sommeil, remplit son âme de douloureuses contritions. À son réveil, elle vit sa tante en train d'allumer quelques bougies devant l'effigie du Sauveur, magnifique statue d'ivoire qui le représentait au moment de l'expiration, les yeux agonisants tournés vers le ciel, et disant : "Pardonne-leur, Seigneur, ils ne savent pas ce qu'ils font."<sup>30</sup>

Serafinita faisait tout suivant sa conscience, elle ne laissait rien de côté et ne faisait que ce qui lui semblait juste et convenable. C'était l'âme la plus droite qu'on puisse trouver et, quand bien même elle détruirait le genre humain, Dieu lui pardonnerait parce qu'elle le ferait par conviction, croyant toujours bien faire. Pour juger Serafinita et la condamner, il aurait fallu que Dieu reprenne son Décalogue et le promulgue à nouveau avec un onzième article qui dirait : "Tu ne comprendras pas de travers l'amour de Dieu."

Gloria, les yeux baissés, la tête penchée sur la poitrine, se taisait. Elle triturait les fils de laine d'un châle qui couvrait ses épaules.

---

30- Luc 23/34



- Etant donné ta situation, ajouta Serafinita, il faudrait que les choses changent beaucoup pour que la logique de ton avenir soit changée. Il faudrait que cet infidèle impénitent ouvre les yeux à la lumière chrétienne.

Sur le visage de Serafinita, brillait un éclair de joie infinie, la joie de l'Évangile triomphant.

- Ah ! s'écria-t-elle, le souffle coupé, j'ai une conviction profonde !... Mon cœur s'ouvre comme un abîme rempli de voix et clame à grands cris que cet homme sera sauvé par ton intermédiaire.
- Madame, dit Gloria, s'enthousiasmant comme sa tante, j'ai tant prié, tant, que peut-être... !

La pieuse femme qui avait, pendant tant de mois, vanté à sa nièce l'excellence de la vie ascétique et qui avait épuisé tous ses arguments, tous les motifs, tous les sophismes pour rien, arrivait enfin à son but. Comment ? En jouant sur la fibre la plus sensible de toutes les fibres du cœur de sa nièce : la fibre de l'amour humain. Une fois là, l'esprit rebelle se regimba douloureusement puis succomba. Ce qui lui semblait monstrueux, inutile, lui parut alors beau, hautement profitable. Ebranlée au plus intime d'elle-même, elle sentit son amour bouillonnant se répandre, demandant l'inévitable conséquence : le sacrifice.

- J'accepte, j'accepte, déclara Gloria, en se levant, agile, inquiète, exaltée, comme si elle avait reçu miraculeusement une force prodigieuse.

Mais, levant un bras, elle porta sa main gauche à ses yeux et murmura dans un découragement inattendu :

- Mon pauvre petit !...

## 22- Espoir de salut

La porte s'ouvrit et don Buenaventura apparut.

- Je viens t'annoncer une visite, dit le brave homme quelque peu troublé, tu ne pourras pas cette fois refuser de le recevoir parce qu'il s'agit d'une affaire très importante, très grave, très agréable. Bref, il est là, il va monter te voir, parce que c'est moi qui le lui ai dit... C'est une question de vie ou de mort.



Gloria ne répondit pas un seul mot tant elle était troublée et stupéfaite. Don Buenaventura revint en compagnie de Daniel Morton, tout habillé de noir, son beau visage triste. On l'aurait dit tout juste sorti d'une grave maladie ou qu'en une nuit, il avait vieilli de dix ans. Gloria, à le voir, se sentit profondément touchée dans tout son être et en resta pétrifiée. Son esprit se troubla à tel point qu'elle croyait rêver ou en proie à un délire lorsqu'elle entendit son oncle dire ces paroles :

- Ma chère Gloria, ma chère sœur, j'ai l'immense plaisir de vous annoncer à toutes les deux que notre sainte religion a fait aujourd'hui une grande conquête. Monsieur Morton, ici présent, embrasse la religion catholique... Dieu a enfin entendu tes prières et tu vas retrouver le bonheur, la paix, la dignité de la façon la plus louable possible. Toi et toute la famille, nous avons maintenant une raison de nous réjouir.
- Je veux, dit Morton en s'adressant à Gloria, que personne ne s'enorgueillisse de ma résolution, sauf toi.
- Moi, je voudrais, dit-elle reprenant ses esprits, qu'une aussi belle action revienne à la sainteté de la doctrine de Jésus-Christ plutôt qu'à moi. Tu adores Jésus-Christ ! dit Gloria. Tourne les yeux vers cette croix et jure-moi, sur l'image du Crucifié, que c'est la pure vérité que tu me dis, que tu le fais avec la ferme intention de devenir chrétien et non pour des motifs qui n'ont rien de religieux, que tu vas persister dans tes desseins et que tu crois fermement que la doctrine de Notre-Seigneur Jésus-Christ est non seulement la meilleure, mais la seule vraie et unique.

Daniel, lorsqu'il étendit la main vers la croix, était aussi blanc que l'ivoire de la belle statue qui lui ressemblait tant et, les yeux baissés, parla ainsi :

- Ce que j'ai dit est dit. A cause de lui... je te jure que mon intention est pure.
- Nous pouvons avoir confiance, oui, dit Gloria, regardant l'étranger avec amour. Mais cette idée est tellement ancrée dans mon esprit, je ressens une telle joie, non pas comme réparation mais à cause de ta conversion que je veux t'entendre dire : "Je crois en un seul Dieu, je crois en la Trinité, je crois en Jésus-Christ."

Celui qu'on ne pouvait plus appeler l'*Hébreu* se leva. Il avait le visage livide et ses mains tremblaient comme celles d'un homme fiévreux.

- Je crois en ton Dieu, en l'unique Dieu, affirma-t-il d'une voix coupable, je crois en...



Il n'en dit pas plus. Son bras tomba comme s'il était sans vie et, inclinant la tête, il poussa un gros soupir semblable à ce soupir immortel du Christ, si bien exprimé au moment de son agonie, par la belle statue d'ivoire qui était sur la table.

- Excuse-moi, mon amour et mon salut, balbutia Morton, excusez-moi tous, mais je ne connais pas encore assez les dogmes catholiques et je crains de dire quelque chose qui soit un vieux reste de la religion que j'abandonne.

### 23- Les voyageurs

Comme ce jour-là devait être un jour mémorable dans la ville de Ficóbriga à force d'accumuler les événements imprévus et surprenants, l'attention de la ville fut bientôt attirée par une autre nouveauté. Voilà qu'en sortant de la place de Lantigua vers la grand-route, la Garde Civile aperçut une voiture et lui demanda de s'arrêter. L'homme à la bannière et les meneurs du premier 'paso' jetèrent un regard courroucé au véhicule importun qui gênait le passage. La portière gauche s'ouvrit et on vit le visage d'une belle femme inconnue. Les murmures commençaient quand, par la portière droite, on vit apparaître un chapeau de couleurs et dessous, le visage souriant, séraphique, angélique de don Ángel de Lantigua. Monseigneur de... cria au cocher :

- Arrêtez-vous, arrêtez-vous... ne gênons pas la procession.

L'enthousiasme de Ficóbriga n'empêcha pas tout le monde et chacun en particulier de remarquer un fait très particulier. Dans la voiture de son Eminence, il y avait deux dames, l'une d'elles, la plus importante, était souverainement belle. L'autre, était apparemment moins importante, sans toutefois passer pour sa domestique. Les deux femmes descendirent du véhicule quand monsieur le cardinal en sortit et elles contemplaient la procession avec plus de curiosité que de recueillement. Qui était-ce ?

- Madame, dit son Eminence à la voyageuse, je vous prie d'accepter, si vous vous arrêtez à Ficóbriga, l'humble hospitalité de ma maison.
- Merci, répondit la dame d'une amabilité affable, merci beaucoup, Monsieur le Cardinal.
- Eh bien, je ne veux pas que tu ignores plus longtemps l'heureux événement, dit don Buenaventura. Il faut que tu saches que Daniel Morton vient de se convertir au catholicisme.



Don Ángel ouvrait ses vénérables lèvres pour lancer un cri de joie ou de surprise quand l'inconnue fit un pas vers eux et dit :

- Monsieur, si je craignais de vous importuner...
- Madame...

Les deux frères souriaient aimablement.

- Monsieur, dit l'inconnue après une pause, je vous prie de m'indiquer où se trouve le logement de mon fils.
- Et qui est votre fils, Madame ?
- Celui que vous venez juste de nommer.
- Daniel... Il était chez nous précisément quand je l'ai quitté. Si vous voulez...
- Merci, répondit la dame sèchement. Auriez-vous l'amabilité de m'indiquer la maison où loge mon fils ?

Monseigneur l'archevêque, le plus sérieusement du monde, fit à l'étrangère une révérence polie et, accompagné de Sedeño et suivi de la nuée innocente de gamins, s'en alla en boitant vers la maison des Lantigua, pendant que don Buenaventura se proposa d'accompagner et de guider les dames dans les rues de Ficóbriga.

#### 24- Les mauvaises langues de Ficóbriga

- C'est la mère du Juif, dit la Gouvernante. C'est ce qui se dit en ville. On ne parle que de cela. On dit qu'elle va se convertir, elle aussi.

Elles étaient dans la salle à manger de la maison et elles avaient envoyé les enfants et leur père aux prières de Lamentations pour ne pas faire de bruit ici.

- Se convertir ! s'écria Teresita sur un ton rancunier. Que vous êtes bêtes ! Vous croyez des choses pareilles ? Moi, non. Je sais, par Juan, que cette histoire de conversion, c'est de la blague, une blague inventée par Venturita. Il ne manquait plus que ça... C'est ce qu'aurait voulu la pimbêche, la folle à lier, pour pouvoir se marier et retrouver son honneur... Oh ! Non, quand on a commis certaines fautes, il faut en payer le prix. Si les méchants étaient récompensés... Quel exemple pour les bons ! Personne ne voudrait plus être bon, n'est-ce pas ?
- Mais le cardinal est arrivé ?



- Il est arrivé justement avec la Juive... On verra de tout ! Ces Lantigua...
- Ne dis pas de mal de la Juive parce que c'est une femme très distinguée, très belle, très honorable. Si tu voyais ses bagages !... Que de malles !
- Des grandes ?
- Enormes. Tu imagines tout ce qu'il y a de plus riche, de plus varié en vêtements, en chapeaux, en bijoux... Mon Dieu ! Une bénédiction de Dieu !
- Ils sont maintenant enfermés, la mère et son fils, dans la chambre de ce dernier. Je me suis approchée et je les ai entendus...
- Qu'est-ce qu'ils disaient, qu'est-ce qu'ils disaient ?
- Des choses... des... je ne sais pas comment te dire parce qu'ils parlaient en allemand ou en anglais... je ne sais pas.

Et Teresita raconta ce qui s'était passé la nuit d'avant...

- Allez donc dire à ces rustres de Ficóbriga que ces Lantigua ne sont pas des anges... Ah ! Oh ! Ces messieurs... ! On dirait qu'il n'y a pas mieux au monde, pas de gens plus riches qu'eux, aucun saint du ciel n'est comparable à don Ángel, pas de plus grands savants que feu don Juan.
- Tout ce que peut faire de mieux la petite, c'est d'entrer dans un couvent, dit la Gouvernante avec énergie et conviction.
- C'est évident... Se fourrer dans un couvent, partir d'ici et qu'on n'entende plus parler d'elle... Il faut que cette femme, le scandale de Ficóbriga, s'en aille d'ici. Bel exemple pour les jeunes !

La Juive demanda à rencontrer les personnalités du pays. On se précipita donc pour arranger l'affaire.

- Je vous prie de m'excuser mille fois pour ce dérangement, dit Esther. Je suis étrangère et, chaque fois que je visite un pays, j'essaie de prendre contact avec les personnalités du lieu, pour leur offrir mes respects. Nulle part, la différence de religion n'a été un obstacle et j'espère qu'ici ce sera pareil.
- Oh ! Oui, Madame, bien évidemment ! Les croyances sont une chose et la politesse en est une autre, répondit Teresita, retrouvant un peu sérénité et bagou.



25- Tout marche à souhait

Prudent, notre don Buenaventura n'était pas très fier de l'arrivée intempestive de la mère de Daniel. Quant à l'apparition de la pourpre cardinalice, si, au début, il crut y voir un motif embarrassant, très vite, il changea d'avis. Son Eminence avait changé d'idées et de projets suite à l'étonnante nouvelle de la conversion et il se montrait d'une extrême tolérance, ravi de cet heureux dénouement, double plaisir du triomphe de l'Eglise et de la renaissance sociale de sa nièce adorée. Le vendredi, à midi, après la cérémonie de l'adoration de la croix à laquelle assistèrent le prélat et la ville entière en action de grâce, don Ángel parla à son frère de manière catégorique et lui dit :

- Puisque tu dis que le projet d'embrasser notre religion est sincère, tout change, mon frère, tout devient facile et sans obstacle. Le Seigneur a pitié de nous et nous sort subitement de la confusion et des angoisses par un de ces sentiers qu'Il est le seul à connaître... Rome, toujours prévoyante et sage, a mis au point, dans ces cas de conscience, des formalités rapides et pratiques pour l'entrée dans l'Eglise d'un catéchumène. La réparation sociale et religieuse est urgente, mon frère, et l'Eglise donne une preuve de son indulgence en précipitant les choses.

Don Buenaventura aurait bien manifesté son envie de dire que ce critère romain, qui écoute et dispense en cas de faute, lui paraissait bien illogique, injuste et même immoral, alors qu'on tourmente par des délais et des obstacles de toutes sortes les individus qui, sans rougir, demandent en même temps le baptême et le mariage, mais il crut prudent de ne pas faire d'observations et se tut.

Il s'en alla très vite chez l'Hébreu qu'il ne trouva pas, sa mère non plus. Elle était allée avec sa demoiselle de compagnie faire une visite, chose incroyable, chez monsieur Amarillo et son épouse. Le seul de sa race qui était encore là c'était Samson. Il se préparait par des jeûnes et des mortifications, lui, le dévot, à la célébration de la Pâque rabbinique. De temps en temps, il lisait le psautier à voix haute avec des gestes qui faisaient rire tous ceux de la maison et, comme cela minait ses forces imposantes, il se réconfortait en prenant des bouteilles de bière et quatre ou six côtelettes grandes comme des roues de charrettes.

Le brave Lantigua se sentait heureux de tout. Mais la pensée de la mauvaise santé de Gloria atténuait légèrement son plaisir. Il faut dire que, ces derniers temps, elle souffrait de fréquents accès de fièvre où alternaient l'épuisement de ses forces, une activité brûlante et une sorte d'accumulation de vie qui lui



sortait à gros bouillons par les yeux lorsqu'elle regardait et par la bouche lorsqu'elle parlait. Don Nicomedes, médecin en titre de Ficóbriga, que Lantigua avait trouvé cet après-midi-là, lui fit un tableau peu glorieux de l'état possible dans lequel se trouvaient le cœur et le cerveau de Gloria.

*Madame* Esther s'était montrée très aimable, très affectueuse avec don Juan et Teresita, lors de sa visite !... On disait que *madame* Esther avait retiré d'un de ses doigts un anneau au diamant énorme et l'avait offert à la femme d'Amarillo qui, après l'avoir refusé, avait daigné l'accepter !

## 26- *Madame* Esther

Esther Spinoza, femme de Moïse Morton, richissime négociant de Hambourg, établi dernièrement à Londres, descendait, tout comme son mari, d'une famille juive espagnole. Esther Spinoza était de sang espagnol même si elle ne l'était pas de naissance ; espagnole, elle l'était par son sérieux, sa véhémence contenue, sa fidélité à ses devoirs, par la clarté et l'expression mélancolique de ses yeux noirs, son allure délicate et son élégante façon de marcher.

Elle était ensuite espagnole par la langue car, depuis son berceau, elle avait appris à parler comme Nebrija. On sait bien que toutes les familles israélites qui viennent des familles expulsées d'Espagne conservent leur langue, quoique un peu altérée par manque de renouvellement.

Elle ne professait pas sa religion avec une ferveur enthousiaste, mais avec loyauté, oui, c'est-à-dire avec un sentiment doux et ferme, plus que par dévotion, respect des anciens, amour du nom et de l'histoire d'une race malheureuse. Esther et son époux possédaient d'énormes richesses. On pouvait dire que Yahvé avait enrichi leur parcours. Ils vivaient en paix, entourés de splendeurs artistiques. Ils étaient estimés de tout le monde et distingués par les souverains qui les faisaient venir à leur table, parce qu'ayant acquis une ferveur financière, ils suppléaient en quelque sorte le manque d'existence politique et sortaient les nations de mauvaises passes. Ils n'avaient pas de patrie mais les patries les plus orgueilleuses s'agenouillaient devant leurs trésors. Ils étaient comme des dieux que les ministres des Affaires Publiques de tous les pays encensaient. Le Pape lui-même, en tant que roi de Rome, leur avait donné des titres, des croix et ne les avait jamais traités de déicides mais d'*honorables seigneurs*.

Proche de la cinquantaine, Esther conservait son admirable beauté. Elle usait de peu d'artifices de toilette et, si elle en usait, ce n'était pas pour faire disparaître quelques années mais pour que les siens aient quelque chose de beau à voir, comme si cette si belle maturité, cette fraîcheur si intéressante, ce véritable hommage de la jeunesse à la vieillesse, lui inspirait de l'orgueil. En la



voyant, on comprenait la longue série de printemps de ces femmes bibliques qui vivaient cent vingt et cent trente ans sans problème.

## 27- La mère et son fils

Durant la nuit du vendredi saint, la mère et son fils se retrouvèrent seuls dans la chambre de ce dernier. Sur la table où Daniel appuyait le coude, il y avait une lampe. Esther, assise sur un sofa près du mur, regardait son fils en silence. A cause de la position de l'abat-jour, le visage de Daniel était inondé de lumière ; celui de sa mère restait dans l'ombre.

- Si ton entêtement demeure, dit Esther de sa voix tranquille, en allemand, mais j'espère que non... si l'autorité de ton père, la mienne, ta pudeur et la fidélité que nous devons à notre loi ne signifient plus rien pour toi, je souffrirai à partir de demain le plus grand tourment de ma vie, parce que mon propre fils aîné sera mort.
- Non, maman, ce n'est pas mourir, ça... dit Morton sombrement. Je veux ressusciter cette pauvre femme que j'adore. Je l'ai décidé ainsi après mûre réflexion. J'ai formé ce propos qu'aucun raisonnement, aucune passion ne pourra arrêter.
- Eh bien, moi, je suis venue t'en empêcher... Daniel, Daniel, s'exclama Esther en se levant, solennelle, tu n'as plus de mère ! Si tu l'as, si tu veux l'avoir, moi, je ne le suis plus. J'ai honte de l'avoir été. Malheureuse heure où je t'ai mis au monde ; de cette heure triste, on doit dire : "Que les ténèbres et l'ombre de la mort s'en emparent."<sup>31</sup>
- Il y a ici une victime innocente, une femme parée des attributs angéliques. Il est en mon pouvoir de tirer cette âme supérieure du borbier où je l'ai jetée par bassesse et je dois le faire. L'univers entier, le Dieu de tous les hommes, m'ordonne de le faire. C'est comme la lumière, maman.
- Mais pour embrasser une religion, il faut y croire, objecta Esther. Cela ne peut pas dépendre d'un caprice amoureux. Crois-tu en Jésus-Christ ?
- Je dois et je veux être chrétien.
- Tu as honte de le dire, n'est-ce pas, tu as honte de dire clairement : *Je crois en Jésus-Christ* parce que ta conscience te crie plus fort que ta faible raison te crie que c'est une apostasie déshonorante. Daniel ! Daniel ! Qu'as-tu fait de l'amour immense de tes parents ? Qu'as-tu fait de la

---

31- Job 3/5



sainte Loi que nous t'avons enseignée depuis ta naissance ? Qu'as-tu fait du souvenir de tes vénérables ancêtres, au nom desquels sont attachés l'amour et le prestige qui restent à la race juive ?

Esther parlait sous le coup de la colère. Elle s'était levée. L'abat-jour avait changé de position et la lumière donnait en plein sur la mère et, son ombre, agrandie par la distance, gesticulait sur le mur le plus proche. Les ombres des deux bras en colère, sans cesse agités, couraient parfois sur le plafond comme d'énormes oiseaux et parfois glissaient sur la plinthe entre les meubles comme des quadrupèdes à la recherche de leur coin. Daniel était resté dans l'ombre. De là, comme d'un abîme où il venait de tomber, lancé par l'ennemi vainqueur, il fit parvenir ces faibles mots :

- Maman, tu m'as parlé d'honneur, de honte, de famille ; enfin, tu ne m'as pas donné de motifs religieux. Tu m'as parlé de tout sauf du feu éternel... Maman, maman, écoute ce que je vais te dire.
- Quoi ?
- La fougue que je vois en toi m'oblige à te révéler un secret, mon secret.
- Ton secret ?
- J'ai émis une idée que personne sur la terre, à l'exception de mon père à qui j'ai écrit hier, ne connaît encore, mais je sens le désir et même le besoin de te le révéler.

Esther écouta avec la plus vive anxiété.

- Dis-le-moi vite.
- C'est ce genre de secret qu'on ne dit qu'à Dieu parce que seul Dieu peut juger.
- Et pas moi ?
- Non. Tu vas mal me juger dès que tu le connaîtras. Tu ne peux pas entrer dans mes raisons... Mais, je vais te confesser cette idée pour te montrer l'amour que j'ai pour toi et que je te fais confiance pour m'appuyer.
- Quel est-il ?
- Je ne suis pas et je ne serai jamais chrétien.

28- Délire, fanatisme

Durant un court instant, la mère et son fils se regardèrent.



- Mais ne m'as-tu pas dit, n'as-tu pas résolu... ? dit Esther, toute confuse.
- Je vais user d'un mot juste, même si, à première vue, ce n'est pas en ma faveur. Ma conversion est une imposture.
- Tu trompes donc cette pauvre fille, tu trompes une famille honorable ? dit Esther écartant des deux mains la tête de son fils. Daniel, imposteur ! Ce que tu me révèles là est aussi indigne de toi que l'apostasie ! Ton cœur est dévoyé. Ce n'est plus toi... Tu sais ce que c'est que le mensonge, un mensonge de cette importance ? Daniel, remets-toi. Tu veux me faire croire que Dieu, qui est la vérité, t'a suggéré cette idée ? dit Esther, incrédule. Daniel, ton imagination délirante a parlé, c'est cela.

Esther le regarda attentivement comme épouvantée, puis se dit en elle-même, d'un ton très amer : "Seigneur, Seigneur, aurais-tu ôté à mon fils toute raison ?"

- Veux-tu un motif qui soit à la fois de la conscience et du monde ? Puisque ce sont les arguments qui parviennent à te convaincre. Ecoute bien. Tu dois savoir que j'ai un fils.

Esther s'agita comme secouée par l'étonnement.

- Un fils qui s'appelle *Jésus*, ajouta Daniel avec le même sarcasme que ceux qui criaient : "*Si tu es le fils de Dieu, descends de la croix.*"<sup>32</sup>
- Un fils ! s'écria *madame Spinoza*. De cette femme !...
- Et tu voudrais que je l'abandonne ?
- On nous a éduqués, nous autres, dans le monde pratique, mon chéri. Cette habitude de vivre et de penser dans le monde pratique me fait voir les inconvénients de ton projet, le principal étant que tu ne pourras jamais ébranler la foi ferme de celle que tu appelles ton épouse. Détrompe-toi, aucun catholique ne s'est converti à notre propre loi, oubliée et délaissée, ni non plus à ce vague déisme sans culte, avec sa grandeur si tu veux mais qui remet tout à la raison et reste muet pour l'imagination, pour le cœur et les sentiments. Même en considérant que cette jeune femme ait un amour ardent pour toi, je ne conçois pas qu'elle puisse renier la religion de ses pères, sa religion vivante et évidente, cette religion qui s'entend et qui se parle. La nôtre et ton déisme sont comme l'hébreu : une langue sublime mais que personne ne comprend plus. Malheureux enfant, malheureux garçon égaré par les



délires de l'esprit ! N'imagine pas dans ce Dieu grand comme tu dis, ce Dieu froid et simple comme les idées, une attirance qu'il n'a pas. Tu espères séduire une chrétienne, une femme qui est née toute petite dans l'amour de l'homme cloué en croix ! C'est imaginer l'impossible.

- Moi, je crois que je l'en sortirai, maman, affirma Daniel d'une voix balbutiante. Tout ce qui vit en moi, me dit que j'y parviendrai. Cette idée, maman, est trop grande pour être de moi seulement. Elle vient de Dieu.

Le ton sérieux et l'émotion qu'il y mettait attristèrent Esther mais, comprenant que l'esprit de son fils était dans un état de très vive excitation, elle ne voulut pas le contrarier.

## 29- Le catéchumène

Le samedi saint, son Eminence officia dans l'abbatiale pour les magnifiques cérémonies de la bénédiction de l'eau et du feu. Il s'en alla ensuite chez lui, entouré d'une multitude de gens, et mangea avec toute la famille ainsi qu'avec le curé qu'il n'arrêtait pas de féliciter pour son sermon sur Notre-Dame-de-la-Solitude, prêché la veille.

Don Ángel entra dans le salon, prit place sur le sofa, placé comme l'autel dans les églises, montra à sa nièce le siège sur sa gauche, et sa sœur déposa son corps mortel à sa droite. Un peu plus loin prirent place le curé et le secrétaire. Don Buenaventura était sorti pour revenir aussitôt.

Le visage angélique de monseigneur l'archevêque révélait une certaine préoccupation mais à peine. Il était comme le ciel où il n'y a qu'un seul petit nuage. Il souriait parfois comme s'il avait voulu laisser entendre son désir de voir tous les autres heureux, mais Serafinita fronçait le sourcil parce que les choses sérieuses exigeaient, selon elle, la plus grande retenue. Gloria regardait alternativement le sol et son oncle, comme quelqu'un qui n'a que deux pensées : la mort et Dieu.

Le visage de Gloria, tout embrasé, resta de marbre lorsque don Buenaventura entra accompagné de Daniel Morton. "Quelle tête !... Le pauvre ! Je suis morte de pitié rien qu'à le voir ! pensa Gloria, en regardant celui qui entrait. On dirait un prisonnier qui monte à la potence."

Après avoir répondu à sa salutation avec bonté, don Ángel pria Daniel de s'asseoir. Ce qu'il fit. Le cardinal lui dit :



- Le moment est venu pour toute ma famille de vous ouvrir les bras et de vous pardonner. Le moment est venu de faire cesser tant de malheurs et que, par un baiser de paix et les bénédictions de l'Eglise, on en finisse avec l'immense consternation dans laquelle nous étions tous. Béni soit la miséricorde du Seigneur ! Mesdames et messieurs, dit-il en s'adressant à ses amis, à son frère et à sa sœur, cet homme donne loyalement sa main d'époux à ma nièce en juste réparation de...

La porte du salon s'était ouverte tout doucement. Il se fit un grand silence dans la salle et on fut très surpris car monsieur le maire, don Juan Amarillo, était là accompagné de *madame* Esther. Lorsque la dame entra, tout le monde se leva, y compris monseigneur l'archevêque, mais personne ne parla. Esther s'avança gravement, elle n'était nullement troublée, ni en colère, ni méprisante, ni moqueuse. Elle s'adressa à son fils et, lui mettant la main sur l'épaule, dit d'une voix forte :

- Me voilà, moi aussi.
- Qu'est-ce que tu veux, maman ? demanda Daniel pris d'une terreur infernale.

Esther fixa des yeux monsieur le cardinal puis balaya son regard sur toute la famille et répondit :

- Je veux empêcher un malheur en disant à cette noble famille ce qu'elle ne sait pas. Je dois vous annoncer quelque chose, dit Esther, sur un ton dramatique, je dois vous annoncer ce que personne ici ne sait, c'est que... mon fils ne mérite pas d'appartenir à votre famille.

Pâle comme un mort, Daniel semblait s'étrangler et sa voix ne pouvait sortir de sa poitrine. Enfin, presque en rugissant, il dit :

- Ma mère ne dit pas la vérité.

Esther regarda son fils de telle façon que ses yeux brillaient comme des poignards.

- Retire-toi, dit Morton sur un ton impérieux, tout en lui montrant la porte.
- Oui, je vais me retirer dès qu'ils sauront qui tu es.
- Monsieur, vociféra don Juan, montrant le pommeau de son bâton avec une telle énergie qu'on l'aurait cru capable de l'enfoncer dans les yeux de tous ceux qui étaient présents. Je l'arrête sur ordre de monsieur le



gouverneur de la province, qui l'a reçu lui-même de monsieur le ministre, sur demande de l'ambassade anglaise.

- Du calme, du calme, dit l'archevêque qui courut s'interposer... Monsieur Morton, le premier devoir du chrétien est l'obéissance.

Daniel semblait disposé à étrangler ce monsieur le maire. Quand il entendit la douce voix du prélat, il s'arrêta. Don Ángel lui mit la main sur l'épaule et lui dit :

- Vous vous êtes soumis à ma volonté afin que je vous conduise selon la doctrine évangélique. Eh bien ! je vous demande de ne pas opposer de résistance à l'autorité.
- Monsieur Daniel Morton Spinoza a été condamné par les tribunaux de Londres à trois ans de prison pour un délit infâme, un délit de... oh, messieurs, ma langue n'arrive pas à vous le révéler... le délit d'avoir pillé le trésor paternel en falsifiant des lettres... d'une valeur de... plein de milliers de livres, après avoir déshonoré en paroles et en actes l'auteur de ses jours.

Tous les regards se fixèrent sur Esther. Elle les regarda tous et, sur un ton flegmatique, prononça doucement ces paroles :

- Ce qu'a dit monsieur le maire... est vrai !

Gloria se précipita vers Morton et mit la main sur sa poitrine, comme quelqu'un qui met sa main sur les Evangiles pour jurer, et, l'orpheline des Lantigua, d'une voix angélique plus que féminine, dit :

- Si tout le monde croit que tu es un criminel, je crois, moi, que tu es innocent.

Puis Gloria mit fin à l'horrible bataille de tant de sentiments par ces mots :

- Mon cher oncle, pourquoi tant de soucis ? Je ne veux plus me marier.

Morton était tombé sur une chaise. Esther mit sa main blanche sur les cheveux du jeune homme et, d'une voix tremblante, lui dit :

- Je t'ai sauvé... mon chéri. Tu es enfin de nouveau à moi.

Daniel se leva. On aurait dit qu'il portait le poids du monde sur ses épaules. Esther et son fils sortirent. Elle semblait marcher comme l'exilé qui revient, lui comme l'exilé qui s'en va.



### 30- La vision de l'homme sur les eaux

Gloria, ses oncles et sa tante montèrent si tristement qu'on aurait dit des statues vivantes. L'allure de chacun laissait transparaître son état d'âme. Serafinita et monsieur l'archevêque priaient. Don Buenaventura ronchonnait. Gloria souriait et, en même temps, sa pâleur avait tourné au cadavérique.

Gloria baissa sa jolie tête sur laquelle l'évêque avait posé la main.

- Dans cette circonstance, je trouve sublime et méritoire ta détermination, ajouta-t-il abandonnant le ton évangélique. Tu as affirmé ne rien croire de ce que la mère de cet homme nous a dit.
- Comment puis-je le croire ? J'ai tout de suite compris qu'il s'agissait d'une farce. Je préfère mourir que de mettre un désaccord entre une mère et son fils, dit Gloria en regardant le ciel. En plus, je ne crois pas en la sincérité de sa conversion, et le chemin choisi ici pour ramener cette âme au royaume de la vraie lumière n'est pas le plus approprié. Il y en a un bien meilleur.

Le médecin monta. C'était un homme qui transmettait aux malades un esprit de force tel que cela ne pouvait avoir qu'un bon effet sur sa santé. Il soignait comme n'importe quel autre médecin, mais ses malades avaient, par son intermédiaire, envie de guérir. Dans ses diagnostics, il employait des figures vigoureuses. D'après lui, le cœur de Gloria était un cheval emballé, sa pensée était comme un oiseau tellement élevé qu'il ne trouvait plus de montagne où se poser et soit il devait continuer à voler, soit se laisser tomber. Ses nerfs étaient comme une maison de bêtes sauvages dans laquelle on aurait ouvert toutes les cages. La famille riait de tout cela. Avant de se retirer, don Nicomedes annonça de manière confidentielle au prélat et à son frère que l'état de Gloria l'inquiétait beaucoup, que son état naturel était dans un désordre complet, qu'il lui fallait un repos physique et moral absolu, sans choc émotionnel.

Les heures passèrent ; la maison était dans un profond silence. Gloria s'enfonçait lentement dans les profondes cavités d'une léthargie fébrile. Son esprit luttait pour vaincre cet assoupissement mortel et, dans ses efforts, elle avait cette angoisse tremblante de celui qui est suspendu au-dessus de l'abîme, s'accroche à une faible branche d'arbre pour ne pas tomber. Cet abîme, c'était la mort. La malheureuse s'abandonna enfin et dans son angoisse se dit : "Je me meurs". Dans le flou de ses sensations et de ses idées, croyant que sa personne n'était plus qu'un nom qu'on avait écrit, elle disait : "Je m'efface."



Cependant, au milieu d'un calme si lugubre, elle observait le phénomène de sa mort, s'y regardait comme dans un miroir et y voyait refléter sa beauté, son amour, ses souffrances, tout ce qui constituait sa personnalité malheureuse qui, dans ce monde, portait le nom de Gloria.

Elle se sentit descendre dans une grotte humide et enfermer dans un espace étroit, sans air ni lumière. Un énorme poids était tombé sur elle. Le long de ses bras, couraient, entrelacées comme des couleuvres, les racines des arbres, ces mêmes arbres qui agitaient leurs feuilles dans l'atmosphère claire et tiède d'en-haut où les oiseaux avaient trouvé refuge... Soudain, elle vit l'étendue des cieux, la mer. Mais pas la terre, ni l'endroit où elle était. Tout était clarté, lumière, jour infini. Là-bas, au loin, elle distingua une espèce de rive étriquée, des monts, une tour et, de cet horizon, venait un homme, marchant à pas de géant. Il grossissait à mesure qu'il avançait et il avançait tant qu'une fois arrivé près de la morte, sa tête touchait le ciel. Il passa sans la voir et, avançant sur la mer, il courait au-dessus de l'eau. Il glissait comme un nuage. Dans ses bras, il portait un petit être, un enfant dont les yeux brillaient comme des astres noirs sur la clarté du jour. Gloria vit que ce beau visage enfantin était si joli que l'Enfant Jésus en comparaison perdait toute beauté et, lorsqu'elle le vit, son cœur se brisa en deux. Elle observa la belle vision qui diminuait en s'éloignant. Le père regardait toujours vers l'avant, l'enfant vers l'arrière. Ils glissaient tous les deux sur l'eau...

Gloria poussa un cri, fit un suprême effort, un de ces efforts de l'âme capables de redonner vie à un corps abandonné, elle rompit ses liens, repoussa cette énorme masse de terre qu'elle avait sur elle-même, la pyramide de Chéops comme cénotaphe n'y aurait pas résisté. Elle se releva et, une fois debout, se mit à courir...

### 31- "Mater amabilis"

Elle s'était enfuie à minuit, utilisant les mêmes méthodes que plusieurs nuits auparavant. Elle allait légèrement vêtue et la tête mal couverte par un fichu. Elle marchait avec précaution dans la maison, mais droit à son but, sans hésiter, d'une démarche et d'une allure qui marquaient l'énergique résolution. Dès qu'elle vit le champ libre, elle murmura : "Cours, mon cœur, cours."

D'un pas léger, elle avançait, courant vers la grand-route. Son vêtement clair flottait au vent et lui donnait l'aspect d'un effrayant fantôme de nuit. Suffoquée par une marche rapide, elle dut s'arrêter en se disant : "Oh que c'est loin Villamores ! On n'y est pas encore... Moi qui croyais y arriver d'une traite... c'est encore plus loin, encore plus loin... derrière cette pierre."

Elle abandonna la grand-route et prit le sentier qui traversait une prairie, elle courait. Au milieu du sentier, elle s'arrêta pour regarder, sur le sol couvert de fleurs à peine visibles dans l'obscurité de la nuit, des espèces de petites têtes



amusantes, agitées par le vent, toutes de la même couleur, disséminées à l'infini, en foule, formant une mystérieuse harmonie avec les étoiles qui ouvraient leurs corolles de lumière sur l'immensité concave du ciel. Gloria s'agenouilla et pensa à voix haute : "Nous allons lui porter un bouquet."

Elle regarda étonnée autour d'elle. Elle avait perdu ses fleurs. Ayant épuisé ses dernières forces dans cette course folle, elle ne pouvait pratiquement plus marcher. Ses genoux plièrent, son corps, presque évanoui et flasque, ne pouvait plus la maintenir droite. Seul un vigoureux effort de sa volonté qu'elle arrachait d'un sentiment puissant de son âme put la faire avancer péniblement et lentement. A chaque petite période, elle devait s'asseoir sur une pierre ou sur le sol. "Oh Mon Dieu ! s'écria-t-elle, appuyant la tête sur ses genoux. Je ne vais pas y arriver ! Je vais rester en chemin, dans ce chemin isolé et froid...!"

Villamores est un village dont les maisons disséminées sur une grande étendue forment des groupes pittoresques au milieu des moissons vertes. Le groupe principal est constitué de l'église, de la taverne et de deux maisons nobles à l'aspect lugubre. Près de l'église, formée d'une seule pièce, on voyait une maison qui semblait être la demeure du sacristain et, en face, il y avait (ils ont été abattus depuis) d'énormes arbres épais qui donnaient de l'ombre à tout l'édifice le rendant plus sombre qu'il n'était. On aurait dit un anachorète dissimulé dans son capuchon. Cette nuit-là, on voyait de la clarté par la porte de la maison, des rayons lumineux sortaient par les fentes du bois. Gloria s'en approcha et, en même temps, elle entendit des voix. "Ils sont réveillés, pensa-t-elle. C'est bizarre. Quelle heure peut-il bien être ? Elle s'approcha encore. Elle crut entendre un bruit dans l'église et elle vit une lumière à travers la fenêtre... "Ils doivent être en train de préparer la messe de l'aube. Je vais frapper à la porte de María Juana." Dans la porte, il y avait une grande fissure. Gloria regarda par là et fut à deux doigts de perdre connaissance tant fut grande sa stupeur.

María Juana était près de la table, face au gentilhomme. Sur la table, il y avait une lumière. L'homme avait sorti un portefeuille de sa poche et commençait à compter des pièces d'or. Il les mettait en petites piles devant María Juana, dont les yeux éblouis dévoraient avec envie ce trésor qui surgissait devant elle comme les fortunes invraisemblables d'un conte féerique.

Dans l'esprit de Gloria, vibra, comme un éclair, une idée qu'un tel spectacle produisit. Profondément troublée, elle se mit à crier, gratta la porte et y donna des coups : "Je ne me suis pas trompée... Il est en train d'acheter mon fils !... Juana, Juana, ouvre."



Les deux hommes se levèrent et Juana, après avoir récupéré l'argent, fit plusieurs tours, affolée et confuse, avant d'ouvrir la porte.

- Mademoiselle Gloria ! s'exclama-t-elle maladroitement en ouvrant. Vous, ici... seule... Grand Dieu du ciel !
- Où est-il ? dit Gloria en regardant partout, effarée.
- Dans la chambre... Madame, balbutia la mère du sacristain. Où voulez-vous qu'il soit ? Toujours aussi beau. Il ne s'attendait pas à une visite de sa maman.

Elle se tourna vers Morton et lui dit sans rancœur :

- C'est vrai que tu l'achetais ?
- Oui, répondit-il gravement. Une religieuse n'est pas une mère. Je veux l'emmener et je l'emmènerai.

La jeune femme resta près du berceau, songeuse.

- Il semble que ce soit Dieu qui m'ait attirée ici, dit-elle après un temps de silence solennel, pour empêcher qu'on me vole mon fils.
- Voler ! Peut-on dire cela d'un père ?
- C'est vrai, je n'ai pas bien dit cela, reprit-elle en le regardant avec tendresse. Mais, non ! je suis morte et mon fils doit rester à la charge de ma famille.
- Ma chérie, dit l'Hébreu en entourant ses épaules de ses bras, tu es inquiète. Si c'est à cause de ce que j'ai essayé de faire cette nuit, sois tranquille. Je ne ferai rien sans ta volonté.
- Je n'ai plus de volonté.
- Tu en as eu, bien ferme et énergique, continua Morton sur un ton plaintif et amer, pour me repousser, pour renoncer à être mon épouse et te consacrer à l'ascétisme d'un monastère chrétien... Et quel moment tu as choisi pour m'abandonner ! Le moment où je faisais pour toi le plus grand et le plus douloureux des sacrifices.
- Je sais, le sacrifice d'accepter une religion que tu exècres. Terrible chose que d'imposer à une âme une imposture pareille !... J'ai lu très clairement dans ton cœur ! C'est toi qui m'as dit que rien de ce que je ressens ne t'est caché.
- C'est vrai.



Elle regarda son fils et s'écria, terrifiée :

- Ah ! si je devais vivre, si je devais te voir grandir et puis te voir m'abandonner pour une femme ennemie de Jésus-Christ !...

Epouvantée, elle se couvrit le visage des deux mains.

- La religion ! dit Morton tristement. C'est toujours le même fantasme terrible qui nous poursuit pour nous séparer. Ombre terrible, projetée par notre conscience, nous la retrouverons partout, elle ne nous permet pas d'avoir des pensées libres, d'avoir des sentiments, de marcher librement. C'est terrible, vraiment, que ce qui vient de Dieu semble être une malédiction.
- Ne parle pas comme ça, répondit la jeune femme, peinée. Mais alors quoi ? Devons-nous nous arrêter à ces contrariétés terrestres ? La Terre est bien petite et le Ciel est bien grand. Ici, tout est esclavage et là-bas, tout est liberté.
- Ta foi est grande.
- Oui. Ma foi est grande mais la tienne le sera aussi parce que tu seras sauvé. Dieu va te parler, tu seras chrétien. Ton heure n'est pas encore venue, mais elle viendra.
- Ah ! si on avait pu être ainsi toute la vie, si on pouvait fuir, nous libérer de ce monde et en fonder un autre, pour nous... Si on pouvait jouir de cette immense solitude à perpétuité, comme on détruirait rapidement, ma chérie, tous ces vains autels sur la pierre desquels on nous a égorgés et on en élèverait un autre, un seul pour nous deux !
- Cela arrivera lorsque tu t'uniras à Jésus-Christ, répondit la jeune femme, réjouie. Je serai loin alors mais quelle que soit l'immensité qui nous séparera, je te reconnaîtrai et je te donnerai la main.

Son esprit battait des ailes entre le ciel et la terre. Daniel l'embrassa ardemment, essayant de réanimer à la chaleur de sa bouche ce beau corps qui tombait dans les abîmes de la mort. Gloria ouvrit les yeux et son regard semblait une résurrection parce qu'elle y mit toute l'expression, toute la vie, tous les sentiments et la grâce des plus beaux jours de sa vie. Elle souriait en même temps. Celle qui avait été un régal pour la terre et un plaisir pour l'humanité s'arrêtait encore à la porte du ciel, tournée vers la vallée de larmes et lui accordait son dernier regard, son dernier sourire, comme l'exilé qui a pris en affection le pays de son exil et le contemple de la frontière de sa patrie. Elevant alors les yeux au ciel et enlaçant ses mains dans celles de l'auteur de tous ses malheurs, elle s'écria :



- Je crois en Dieu, en mon âme immortelle, sans aucun mérite si Jésus-Christ ne l'avait pas rachetée du péché originel. Je crois en Jésus-Christ qui est mort pour nous sauver, au jugement final, à la rémission des péchés.

Par ses lèvres, par son cœur brisé de douleur, perdant tout jugement en cet instant suprême, il répondit :

- Je croirai aussi tout ce que tu crois.

Tout le mouvement et la force nerveuse qui serraient le cou de l'Hébreu cessèrent. La personne de Gloria se sépara de l'harmonie du vivant et son beau visage s'éteignit comme la braise. Elle resta parfaitement calme comme cette belle cendre tiède qui devient de plus en plus froide, de plus en plus blanche et immobile. On aurait cru qu'elle susurrerait encore la vie sur ses lèvres, mais c'était une illusion. Ce n'était que l'expression sublime de ses sentiments qui persistait. Cette cendre sans lumière aimait encore apparemment. Les anges s'approchèrent doucement, la touchèrent de leurs blanches mains, l'examinèrent, la saisirent et l'esprit fatigué soupira en prenant conscience de sa nouvelle vie. Au moment où l'âme libre étendait son premier regard sur l'infini, Daniel Morton entendit les cloches qui, à l'intérieur et à l'extérieur de l'église, sonnaient à toute volée. C'était le moment où le prêtre chantait, de sa petite voix saccadée : "Gloria in excelsis Deo". Tout était joie, en mémoire de la résurrection du Seigneur.

### 33- Tout est achevé

Peu après, un rayon de soleil, unique flambeau digne d'un tel cadavre, vint illuminer le funèbre tableau. Avec le jour, arrivèrent, tout haletants et pleins d'angoisse, don Buenaventura, Serafinita et quelques domestiques de la maison. On comprendra facilement leur consternation en voyant la triste chambrée. Les gémissements d'un homme et les pleurs d'un enfant qui rongait ses poings rendaient encore plus triste le silence inaltérable de ces lèvres qui avaient donné au monde tant de joie.

...

A dix heures du matin, la terre avait été ratissée sur le corps et le monde suivait son cours. Idées et événements, tout tournait dans la roue fatale, laissant derrière cette idée-là et cet événement-là, comme déjà du passé et extirpés déjà du mouvement humain. Dans un tel mouvement, nous devons comprendre la dispersion des personnages principaux de cette histoire, dispersion lugubre et



noire, comme la retraite des armées qui ont donné lieu à des batailles acharnées sans victoire. Ces nobles cœurs étaient venus aussi de terres lointaines et opposées pour combattre. Ils avaient combattu et se retiraient ensuite après avoir versé le précieux sang. Qui les avait lancés dans ce combat barbare ? Reviendront-ils pour en découdre ? La querelle subsistait, subsiste et subsistera, épouvantable, et, avant d'en voir la fin, beaucoup de Gloria devront succomber, s'offrir comme victimes pour apaiser le formidable monstre qui touche, de ses horribles pattes, l'histoire pour une part et la philosophie de l'autre. Ce monstre qui n'a pas de nom et qui, s'il en avait, se formerait en joignant le plus beau qu'est la religion, avec le plus vil, qu'est la discorde.

Quatre ans après cette semaine sainte-là, célèbre à Ficóbriga pour ses splendides processions (il n'y en eut plus d'autres, car don Buenaventura consacra son argent à empierrer les rues de la ville) ; quatre ans plus tard, donc, je le répète, un petit enfant jouait dans le jardin des Lantigua. C'était et c'est le portrait tout craché de ce petit enfant divin, dont les yeux, aussi jolis qu'intelligents, regardèrent avec amour le monde qu'il allait réformer. On aurait dit de lui qu'il n'était pas né d'une mère mais par miracle de l'art et de la foi, recevant corps et vie de l'ardente inspiration de Murillo. A Ficóbriga, on l'appelait et on l'appelle le *Petit Nazaréen*. Il a les yeux de sa mère et le profil de son père, grâce, harmonie, une certaine sévérité, une lumière extraordinaire dans l'allure, les cheveux châtain et frisés. Tous l'adorent. On l'élève et même on le dorlote parce que don Buenaventura ne sait rien lui refuser et il faut entendre l'horrible vacarme que font dans la maison ses chevaux de bois, ses cerceaux à sonnettes, ses grosses voitures à cheval, ses trompettes, ses vélocipèdes, ses fusils, ses tambours et autres instruments de jeux que lui offrent, jour après jour, ses petites cousines, leur maman Antonia et son oncle Ventura.

A ce moment-là, c'est-à-dire l'année dernière, il était en deuil. Lui n'a pas su pourquoi, mais il y avait une raison. Son père venait de mourir à Londres. De quel genre de mort ou plutôt de quelle maladie ? D'une maladie qui n'a pas de nom. Il était mort après deux ans de folie, occasionnée par la bizarre et inégalable manie de chercher une religion nouvelle, la religion unique, la religion de l'avenir. Il soutenait l'avoir trouvée. Le pauvre homme !... A force de méditer, il s'est consumé, il a perdu la raison et enfin il s'est éteint comme une lampe sur laquelle on souffle.

Allait-il trouver son idéal là-haut où quelqu'un devait l'attendre impatiemment, dégoûtée peut-être du Paradis tant que lui n'y serait pas arrivé ?... Force est de répondre catégoriquement que oui ou alors considérer ce présent livre comme non écrit.



Pendant ce temps, ne devons-nous pas aspirer à ce que soit vrai tout ce dont ont rêvé l'amoureuse de Ficóbriga et le fou de Londres ? Toi, précieux et zélé petit Jésus, tu es appelé sans doute à essayer. Toi qui es né d'un conflit et toi qui es la personnification la plus belle de l'humanité émancipée des antagonismes religieux par la vertu de l'amour. Toi qui, en une seule personne, portes le sang de deux races ennemies, et qui es le symbole de deux consciences confondues, tu feras sans doute quelque chose de grand.

Aujourd'hui tu joues, tu ris et tu ignores, mais tu auras trente-trois ans et alors peut-être ton histoire sera digne d'être racontée comme l'a été celle de tes parents.

**Fin**



## **Tomás Orozco y Paternoy: la filantropía del amor masculino, el hombre nuevo, la ambigüedad**

**Dra. Rosa Amor del Olmo  
Universidad A. Nebrija  
U. Francisco de Vitoria**

George Sand, publica en 1834 la novela *Jacques*, cuya publicación constituyó un escándalo, sobre todo por la resolución del conflicto. Un desenlace anticalderoniano, al igual que el que propone Galdós en algunos de sus dramas. Jacques lleva su amor, su virtud hasta matarse -el divorcio no existía en Francia en aquella época- para permitir a su mujer que goce con quien ama la felicidad que él no es capaz de darle. Noventa años después, encontramos el mismo tema en *Climats* de Maurois, publicado en 1928, con la diferencia de que los héroes de Maurois tienen a su disposición el divorcio, por lo que la obra en su momento no causó escándalo alguno, es una resolución honesta que causó alivio, incluso en las huestes católicas. El protagonista -llamaríamos héroe- contempla también cómo su mujer se aparta de él. Padece por ello por que la ama, pero acaba consintiendo el divorcio para permitirle ser dichosa. Estos hechos suceden en un país de gran influjo para la cultura española. Pero debemos pensar ¿qué es lo que sucede en España?, de la ética brotará la estética. El concepto del honor, continúa impregnando la sociedad española decimonónica.

Tomás Orozco de *Realidad*<sup>33</sup> es, un personaje nuevo, creativo y profundo, aunque si bien no por eso deja de presentar algunas ambigüedades, que analizaremos aquí. Dentro de esta apología de la verdad y de realismo que presenta este drama, Orozco es el personaje designado para llevar sobre sí, el

---

<sup>33</sup> Esta obra fue escrita por Galdós en los meses de 1889.



peso del nuevo concepto de hombre y de honor expuesto como tesis en este primer drama de Galdós<sup>34</sup>. Orozco es un personaje celebrado por la crítica, que sin límites lo ha conmemorado como una de las concepciones más bellas y humanas de nuestro teatro, aunque desaparecido de ese mismo universo crítico.

Más parece que Galdós con este personaje y la pintura de sus caracteres se eleva a lo sublime del conocimiento de la psicología masculina, a diferencia de otras tentativas que no resultarán tan maestras. Algunos críticos han apuntado la idea de que es uno de los personajes más biográficos de la obra galdosiana, aunque dicha tesis no es, ni mucho menos tema a desarrollar en este artículo. Zeda, escribió de Tomás Orozco en *La Libertad*:

Orozco es un pensador, un místico que aspira a romper todas las ligaduras que unen a su espíritu con la materia para vivir en el seno, no sé si de un nirvana semejante al de los indios, o en el de un panteísmo análogo al de los quietistas, o en la más honda y escondida morada del castillo del alma<sup>35</sup>.

Orozco, por tanto, es el idealismo puro, el misticismo que desprecia la vida terrenal por gozar de otra vida interior más perfecta, en la que el alma se derrite y se disuelve en justicia eterna, al igual que los krausistas, movimiento del que Galdós compartía muchas ideas y, en cierto modo, Orozco también lleva con íntima sinceridad. Orozco creará al igual que Galdós en la perfectibilidad del hombre, en la moralidad, en el progreso de la sociedad, en un completo espíritu de armonía, en fin, en la belleza esencial de la vida, trabajando -al igual que los krausistas- en pro de un mundo mejor.

Orozco no está en el escenario para simplemente hacer un alarde del nuevo concepto del honor por el perdón y la bondad, sino que se expone un

---

<sup>34</sup> El hecho de que en un principio Galdós la escribiera como “Novela dialogada” no quiere decir que en su origen fuese un drama más en la sustancia que en la estructura.

<sup>35</sup> Berenguer, 1988: 54-58.



profundo mundo interior, pues es Orozco el personaje reflejo y creación de su experiencia vital. Es portavoz del *espiritualismo* que ya se había establecido en la personalidad del autor canario, de la filosofía krausista, de los novedosos ideales que impregnan las mentes liberales. En suma es portavoz de todo un pensamiento finisecular. Sin embargo quiero recordar las palabras que desde la tribuna de la Institución Libre de Enseñanza, escribió Rafael de Altamira, en una crítica a mi juicio olvidada por la investigación más reciente. Sus palabras están encaminadas a pensar que la personalidad de Tomás Orozco es mucho más ambigua de lo que en un principio se pueda pensar de él. Y creo que no sin razón, efectivamente Orozco actúa en el mundo de la indeterminación, pareciendo algo que en el fondo no es, es la puerta que Galdós deja abierta a la ambigüedad que hemos visto en la construcción de muchos de sus caracteres:

En aquel perdón; en aquella indiferencia, que no fría (puesto que viene con lucha), sino piadosa, hacia las pequeñeces del mundo; en aquel profundo sentido moral con que Orozco mide la elevación ideal de Augusta, no por la falta cometida, mas por la dureza de corazón y el miedo físico que le impiden confesarla, está el drama todo, porque está la más noble y levantada idea que representa. Al llegar aquí, olvídense la muerte de Federico, la complejidad de su carácter, su falta y su divorcio al propio tiempo con Augusta, la extraña intimidad con la Peri...todo es mero accidente, que rodea, motiva e ilumina la figura moral de Orozco, que algunos críticos tienen por indiferente, nada humana y verdadera. Que no la mueven las mismas pasiones y sentimientos que a los demás hombres, es verdad; que no es un marido como la mayoría de los maridos sublunares, ciertísimo; pero también lo es que no hay que juzgarlo de ese modo, según el cuál, el marido de *La Dama del mar* de Ibsen resultaría condenado artísticamente. Hay que ver en Orozco el ideal que representa, la victoria que predica y obtiene sobre las miserables pasiones del amor propio humano; el sacrificio de todo egoísmo que hace, frente al egoísmo vengativo de los tipos clásicos en nuestro teatro del siglo XVII (*A secreto agravio secreta venganza*, etc), como ha observado la Sra. Pardo Bazán en su *Teatro crítico*. Y después de todo, ¿por qué no ha de haber Orozcos en la realidad actual? Nótese que Orozco no perdona a su mujer: la perdonaría, si ella tuviese la suficiente grandeza de alma para confesar su culpa. Lo que hace es despreciarla, es despojarse de ella como de una ilusión marchita, como



de una cosa que ha dejado de ser interesante, hacia la cual siente algo menos que indiferencia y que le estorba. Parte de esta abandono conócenlo muy bien, en el terreno de la amistad y aun del amor sexual, aquellos que guían su vida por motivos ideales y los sobreponen -sin artificio, en fuerza de una educación que ha echado raíces- a los meros afectos personales, que no conciben aislados de la estimación que solo producen las cualidades nobles del espíritu. Pero los hombres que así piensan, no llegan nunca a despreciar, ni hacen abstracción absoluta de la persona caída; sino que guardan siempre hacia ella una amorosa tutela, dispuesto a toda hora a prestar su apoyo para la redención y a abrir sus brazos al hijo pródigo de la moral. Orozco no llega a tanto. En medio de su rigidez de principios es egoísta y poco piadoso, puesto que se desprende de su mujer, como de cosa ya inútil; o cuando menos carece de fe bastante, pues no parece creer en ulterior corrección, ni sigue amando al culpable en ley de humanidad. Tal es la falta grave - falta de lógica y de psicología ideal- que puede achacarse a este personaje un poco vacilante y contradictorio<sup>36</sup>.

Lo primero que expone en su primera aparición en la escena V del acto I es una repulsa de los que le atribuyen obras caritativas, algo que Orozco no comparte, pues la humildad ha de estar por encima de todo. Él, buen cristiano, no quiere “presumir” de sus acciones, aunque la mayoría de las veces es inevitable que éstas tengan eco, pero Orozco gusta de actuar en silencio y en la intimidad: *Mas cuando tú haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha Mateo 6:3*. Todos los que le rodean le otorgan ya un papel establecido de bienhechor, que pesa enormemente sobre sus hombros:

Orozco. (Risueño y calmoso) ¡Pues estaría yo lucido! No, esas generosidades caen ya dentro del campo de la tontería, y francamente yo aspiro á que se tenga mejor idea de mi. El atribuir a cualquiera méritos que no posee, y que por lo disparatados no deben de lisonjear á nadie, constituye una especie de calumnia, sí, no reírse, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, tampoco debe encontrarse entre las virtudes<sup>37</sup>

---

<sup>36</sup> Altamira, 1892: 110-112.

<sup>37</sup> Amor del Olmo, (2009) pp. 165 en adelante para todas las citas.



Orozco trabaja y cultiva su interior de forma que demostrará cómo las cosas no son lo que parecen, que su comportamiento no es mecánico, que él sufre como cualquiera, que lleva implícito un enorme trabajo interior, pero se eleva por encima de los sentimientos, sobre todo de los sentimientos que él deshecha como negativos, poco edificantes, y es en esa superación de las tentaciones y de lo superfluo en donde se encuentra solo, porque su esposa no puede igualarle ni compartir su forma de vivir y sentir. Su soledad hermana con su fuerte espiritualidad y su rica vida interior frente al misticismo que le ayuda a elevarse. Augusta es la materia hermosa, palpitante, creada para el deleite y ansiosa del placer de vivir; y en estas aguas, sólo el bienestar de la soledad le parece el marco idóneo para su superación y solaz.

Orozco ya sufre en el matrimonio desde el principio, por eso no le sorprende de su esposa la infidelidad con la que ésta le traiciona. Lo cierto es que en el planteamiento del personaje desde un principio se plantea en la escena el nulo entendimiento de los cónyuges, salvo para asuntos financieros y materiales, tampoco él hace nada por remediarlo. He aquí *el quid* de la cuestión: Su fuerte *ego* le impide luchar como cualquier ser humano por lo que quiere. Para Orozco eso significa perder la compostura y entrar en un mundo de mediocridad donde él está por encima de todo. Y es obvio que Augusta necesita un hombre, y Orozco como Augusta lo define como a un santo, sin espacios para la seducción y el erotismo, es un sacerdote, dirá al final comportándose como tal, como esos sacerdotes protestantes, pastores que combinan la vida santa con la vida de matrimonio y que Galdós conocería con toda seguridad en sus viajes por Europa. Una figura en España poco usual. Orozco está demasiado elevado por encima de su esposa, y ella es demasiado terrenal, Augusta se aburre de su marido y tampoco tiene demasiadas ganas de luchar por él. Quizás lo sorprendente y verdaderamente sublime de Galdós es



que pinta la realidad como tal, es decir para que Augusta cometa infidelidad tiene que haber una situación previa que atraiga en cierto modo esa situación y justifique los hechos. Los adulterios son así, y ahí reside la verdad del teatro realista, estas cosas ocurren incluso a las clases burguesas como Orozco, y de ahí la verdad y la coherencia que tanto necesitaba el teatro en aquellos momentos:

Augusta. (...) Tedio inmenso de esta vida, vendo mi alma por combatirte...(Como sosteniendo una lucha). No puedo, no puedo ser de otra manera. Mañana romperé otra vez la regularidad enervante de esta vida, mañana probaré lo misterioso y desconocido, la miel del secreto que nos compensa de tanta insipidez...(Desde el centro de la escena, mirando hacia el interior del despacho). Hombre sin tacha, tus luchas son como una comedia que compones y representas *tu mismo* para engañar el fastidio de esta normalidad que nos convierte la vida en un Limbo sin pena ni gloria. El bien o el mal, esos dos guerreros que nunca concluyen de batirse, ni de vencerse, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En ti no hay mas que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo si debo desearla...(con arranque) Pero lo que yo digo: los santos estarían mejor en el cielo. La tierra, dejárnosla a nosotros, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor. Los puros que se vayan al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece.

Tomás Orozco es un animal de la sociedad que al que se le exige que cumpla con su papel, pero que lo cumpla como *el Bueno*, el benefactor, el protagonista, el defensor de la verdad y de la honestidad por encima de todo, y esto produce en él un pesado cansancio, que le hace renegar y no estar atento al juego que se urde a sus espaldas. Todos esperan siempre algo piadoso del bienhechor, y a veces no puede con esa responsabilidad, pues se confiesa con ciertas debilidades al igual que cualquier ser humano. No le está permitido flaquear, ésa es la educación de los hombres. La sociedad que tan magistralmente se refleja en el acto I.



Esta humanidad Orozco la expone en el acto III, en el diálogo que mantiene con Joaquín Viera, donde además se percibe en sus palabras cierto cansancio existencialista:

Orozco. **Me he cansado del papel de puritano** que la opinión se empeña en hacerme representar. *He visto que la rectitud, practicada tan en absoluto, me trae mas males que bienes. (...)*

Orozco. *¿Que tal? Esta salida ha desconcertado al sagaz arbitrista. Usted no contaba con esto ¿verdad? Dígalo con franqueza; usted fiaba en la decantada severidad de mis principios, en esa fama que me han dado algunos tontos, la cual ha venido á cargarme tanto, pero tanto, que me propongo no perdonar ocasión de desmentirla.*

Orozco. Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más que en la infundada creencia de los necios que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; *que defiende su peculio, hasta donde pueda; con el criterio de la mayoría de los hombres de negocios;* de todo lo cual resulta también que al negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

(...)

VIERA. Ya voy viendo que...

Orozco. *Que no soy tan bueno como parecía.*

VIERA. Que haces el papel de hombre recto en todo aquello que no afecta a tus intereses...eso no está bien, Tomás hijo mío. Yo te aseguro...

Con o sin razón, Galdós se sirve del resto de los personajes para sembrar la duda sobre si en verdad Tomás es un santo, o por el contrario juega con la sociedad en el papel que ésta le ha impuesto. Por ejemplo durante el “juego de salón”, los personajes de Villalonga, Malibrán, Aguado e Infante intentan “cambiar” la realidad. Orozco no se deja “convencer” tan fácilmente de los “favores” que tiene que hacer “porque sí” a Clotildita y Santanita, donde apreciamos aparentemente en Orozco cierta dosis de histrionismo. Pero en realidad, el hecho de ser bondadoso no quiere decir que haya por ello que



alimentar a vagos, o tener rémoras económicas de por vida, impuestas por el juego social. Galdós está en contra de la caridad sea cual sea y ésta idea defendida por Galdós en muchas de sus obras.

El espíritu cultivado por encima del hombre natural. Orozco puede tener dos caras, y debajo de la máscara de la bondad y del hombre sublime de ideas, puede haber razones de juego social, orgullo, vanidad y prepotencia como de hecho cuestionan otros personajes. Realmente no es hasta el acto V cuando ya se revela esa superioridad humana clásica de este personaje revolucionario de los conceptos de honor. En el resto de los actos divaga y se nos hace dudar realmente de sus intenciones, Galdós hace de él un personaje muy ambiguo por que no sabemos por donde va a ir hasta el final. Este divagar en la ambigüedad de las escenas primeras humanizan al personaje y lo hace más verosímil, ya que lo contrario sería caer en un maniqueísmo nada real, inexistente en la vida como por ejemplo, Malibrán en este corto monólogo original del manuscrito, que se suprimirá en la *princeps* de 1892:

MALIBRÁN. Amor propio. Todas las pasiones son eso, y nada mas que eso. Tal como están hoy las sociedades, con las religiones abatidas; la moral llena de distingos, el amor propio nos gobierna. ¿Ve usted á Orozco, á quien todos llaman la mejor persona del mundo?. Pues es que se ha impuesto un papel, y lo sostiene por algo que se asemeja a la vanidad del artista. Si estuviéramos en época en que la santidad fuera moda, ese extremaría sus actos benéficos hasta el sacrificio y la mortificación, todo por orgullo, por el culto fanático del Yo. Ley primaria del mundo es el amor propio. Todos hacemos un altar donde nos ponemos á nosotros mismos y nos adoramos con un dogma cualquiera. Mi dogma es vencer empeños amorosos, ó descubrir los ajenos cuando no puedo vencer.

Se ha señalado a Malibrán y a Joaquín Viera, como los elementos más melodramáticos del drama *Realidad*, porque a medida que transcurre la acción, Malibrán, se va haciendo más “malo” hasta recibir su “merecido”. Atendiendo al concepto de *justicia poética*, cuando en realidad él tiene su particular visión del



adulterio que se está cometiendo, y cuando el hombre ve el pecado, no le importa pecar. Es decir, Malibrán descubre el engaño y el adulterio que comete Augusta con su marido al estar en brazos de otro hombre. El marido es un hombre “ejemplar” al menos aparentemente, porque Malibrán considera que Orozco, juega un papel y es un hipócrita. Al mismo tiempo a Malibrán la feminidad y el misterio de Augusta le fascinan. Habida cuenta de que los límites de la verdad se han superado, se ha extralimitado el respeto a la persona, y todos viven en una quimera, él decide que quiere participar también de ese juego de infidelidades, porqué no.

Joaquín Viera, aún sin saber nada del adulterio, al igual que Malibrán, “el otro malo” tiene de Orozco, una opinión distinta de los demás, como ya hemos visto anteriormente y como lo revela definitivamente cuando dice: “Aunque nadie me ha llamado nunca “el hombre modelo”, yo...tengo ideas claras de la justicia, de la propiedad, del derecho...”. En realidad quien eleva exageradamente y por encima de los límites a la persona de Tomás Orozco, son precisamente los que le están engañando: Augusta y Federico. Orozco, como ya hemos señalado, es sin duda el portavoz de todos los personajes que más se ajusta a las tesis de pensamiento galdosiano. Augusta le considera un santo, pensamiento que se desdobra del conflicto interior que ella misma tiene engañándole. Lo sublima adjetivando su carácter con frases como: “eres un alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior” dice Augusta en la escena X, del acto I. “El hombre mejor del mundo”, “Le desvela la perfección” escena X, acto I. En la escena IX del acto II, el diálogo de Federico y Augusta:

**FEDERICO.** No puedo considerar tal cosa: Querida mía, si me amas, **impíde los favores de ese hombre a quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble confianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.**



Augusta. (Con gravedad, después de una pausa) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quien le ultraja...no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas a mí.

FEDERICO. Yo...á ti! Jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosidades tuyas o **de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.** (...)

Augusta. (Impaciente por no recibir respuesta) Será preciso que te lo repita? **Él es un santo, y yo te quiero a tí.** Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me paso la vida delante de esas dos verdades, mirándolas cara a cara.

Federico a su vez, pondera tanto la bondad de Tomás Orozco que llega a obsesionarse hasta tal punto de rozar los límites de la locura y se suicida. La bondad, la caridad y la honestidad de Orozco es la “culpable, responsable” del entramado psicológico de Federico Viera y de su precipitación al suicidio. He aquí el revés de la querrela calderoniana en la figura de este personaje tan moderno olvidado por la historia de la literatura.

Hay un diálogo al respecto que también demuestra la ambigüedad que tienen con Orozco y su forma de ser estos personajes “malos”, que solo se encuentra en el manuscrito<sup>38</sup> y que Galdós omitió, tal vez para no crear mayor confusión. Es también la escena VII, durante el diálogo de Joaquín Viera y Orozco:

VIERA. ¡Como te complaces en humillarme! Abusas de mi ancianidad, de mi aislamiento aquí, pues ya no tengo amigos, ni apenas familia. Tomás, Tomás, el amigo íntimo de tu padre, merecía de tí otra consideración. (Aparte, meditabundo). Inútil insistir...Se planta en las mil doscientas. No contaba yo con su egoísmo...creí que su hipocresía era falsa, y ahora me resulta verdadera,

---

<sup>38</sup> Todos los materiales de esta inmensa obra galdosiana se encuentran custodiados en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.



En la escena final del acto tercero, Joaquín Viera ya despidiéndose, continúa aún jugando con lo veleidoso de la vida, con la ironía. A través de su afectada hipocresía, aún continúa abriendo una puerta de duda y ambigüedad, sobre Orozco, y sobre lo que traman a sus espaldas su hijo Federico y Augusta. En la obra no se nos dice si Joaquín Viera conoce la infidelidad de que Orozco es víctima, pero por su forma de hablar parece que algo sabe, donde la ironía está más que patente:

VIERA. (A Federico) Y tú buen mozo, (abrazándole) tampoco necesitas para nada de este viejo. Tampoco a tí te faltan apoyos, truhán. Nadie como tú, Tomás, Augusta, ¡cuánta gratitud os debe! (Casi llorando) No tenéis hijos, y me quitáis los míos. Adiós, adiós.

Orozco. (Dándole la mano) Hasta otra.

VIERA. Ya no más (aparte) Hipocritón, tengo quien me vengue. (Vase por la izquierda. Orozco le acompaña hasta la puerta del salón).

Lo realmente novedoso es la escena final del acto V, donde Orozco siente el deseo de ahogar entre sus manos a Augusta. Una reacción completamente humana, nada idealista y que rompe con la tradición del hombre ultrajado por su esposa: “es la garra del dolor que tira de él hacia la tierra; pero tras breve lucha, el marido ultrajado vence con esfuerzo sobrehumano aquella tentación y se refugia en el santuario de su alma como en el asilo sagrado adónde no llegan las mezquindades de la carne, y allí, en lo más escondido de aquel templo, se unen en estrecho abrazo el pensamiento de Orozco y la sombra del rival, muerto en aras del remordimiento”<sup>39</sup>.

#### *Paternoy y Los Condenados*

Paternoy es otro personaje novedoso creado por Galdós para el estreno de *Los Condenados* y no sólo olvidado sino desconocido para la crítica y más para el público. En este caso y con este nombre tan sugerente *Pater-nuestro*, Galdós confirma su gusto por las figuras masculinas de sinceridad extrema, algo sacerdotales bajo el yugo del amor. El mismo personaje describe su propia

---

<sup>39</sup>Zeda, 1892: 56.



filosofía y su ética religiosa, en el monólogo de la escena VI el acto I, donde alerta al espectador de las motivaciones interiores que va a ir desarrollando a lo largo de la acción. La previsibilidad de los caracteres que le llevan a actuar de esa forma caritativa, no extrañarán al auditorio después de haber escuchado el pensamiento de este “héroe” de la historia del teatro español.

Paternoy, desarrollo del personaje de Tomás Orozco creado en 1889 a 1895, está descrito como un hombre de estampa atractiva, de cuarenta y cinco años, soltero y rico (otro espejo de Galdós) que tiene en su proyecto vital casarse con Salomé. Significa su persona en la región un cacique bienhechor a quien todos veneran y tienen como juez, por sus cualidades demostradas de integridad absoluta. Paternoy doblega su masculinidad al permitir que su amada Salomé se una a José León, bandolero donjuanesco que la justicia busca para que sea condenado. Este acto de conmiseración hacia Salomé de extrema filantropía la encontramos en el acto I, en la escena XIV, cuando Paternoy descubre que Salomé ama a José León.

El ms. de la Biblioteca Nacional Sig/ 21801 presenta algunas variantes que posteriormente fueron eliminadas. Por ejemplo el final de la escena XIV del acto II, donde queda patente la ambigüedad de la personalidad de Paternoy. Al igual que sucedía con Tomás Orozco, para algunos de los personajes del drama, el protagonista santo, sacerdotal, no establece con claridad si está más cerca del bien o del mal. La compasión que dice sentir hacia José León no es más que una prueba de su orgullo. José León quiere resolver la cuestión con la acción, "como los hombres", a golpes. Paternoy apela al diálogo, a la confesión, a una resolución más política. La escena termina con los siguientes parlamentos:

Final de la escena XIV:  
**f. 63** Paternoy. No



J[ose] Leon. Pues no.

Pater[noy]. Somos dos terquedades, la una frente á la otra; somos dos rocas igualmente duras, igualmente inconmovibles.

J[ose] Leon. (Con desesperación) Pues estrellémonos riñamos.

Paternoy. Yo no.

J[ose] Leon. Dos rocas...á fuerza de golpes alguna ha de saltar en mil pedazos.

Pate[rnoy] Digo que no.

J[ose] Leon. (Con saña) Santo ó demonio, pero tirano al fin, monstruo de virtud ó de soberbia, te digo que te odio.

Paternoy.- (Con gran serenidad) Y yo á ti te compadezco.

**f. 67** Fin de escena XVII del ms. (XVI de la *princeps*):

Santamona. Hemos mentido, hemos jurado en falso, Dios nos perdonará!

Pater[noy]. La vida de un hombre, aunque sea un criminal, ya vale un perjurio.

Santamona. (mirando por el fondo) se fueron.

J[ose] Leon. (entreabriendo la puerta de su escondite) ¿puedo salir ya?

Paternoy. Sí.

Escena XVIII (XVII de la *princeps*)

Santamona, Paternoy, José León.

Pater[noy]. y ahora crees en mi?

J[ose] Leon. Si; y á entrambos tengo por sublimes (les besa la mano)

Paternoy. persiste ahora en tu rebeldía? Entréganos tu conciencia.

Santamona. Entrégate infeliz. Hemos pecado por salvarte.

J[ose] Leon. os admiro, os reverencio. ¿Queréis mi conciencia? Pues devolvedme mi esposa.

Paternoy. (con raptó de furor) Miserable, regateas tu salvación...

J[ose] Leon. ¡Mi esposa, mi Salomé, mi único bien.

Paternoy. No puedo dártela.

J[ose] Leon. (con arrogancia) Pues sin ella nada quiero, ni la vida, ni la salvación. Dámela, te digo. (suplicante) **f. 68**

Santamona. No podemos.

Paternoy.- Réprobo, no te salvarás.

J[ose] Leon. (abrumado, cae en una silla, y se cubre el rostro con las manos) Santos de la tierra, no podeis salvarme.

Santamona. Hijo mío, vuelve en ti.

Paternoy. (cogiendo de una mano a Santamona para llevársela) Déjale, dejémosle, ó nos condenaremos con él. <(Vanse por el fondo. Aparece Feliciano por las ruinas toda vestida de rojo, alumbrándose con un



farol. Desde lo alto de la escalera, reconoce el sitio en que se encuentra. José León no la ve)>

<Feliciano. No veo nada...(llamando en voz queda) Martín, Martín... ¿estás aquí?...Ah! ya te veo...no temas...ven...(José León no se entera de su presencia. Baja Feliciano, dejando el farol arriba) ¿Qué haces?...Ven a mi casa; estarás seguro.>

<J[osé] León. Déjame, me condeno solo...Solo, privado de mi bien, abandonado de los buenos, perseguido de los malos.>

Final del acto II <sup>40</sup>.

Galdós, con este personaje pretende plasmar algunas cualidades que configuran el *Nuevo Hombre* decimonónico que se relaciona directamente con las ideas de regeneración de España y de abrir las puertas hacia el siglo XX con la apertura de pensamiento que conlleva. Este hombre que presenta Galdós a diferencia de lo que conocemos del autor, no está interesado por el aspecto pasional de la vida, es un hombre intelectual. La excelencia masculina pasa porque éste ha dominado al *Hombre Natural* por completo, entendiendo que el individuo logra en su vida controlar todos sus instintos y pasiones, intelectualizándolos o haciéndolos pasar por el filtro de la ética. Esa es la ambigüedad, las dos caras de una misma moneda, la falta de interés por el amor y sus pasiones de un lado, y de otro, la apariencia espiritual y bendita de ser una construcción aparente de uno mismo. Construcción de vida y de persona (personaje) que a base de trabajarla para lograr una apariencia, al final salta de la ficción a la realidad y por consiguiente a la vida interior de la persona, ocasionando ese desinterés y desprecio por lo terrenal. El pacifismo, la reflexión y el diálogo, son atributos de una sociedad progresista y sus representantes deben apelar a dichas aptitudes. Es una imagen contrapuesta a la tradición española, donjuanesca, donde las cuestiones se resuelven con espadas, aún hasta hoy, la violencia y la agresión al ser humano por casos de adulterio es cada vez más enorme. En el universo humano galdosiano, el

---

<sup>40</sup> Transcribo según está en el manuscrito recuperando con los signos [xxx] lo suprimido y entre <xxx> los tachados., indicando numeración del folio: f.X



hombre pacifista, justo y optimista tiene un lugar muy especial. Allá donde hay una clara intención de necesidad de progreso y regeneración, habrá actitudes de Orozco, de Paternoy, en definitiva de hombres libres que buscan la verdad.

### **Bibliografía**

- Amor del Olmo, Rosa (2009): *Teatro Completo*, Biblioteca Avrea, Madrid, Cátedra.
- Berenguer Ángel (1988): *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo.*, Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid.
- De Altamira Rafael, 1892 "Realidad, drama en cinco actos y en prosa, de don Benito Pérez Galdós", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Ap. *Revista Literaria*. Madrid, Imprenta de Fontanet, Libertad, 29, pp. 110-112.







# ISIDORA

Revista de estudios galdosianos

## Galdós el escritor urbano

De lo que no hay ni rastros en sus novelas es del sol de su patria, ni del sol, ni del suelo, ni de los horizontes; para Galdós, novelista, como si el mar se hubiera tragado las Afortunadas. Este poeta que ha *contado* al mismísimo arroyo Abroñigal, y que se queda extasiado -yo le he visto- ante el panorama que se observa desde las Vistillas, que cree grandioso el Guadarrama nevado (como D. Francisco Gilmer)... jamás ha escrito nada que pueda hablarnos de los paisajes de su patria, no sueña con el sol de sus islas... a lo menos en sus libros. Jamás ha colocado la acción de sus novelas en su tierra, ni hay un solo episodio o digresión que allá nos lleve; es en este punto Galdós todo lo contrario de Pereda, su gran amigo, que se parece al Shah de Persia en lo de llevar siempre consigo tierra de su patria. Aun sin trasladar a las Afortunadas a sus personajes, podría Galdós decirnos algo de las impresiones que conserva, como poeta que de niño fue en sus soledades y contemplaciones de adolescente, de los paisajes de la patria; pero como es el escritor más opuesto, en todos sentidos, a lo que llamamos el *Itismo*, en la acepción más lata y psicológica, como en vez de hacer que sus personajes se le parezcan por todos sus conatos en olvidarse de sí por ellos y ser, por momentos, lo que ellos son (siguiendo en esto el buen ejemplo de Dickens que hasta imitaba, ensayándose al espejo, las facciones y gestos de sus *criaturas*), no hay ocasión en ninguna de las obras de nuestro novelista para esos saltos de la fantasía por enjema de los mares y de los recuerdos, Galdós, en suma, es en sus obras completamente peninsular. La patria de este artista es Madrid, lo es por adopción, por tendencia de su carácter estético, y hasta me parece... por agradecimiento. Él es el primer novelista de verdad, entre los modernos, que ha sacado de la corte de España un veneno de observación y de materia romanesca, en el sentido propiamente realista, como tantos otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros, y muchas de sus mejores escenas y aun muchos de sus mejores personajes. Si los novelistas se dividieran como los predios, se podría decir que era nuestro autor novelista *urbano*.

Leopoldo Alas Clarín

Gracias a todos por estos años

